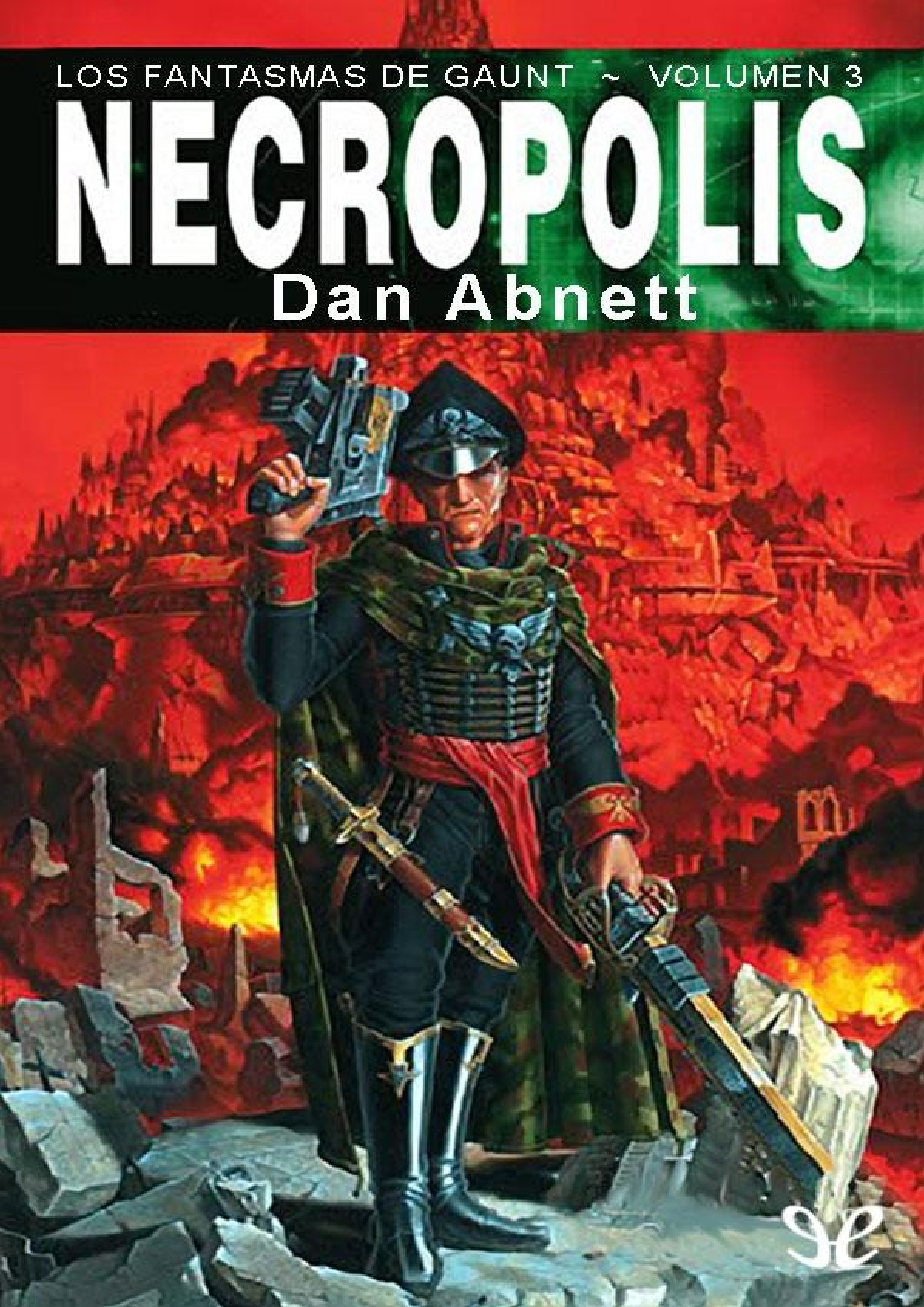


LOS FANTASMAS DE GAUNT ~ VOLUMEN 3
NECROPOLIS
Dan Abnett

En el mundo arrasado de Verghast, Gaunt y sus fantasmas se ven implicados en una antigua y cruenta guerra civil, cuando una poderosa ciudad-colmena se ve asediada por un enemigo implacable. La traición interna hace caer las defensas de la ciudad, y la rivalidad y la corrupción amenazan con llevar a los Fantasmas de Tanith a la derrota. El comisario imperial Ibram Gaunt debe encontrar nuevos aliados y reclutar nuevos Fantasmas para salvar a la Colmena Vervun de la más aniquiladora de las amenazas: las temibles legiones del Caos.



Dan Abnett

Necrópolis

Warhammer 40000 » Fantasmas de Gaunt » La Fundación 3

ePub r1.2

diegoan 08.10.2018

Título original: *Necropolis*
Dan Abnett, 2000
Traducción: Emma Fondevila

Editor digital: diegoan
ePub base r2.0



Índice de contenido


FOR TANITH - FOR THE EMPERO

Tras las victorias de Monthax y Lamacia, el Señor de la Guerra Macaroth condujo a sus fuerzas sin perder tiempo por los confines de los Mundos de Sabbat, para luego volver y lanzarse al asalto de los famosos mundos-fortaleza enemigos del sistema Cábala. La conquista del sistema Cábala era un objetivo vital en la cruzada imperial para librar a todo el grupo de los Mundos de Sabbat. Para salir con éxito de esta monumental empresa, el Señor de la Guerra envió delante las naves de línea de su flota del Segmentum Pacificus en una formación en tenaza para iniciar el asalto mientras reunía y reorganizaba las reservas de su enorme Guardia Imperial, preparándolas para el asalto por tierra.

Fueron necesarios casi ocho meses para que la infantería se reuniese en Solypsis, a donde miles de enormes naves de transporte condujeron a muchos millones de integrantes de la Guardia Imperial. Se produjeron muchas demoras y hubo numerosas escaramuzas menores que solucionar durante el viaje. Los regimientos de Pragar fueron retenidos durante seis semanas para ocuparse de los restos de las legiones del Caos en Nonimax, y una tormenta de disformidad obligó a las naves de transporte Samotracia y Sarpoy a permanecer en Antioch 148 durante tres meses enteros. Sin embargo, lo más interesante para cualquier estudioso de la historia militar del Imperio fue lo que sucedió en el mundo-colmena de Verghast…

Fragmento de *Una historia de las Últimas Cruzadas Imperiales*.



CAPÍTULO 1
El alzamiento de Zoica

“ *La distinción entre el comercio y la guerra solo la ven quienes no tienen experiencia ni en lo uno ni en la otra».*

Heironymo Sondar, Casa Sondar,
de su discurso inaugural.

Las sirenas empezaron a aullar aunque todavía quedaba una hora o más para el cambio de turno.

Toda la población de la ciudad-colmena se detuvo como un solo hombre. Millones de ojos miraron los relojes, hicieron un alto en su trabajo y se quedaron pendientes del ruido. Se interrumpieron las conversaciones. Se intentaron algunas bromas para ocultar la inquietud. Los niños pequeños empezaron a llorar. La tropa de la Casa que prestaba servicio en el Telón Amurallado respondió con voces de confirmación y solicitudes de aclaración a la estación de mando de La Cúspide. Los supervisores de línea y los capataces de las plantas y fábricas instaron a su personal a volver a la producción, pero también ellos estaban inquietos. Era una prueba; ¿lo sería? O un error. Unos momentos más y las alarmas volverían a sumirse en el silencio.

Pero no fue así.

Después de un minuto aproximadamente, las sirenas de alarma del distrito central sumaron sus voces a las primeras. A estas les siguieron las sirenas de las fábricas y los silbatos de los talleres de toda la parte baja de La Colmena, y también las de los muelles y las de los habitáculos externos del otro lado del río. Hasta las grandes trompas ceremoniales situadas en lo alto de la Basílica de la Eclesiarquía empezaron a sonar.

La Colmena Vervun gritaba con todas sus voces.

Por todas partes, las luces de emergencia empezaron a girar y a destellar, y las celosías secundarias de tormenta comenzaron a desplegarse automáticamente para cerrar las ventanas. Todas las placas de información pública de la ciudad se quedaron negras, borrando las líneas de datos sobre el tiempo, la temperatura, los tipos de cambio, las noticias locales y las cifras de publicación constante. Permanecieron inertes durante algunos segundos y, a continuación, las palabras «Permanezca a la espera» empezaron a parpadear repetidamente en todas ellas.

En las salas iluminadas por el fuego de la Fundición Uno de Vervun, que formaba parte del principal distrito de procesamiento de mineral justo al oeste de la escombrera, las chirriantes vagonetas cargadas de roca sin procesar se pararon con una sacudida al ponerse en marcha los frenos de seguridad automáticos. Por encima del silo de la escombrera principal, el supervisor de planta Agun Soric emergió de detrás de un escritorio cubierto de archivos y se dirigió hasta la ventana de cristal emplomado de su oficina. Echó una mirada incrédula a la enorme planta paralizada,

luego se puso su chaqueta de trabajo y salió a la pasarela mientras observaba a los miles de obreros que estaban abajo. Vor, su subalterno, se acercó presuroso por la pasarela, produciendo con sus pesadas botas en la rejilla metálica un ruido que se perdió en la cacofonía de silbatos y sirenas.

—¿Qué es esto, jefe? —preguntó atónito, acercándose a Soric y desconectando los tubos de su filtro de aire de la mascarilla que le cubría la boca.

Soric sacudió la cabeza.

—¡Son quince mil codos de producción perdida, eso es lo que es, maldita sea! ¡Y seguimos contando!

—¿Y qué cree que es? ¿Una avería?

—¿Con todos los sistemas de alerta de la colmena tocando al mismo tiempo? ¡Usa la cabeza! ¿Una avería?

—Entonces ¿qué?

Soric hizo una pausa, tratando de pensar. Las ideas que se formaban en su mente eran cosas que realmente no quería pensar.

—Ruego al Emperador que esto no sea…

—¿Qué, jefe?

—Zoica… Zoica que se alza otra vez.

—¿Qué?

Soric miró con desdén a su subordinado. Se enjugó la incipiente calva con el envés de su puño ribeteado de oro.

—¿Es que no lees los pictogramas de noticias?

Vor se encogió de hombros.

—Solo el tiempo y los resultados del estadio.

—Eres un idiota —le dijo Soric. Y demasiado joven para recordar, pensó. Vaya, él también era demasiado joven, pero el padre de su padre le había contado el episodio de la Guerra del Comercio. ¿Cuánto hacía? ¿Noventa años estándar? ¡Otra vez no! Pero los pictogramas habían estado llenos de referencias los últimos meses: Zoica guarda silencio, Zoica interrumpe el comercio, Zoica eleva sus baluartes y alinea armamento en sus murallas septentrionales.

Aquellas sirenas de alarma no habían sonado desde la Guerra del Comercio. Soric sabía que eso era un hecho indiscutible.

—Esperemos que tengas razón, Vor. Esperemos que sea una maldita avería.

En el Distrito Comercial, el distrito mercantil general al norte de La Cúspide, a la sombra de la Torre del Escudo, el agremiado Amchanduste Worlin intentaba calmar a los compradores en su casa de trueques, pero las sirenas ahogaban su voz. Las comitivas se marchaban, reuniendo a sus sirvientes y porteadores, haciendo nerviosas llamadas a través de sus intercomunicadores, sin dejar nada tras de sí: ni un contrato proforma, ni un pagaré, ni una tablilla comercial y, por supuesto, nada de fondos.

Worlin se llevó las manos a la cabeza y profirió un juramento. Su toga bordada, de fina seda, le resultaba de golpe calurosa y pesada.

Gritó llamando a sus guardaespaldas y estos aparecieron: Men y Troor, dos hombres de cuello de toro enfundados en unos trajes ceñidos al cuerpo adornados con marfil y que llevaban el escudo del Gremio Worlin marcado con hierro en sus mejillas. Habían desenfundado sus pistolas láser y las fundas de terciopelo colgaban fláccidas de sus puños.

—¡Consultad con el transmisor de datos del alto gremio y con los enlaces del Administratum! —gritó Worlin—. ¡No volváis a menos que hayáis averiguado de qué se trata!

Ambos asintieron y se fueron, abriéndose camino a empujones entre los grupos de comerciantes que se marchaban.

Worlin regresó a su oficina privada detrás de la sala de subastas, maldiciendo a las sirenas para ver si así se callaban. Lo que menos necesitaban en este momento era una interrupción del comercio. Había dedicado meses e importantes fondos del Gremio Worlin a establecer vínculos mercantiles con la Noble Casa Yetch y con cuatro de las casas ordinarias. Todo ese trabajo sería inútil, si el comercio y los ingresos decaían. Todo el tratado se vendría abajo. Le arrancarían la piel a tiras, si eso sucedía. Incluso era posible que lo despojaran de su insignia y le retiraran sus derechos mercantiles.

Worlin temblaba. Se dirigió a la jarra que había en la mesa de bronce maciza y a punto estuvo de servirse un buen trago de su jiliq de diez años para calmar su nerviosismo. Pero lo pensó mejor. Fue hacia su escritorio, abrió un cajón con la llave genética que llevaba sujeta a la muñeca con una fina cadena y sacó su pistola de agujas compacta.

Comprobó que estuviera cargada y armada y luego se sirvió la copa. Se recostó en su trono levadizo, bebiendo el licor a sorbos y sosteniendo su insignia de crédito, la credencial de su jerarquía, mientras miraba el escudo de Worlin y sus brillantes adornos. Así esperó, con el arma sobre su regazo.

Las sirenas no paraban de sonar.

En la Estación de transporte C4/a se había desatado el pánico. Los trabajadores y las personas de las clases bajas que se habían aventurado a las cuestas mercantiles para abastecerse empezaban a atestar todos los transportes de estructura de bronce que rodaban por la pista de engranajes del funicular. Los carruajes partían hacia los habitáculos externos y también hacia La Cúspide llenos hasta los topes, algunos con las puertas a medio cerrar.

Las multitudes que llenaban las plataformas se conmovían a cada aullido de las alarmas y sus ánimos se iban caldeando al ver la cantidad de transportes repletos que pasaban sin parar. El puesto de un vendedor de tablillas fue volcado en el tumulto.

Livy Kolea, ama de morada, estaba empezando a sentir pánico. Una avalancha la había empujado hasta sobrepasar las columnas del atrio de la estación. Había conseguido sujetar con fuerza el carrito del niño y Yoncy estaba a salvo, pero había perdido de vista a Dalin.

—¡Mi hijo! ¿Han visto a mi hijo? —preguntaba, implorando a la frenética multitud que aumentaba alrededor—. ¡No tiene más que diez años! ¡Es un buen chico! ¡Rubio como su padre!

Cogió de la manga a un agremiado que pasaba. Una manga suntuosa, de seda pintada.

—Mi hijo… —empezó a decir.

El guardaespaldas del agremiado, amenazándola con su red de color óxido, la hizo a un lado. De un tirón sacó el arma de la funda de satén que llevaba en su mano izquierda, solo un instante, a modo de advertencia, y ayudó a su amo a abrirse paso.

—Quita las manos, maldita puerca —gruñó extrañamente con una voz amplificada, exenta de emoción.

—Mi hijo —repitió Livy, mientras intentaba apartar el cochecito del niño para que no lo arrastrara la multitud.

Yoncy se reía, inconsciente en su envoltura de lana. Livy se inclinó bajo la capota plegable del carrito para acariciarlo y le susurró palabras suaves, maternales.

Pero su pensamiento volaba. La gente chocaba con ella, empujaba el carrito, y ella tenía que sostenerlo con fuerza para que no lo volcaran. ¿Por qué tenía que pasarle esto, a ella, ahora? ¿Por qué habría de suceder justo el único día del mes que salía al distrito comercial para abastecerse? Gol había querido un par nuevo de guantes de tela. Tenía las manos muy doloridas después de un turno en la fundición.

Algo tan simple como eso. ¡Y ahora esto! Y ni siquiera había comprado los guantes.

Livy sintió que las lágrimas le abrasaban las mejillas.

—¡Dalin! —gritó.

—Estoy aquí, mamá —le respondió una vocecita, apenas audible entre el aullido de las sirenas.

Livy abrazó a su hijo de diez años con rabia y convicción, como dando a entender que no lo soltaría nunca más.

—Lo encontré cerca de la puerta oeste —añadió una nueva voz.

Livy levantó la vista sin dejar de abrazar al niño. La chica tenía unos dieciséis años, calculó, una mujerzuela de los habitáculos externos que llevaba las marcas y las perforaciones de una pandillera de las moradas.

—Pero está bien.

Livy examinó rápidamente al niño para ver si tenía alguna herida.

—Sí, sí, está bien… Estás bien ¿verdad, Dalin? Mamá está aquí.

Livy miró a la chica de los suburbios.

—Gracias, gracias por…

La chica se pasó una mano llena de anillos por el pelo decolorado.

—Está bien.

La chica la hacía sentir incómoda. Esas marcas, esa nariz perforada. Llevaba las marcas de una pandilla.

—Sí, sí, estoy en deuda contigo. Ahora debo irme. No te sueltes de mi mano, Dalin.

La chica se puso en frente del carrito mientras Livy intentaba girarlo.

—¿Adónde va? —le preguntó la muchacha.

—¡No intentes detenerme, pandillera! ¡Tengo una navaja en el bolso!

La chica dio un paso atrás, sonriendo.

—Seguro que sí. Solo preguntaba. Los transportes están repletos y la escalera de salida no es lugar para una mujer con un niño y un carrito de bebé.

—Oh.

—¿Quiere que la ayude a sacar el carrito de esta aglomeración?

«Y llevarte a mi bebé… llevarte a Yoncy para esas cosas depravadas que hacéis en los habitáculos externos junto al río», pensó Livy.

—¡No! Gracias, pero… ¡No! —respondió con malos modos, haciendo a un lado a la pandillera con el cochecito. Arrastró al chico consigo mientras intentaba abrirse camino entre la multitud presa del pánico.

—Solo quería ayudar —dijo Tona Criid, encogiéndose de hombros.

La marea del río estaba alta y espesa. Aguas abajo, el Hass transportaba una espuma cargada de escoria. Longshoreman Folik desatracó su traqueteante y mugriento *ferry* de fondo plano, el *Magnificat*, de la orilla norte y emprendió la travesía de ocho minutos hacia los muelles principales. El motor *diesel* tosió y balbuceó. Folik bajó las revoluciones y costeó entre chalanas y detritos, siguiendo el canal dragado. Los grises pájaros del estuario, con sus picos ganchudos y rosados, se levantaron de entre las chalanas en un torbellino estrepitoso. Hacia la derecha del *Magnificat*, las columnas de piedra del Viaducto Hass, de doscientos metros de altura, proyectaban sus sombras largas y frías sobre el agua.

¡Esas malditas sirenas! ¿Qué pasaría?

Mincer iba sentado en la proa, atento a los obstáculos que pudieran aparecer en las aguas bajas. Hizo un gesto a Folik y este desvió apenas el barco hacia estribor, pasando por los pelos entre los cascos de desechos y las boyas sonoras del puerto.

Folik podía ver a la multitud apretujada en la escollera. Un gentío impresionante. Sonrió para sus adentros.

—¡Con esto nos vamos a forrar, Fol! —gritó Mincer, mientras desataba el cabo alquitranado de las serviolas.

—Así parece —murmuró Folik—. Solo espero que tengamos oportunidad de gastarlo…

* * *

Merity Chass estaba probándose trajes largos en los probadores de la casa de modas cuando empezaron a sonar las sirenas. Se quedó paralizada, mirando su propio rostro pálido y atónito en el espejo del probador. Desde el corazón de La Cúspide, donde ella se encontraba, las sirenas se oían a lo lejos, casi quejumbrosas, pero no tardaron en unirse a ellas las alarmas locales. Sus doncellas acudieron presurosas desde el vestíbulo de la tienda y la ayudaron a ponerse su propia ropa.

—¡Dicen que Zoica ha declarado la guerra! —dijo la doncella Francer.

—Como en los viejos tiempos. ¡Como en la Guerra del Comercio! —añadió la doncella Wholt, mientras tiraba de una cinta de su corpiño.

—He sido educada por los mejores tutores de la colmena y conozco todo lo relativo a la Guerra del Comercio. ¡Fue la guerra más sangrienta y la que más pérdidas produjo en la historia de La Colmena! ¿Qué veis de gracioso en todo esto?

Las doncellas se apartaron de Merity después de hacer una reverencia.

—¡Soldados! —dijo la doncella Wholt con un mohín.

—¡Vendrán soldados bien parecidos y hambrientos! —dijo la doncella Francer, con voz chillona.

—¡Callaos las dos! —ordenó Merity. Se echó encima de los hombros su chal de muselina y lo fijó con un broche. A continuación retiró su varilla de crédito de la credenza de palisandro. Aunque la varilla era un instrumento que le daba acceso a su cuenta de gastos personales en el tesoro de la Casa Chass, tenía un diseño ornamentado, en forma de delicado abanico de encaje, que Merity abrió de una sacudida y agitó delante de su rostro con el consiguiente zumbido del ionizador incorporado.

Las doncellas bajaron la vista, reprimiendo las risitas de entusiasmo.

—¿Dónde está el modisto?

—Escondido en el cuarto de al lado, debajo de su mesa —respondió Francer.

—Le he dicho que ibais a necesitar que llamara a un transporte, pero se niega a salir —añadió Wholt.

—Entonces, este establecimiento ya no gozará del título de proveedor de la Noble Casa Chass. Encontraremos nuestro transporte —dijo Merity. Con la cabeza alta condujo a sus doncellas hacia el vestíbulo de mullidas alfombras de la casa de modas, entre cortinajes que se recogían automáticamente al aproximarse las mujeres, y salió a la perfumada elegancia del Paseo.

Gol Kolea dejó su hacha-rastrillo y se quitó la lámpara que llevaba en la cabeza. Tenía las manos ensangrentadas y doloridas. El aire estaba negro de hollín; parecía niebla. Gol aspiró una bocanada de fluido electrolítico de su boquilla y volvió a sujetársela al cuello.

—¿Qué es ese ruido? —le preguntó a Trug Vereas.

Trug se encogió de hombros.

—Parece como si allá arriba sonara una alarma en alguna parte. —La veta del Equipo de Profundidad Número Diecisiete estaba muy por debajo de los conductos y engranajes principales de la mina del poderoso distrito minero. Gol y Trug estaban a mil seiscientos metros bajo tierra.

Otro grupo de trabajo pasó junto a ellos, mirando hacia arriba y hablando en voz baja.

—¿Algún tipo de simulacro?

—Seguramente —dijo Trug. Él y Gol se hicieron a un lado para dejar paso a una sucesión de vagonetas de mineral cargadas con conglomerado suelto que pasó traqueteando por la monovía engrasada. No muy lejos se oyó el martilleo de una perforadora neumática.

—De acuerdo… —Gol levantó su herramienta e hizo una pausa—. Estoy preocupado por Livy.

—No le pasará nada, puedes creerme, y nosotros tenemos una cuota que cubrir.

Gol blandió su hacha-rastrillo y la descargó. Solo deseaba que el golpe y el arrastre de su herramienta apagaran el ruido de las sirenas lejanas.

El capitán Ban Daur hizo una pausa para abotonar la chaqueta cruzada de su uniforme y colocar los correajes de cuero en su sitio. Intentó tranquilizarse. Como oficial, debería haber sido informado de cualquier simulacro, y, por lo general, se enteraba hasta de las prácticas por sorpresa. Pero esto era real, podía sentirlo.

Recogió sus guantes y su casco claveteado y salió de su oficina. Los corredores del fuerte amurallado del Hass Occidental eran un hervidero de tropas. Todos vestían el uniforme de tela azul y el casco claveteado del Vervun Primario, la dotación militar permanente de la ciudad. En total, quinientos mil efectivos, más otros setenta mil de personal auxiliar y divisiones acorazadas, una fuerza poderosa que tenía a su cargo el Telón Amurallado y las fortalezas de la muralla de la Colmena Vervun. El regimiento tenía antecedentes nobles y ya había demostrado su valía en la Guerra del Comercio, y desde entonces había sido mantenido como una institución permanente. Cuando se ordenaban fundaciones para la Guardia Imperial, la Colmena Vervun las reclutaba de entre su población de más de cuarenta mil millones de habitantes. Los hombres de Vervun Primario jamás eran tocados ni trasladados. El suyo era un destino de por vida, una carrera. Pero, si bien sus antecesores habían luchado con valentía, ninguno de los hombres que actualmente formaban el Vervun Primario había estado jamás en una situación de combate.

Daur gritó unas cuantas órdenes para calmar la conmoción reinante en el pasillo. Era joven, apenas veintitrés años, pero alto y de una apostura indudable. Pertenecía a una buena familia de La Colmena y les caía bien a los hombres. Dio la impresión de que se relajaban un poco al verlo a él tan tranquilo. ¡De tranquilo nada!

—Alertad a todos los puestos de guardia —ordenó Daur—. ¡Eh, tú! ¿Dónde está tu arma?

El soldado se encogió de hombros.

—Vine corriendo cuando oí el… La olvidé… señor…

—¡Vuelve a buscarla, maldito estúpido! Tres días de castigo… cuando todo esto haya acabado.

El soldado salió corriendo.

—Ahora —gritó Daur—, hagamos como si hubiéramos recibido una instrucción como la gente ¿de acuerdo? Cada hombre sabe dónde debe estar y lo que debe hacer, de modo que ¡adelante! ¡Por el sagrado nombre del Emperador y por nuestra amada colmena!

Daur partió baluarte arriba, mientras sacaba su pistola automática y comprobaba el cargador.

El cabo Bendace se reunió con él en la escalera. Bendace tenía una placa de datos en las manos y un patético bigote sobre el labio superior.

—Le dije que se afeitara eso —dijo Daur, sacándole la tablilla de las manos y echándole una mirada.

—Yo creo que es… gallardo —dijo Bendace con entusiasmo, mientras se pasaba un dedo por encima.

Daur pasó por alto su comentario y siguió leyendo la tablilla. Subieron rápidamente al baluarte mientras los soldados bajaban en el doble de tiempo. En un descansillo se encontraron con un cabo que distribuía armas automáticas que sacaba de un armero a una fila de hombres que esperaban por ellas.

—¿Y bien? —preguntó Bendace, mientras enfilaban el último tramo hasta la cúspide.

—¿Recuerda esos rumores que oyó? ¿Sobre el alzamiento de Zoica y otra Guerra del Comercio?

—¿Eso lo confirma?

Daur volvió a poner la tablilla en las manos de Bendace con una mirada de amargura.

—No, no dice nada. No es más que una orden de despliegue de la Casa de la Comandancia en la Torre. Todas las unidades deben tomar posiciones, protocolo gama sigma. Deben montarse las armas de las murallas y del fuerte.

—¿Es eso lo que dice?

—No, me lo estoy inventando. Claro que dice eso: montar las armas, pero no armarlas hasta próxima notificación de la Casa de la Comandancia.

—Eso es malo, ¿no es cierto?

—Defina «malo».

—Yo… —Bendace no supo cómo seguir.

—Malo es su pelo facial. No sé lo que es esto.

Salieron a las ventosas almenas. Las dotaciones de artillería estaban colocando en posición el trío de baterías antiaéreas, mientras levantaban con pistones hidráulicos los soportes de las armas de sus silos. Los carros de carga automática se sacaban rodando de las cabezas levadizas. Otros soldados habían ocupado sus posiciones en los nidos de guardia cubiertos con redes. Todo eran gritos y voces de mando.

Daur cruzó hacia las murallas y miró en derredor. A su espalda, la enorme mole de La Cúspide, desdibujada por la niebla, se elevaba hacia el lóbrego cielo como un pico de granito, con sus millones de luces parpadeantes. A su derecha contemplaba el brillo del río Hass y las formas sombrías de los muelles y de los habitáculos externos sobre la otra orilla. A sus pies, la amplia curva del enorme Telón Amurallado de adamantium avanzaba hacia el este, en dirección a la cortina de humo de las fundiciones y la masa oscura de la Escombrera, y se agazapaba a lo largo de otros veinticinco kilómetros rodeando la circunferencia de los suburbios de la ciudad.

Hacia el sur, los tugurios que eran la continuación de los habitáculos externos, las oscuras siluetas de los portamuelas y las grúas pórtico del enorme distrito minero, y los viaductos del principal enlace ferroviario del sur, que se perdían en la distancia. Más allá de las lindes de La Colmena, se extendían hacia el horizonte los prados, de un verde taciturno y deslucido. La visibilidad era media. La niebla desdibujaba la distancia. Daur enfocó un telescopio montado sobre un trípode y miró a lo lejos. Nada. Una nada pálida, verde, indefinible.

Dio un paso atrás y paseó la vista por las murallas. Una de las baterías antiaéreas de la pared que se veía por debajo solo se había elevado a medias y los soldados maldecían y se afanaban para desatascar los elevadores hidráulicos. Fuera de eso, todo y todos estaban en su sitio.

El capitán cogió el auricular de la unidad de voz que llevaba un soldado que estaba a la espera.

—Daur a todas las posiciones de la zona del Hass Occidental. Confirmen posiciones.

Los oficiales subordinados hicieron llegar sus voces a través del enlace con rapidez y disciplina. Daur sintió un genuino orgullo. Los que estaban a sus órdenes habían ejecutado gama sigma en algo menos de doce minutos. En el fuerte y en el sector occidental de la muralla, las armas estaban dispuestas y los hombres aún más.

Miró hacia abajo. La última y recalcitrante batería antiaérea se elevaba ocupando su posición. La dotación de artillería la saludó con breves exclamaciones de entusiasmo que se perdieron en el viento y luego pusieron el carro del cargador automático correspondiente.

Daur seleccionó otro canal.

—Daur, Hass Occidental, a Casabe la Comandancia. Estamos desplegados. Esperamos órdenes.

En la enorme Plaza de la Comandancia, pegada al Telón Amurallado y a la Puerta de Heironymo Sondar, el aire se sacudió con el ruido atronador de trescientos tanques. Las enormes máquinas de guerra *Leman Russ*, pintadas del color azul de las libreas de Vervun Primario, desfilaban en punto muerto en filas por la plaza. Más vehículos se abrían paso con ruido metálico en el fondo del zoco, provenientes de los apartaderos situados por detrás de los barracones de La Colmena Meridional.

El general Vegolain del Primer Primario Acorazado saltó de su vehículo, ciñéndose la visera de su gorra de cuero y se acercó al comisario. Vegolain saludó juntando los talones de sus altas botas.

—¡Comisario Kowle!

—¡General! —respondió Kowle. Acababa de llegar a la plaza en una limosina oficial, un siniestro vehículo negro que ahora se retiraba siguiendo a su escolta de motoristas. Lo acompañaban otros dos comisarios: Langana y el cadete Fosker.

Kowle era un hombre alto, delgado, que daba la impresión de que lo hubieran obligado a llevar la gorra negra y la levita de un comisario imperial. Tenía la piel cetrina y tirante, y sus ojos eran de un color arena nada tranquilizador.

A diferencia de Langana y Fosker, Kowle era un ultramundano. El comisario mayor pertenecía a la Guardia Imperial, y había sido destinado a supervisar el ejército permanente de la Colmena Vervun como concesión para su mantenimiento permanente. Kowle despreciaba calladamente su puesto. Su prometedora carrera en el Quinto de Fedayines se había venido abajo algunos años atrás y, contra su voluntad, había sido enviado a hacer de niñera de aquel ejército de juguete. Ahora, por fin, vislumbraba la posibilidad de adquirir cierta gloria capaz de revitalizar su marchita carrera.

Langana y Fosker se habían formado en La Colmena. Ambos provenían de casas ambiciosas. Sus uniformes demostraban su origen diferente del de Kowle. En lugar de sus insignias con la doble águila imperial, llevaban el hacha simbólica del Comisariado de La Colmena de Vervun Primario (CCVP), la rama disciplinaria del ejército permanente. La nobleza de Sondar tenía una disciplina férrea. Algunos llegaban a decir incluso que la CCVP era casi una policía secreta que actuaba fuera del control del Administratum, atendiendo a los intereses de la casa gobernante.

—¿Tenemos órdenes, comisario?

Kowle se frotó la nariz con aire ausente, asintió y entregó a Vegolain una placa de datos.

—Vamos a formar una fuerza conjunta y nos internaremos en los prados. No se me ha dicho por qué.

—Supongo que es Zoica, comisario. Quieren medirse otra vez con nosotros y…

—¿Tiene usted acceso directo a la política intercolmenar de Zoica? —le espetó Kowle.

—No, com…

—Entonces ¿cree que los rumores y la disidencia son un instrumento de control?

—No, yo…

—Hasta que nos digan que es Zoica, no es nadie. ¿Está claro?

—Comisario. ¿Usted va a… va a acompañarnos?

Kowle no respondió. Se dirigió al *Leman Russ* de Vegolain y subió a bordo.

Tres minutos después, la Puerta Sondar se abrió con gran estruendo de los compresores hidráulicos y la columna acorazada salió hacia la principal autopista del sur en triple fila.

—¿Quién ha ordenado esta alarma? —la pregunta salió al mismo tiempo de tres bocas impersonales, electrónicas, inexpresivas.

El mariscal Gnide, comandante estratégico de Vervun Primario y primer oficial militar de la Colmena Vervun, hizo una pausa antes de responder. Era difícil saber a qué cara responder.

—¿Quién? —repitieron las voces.

Gnide estaba en la cálida y suavemente iluminada sala de audiencias de la Casa Imperial Sondar, en la mismísima Cúspide. Deseó haberse quitado su capote azul, largo hasta el suelo y lleno de galones, antes de entrar. Su casco con penacho era pesado y le producía picores en la frente.

—Es necesario, altísimo.

Los tres criados, fláccidos y aguantados solo por los cables y las conducciones que bajaban desde las guías del techo, lo rodearon. Uno de ellos era un chico andrógino delgado, con la piel pintada de dorado. Otro era una chica voluptuosa, desnuda y cubierta de runas doradas. El tercero era un querubín gordinflón con un arpa de juguete en sus manos gordezuelas, y llevaba unas alas de cisne cosidas a la espalda. Todos ellos colgaban de sus tubos e hilos, con mirada inexpresiva.

Los servomecanismos chirriaron y la chica se acercó a Gnide, arrastrando sus pies fláccidos sobre el suelo embaldosado.

—¿Eres mi mariscal leal? —preguntó en el mismo tono monótono, con esa voz que no era suya.

Gnide no hizo caso de ella y tendió la vista más allá de la muñeca de carne, como él la denominaba, hacia el tanque ornamental de hierro que estaba en el otro extremo de la estancia. El metal del tanque era oscuro y estaba cubierto de un óxido sorprendentemente verde. Una sola mirilla daba al exterior, semejante a un ojo afectado de catarata.

—Bien sabéis que lo soy, altísimo.

—Entonces ¿a qué viene esta desobediencia? —preguntó el joven cuyos miembros atrofiados temblaban mientras los hilos y los cables lo movían de un lado para otro.

—No es desobediencia, altísimo. Es mi deber. Y no estoy dispuesto a hablar con vuestros juguetes. He pedido una audiencia con el propio Salvadore Sondar,

Gobernante de la Casa.

El querubín se dio la vuelta abruptamente, encarándose con Gnide. Los tensores subdérmicos distendieron su boca hinchada en una sonrisa que no tuvo su reflejo en los ojos muertos.

—¡Ellos son yo y yo soy ellos! ¡Debes dirigirte a mí a través de ellos!

Gnide apartó al vacilante querubín, retrocediendo al sentir el tacto de su piel fría en la mano. Subió los escalones bajos que lo separaban del tanque de hierro y miró directamente a la mirilla.

—¡Zoica se moviliza contra nosotros, altísimo! ¡Se avecina una nueva Guerra del Comercio! ¡Las exploraciones orbitales demuestran que esto es cierto!

—No se llama Zoica —dijo la chica desde atrás—. Utiliza su nombre correcto.

—Fábrica Ferrozoica de La Colmena —dijo Gnide, con un suspiro.

—Al fin un poco de respeto —dijo el querubín, con su voz metálica, mientras andaba pesadamente alrededor de Gnide—. Nuestros antiguos enemigos son ahora nuestros socios comerciales más dignos. Son nuestros hermanos, nuestra colmena comercial hermana. No alzamos nuestras armas contra ellos.

—¡Con todo respeto! —le espetó Gnide—. Zoica siempre ha sido nuestro enemigo, nuestro rival. Hubo momentos durante el siglo pasado en que nos superaron en producción.

—Eso fue antes de que la Casa Sondar ocupara aquí el Altísimo Sitio. La Colmena Vervun es la más grande de todas, lo es y siempre lo será. —La marioneta del jovencito empezó a babear tontamente mientras hablaba.

—Toda la Colmena Vervun se regocija de que la Casa Sondar nos haya colocado en el lugar predominante, pero la Legislatura de las nobles casas ha votado esta vez que debemos prepararnos para la guerra, y es por eso que se han hecho sonar las alarmas.

—¿Sin mí? —bisbiseó la chica, sin más.

—Tal como está escrito, siguiendo la costumbre, os avisamos pero vos no respondisteis. El mandato 347gf, ratificado por vuestro ilustre predecesor, Heironymo, nos otorga la facultad de actuar.

—¿Usarías las leyes antiguas para destronarme? —preguntó el querubín, dando saltitos movido por sus hilos para mirar a Gnide a la cara con sus ojos inexpresivos.

—No es usurpación, altísimo. La Colmena Vervun está en peligro. ¡Mirad! —Gnide se acercó y puso una placa de datos contra la lente del tanque.

—¡Mirad lo que nos dicen las estaciones orbitales! ¡Zoica lleva meses en silencio, un indicio de que se está preparando para la guerra! Rumores, habladurías… ¿Por qué no se nos dijo la verdad? ¿Por qué esta primavera nos llega con tanto retraso? ¿No lo sabíais? ¿Vos, altísimo, el omnipresente, el omnisciente? ¿O es que decidisteis no decírnoslo?

Las marionetas empezaron a mover las piernas y a menearse, chocando con Gnide. Este las apartó de un empujón.

—He estado en permanente diálogo con mi semejante de la Fábrica Ferrozoica de La Colmena. Hemos llegado a disfrutar del vínculo, de la mutua compañía. Su alteza Clatch, de la Casa Clatch, es un querido amigo. No me engañaría. Las formaciones a lo largo de las murallas de Ferrozoica se debieron a la cruzada. El maestro de la guerra Slaydo conduce sus legiones hacia nuestros territorios espaciales; el peligroso enemigo ofrece resistencia. Es una precaución.

—Slaydo está muerto, altísimo. Murió hace cinco años en Balhaut. Ahora es Macaroth el líder de la cruzada. Las amadas legiones de la guardia están eliminando de los Mundos de Sabbat a la escoria del Caos. Todos los días damos gracias de que nuestro mundo, nuestro amado Verghast, no haya sido tocado.

—¿Slaydo está muerto? —preguntaron al unísono las tres voces.

—Sí, altísimo. Ahora, con todo respeto, solicito poner en marcha el Escudo con carácter experimental. Si Zoica se está pertrechando para conquistarnos, debemos estar preparados.

—¡No! ¡Intentas minar mi autoridad! ¡Clatch es nuestro amigo! ¡Slaydo no está muerto!

Las tres voces se elevaron en un coro de chillidos y las marionetas de carne se estremecieron de rabia contenida.

—¡No habrías tratado a Heironymo de forma tan irrespetuosa!

—Vuestro hermano, grande como era, no se escondía en un Tanque de Conciencia ni hablaba a través de criados inertes… altísimo.

—¡Lo prohíbo!

Gnide extrajo de su bolsillo un reluciente sello ducal.

—La Legislatura ya previó esto. Estoy autorizado por las casas de la Colmena Vervun, por razones de oportunidad, a revocar vuestros poderes según la Ley de Habilitación 45jk. La Legislatura aprueba vuestro liderazgo, pero os indica humildemente que no estáis actuando de una manera ejecutiva. —Gnide empujó a las marionetas y se dirigió a una consola de bronce que había en la pared frontera. Pulsó el centro del sello y unas extensiones de datos se abrieron como un compás desde la roseta con un chasquido mecánico. Gnide lo colocó en la clavija y lo hizo girar.

La consola se iluminó, desplegándose una sucesión de runas y sigilos por la placa de cristal.

—¡No! —chillaron las tres voces—. ¡Esto es insubordinación! ¡Yo soy la Colmena Vervun! ¡Yo soy la Colmena Vervun!

—Sois destronado por el bien de la ciudad —le dijo Gnide sin rodeos. Pulsó los conmutadores en serie, que activaron los generadores de poder residentes en las profundidades de La Colmena. Introdujo las secuencias para la conexión de la principal columna de transmisión y puso el Escudo en funcionamiento.

El querubín se lanzó contra él. Lo apartó de un manotazo y cayó enredado en sus hilos. Gnide introdujo la última secuencia y echó mano a la palanca de activación.

Gnide dio una boqueada y retrocedió tratando de alcanzar algo a sus espaldas. La marioneta de la chica se separó de un salto. Tenía un gran puñal en sus manos inertes. La hoja estaba teñida de sangre.

Gnide intentó cerrar la herida sangrante que tenía en la base de la espalda, pero le fallaron las rodillas y cayó. La chica volvió al ataque y le atravesó la garganta.

Cayó, boca abajo, empapando la alfombra con la sangre que salía a borbotones de sus heridas.

—¡Yo soy la Colmena Vervun! —dijo la chica. El querubín y el joven lo repitieron, con la misma voz monótona y atonal.

Dentro del tanque de hierro, envuelto en icor caliente y flotando libremente, con todos los órganos y vasos conectados por tubos al tanque vital, Salvadore Sondar, altísimo señor de la Colmena Vervun… soñaba.

La hierba estaba en llamas. Todo a lo largo de la escarpada elevación, los retorcidos y destrozados tanques de Vervun Primario yacían entre los grises pastizales lanzando llamaradas. El aire era irrespirable por el humo.

El comisario Kowle abandonó de un salto el tanque de mando mientras las llamas del interior consumían entre gritos a Vegolain y su tripulación. Kowle se despojó de la chaqueta que se había prendido fuego. Un tanque Vervun que estaba a cien metros de distancia explotó y la metralla se esparció en todas direcciones.

Una esquirla rozó a Kowle en la sien y lo derribó al suelo. Se puso de pie nuevamente. Las tripulaciones abandonaban los tanques incendiados, algunos hombres envueltos en llamas, otros intentando ayudar a sus camaradas que se quemaban. Otros simplemente corrían.

Kowle recorrió la diezmada línea de vehículos blindados de La Colmena. A su nariz llegaba el olor espeso y rancio de los pastizales en llamas.

Sacó su pistola.

—¿Dónde está tu valor? —le preguntó a un artillero mientras le atravesaba la cabeza de un disparo.

—¿Y vuestra fortaleza? —Esta vez, la pregunta fue dirigida a dos cargadores que huían cuesta arriba y a los que descerrajó sendos disparos.

Aplicó el cañón de su arma a la cabeza de un capitán de tanque que gritaba, con medio cuerpo quemado, y le voló la tapa de los sesos.

—¿Dónde ha ido a parar tu convicción? —preguntó Kowle.

Giró sobre sus talones y apuntó con su pistola a un grupo de artilleros que subían tambaleándose por la pendiente hacia él, apartándose de su destrozado tanque.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué estáis haciendo? Esto es la guerra. ¿Vais a escapar de ella?

Los hombres vacilaron. Kowle le disparó a uno en la cabeza para demostrarles lo que quería decir.

—¡Volveos! ¡Enfrentaos al enemigo!

Los demás se volvieron y corrieron hacia las posiciones enemigas. Un segundo después, una ráfaga de ametralladora acabó con ellos.

Los misiles disparados desde unos meteoritos bajos, con aspecto de nubes, eliminaron a otros veinte tanques de la formación de Vervun. Las explosiones eran atronadoras. Kowle quedó tendido boca abajo sobre la hierba.

Oyó el traqueteo que hacían al rodar. En el otro extremo de la pendiente aparecieron tanques de guerra y plataformas con ametralladoras pintados con el color ocre de Zoica que avanzaban hacia él.

Eran mil o más.

Cuando ya estaba anocheciendo, una media hora después de que hubieran dejado de aullar las sirenas, como surgidas de la nada, cayeron inesperadas las primeras bombas lanzadas por cañones de largo alcance desde más allá del horizonte.

Dos cayeron a poca distancia, sobre los habitáculos externos meridionales, y lanzaron al aire montones de chatarra de las casas de los obreros.

Otras seis mellaron el Telón Amurallado.

En Hass Occidental, Daur gritaba órdenes a sus hombres y preparaba las armas. «Un blanco… dadme un blanco…», rogaba.

Las fuerzas blindadas y de artillería atrincheradas, ocultas entre los pastizales en llamas, afinaron la puntería. Las bombas empezaron a caer dentro de la propia colmena.

Una ráfaga gigantesca alcanzó la cabeza de línea de la Puerta Veyveyr y la incendió. Otras bombas dieron en los barracones de Vervun Primario, aniquilando a más de mil soldados que esperaban para desplegarse.

Otra descarga machacó las moradas septentrionales de la orilla del río. Muelles y grúas saltaron por los aires y cayeron al agua. El *ferry* sobrecargado de Folik, que estaba en medio del río, recibió una lluvia de escombros. Folik trató de aprovechar la corriente, gritando para llamar la atención de Mincer. Otra bomba cayó en el agua, cerca del barco, empapando a los aterrados pasajeros con las malolientes aguas del río. El *ferry* se abrió camino en la estela de la explosión.

Otras dos bombas cayeron más allá del *Magnificat*, explotando y hundiendo al *ferry Inescrutable*, que regresaba por el canal de marea. El *Inescrutable* subió en una onda de choque que sembró el agua de chatarra. Manchas de combustible ardían en la picada superficie.

Folik giró el timón y se dirigió hacia el centro del canal. Mincer le gritaba algo, pero el retumbar de las bombas no le permitió oírlo.

Una salva escalonada se abrió camino por el distrito minero, descabezando portamuelas y pozos de extracción.

En las profundidades de la tierra, Gol Kolea intentaba sacar a Trug Vereas de la catarata de rocas que se había desplomado sobre él por el pozo del montacargas principal del Equipo de Profundidad Número Diecisiete. Alrededor todo eran gritos y mineros moribundos.

Trug estaba muerto, con la cabeza aplastada.

Gol retrocedió con las manos pegajosas por la sangre de su amigo. Los cables del elevador golpearon como látigos al caer por el hueco junto con las jaulas destrozadas. El acceso central se había desplomado sobre sus cabezas.

—¡Livy! —gritó hacia el vacío—. *¡Livy!*

La primera bomba que atravesó el techo de la Fundición Uno de Vervun mató a Vor. Agun Soric cayó cuan largo era y una esquirla de hierro que voló con la onda expansiva le arrancó de cuajo el ojo izquierdo.

La sangre de las heridas que tenía en el cuero cabelludo le corría por la cara. Rodó en medio de los escombros hasta que lo levantó del suelo otro impacto que fue a dar en el transportador principal. El brazo de un soporte impregnado de aceite atravesó todo el taller disparado como una hélice y, después de decapitar a uno de los trabajadores aterrados, se le fue a clavar a Soric en el muslo. Dio un alarido de dolor, pero su grito se perdió en el tumulto acallado por las sirenas que empezaron a ulular otra vez.

Livy Kolea miró alrededor mientras el techo de cristal de la estación de tránsito caía por efectos de una explosión y ella intentaba proteger a Yoncy y a Dalin.

Los trozos de cristal la hicieron trizas, a ella y a otros sesenta civiles. La onda de aire caliente achicharró a los demás. Dalin estaba detrás de una columna y resultó milagrosamente ileso. Se levantó y caminó entre los cristales rotos mientras llamaba a su madre.

Cuando encontró lo que quedaba de ella se quedó mudo, demasiado conmocionado como para hablar.

Tona Criid lo cogió en brazos.

—Está bien, chiquillo. Está bien. —Dio la vuelta al carrito volcado y vio la cara saludable y resplandeciente del bebé, que le sonreía. Tona cogió al pequeñuelo bajo el brazo y arrastró al otro tras de sí.

Estaban a veinte metros del atrio sur cuando más bombas arrasaron la estación de transporte C4/a.

Menx y Troor escoltaban al agremiado Worlin a través del caos del Distrito Comercial. Varias casas de trueque que quedaban hacia el oeste estaban incendiadas y

el humo llenaba varias de las calles del mercado. La estación de transporte más próxima con enlace a La Cúspide era la C4/a, pero en esa dirección se veía una enorme columna de humo. Menx decidió cambiar de camino atravesando la casa de trueque del gremio Fayk para dirigirse a C7/d.

Para cuando llegaron al depósito del ferrocarril funicular, el agremiado Worlin lloraba de rabia. El guardaespaldas pensó que era porque temía por su vida, pero la desesperación de Worlin se debía a motivos puramente mercantiles. El Gremio Worlin no tenía participaciones en fábricas de armas, suministros médicos ni empresas de alimentación. Estaban en guerra y no tenían participaciones adecuadas que explotar.

Entraron en la estación de transporte, pero el lugar estaba desierto. Se veían algunos objetos abandonados, como maletas y tablillas pictóricas, sobre las plataformas. El panel indicador de tránsito del techo estaba en blanco.

—Quiero volver a La Cúspide ahora —dijo entre dientes Worlin—. Quiero estar en la casa familiar, estar dentro del casco de la torre. ¡Ahora!

Troor echó una mirada hacia el monorraíl y se volvió hacia él.

—Veo luces, señor. Se acerca un transporte.

El tren de pasajeros entró en la estación y se detuvo un momento en automático. Los dos coches de que estaba formado estaban llenos de ciudadanos del Submundo y de La Colmena.

—¡Dejadme entrar! —gritó Worlin, aferrándose a la puerta más próxima. Unas caras aterrorizadas lo miraron en silencio.

En el Distrito Comercial, que quedaba a sus espaldas, empezó a oírse el estallido de las bombas. Worlin sacó su pistola de agujas y abrió fuego a través del cristal. Los pasajeros, atrapados como ratas en una jaula, gritaban mientras eran masacrados.

Tras una breve vacilación, los guardaespaldas de Worlin se unieron a él y mataron a veinte o más pasajeros después de desenfundar sus armas. Otros abandonaron el transporte, aullando. Después de echar fuera los cadáveres, los guardias subieron a Worlin al transporte justo cuando terminaba el período de parada automática y reanudaba la marcha. Afirmándose sobre los dientes de la cremallera, empezó a subir lentamente, introduciéndose en el casco de La Cúspide.

—Casa Sondar, líbranos de todo mal —bisbiseó Worlin tras sentarse en un banco dorado y recomponer sus ropas. Menx y Troor estaban de pie junto a él, inquietos y desconcertados.

Worlin miró por la ventanilla del transporte, que iba subiendo. Daba la impresión de que no veía las columnas de humo y el fuego sembrados por las bombas en la ciudad que quedaba allá abajo, del mismo modo que no distinguía los charcos de sangre que iban formándose alrededor de sus zapatos.

Andanadas de bombas y misiles de largo alcance golpearon la cara sur de La Cúspide. A pesar del grueso recubrimiento de adamantium, algunos misiles llegaron a perforar incluso la superficie de la grandiosa estructura. Los escaparates de una

cristalería del Paseo de La Colmena recibieron un impacto directo y estallaron, llenando el aire de astillas voladoras de cristal de plomo y de trozos de pared de ceramita. Cincuenta nobles ordinarios de la casa y sus criados resultaron destrozados o quemados mientras huían, presas del pánico, por las afelpadas pasarelas.

Apenas unos pasos más allá de la cristalería, protegida de la onda expansiva por una fila de columnas, Merity Chass seguía caminando a grandes pasos con sus llorosas doncellas refugiadas detrás de ella.

—Esto no está sucediendo —se dijo Merity Chass—. No puede estar sucediendo.

Múltiples impactos de bombas encendieron el Telón Amurallado alrededor del Hass Occidental. Un puesto de defensa antiaérea, el mismo que había tenido dificultades para elevarse desde su base, había volado y sus municiones, al explotar, habían abierto una brecha en la muralla.

El capitán Daur preparaba sus cañones y buscaba un enemigo. Los prados estaban vacíos. Los estaban atacando con armas de gran alcance a las que no podían ofrecer resistencia alguna.

Si por lo menos tuvieran autorización.

—¡El capitán Daur al mariscal Gnide! ¡Denos permiso para armarnos! ¡Dé la orden! ¡Mariscal, se lo ruego!

En el silencio monótono del salón de audiencias, el cadáver de Gnide fue levantado de la alfombra por las fláccidas marionetas. La voz desesperada de Daur y de otros cientos de comandantes de campo se perdía en su enlace de comunicaciones.

Tres bombas cayeron una tras otra sobre el Fuerte del Hass Occidental. La primera incendió el polvorín. La segunda pulverizó al Cabo Bendace y a otros dieciséis soldados. La tercera, una destructiva onda expansiva, partió la cúspide del baluarte e hizo que se desprendiera un gran lienzo de la muralla en medio de un torrente de piedra, polvo y fuego. El capitán Daur cayó con ella, atrapado en una avalancha de rococemento y ceramita. Todavía seguía esperando la orden de armarse de la Casa de la Comandancia.

Dentro del Tanque de Hierro, Salvadore Sondar, altísimo señor de la Colmena Vervun, divagaba y soñaba. La satisfacción que le había producido afirmar su superioridad sobre ese estúpido de Gnide estaba llegando a su punto culminante. Algo parecido al dolor se iba abriendo camino hacia él a través de los enlaces de impulsos mentales que conectaban su corteza con las mareas de datos y los archivos automáticos de producción de La Colmena. Cambió de posición en el líquido tibio en

el que estaba suspendido y accedió a los torrentes de información de la Legislatura y los gremios. Estaban atacando La Colmena…

Volvió a sintonizar su enlace para confirmar. A pesar de que la información fue verificada, parecía errónea. Había una discrepancia que su mente no podía resolver. La Colmena Vervun estaba siendo atacada. Pero eso no podía ser.

Necesitaba tiempo para pensar.

Con petulancia, activó los generadores del Escudo.



CAPÍTULO 2

Una oleada de color ocre

“ *Ya sea que se trate de un hombre o de un millón, el enemigo del Imperio debe ser tratado de la misma manera y rechazado con suma diligencia».*

Pius Kowle, Comisario Imperial,
de sus folletos de instrucción pública.

La oscuridad llegó prematuramente al final del primer día. El cielo oscurecido lo estaba aún más por las columnas de humo que salían de La Colmena y de sus distritos

exteriores, y por el gran manto de ceniza que se cernía, amenazador, desde los pastizales del sur.

Un humo espeso, negro, alimentado por el fuego, salía del distrito minero y de los pesados suburbios industriales que se extendían al sur del Telón Amurallado, y un resplandor pardo cenagoso, producido por el combustible que ardía, salía de los depósitos y silos rotos de los muelles del Hass, al norte del río. Otros jirones de humo blanco, gris y malva se elevaban desde cientos de fuegos de menor cuantía.

El bombardeo continuaba, a pesar de haberse armado el Escudo. Un vasto paraguas translúcido de energía magnética se abría desde la gran Torre del Escudo del distrito central y se desplegaba como una cúpula que llegaba hasta las subestaciones de anclaje comprendidas dentro del Telón Amurallado. Miles de bombas y misiles se estrellaban contra él cada minuto, rizando la energía acumulada y haciendo que formara ondas y se estremeciera como gelatina verde. Desde dentro del escudo daba la impresión de que el cielo verde estuviera poblándose de flores de fuego.

Los observadores apostados en la muralla meridional, la mayoría de ellos soldados de Vervun Primario, apuntaban sus telescopios y magnoculares a través del humo y del fuego de los habitáculos externos y observaban en el horizonte los pastizales transformados en un muro en llamas de setenta kilómetros de ancho. El humo de los pastos, de un gris ceniciento surcado por el negro de las hogueras individuales, teñía el cielo del sur en medio de la luz mortecina. Unos destellos brillantes y efímeros iluminaban desde abajo el humo del horizonte, dando una idea de la encarnizada batalla entre unidades blindadas que se libraba fuera del campo visual. Hacía ya dos horas que no se recibían comunicaciones de la columna blindada del general Vegolain.

Una vez desplegado el Escudo para cubrir el centro de La Colmena, los habitáculos externos, los sectores de la industria pesada y el distrito minero que quedaban al sur de la muralla eran los más castigados. Sin protección, eran barridos sin piedad por la artillería de largo alcance, los morteros de asedio y los cohetes incendiarios. A medida que la luz iba desapareciendo, el suburbio meridional extracolmenar se convertía en una masa oscura, abigarrada, sembrada de miles de fuegos y asaeteada por lluvias renovadas de explosivos. Desde la Muralla podían verse las ondas expansivas que irradiaba cada impacto importante y que alimentaban los fuegos existentes.

La población de los habitáculos externos del sur era de unos nueve millones de personas, además de otros seis millones de trabajadores que vivían en el centro de La Colmena y que salían a trabajar en el distrito industrial y en las minas. Casi no tenían donde refugiarse. Algunos se ocultaban en sótanos o en almacenes subterráneos, y, para muchos, estos lugares se transformaban en tumbas. Las bombas de penetración los hacían salir al aire como ratas abriendo al cielo los improvisados refugios que quedaban. Otros permanecían enterrados para siempre bajo miles de toneladas de escombros.

Había unos cuantos refugios muy profundos y blindados en las moradas del sur, reservados para funcionarios suburbanos y legisladores de área de menor categoría. Estos refugios habían sido excavados noventa años antes, durante la Guerra del Comercio, y eran muy pocos los que todavía estaban en condiciones decentes. Un grupo de funcionarios de las moradas se pasaron dos horas intentando encontrar el código rúnico correcto que les daba acceso al refugio que tenían asignado, pero fueron incinerados por un cohete antes de que consiguieran abrir la puerta de la cámara. Otro grupo, unas cuantas manzanas más al norte, tuvo que luchar contra una multitud aterrada que también quería acceder a él. Un funcionario del CCVP, que estaba al frente del grupo, abrió fuego con su ametralladora para disuadir a los frenéticos ciudadanos mientras el funcionario de mayor categoría, el jefe de una fábrica con conexiones en el gremio, abría la cámara.

Se encerraron a cal y canto, veintitrés ciudadanos de rango privilegiado con nivel de autoridad de tres como máximo, en un búnker con capacidad para doscientos. Todos murieron asfixiados antes del amanecer. Los sistemas de ventilación, que hacía tiempo que no se sometían a reparaciones y mantenimiento, fallaron en el mismo momento en que los conectaron.

A la caída de la noche, millones de refugiados bloqueaban las principales arterias de ingreso a La Colmena, atascados en la Puerta Sondar, en la vía de acceso al Hass Occidental y en la ruta de carga de las explotaciones de mineral. Incluso trataban de acceder a través del túnel de enlace ferroviario de la Puerta Veyveyr, pero la terminal interior se había transformado en un infierno durante la primera oleada de bombardeos y la puerta estaba bloqueada.

Los había incluso que, desesperados, avanzando lentamente en las largas colas, cargados incluso con sus pertenencias o con heridos de su familia, se aventuraban por las Escombreras y las ciénagas, y hasta hubo quienes consiguieron entrar a través de la todavía intacta cabecera de ferrocarril de la Puerta Croe.

El Fuerte Occidental Hass todavía ardía y su parte superior no dejaba de arrojar escombros tanto por dentro como por fuera de la Muralla. Sin embargo, tanto la Muralla como la Puerta del Hass seguían firmes y oleadas de refugiados conseguían entrar en La Colmena a través de la Carretera del Hass bajo supervisión de los soldados de Vervun Primario, que formaban la dotación del deteriorado emplazamiento. Sin embargo, el acceso era lento, y una columna de personas de dos kilómetros de largo, que no dejaba de crecer, partía de la Puerta del Hass hacia la oscuridad, expuesta a los continuos asaltos de que eran objeto los habitáculos externos. Miles murieron antes de llegar a un refugio al caer las bombas sobre la densa cola. Tal vez otro tanto, unos ocho o nueve mil, huyó hacia el noroeste, internándose en las orillas del río.

El último y sinuoso tramo del muro de protección al norte del Fuerte Hass Occidental, conocido como el Muro del Muelle, penetraba en las aguas intermedias y no había salida. Hubo quienes perecieron en las traicioneras ciénagas; otros

intentaron cruzar a nado el río y se perdieron por cientos. La mayoría se refugió en el hediondo cieno al pie del Muro del Muelle, mientras elevaban sus ruegos quejumbrosos a los soldados que estaban doscientos metros por encima de ellos, en la parte superior del muro, y que no podían hacer nada para ayudarlos. Casi dos mil personas permanecieron acorraladas en aquel sucio rincón de la Muralla durante los primeros días del conflicto, demasiado asustadas como para intentar el camino de regreso hacia la Puerta del Hass. El hambre, la enfermedad y la desesperación acabaron con ellos en cuestión de cuatro días.

La Puerta Sondar permanecía abierta, y la mayoría de los refugiados intentó entrar por ella. Las tropas de Vervun Primario, enviadas en masa para controlar a la multitud, permitían la entrada a la gente lo más rápido que podían, pero el acceso seguía siendo desesperadamente lento y la columna se internaba tres kilómetros en los ardientes habitáculos externos.

Muchos de los últimos de la fila, seguros de que estarían muertos antes de ponerse a salvo bajo el Escudo de La Colmena, se volvían y se internaban en los pastizales. Fueron cientos y nunca se volvió a saber de ellos.

En la Plaza de la Comandancia, al lado de la Puerta Sondar, los soldados de La Colmena se afanaban por atender a la multitud impresionante de ciudadanos. El cuarenta por ciento de los que llegaban estaban heridos.

El capitán Letro Cargin había sido encargado de la operación y, al cabo de una hora, estaba al borde de la desesperación. Al principio había intentado contener a los refugiados en la enorme plaza ceremonial, pero pronto esta estuvo a rebosar. Algunos grupos familiares se subían a los pedestales de las estatuas que rodeaban la plaza, tratando de encontrar un lugar donde descansar. La gente entonaba himnos al trabajo de La Colmena o himnos imperiales. El sonsonete de la multitud de voces quebradizas, sumado al ruido atronador de los bombardeos y a los chasquidos del Escudo, exasperaban a sus hombres.

Los barracones del Vervun Primario, situados al noroeste de la plaza, que habían sido alcanzados por las primeras bombas, todavía ardían, pero estaban ya bajo control. Cargin se comunicó repetidamente con la Casa de la Comandancia hasta que consiguió permiso especial de los gremios para abrir la Planta Química Anko, situada al oeste de la plaza, y las fábricas del gremio, al este, para albergar al exceso de público. Pero estas zonas no tardaron en llenarse también. Los gremios habían dado instrucciones especiales sobre la superficie de esas zonas que podía utilizarse. Los hombres de Cargin le comunicaron que se producían peleas cuando intentaban negar el acceso a determinadas zonas. Hubo que disparar al aire para disuadir a la multitud. Comparado con el ataque violento que habían sufrido fuera, el pequeño número de soldados era un obstáculo insignificante, y la Guardia de la Casa se vio obligada a replegarse hacia las áreas industriales, tratando de dar cabida a los que llegaban. La mayoría de los soldados se resistía a disparar a los ciudadanos. En un momento, un oficial de menor graduación, enfurecido, llegó a disparar realmente sobre la

amenazadora multitud y mató a dos personas. Tanto él como su pelotón de seis hombres fueron despedazados por un grupo de obreros textiles ennegrecidos por el humo.

Cargin clamaba por provisiones e instrucciones. A las ocho de la noche llegaron nuevas órdenes de la Casa de la Comandancia y de la Legislatura, indicando zonas para reunir a los refugiados dispuestas rápidamente en los habitáculos internos de los trabajadores, al sur de la Torre y del Distrito Comercial. El tráfico de asilados proveniente de la Puerta Sondar, de la Puerta del Hass y, en menor medida, de la Puerta Croe, empezaba a colapsar ya los sectores meridionales de La Colmena. Algunos de la Casa de la Legislatura, reunidos en sesión extraordinaria en el Círculo Principal, sostenían que La Colmena tenía obligación de dar cobijo a la población de los habitáculos externos. Otros temían que, con las principales arterias del sur colapsadas, jamás podrían movilizar a sus ejércitos. Seis casas nobles ofrecieron incluso ayuda voluntaria que empezó a ser despachada por vía de transporte hasta la Plaza de la Comandancia y al principal campo de aterrizaje de la ciudad, donde también se estaban congregando los refugiados provenientes de la Puerta del Hass.

Fue un comienzo, pero no suficiente. Cargin empezaba a preguntarse si las altas esferas de La Colmena realmente entendían la magnitud del problema. Los lemas imperiales, las divisas de La Colmena y otros mensajes de propaganda tranquilizadora que aparecían en las placas de información al público no contribuían demasiado a sofocar el pánico generalizado. Cargin tenía a miles de ciudadanos atemorizados, la mayoría de ellos totalmente sordos por la conmoción sufrida; muchos se habían quedado sin ropa, al haberse quemado en las explosiones, y muchos más se estaban muriendo y no podían moverse de una camilla. Como no fuera cerrando la propia Puerta, Cargin no veía la manera de contener la afluencia. Sus tres mil hombres se veían totalmente superados por la multitud.

Cargin fue llamado a la esquina norte de la plaza. Allí, algunos médicos de un dispensario de algún habitáculo interno habían establecido un hospital de campaña. Cientos de heridos habían sido tendidos en el suelo de piedra. Los médicos y ayudantes vestidos con batas y máscaras de color carmesí los atendían.

—¿Es usted Cargin?

Cargin miró alrededor. Una figura con bata y máscara se dirigía a él. Se quitó la máscara y dejó al descubierto un rostro atractivo en forma de corazón. Sin embargo, la mirada era dura y desconcertada.

—Sí… ¿doctora?

—Cirujana Ana Curth, Equipo Médico Colectivo del Habitáculo Interno 67/mv. Se me ha puesto al frente de este lugar. Estamos intentando establecer un puesto de selección bajo aquellas marquesinas, pero la afluencia nos desborda.

—Hago todo lo que puedo —respondió secamente. Desde allí veía tractores y camiones alineados en la carretera de los barracones, con los faros encendidos y los motores en marcha, que entraban para transportar a los que necesitaban cirugía

inmediata a las instalaciones hospitalarias de los habitáculos internos y del Submundo.

—Y yo —dijo Curth, con seriedad. El aire olía a sangre y a carne quemada y estaba poblado de gritos de dolor—. Los hospitales ya están llenos de heridos de la ciudad interna. Hubo un número enorme de bajas al comienzo del ataque, antes de que se activara el Escudo.

—No sé qué decir. —Cargin se encogió de hombros—. Siguiendo mis órdenes, he derivado a los que entraban a la plaza hacia zonas adyacentes. Da la impresión de que no van a terminar nunca de llegar. Mis observadores de lo alto de la torre dicen que todavía hay fuera una cola de tres kilómetros de largo.

La cirujana miró un momento el pavimento salpicado de sangre, con las manos en las caderas.

—Yo… —empezó, pero hizo una pausa—. ¿Puede conseguirme un enlace de voz? Intentaré enviarlos a mis superiores. El Distrito Comercial ha sido evacuado y dentro hay lugar suficiente. Dudo de que vayan a dar permiso, pero haré lo que pueda.

Cargin asintió. Llamó a su oficial de comunicaciones y le dijo que atendiera a la cirujana.

—Aunque no sea mucho lo que pueda hacer, siempre es mejor que nada —le dijo a la mujer.

El tanque rugía y se sacudía sobre las desiguales lomas cubiertas de pastos. Iba hacia el norte a toda la velocidad de que era capaz, con la torreta invertida para escupir bombas sobre el enemigo invisible, que venía pisándole los talones.

El cielo nocturno era una gran llamarada. En lo alto se veía la estela chamuscada de los cohetes y de las bombas dirigidas contra La Colmena.

El comisario Kowle estaba en cuclillas en la torreta del tanque en marcha, dando órdenes de disparar al equipo de artillería situado en el espacio iluminado que había a sus pies. El enlace de voz estaba desconectado. No podía ponerse en contacto con la Casa de la Comandancia. Le quedaban cuarenta y dos tanques de la columna blindada de más de cuatrocientos cincuenta que habían salido aquella tarde por la Puerta Sondar. No quedaban oficiales vivos de rango de la división acorazada de Vervun Primario. El cadete Fosker también había muerto.

Kowle estaba ahora al mando. Con el comisario Langana del CCVP como segundo oficial, había conseguido reagrupar los restos desperdigados de la fuerza acorazada y encaminarlos nuevamente hacia la ciudad. Parecía una retirada, pero Kowle sabía que era una decisión táctica sensata. Se enfrentaban a una oleada de color ocre allí fuera, en los pastizales, una magnífica fuerza blindada de Zoica que avanzaba en tres frentes. Solo en sus épocas con la Guardia Imperial, durante ofensivas de gran envergadura como las de Balhaut y Cociaminus, había visto un asalto de escala

semejante. Y detrás venían regimientos de infantería, tan densos como una plaga de langostas, que seguían a las divisiones blindadas.

Kowle ni siquiera quería pensar en las proporciones de la ofensiva a la que se enfrentaban. Era… increíble, inconcebible. Una oleada de color ocre, eso era todo lo que podía ver, la marea de tanques pintados de ocre que arrollaba a sus tropas, aplastándolas.

Volvió a intentar la comunicación, pero el enemigo tenía interferidas todas las bandas. Las bombas llovían sobre los tanques de Vervun en retirada. Al menos dos estallaron al encenderse su munición, haciendo que los cascos de los tanques salieran rodando como bolas de fuego que escupían segmentos de chatarra como si fueran dientes rotos.

El conductor lo llamaba por el intercomunicador.

—¡Al frente, señor!

Kowle se dio la vuelta. A la vista tenía la Colmena Vervun, con la gran ampolla luminosa de energía verde brillando contra el cielo como un hongo gigantesco, resplandeciente en medio de la noche.

Kowle cogió su visor y vio aproximarse la masa ennegrecida, ardiente, de los habitáculos externos. Una lluvia persistente de explosivos seguía cayendo sobre ellos.

—¡Kowle a la columna! —rugió por su transmisor intertanques—. Formen y síganme por la Autopista del Sur. Entraremos en la ciudad por la Puerta Sondar. ¡Que nadie escurra el bulto, porque observaré su ausencia y lo encontraré!

Sus últimas palabras le arrancaron una sonrisa. Incluso ahora, bajo una tormenta de fuego, era capaz de acuñar una buena frase disciplinaria.

En la Sala de la Legislatura, de elevado techo y con profusión de adornos dorados, que estaba situada en los niveles más altos y seguros de La Cúspide, se elevaban voces disidentes.

Lord Heymlik Chass, noble patriarca de la Casa Chass, se echó hacia atrás en su banco tapizado de terciopelo y miró de lado a sus ayudantes y chambelanes.

Esa noche, la Legislatura estaba llena. Asistían las nueve casas nobles, así como los representantes de las otras veintiuna casas ordinarias. A las voces de estos, se sumaban los murmullos de las más de trescientas asociaciones gremiales y familias ataviadas con sus mejores galas. Y abajo, en el foso de los comunes, cientos de representantes de las moradas y de los trabajadores elevaban sus demandas de acción.

Como descendiente de una casa noble, el banco de Chass estaba en el círculo interior, justo encima del estrado del Legislador. Los comunicadores de voz y de imagen producían una especie de zumbido que sobrevolaba los escaños. El Coro de la Legislatura, al que el Noble Croe había impuesto silencio unos minutos antes, estaba sentado en actitud hosca en su palco y se entretenía en hacer bolas de papel y arrojarlas sobre la asamblea. El Señor Jehnik, de la Casa Ordinaria Jehnik, estaba de

pie en medio del círculo, leyendo de una pizarra preparada e intentando que alguien escuchase su plan de cincuenta y cinco puntos.

Chass pulsó el lector genético que había en el lateral de su escaño de madera y la placa se desplegó ante él.

Introdujo su nivel de autoridad, pulsó las runas de intervención y escribió: «Señor Legislador, ¿vamos a debatir o nos dedicaremos a discutir toda la noche?».

Las palabras aparecieron en la pantalla central y otras seis casas nobles, quince casas ordinarias y la mayoría de las asociaciones gremiales las apoyaron.

Se hizo el silencio.

El Señor Legislador, Anophy, un anciano jorobado con un tricornio adornado con una cinta, se puso de pie en su estrado e inició la Letanía de la Liberación. Los presentes guardaron silencio hasta que terminó. Anophy se atusó el largo bigote gris, alisó la pechera de su toga opalescente y solicitó a la asamblea que pidiera turno de palabra.

Unas setenta runas holográficas aparecieron en la pantalla y los repetidores las presentaron en los visores superiores.

—El Noble Anko tiene la palabra. —Hubo protestas provenientes del foso de los comunes.

Anko se puso de pie, o más bien lo pusieron de pie los que estaban a su lado. Su voz áspera, amplificada, llenó toda la sala.

—Deploro el ataque lanzado sobre nuestra ciudad-colmena por los que considerábamos nuestros amigos de Zoica. Propongo que votemos por expulsarlos y enviarlos a casa con la cola entre las piernas.

«En eso no hay discusión», pensó Chass. Típico de Anko, que siempre buscaba el voto fácil.

—Deseo que la Legislatura me respalde en otra cuestión —prosiguió Anko—. Mi planta está siendo arrasada por indigentes de los suburbios. Los funcionarios de la Casa me dicen que la planta ya está saturada y que eso va a interrumpir la producción. Esto perjudica a la Colmena Vervun. Presento la moción de que se autorice a la Casa Anko a expulsar a los indigentes de sus instalaciones.

Más protestas y gritos desde abajo.

—¿Noble Yetch?

—¿Debemos tratar así a nuestra población trabajadora, primo Anko? ¿Os vienen muy bien cuando engrosan tus cuentas, pero los odiáis cuando alteran el funcionamiento de tus fábricas?

La conmoción subió de tono. Varios nobles y muchos representantes de gremios hicieron sonar sus sirenas de aprobación. Anko se sentó con evidente mal humor.

—¿Noble Chass?

Chass se puso de pie.

—Me temo que mi primo Anko pasa por alto en este caso los antecedentes históricos. Han pasado noventa años desde que nos enfrentamos a una crisis

semejante. Estamos ante una Segunda Guerra del Comercio. Según los informes, las fuerzas enemigas están pisoteando a nuestras defensas. Ya hemos visto los estragos que han hecho en nuestra colmena los tumultos de hoy. Mi propia hija muy querida tuvo dificultades para llegar a casa ilesa.

Hologramas aduladores de solidaridad afluyeron desde las filas de algunas de las casas ordinarias.

Chass continuó.

—Si este ataque produce inconvenientes a nuestras casas, lo que yo digo es que ¡debemos aceptar esos inconvenientes! Tenemos un deber para con la población de La Colmena, y el primo Anko debería anteponer este hecho a su cuota de producción. Quisiera enunciar algunas cuestiones más importantes para esta Legislatura. Primero: ¿por qué nos llegó por sorpresa este ataque? Segundo: ¿debemos pedir ayuda al Imperio? Tercero: ¿dónde está el altísimo señor? ¿Por qué no estaba al tanto de esto y por qué se activó tan tarde el Escudo?

Ahora el clamor subió de tono. Por todas partes se encendieron sigilos de aprobación. El Legislador pidió orden a gritos.

—Noble Chass —dijo una voz que resonó en la enormidad de la sala—. ¿Cómo queréis que os responda a eso?

El silencio fue absoluto. Escoltado por diez funcionarios impasibles con uniformes del CCVP, el altísimo señor Salvadore Sondar entró en la Sala.

Estaba ciego de un ojo y cojeaba bastante. Tenía la piel chamuscada y llena de ampollas, y la ropa hecha jirones. Pero seguía siendo el supervisor de la planta.

Con un hacha-rastrillo como muleta, Agun Soric gritó con toda la fuerza que le permitieron sus maltrechos pulmones mientras sacaba a más de trescientos trabajadores de la fundición por las rampas norte de procesamiento de la Fundición Uno de Vervun. La mayoría de ellos estaban tan negros de hollín como él mismo, y lo único que destacaba sobre ese color de fondo era la brillante sangre de las heridas o el blanco de los vendajes recién puestos.

Eso y los ojos blancos y aterrorizados de los trabajadores.

Llevaban a sus heridos con ellos, algunos en improvisadas camillas, otros en angarillas hechas con sacos atados, y algunos más montados en las carretillas del mineral.

Soric se volvió y miró con su único ojo. La Fundición Uno de Vervun y partes de las plantas de mineral que la rodeaban ardían furiosamente. Las altas chimeneas se venían abajo por el calor y hacían saltar cenizas blancas sobre el fondo de las llamas amarillas. La Terminal Ferroviaria de Veyveyr, al oeste, también era una antorcha.

Oyó gritos y discusiones entre la concurrencia, más abajo de donde él estaba, y se asomó, abriéndose camino entre las filas de hombres y mujeres de su planta.

Una docena de soldados de Vervun Primario detenía el avance de los supervivientes por el canal de tránsito 456/k hacia los habitáculos internos. Un oficial del CCVP estaba al frente.

—Necesitamos llegar allí —dijo Soric, mientras avanzaba con dificultad hasta el oficial del comisariado. A pesar de ver con un solo ojo, a Soric no le pasó inadvertida la mirada crispada, frenética, del joven oficial del CCVP.

—Órdenes de La Cúspide, viejo —le dijo el comisario—. Los habitáculos internos están atestados de refugiados. No es posible admitir más. Pueden acampar aquí. Cuando sea oportuno, llegarán provisiones.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Soric.

—Comisario Bownome.

Soric hizo una pausa, se apoyó torpemente en su muleta y limpió la ceniza de su insignia de supervisor con un poco de saliva.

La levantó para que el hombre uniformado pudiera verla.

—Soric, supervisor de planta, Fundición Uno. Acabamos de ser bombardeados y mis hombres tienen necesidad de cobijo y tratamiento. Ahora, no «cuando sea oportuno».

—No hay forma de llegar. El acceso está denegado. Haga que su gente se acomode aquí. —Los soldados que estaban detrás de Bownome levantaron las armas para subrayar sus palabras.

—¿Aquí? ¿En esta infesta calle con las explotaciones en llamas a nuestras espaldas? Ni lo sueñe. Chico, la Fundación Uno es propiedad de la Noble Casa Gavunda. Todos somos almas de lord Gavunda. Si se entera de esto…

—Solo respondo a la Casa Sondar, y usted debería hacer lo mismo. No me amenace.

—¿Dónde ve la maldita amenaza, pedazo de idiota? —preguntó Soric, volviéndose para mirar a sus trabajadores y recibiendo una sonora carcajada como respuesta—. ¿En un viejo tullido y tuerto como yo? Déjenos pasar.

—¡Sí, déjenos pasar! —gritó un trabajador junto a Soric. Tal vez Ozmac, aunque era imposible saberlo bajo tanto hollín. Otros trabajadores unieron sus voces a la suya.

—¿Entiende lo que es un estado de emergencia, viejo? —preguntó Bownome.

—¿Entenderlo? Maldita sea, lo estoy viviendo —estalló Soric, que intentó hacer a un lado al oficial del CCVP, pero Bownome lo empujó y Soric cayó al suelo sembrado de escombros.

Hubo algunos gritos de asombro y rabia. Los trabajadores avanzaron en masa. Bownome retrocedió, sacó su pistola automática y disparó contra la muchedumbre.

Ozmac cayó muerto y otro herido.

—¡Ya basta! ¡Suficiente! ¡Quedan advertidos! —gritó el comisario—. ¡Se quedarán todos donde…!

El hacha-rastrillo que llevaba Soric como muleta le partió el cráneo a Bownome y lo derribó al suelo. Antes de que los soldados pudieran reaccionar, los trabajadores se abalanzaron sobre ellos como una ola mareal. Los mataron a todos en cuestión de segundos.

Los trabajadores de la fundición se hicieron con sus armas. Gannif le entregó a Soric la pistola del comisario.

—¡Yo os guiaré! —rugió Soric, indicándoles con la mano que lo siguieran por el canal de tránsito. Todos lo aclamaron y se pusieron en marcha, pisándole los talones, hacia el centro de la ciudad.

—El mariscal Gnide está muerto —comunicó a la Legislatura el altísimo señor Sondar. La sala había guardado silencio, manteniendo su vanguardia de la CCVP una expresión impenetrable, mientras el trono flotante del altísimo señor ascendía hasta el estrado principal. El trono de Sondar se colocó en su sitio, por encima del estrado del Sumo Legislador, y el señor de la Colmena Vervun dedicó un largo momento a pasear su vista por la asamblea antes de hablar. Estaba ataviado con ropajes reales y llevaba el rostro cubierto con una máscara de cerámica color turquesa de doble faz.

—Muerto —repitió Sondar—. Nuestra colmena se enfrenta a una guerra, y vosotros, casas nobles, casas bajas, representantes de los gremios ¿habéis decidido que ha llegado el momento de usurpar mi posición?

El silencio continuó.

El rostro enmascarado de Sondar se volvió para abarcar con su mirada toda la sala dispuesta en gradas.

—Si no somos uno, no somos nada.

El silencio nervioso se mantuvo.

—Creo que me consideráis débil. Pues no lo soy. Creo que me consideráis tonto. Tampoco lo soy. Creo que algunas de las altas casas ven en esto una oportunidad para extender su influencia.

Con un gesto de su mano, el altísimo señor permitió al Noble Anko levantarse.

—Jamás os hemos puesto en entredicho, altísimo señor. Lo que ocurre es que la Guerra del Comercio se nos vino encima de forma tan repentina…

«Estúpido pusilánime» —pensó Chass—. «Sondar nos ha metido en este callejón sin salida y tú le das los parabienes a la primera oportunidad. ¿Dónde está el fervor que nos hizo votar una acción ejecutiva esta tarde?».

—Zoica será rechazada —dijo Sondar.

Chass observó los movimientos del altísimo señor y notó que eran espasmódicos. «No es él —pensó—. El desgraciado ha enviado como representante a otra de sus marionetas».

—Nos hemos puesto en contacto con las Colectividades de la Fundición Norte y con Vannick Magna. Nos apoyarán con tropas de su guarnición. Nuestro contraataque

comenzará dentro de dos días.

Hubo manifestaciones de alegría en el foso de los comunes y en las filas de los gremios.

Chass se levantó y habló.

—Considero que, por el bien de Verghast en su conjunto, deberíamos solicitar ayuda al Imperio.

—No —respondió Sondar rápidamente—. Ya hemos vencido antes a Zoica y volveremos a hacerlo. Esto es una cuestión interna.

—Ya no —se alzó una voz desde abajo. La asamblea se inclinó hacia los escaños que ocupaban los funcionarios del Administratum. Cubierto con una túnica y una capucha, el intendente Benefail del Administratum Imperial se puso de pie—. Se han enviado mensajes astropáticos implorando la ayuda imperial al Señor de la Guerra Macaroth. La producción de vehículos civiles y militares de la Colmena Vervun es vital para el abastecimiento permanente de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. El Señor de la Guerra tomará en serio nuestra solicitud. Esta es una cuestión que sobrepasa los límites de la política planetaria local, altísimo señor Sondar.

Sondar, o mejor dicho el ser que lo representaba, dio la impresión de estremecerse en su trono. Furia, supuso Chass. El equilibrio entre La Colmena y la autoridad local siempre había sido delicado en la Colmena Vervun; a decir verdad, en todas las noblezas de Verghast, pero pocas veces se producía un choque tan evidente y tan profundo. Chass sabía bien que la producción de la Colmena Vervun y de las demás ciudades fabriles era de una importancia estratégica fundamental para la cruzada, pero, de todos modos, la magnitud de la intervención del intendente lo dejó boquiabierto. El Administratum era la mano derecha burocrática del propio Emperador, pero por lo general se sometía a la voluntad del gobernador planetario local.

«Nuestra situación debe ser realmente muy comprometida», pensó Chass, con el corazón oprimido por una gran pesadumbre.

Llevando en brazos al más pequeño y sujetando al otro niño de la mano, Tona Criid corría por la sección norte en llamas del Distrito Comercial. Ahora el niño iba llorando y ella no podía hacer nada. Si conseguían llegar a los muelles, los llevaría al otro lado del río y estarían a salvo. Pero los caminos estaban atestados. Los habitantes huían hacia el norte con la misma rapidez con que llegaban a La Colmena desde el sur.

—¿A dónde vamos? —preguntó Dalin.

—A un lugar seguro —le dijo Tona.

—¿Y tú quién eres?

—Soy tu tía Tona.

—Yo no tengo tía.

—Ahora la tienes, y también Yancy.

—Es Yoncy.

—Sí, da igual. Vamos. —Tona intentó introducirlos entre la masa de gente que llenaba los canales de tránsito hacia los muelles, pero estaban atascados.

—¿A dónde vamos? —volvió a preguntar el chico mientras se refugiaban bajo la marquesina de una casa de trueque para evitar la aglomeración.

—Hacia fuera. Hacia el río. —Ese era el plan. Pero, con semejante aglomeración, no sabía si iba a ser posible. Tal vez estuvieran más seguros en la ciudad, bajo el Escudo.

El pequeñuelo empezó a llorar.

No podía respirar. El peso y la oscuridad que lo oprimían eran colosales. Algo aceitoso le caía en los ojos. Intentó moverse, pero no era posible movimiento alguno. No, eso no era verdad. Podía mover los dedos dentro de sus botas militares. Tenía la boca llena de polvo de rococemento. Empezó a toser y se dio cuenta de que sus pulmones no tenían lugar para expandirse. Estaba atrapado.

Desde más arriba le llegó un sonido como de entrechocar de metales. Pudo oír voces, lejanas y amortiguadas. Intentó gritar, pero el polvo lo ahogó, y no tenía lugar para ahogarse.

Luz. Un resquicio de luz justo encima de él mientras se removían las piedras. Los escombros se movieron y algunos trozos lo oprimieron aún más, sobre todo las piernas y la pelvis.

Apareció un rostro en la grieta encima de él.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Está vivo?

—Mi nombre en Ban Daur —respondió con voz ahogada y seca—. Y sí, estoy vivo.

Su casa familiar estaba desierta. El agremiado Worlin entró, dejando al pasar una huella pegajosa de sangre. Su clan estaba en la Legislatura, estaba seguro de ello. Que fueran a hacer reverencias y genuflexiones ante el altísimo señor.

Cruzó la habitación llena de tapices y cortinajes hasta el bar rodante de teca y se sirvió una ración triple de joiliq. Menx y Troor esperaban en la antesala, susurrando nerviosamente.

—¡Guardaespaldas! ¡A mí! —llamó Worlin cuando el fuego de la bebida le hubo calentado el cuerpo. Desplazó una varilla activadora en el panel mural y no vio nada más que imágenes cíclicas de propaganda del Imperio. Desactivó el panel y dejó a un lado la varilla.

Sus guardaespaldas se acercaron. Ambos habían vuelto a enfundar sus armas, como era costumbre dentro de las casas del gremio.

Worlin estaba arrellanado en el asiento colgante y bebía a sorbos su bebida, sonriendo. Al otro lado de la ventana podía verse la urbanización irregular de la Colmena Vervun, muchas de cuyas zonas estaban incendiadas. El cielo teñido de verde por el Escudo se contorsionaba con cada bomba que caía.

—Me habéis prestado un buen servicio esta noche —les dijo Worlin.

Los guardaespaldas se detuvieron, indecisos.

—¡Menx! ¡Troor! ¡Amigos míos! ¡Servíos una copa en el bar y relajaos! ¡Vuestro señor está orgulloso de vosotros!

Dudaron un momento y luego se volvieron. Troor levantó una jarra mientras Menx buscaba los vasos. En cuanto le volvieron la espalda, Worlin sacó la pistola de agujas de entre sus ropas y disparó.

El primer disparo destrozó la espina dorsal de Menx. El hombre cayó de cara sobre el bar rodante que, bajo su peso, se rompió y se hizo pedazos. Troor se volvió y la jarra que llevaba en su mano se hizo añicos con el segundo disparo. El tercero le dio en la cara y el hombre cayó hacia atrás, sobre los restos del bar.

Worlin se puso de pie y, con la copa en la mano, disparó otras treinta agujas en los cuerpos retorcidos, para asegurarse. Luego volvió a su asiento y siguió bebiendo a sorbos su joiliq mientras miraba cómo ardía la Colmena Vervun.

—¡El camino está bloqueado, señor! —le gritó el conductor del tanque a Kowle por el intercomunicador. Al intentar llegar a la Autopista del Sur a través de los habitáculos externos en ruinas, bajo el fuego de las bombas, la columna de Kowle había llegado al final de la cola de refugiados que esperaba para entrar por la Puerta Sondar.

Kowle se sentó en la torreta, mirando al frente, y observó el mar de cuerpos en movimiento que tenía delante.

Por el oeste cayeron bombas que iluminaron la noche.

—¡Avance! —dijo Kowle, metiéndose en la torreta.

El conductor se dio la vuelta para mirarlo sin poder creerlo.

—Pero comisario…

—¿Va a desobedecer una orden directa? —preguntó Kowle, tajante.

—No, señor comisario, señor, pero…

Kowle le atravesó la garganta de un disparo y retiró su cuerpo, que todavía se retorcía, del asiento del conductor.

Se acomodó en el asiento de metal lleno de sangre y conectó el intercomunicador.

—¡Columna blindada, adelante!

«No son más que desgraciados de los habitáculos externos… indignos», dijo para sí Kowle mientras se abría con su tanque, por encima de las masas, un camino de cadáveres hacia las lejanas puertas de la Colmena Vervun.



CAPÍTULO 3
UN SOL DE MEDIANOCHE

“*Después de esto, todas las batallas serán fáciles, todas las victorias sencillas y todas las glorias vanas».*

General Noches Sturm,
tras su victoria en Grimoyr.

El bombardeo continuó, día y noche, durante dos semanas y media. Al final del duodécimo día, apenas podía distinguirse entre el día y la noche, tan denso era el humo que se cernía sobre la Colmena Vervun. El Escudo se mantenía firme, pero los

habitáculos externos y las fábricas del sur se convirtieron en un erial de cincuenta kilómetros cuadrados castigado por el fuego. También se habían lanzado deliberadamente algunas bombas sobre el Escudo, produciendo daños catastróficos en los distritos norte desprotegidos y en las grandes secciones de los muelles del Hass.

Durante la tarde del sexto día, el comandante Edric Croe, el sucesor de Gnide nombrado por la Legislatura, ordenó el cierre de las puertas meridionales de La Colmena. El nuevo comandante, hermano de lord Croe de esa noble casa, había sido un mayor-coronel al servicio de Vervun Primario y su elección fue ratificada por siete de las nueve casas nobles. La Noble Casa Anko, que tenía su propio candidato, el general Heskith Anko, para el puesto, votó en contra. La Noble Casa Chass se abstuvo.

El comandante Croe era un gigante pálido, de pelo blanco, de más de dos metros de estatura. Sus fieros ojos negros y su mirada dura circulaban como leyenda en los barracones, pero en persona era tranquilo, callado e inspirado, un líder sensato y popular entre sus hombres. El voto mayoritario de las casas nobles fue el reflejo de la confianza que tenían en él, y de la convicción de que respondería ante ellos en todas las circunstancias. Heskith Anko, un bruto gordo, moreno y cuya forma de encarar la guerra era más política que táctica, fue nombrado jefe del estado mayor de Croe para mantener contenta a la Casa Anko. Los dos no se llevaban bien y sus furiosas discusiones en la Casa de la Comandancia llegaron a ser legendarias.

La decisión de Croe de cerrar las puertas cuando todavía había medio millón de habitantes de los distritos del sur que buscaban refugio en el Hass Occidental y en las puertas Sondar y Croe, sorprendió a las casas y a la Legislatura en su conjunto. Muchos creían que Croe había cedido a la presión insistente de Anko. La Casa Chass, la Casa Rodyin y siete casas ordinarias presentaron un recurso y se quejaron de la crueldad de aquella medida. Medio millón de personas libradas a su suerte, porque se les cerraban las puertas.

—Es un delito contra la humanidad —afirmó lord Rodyin en la Sala de la Legislatura.

De hecho, sobre la decisión del comandante Croe había influido mucho más el consejo del comisario Kowle, que había vuelto del frente con los maltrechos restos de las divisiones acorazadas durante la segunda noche. A pesar de las pérdidas sufridas por las fuerzas de Vegolain, muchos consideraban que Kowle era un héroe. Él solo había organizado a más de treinta vehículos con sus tripulantes y los había devuelto a La Colmena, trayendo al mismo tiempo información de primera mano sobre el enemigo. Las pantallas de información pública hablaban abiertamente de su heroísmo y su lealtad. Su nombre era ensalzado en los campamentos de refugiados y en todas las reuniones de ciudadanos y trabajadores. Se acuñó y consolidó el título de «Héroe del Pueblo» y era *vox populi* que sería condecorado por sus acciones. Además, muchos representantes de las clases bajas lo consideraban un héroe popular y creían

que hubiera sido mejor comandante que Croe. Cuando al noveno día la Legislatura impuso el racionamiento de comida, agua y energía en toda la colmena, se publicó un discurso de Kowle en el cual afirmaba que no solo observaría estrictamente el racionamiento, sino que además racionaría sus raciones. Esta astuta pieza propagandística fue idea de Kowle, y casi toda la población de La Colmena hizo suyas las restricciones, deseosa de ser «fiel al héroe del pueblo y a su generosa conducta».

Croe no tardó en darse cuenta de que no debía subestimar el poder de Kowle como figura popular, pero eso también significaba que no podía pasar por alto sin más las sugerencias tácticas de Kowle.

Croe, Anko y la élite de funcionarios reunida pasó la mayor parte del quinto día dando conferencias. Llenaron totalmente la sala de información de la Casa de la Comandancia en La Cúspide. Los soldados reunidos se sumieron en un silencio expectante cuando Croe le pidió a Kowle su parecer sobre la oposición. Kowle se puso de pie. La burda sutura de la herida de metralla de su frente era bien visible (otra jugada perfectamente calculada por parte de Kowle).

—Es imposible exagerar la magnitud del enemigo —dijo Kowle, cuya voz tranquila fue transmitida a la enorme sala abovedada como un transmisor desde lo alto—. Pocas veces he visto unas fuerzas militares de semejante escala. Ochenta o noventa mil vehículos blindados, miles de baterías de artillería y, detrás, una infantería de varios millones de hombres.

En la sala imperaba un silencio de muerte.

El comandante Croe le pidió al comisario que confirmara lo que acababa de decir. Durante la Guerra del Comercio, noventa años antes, la Colmena Vervun se había enfrentado a un ejército zoicano de novecientos mil hombres y a duras penas había sobrevivido.

—Millones —repitió Kowle simplemente—. Claro que en medio de la confusión reinante casi no tuve oportunidad de contarlos uno por uno…

Risas generalizadas entre el cuadro de oficiales.

—Pero estoy seguro, solo por la disposición, que al menos había cinco millones de soldados en formación detrás de la avanzadilla blindada. Y esos fueron solo los que vi.

—¡Imposible! —rugió el subcomandante Anko—. ¡La Colmena Vervun tiene más de cuarenta millones de habitantes y entre ellos apenas reclutamos medio millón de soldados! ¡Zoica es apenas un tercio de lo que es la Colmena Vervun! ¿Cómo es posible que reúna un ejército de cinco millones o más?

—Yo solo repito lo que vi, general —hubo murmullos y revuelo entre los oficiales.

Croe había pedido imágenes orbitales antes de la reunión, imágenes que esperaba que confirmaran o desmintieran esas afirmaciones desmesuradas, pero el humo de los constantes bombardeos cubría el continente y no podía verse nada. Tenía que confiar

en el cálculo de Kowle, una estimación confirmada por muchas de las tripulaciones de los tanques a las que había hecho volver a casa.

Croe también tenía que considerar cuál podría ser el precio político y popular de contradecir al Héroe del Pueblo.

Croe se despejó la garganta y fijó sus ojos oscuros en el comisario a través de la mesa central de mapas.

—¿Sus recomendaciones, comisario?

—Deben cerrarse las puertas del sur de La Colmena. Tarde o temprano, el bombardeo cesará. Entonces, las legiones zoicanas se lanzarán sobre nosotros con una fuerza sin precedentes. Es posible que ya se estén aproximando, bajo la cobertura del bombardeo, que se estén infiltrando en los distritos del sur. Debemos asegurarnos.

Croe guardó silencio. Sus oficiales de puerta le habían traído las actualizaciones sobre el ingreso de refugiados, la miserable estadística de los desposeídos y heridos que todavía, después de cinco días, seguían intentando entrar en los distritos del sur. Pero la evaluación de Kowle no admitía réplica.

—Las puertas del sur se cerrarán mañana a las nueve. —Croe esperaba no tener que lamentar toda su vida ese acto insensible. Según las crónicas, no fue así.

Mientras la magnitud de su decisión se hacía carne en sus sorprendidos oficiales, el coronel Modile solicitó que se levantase y se armase la Artillería de las Murallas. Ante la primera alarma, se habían mandado hombres para activar las defensas de la muralla, pero había armas pesadas más potentes inactivas desde la Guerra del Comercio que todavía estaban ocultas en los silos, dentro del propio Telón Amurallado. El subcomandante Anko informó que eso ya se estaba haciendo. Las principales fuerzas artilleras de La Colmena estarían listas en un par de días y, por fin, la ciudad tendría artillería de largo alcance para responder al bombardeo.

—¿Y qué hay de los refuerzos que prometió el altísimo señor Sondar? —preguntó un oficial de artillería que estaba en la primera fila.

—Diez regimientos auxiliares vienen del sur de las Colectividades de la Fundición Norte ahora mismo. La Colmena de Vannick nos ha prometido nueve regimientos para dentro de una semana.

—¿Y la petición hecha al Imperio? —preguntó el comisario Tarrian, jefe del CCVP.

—El Emperador está con nosotros —sonrió Croe—. El Señor de la Guerra Macaroth ya ha respondido a nuestras necesidades. Normalmente, sus fuerzas estarían a meses de distancia, pero, por fortuna para nosotros, un convoy de tropas proveniente de Monthax que se reagrupaba para reforzar el asalto principal de la cruzada del maestro de la guerra al sistema Cábala está apenas a nueve días de aquí y se ha modificado su rumbo. Seis regimientos de la Infantería de la Guardia y tres grupos blindados vienen directamente hacia nosotros.

Hubo un clamor generalizado y algunos vítores.

Croe se puso de pie e impuso silencio.

—Pero todavía están a nueve días de distancia. Debemos ser fuertes y rápidos y debemos afianzarnos antes de esa fecha. Las puertas del sur se cerrarán a las nueve de mañana.

Un penoso remedo de amanecer pugnaba por atravesar la cubierta de humo cuando la Puerta Heironymo Sondar se cerró a la mañana siguiente. Docenas de refugiados consiguieron introducirse en los últimos minutos y docenas más de ellos fueron aplastados por el mecanismo hidráulico al cerrarse. En las Puertas del Hass Occidental y Croe, la situación fue prácticamente la misma. La Puerta Veyveyr había quedado inmovilizada después del bombardeo de la primera noche, aunque el fuego de la cabecera de la línea ferroviaria ya se había extinguido. Batallones de Vervun Primario, supervisados por el CCVP, levantaron barricadas de chatarra para cerrar la puerta, y los oficiales del comisariado ordenaron a las tropas disparar sobre cualquier refugiado que intentara introducirse en la ciudad.

Los lastimosos ruegos y gemidos de los que habían quedado fuera eran más de lo que podían soportar algunos soldados de Vervun Primario. Muchos escribieron en cartas o en periódicos que aquello había sido para ellos lo peor de toda la campaña. Los soldados que habían supervisado el cierre de las puertas al comienzo del sexto día, y que habían sobrevivido a la prueba, nunca olvidarían ese momento. Años después, los hombres se despertaban por la noche o en los grises amaneceres, sudorosos y gritando, repitiendo los sonidos que les llegaban desde el otro lado de la muralla. Había sido el acto más despiadado de todo el conflicto hasta ese momento, solo comparable a aquel otro en que las puertas fueron abiertas nuevamente más de un mes después.

La Artillería de la Muralla de la Colmena Vervun empezó a disparar apenas un poco antes del mediodía del octavo día. Los enormes silos abrieron sus cubiertas de ceramita y lanzaron sus bombas contra los prados donde estaban agrupadas las fuerzas enemigas. Las andanadas fueron contestadas con un bombardeo redoblado del enemigo todavía invisible.

Al despuntar la mañana del undécimo día, los convoyes de tropas empezaron a recorrer las carreteras del norte del Hass. Veinte mil hombres y casi cinco mil máquinas de guerra enviadas desde las Colectividades del Norte para reforzar la Colmena Vervun o, mejor dicho, el paso del Hass que los protegía del avance zoicano. Levantando polvo, los transportes de tropas y los tanques avanzaron a través de los habitáculos externos bombardeados y de las fábricas dañadas, desafiando a las bombas que seguían cayendo a través del río desde la lejanía. Miles de ciudadanos

habían huido cruzando el río en *ferry*, intentando algunos llegar a sus hogares en los habitáculos externos del norte, y muchos otros buscando refugio en las Colectividades del Norte. En algunos lugares, las aglomeraciones de gente en las carreteras frenaban el avance del ColNor, pero el subcomandante Anko del CCVP envió instrucciones desde el otro lado del río para que despejasen el camino.

Al llegar la tarde, los regimientos ColNor ya avanzaban sin obstáculos hasta los *ferries* que esperaban en los muelles, tras haber sido desalojadas hacia los campos que bordeaban el camino las columnas de refugiados para permitir el paso de los convoyes. Unos trescientos refugiados habían sido ejecutados por el CCVP para obligarlos a dejar paso. Los refugiados abucheaban a las columnas del ColNor, que pasaban haciendo sonar sus motores. El general Xance del 2.º del ColNor escribiría más tarde: «Este saludo humillante contribuyó más a minar la moral del ColNor que un mes de encarnizada resistencia en la Muralla».

Fue tal la magnitud del despliegue del ColNor y tan pequeña la capacidad de los *ferries*, que las estimaciones indicaban que se tardarían cuatro días en hacer que todos atravesaran el Hass hacia la Colmena Vervun. Cuando se le comunicó esto, el comandante Croe ordenó que se volviera a abrir el Viaducto del Hass para restablecer los enlaces ferroviarios. La ruta por ferrocarril había sido cerrada al principio del bombardeo. Puenteando la ruta del *ferry*, el ColNor puso sus tropas en La Colmena en menos de dos días. De hecho, muchos tanques y personal de las unidades blindadas cruzaron el viaducto por sus propios medios, avanzando por las vías del ferrocarril. Dos divisiones de infantería del ColNor también atravesaron el viaducto en un intervalo entre trenes.

Hasta el momento, no se sabía nada de los prometidos refuerzos de la Colmena Vannick, la gran colectividad de refinerías situada trescientos kilómetros al este. Vannick se había comprometido a proporcionar nueve regimientos, pero hasta el momento lo único que habían recibido de ellos había sido el suministro ininterrumpido de petróleo del oleoducto oriental. Mucha gente de la Colmena Vervun empezaba a preguntarse si las fuerzas de Zoica también los habrían atacado.

Al amanecer del décimo cuarto día, se vieron luces en la atmósfera alta. Encendiendo sus reactores de frenado, las naves de desembarco de la Guardia Imperial descendieron, dirigidas al principal puerto de elevación de Kannak, en las Colmenas Colectivas del Norte. Con el Escudo desplegado, el campo del centro de aterrizaje de la Colmena Vervun no podía admitir naves.

La Guardia Imperial desembarcó en Kannak y, a continuación, marchó hacia el sur a la cola de las fuerzas ColNor. El mero espectáculo de sus ajustes para órbitas de gran altura y su deslumbrante descenso levantó la moral de la maltrecha Colmena. Ya llegaba la Guardia.

Los 1.º, 2.º y 4.º Reales de Volpone se desplegaron rápidamente en el sur desde el Puerto de Kannak, valiéndose del enlace ferroviario para penetrar profundamente en La Colmena. El comandante Croe en persona saludó al general Noches Sturm, el condecorado vencedor de Grimoyr, en la plataforma de rococemento de la Terminal Norte de la Torre. Una gran multitud de ciudadanos autorizados por los poderes políticos los vitoreaban bajo la atenta mirada del CCVP.

Vestidas con relucientes trajes azules, las hijas de las casas nobles, entre las que se encontraban Merity Chass, Alina Anko, Lona Gavunda y Murdith Croe, fueron enviadas delante para ofrecer a Sturm y a sus segundos oficiales, los coroneles Gilbear y Corday, guirnaldas de flores de seda.

Sturm fue saludado también por el famoso comisario Kowle. La imagen de su sonriente apretón de manos fue repetida en un millón de pantallas de información pública de toda La Colmena.

Los regimientos 5.º y 7.º de Excavadores de Roane, bajo el mando del general Nash, llegaron por ferrocarril esa misma tarde, entre más coloridas celebraciones. El subcomandante Anko estaba allí para saludar a Nash, y las bandas tocaron para celebrar su llegada. Entre el júbilo reinante, Nash pudo confirmar que tres regimientos completos del Ejército de Narmenia estaban desembarcando de sus naves de transporte en el aeropuerto de Kannak y se pondrían en camino hacia el sur antes del amanecer. La multitud gritó de júbilo ante la noticia, dando vivas a la Guardia como si ya hubiera ganado la guerra.

Los Primeros de Tanith llegaron por carretera dos noches después y pasaron casi inadvertidos.

Más de ochenta camiones de transporte de tropas pintados de negro mate avanzaban por la autopista de ColNor entre los habitáculos externos del norte de la Colmena Vervun. Se habían quitado los toldos de lona y, en cada vehículo, iban unos treinta soldados, equipados con sus armas, correajes, mochilas y sacos de dormir. Los camiones de seis ruedas con grandes parrillas delanteras y los faros encendidos que avanzaban dando tumbos llevaban el cuádruple cheurón de la Tercera División de Transporte de Provisiones de ColNor. A los lados transportaban colgados bidones y ruedas de repuesto.

Escoltaban sus flancos una docena de motoristas montados en motos de monótono color negro, y detrás de la columna principal venían más camiones de caja alta cargados con munición y pertrechos del regimiento, así como los numerosos cocineros, armeros, mecánicos y servidores que seguían a cualquier regimiento de la Guardia en sus desplazamientos. Estos camiones de carga eran de un amarillo apagado, el color de la Unión de Carga del Puerto Kannak, y su carga iba cubierta con redes. Los camiones eran conducidos por soldados de ColNor, vestidos con monos y gorras de color azul pálido, pero la escolta estaba formada por hombres de

Tanith con sus característicos uniformes oscuros de combate. A doce kilómetros de la Colmena Vervun se detuvieron para pasar un control en la autopista y se unieron a ellos dos coches oficiales de color azul oscuro ocupados por oficiales del CCVP que les fueron abriendo camino.

Todos los faros del convoy iban encendidos, ya que la noche había caído sin que nadie se diera cuenta en medio de la densa capa de humo. Lo único que se veía a ambos lados del camino eran los distritos bombardeados, el extraño resplandor verde de la propia Colmena, también oscurecido en parte por el humo, y los destellos ocasionales de las bombas de largo alcance que caían sobre los habitáculos externos que atravesaban.

Brin Milo, el más joven de los Fantasmas, viajaba con el resto del pelotón número uno en el camión delantero. Era un muchacho delgado y pálido en el que empezaban a notarse las formas adultas, el único civil que se había salvado de la destrucción de Tanith cuando su mundo de origen había sido arrasado y destruido cuatro años antes. El propio comisario le había salvado la vida rescatándolo del fuego que había acabado con Tanith.

Durante bastante tiempo había sido «El Chico», la mascota de la compañía, el gaitero, un jirón de la inocencia de Tanith salvado del infierno, algo que recordaba a todos los hombres el lugar que habían perdido. Pero, seis meses antes, durante la batalla de Monthax, se había convertido por fin en otro soldado. Estaba orgulloso del equipo que le habían entregado y de su rifle láser, y mantenía su petate más ordenado que cualquier otro de los avezados soldados de Tanith.

Iba sentado en cuclillas en la atestada caja del traqueteante camión y pulía con un trozo de tela la insignia del regimiento que llevaba en la boina negra.

—Milo.

Brin alzó la vista para mirar al soldado Larkin, que estaba frente a él. Era este un hombre musculoso, de piel atezada, de algo más de cincuenta años. Era famoso por su personalidad neurótica y también por su habilidad como francotirador. La forma larga, especializada de su rifle láser, estaba cubierta en una vaina de lona a sus pies. Larkin había sacado la mira telescópica de su rifle y miraba el panorama a través de ella, como si fuera una lupa. Larkin le había dicho a Milo que no se fiaba de nada que no hubiera visto antes a través de su amada mira telescópica.

—¿Larkin?

Larkin sonrió y miró hacia atrás, entregando con suavidad el delicado instrumento de bronce al joven. Por las diminutas runas que resplandecían en el círculo de ajuste, Milo se dio cuenta de que estaba puesto para detectar la radiación de calor.

—Echa una mirada. Hacia allí.

Milo adaptó el ojo a la mira telescópica apoyando el anillo de goma en la cuenca. Vio el brillo y unos marcadores reticulados de rojo en suspensión.

—¿Qué se supone que debo mirar?

—La Colmena, chico, La Colmena.

Milo volvió a mirar. Se dio cuenta de que el brillo era la cúpula amarilla del Escudo, un vasto campo de energía que envolvía la ciudad oculta frente a ellos.

—Parece lo suficientemente grande y fea como para cuidar de sí misma —observó.

—Lo mismo se dice de muchos de nosotros —dijo el coronel Corbec, sujetándose a los soportes del camión mientras se acercaba a Milo y a Larkin—. La Colmena Velvet se encuentra en un buen apuro, según dicen.

—Es la Colmena Vervun, jefe —dijo el soldado Burun, que estaba cerca.

—¡Que Feth te confunda, mono sabio! —replicó Corbec al sonriente soldado—. ¡Feth sabe que apenas recuerdo mi propio nombre la mayoría de las veces, y mucho menos el lugar donde se supone que estoy!

El primer pelotón rio.

Milo le pasó la mira telescópica a Corbec, que la rechazó con desinterés.

—Reconoceré el lugar donde me tengan que matar cuando llegue a él. No necesito echarle un vistazo por adelantado.

Milo le devolvió el precioso adminículo a Larkin, que echó una última mirada y lo volvió a colocar en su bolsa.

—¿Has visto suficiente, Larks? —le preguntó Corbec, sujetándose de la estructura del techo con sus enormes brazos y con la barba dividida por una sonrisa llena de dientes.

—Suficiente para saber a dónde apuntar —respondió Larkin.

En la caja del camión que iba tres vehículos más atrás, el Tercer Pelotón se entretenía en jugar a las cartas. El soldado Feygor, un hombre peligroso, enjuto y con los ojos hundidos, le había quitado una baraja de tarot a algún tipo del Administratum en la nave de transporte y había organizado un juego de Corazones y Titanes.

El soldado Brostin, un hombre grande, corpulento y taciturno, había perdido tanto hasta ese momento que estaba dispuesto a apostar su mechero, junto con los depósitos de combustible, en la siguiente jugada.

Feygor, con un grueso cigarro entre sus afilados dientes, se rio del desconcierto de Brostin y barajó las cartas una vez más.

Cuando repartió las grandes cartas de cartón a los hombres que tenía alrededor, estos empezaron a sacar monedas, billetes arrugados, anillos y raciones de tabaco para añadirlos a la apuesta.

El soldado Caffran lo observó mientras repartía las cartas. Era bajito, joven y decidido, apenas un año mayor que Milo, y se había ganado el respeto de todos durante el desembarco en Oskray un año antes. A Caffran no le gustaban las cartas, pero en el pelotón de Rawne valía la pena alternar.

El mayor Rawne iba sentado en el extremo de la caja del camión, de espaldas a la pared trasera de la cabina. El segundo oficial de Tanith era famoso por su carácter

airado, taimado y pesimista. Corbec lo había comparado más de una vez con una serpiente, y se parecía tanto en el aspecto físico como en el carácter.

—¿Quiere jugar, mayor? —lo invitó Feygor, vacilando antes de darle cartas. Rawne sacudió la cabeza. Había perdido demasiado en los últimos cuarenta días de tránsito en la nave de transporte.

Ahora le llegaba el olor a guerra, y el juego había perdido todo interés para él.

Feygor se encogió de hombros y terminó de repartir. Caffran recogió sus cartas y suspiró. Brostin levantó las suyas y lanzó un suspiro más profundo. Se preguntó si los calcetines de lana se admitirían como apuesta.

Los motoristas de la escolta corrían en torno a los camiones, que se dirigían a su destino a toda velocidad. El sargento Mkoll, jefe del pelotón de exploradores, cruzó su vehículo entre dos de los vehículos de transporte de la tropa y circuló por el barranco lateral para echar un vistazo a la colmena, que surgió ante ellos de entre el humo. Era grande, más que ninguna ciudad que hubiera visto jamás, más grande que el pueblo fortificado de Tanith, sin duda.

Su moto pasó rugiendo por delante de los coches oficiales del comisariado local hasta quedar al frente de la columna, a la que condujo por la autopista rota hacia los muelles.

Una andanada de bombas cayó sobre los habitáculos externos hacia el este. Dorden, el encanecido jefe médico del Regimiento de Tanith, se incorporó para observar. Conflagraciones, de color limón brillante, chisporrotearon desde las distantes detonaciones. El camión se zarandeó en un bache y Dorden cayó sobre su trasero.

—¿Para qué molestarse? —preguntó Bragg.

—¿Quieres repetirlo? —le pidió el doctor.

Bragg cambió de posición buscando una comodidad imposible en la plataforma del vehículo. Era enorme, más grande que dos cualesquiera de los demás Fantasmas juntos.

—Llegaremos tarde o temprano; moriremos allí tarde o temprano. ¿Para qué molestarse en ver nuestra propia perdición?

—¿Está la botella medio llena o medio vacía, Bragg? —preguntó Dorden, mirando al gigante.

—¿Qué botella?

—Es hipotético. ¿Medio llena o medio vacía?

—Ya, pero ¿de qué botella hablamos?

—De una botella imaginaria.

—¿Y qué contiene?

—Eso no importa.

—A mí sí me importa, doctor —dijo Bragg, con un encogimiento de hombros.

—Bueno, está bien… contiene sacra. ¿Medio llena o medio vacía?

—¿Cuánto tiene de sacra? —preguntó Bragg.

Dorden abrió la boca una y otra vez y luego volvió a recostarse.

—No tiene importancia.

—Aquí sí hay sacra —anunció Bragg, sacando una cantimplora.

—Gracias, todavía no… —dijo Dorden mientras levantaba las manos en actitud de rendirse.

Bragg, sentado frente a él en el trepidante camión, asintió y tomó un buen trago.

Las bombas silbaban a medio kilómetro de la carretera. Demasiado cerca como para sentirse cómodo. Dorden extendió la mano hacia la cantimplora.

—Bueno, ya que está ahí…

El sargento Varl, aferrado a los soportes de la plataforma del camión con su chirriante miembro mecánico, intentaba levantar el ánimo de su pelotón entonando una canción. Algunos de ellos entonaron sin entusiasmo uno o dos versos de *En el cielo y a lo lejos,* pero pronto desistieron. Cuando Varl lo intentó con otra, le dijeron a la cara que se callase.

El sargento Varl era uno de los oficiales que mejor sabía cómo tratar a los hombres, y también sabía cuándo era oportuno regañar a alguien o cuándo convenía más callarse. El mismo había sido soldado durante mucho tiempo.

Sin embargo, la moral de su pelotón estaba baja y Varl sabía por qué. A nadie le apetecía eso. A nadie le apetecía meterse en una guerra entre colmenas.

El *Magnificat* estaba esperando en los muelles del norte mientras la columna embarcaba bajo la noche encendida por el fuego. Todos los *ferries* del Hass estaban trabajando a pleno rendimiento para mantener el río abierto, e iban llegando convoy tras convoy de suministros militares y munición de las Colectividades del Norte. Los soldados del Vervun Primario, vestidos con capotes verdes, correaje gris y los característicos cascos claveteados, junto con hombres del CCVP, servidores y un buen número de empleados y supervisores con las vestimentas rojas del Administratum, controlaban ahora la carga fluvial, con la consiguiente furia de los estibadores del Gremio del Maestro de Muelles. Al tercer o cuarto día llegaron sacerdotes de la Eclesiarquía para establecer una vigilia de plegaria permanente, a fin de proteger el cruce y garantizar la seguridad de la vía de agua y del viaducto. Los clérigos encapuchados estaban agrupados en torno a una hoguera al final de la escollera, entonando sus cánticos. Allí estaban cada vez que Folik conducía al *Magnificat* de vuelta a los embarcaderos de la orilla norte. Daba la impresión de que nunca dormían

ni descansaban. Había tomado la costumbre de saludarlos con una inclinación de cabeza cada vez que el *ferry* pasaba ante ellos. Nunca respondían.

En la travesía de esta noche, Folik esperaba subir a bordo más vehículos de aprovisionamiento y barriles, pero los soldados que se ocupaban del muelle habían hecho que se apartaran los camiones de carga del ColNor para que pudieran rodearlos los transportes de tropas y así acceder a la plataforma de carga.

Folik puso las viejas turbinas en punto muerto mientras Mincer bajaba la rampa.

Los dos primeros camiones subieron dando tumbos. Mincer les indicaba su ubicación con un par de luces de señalización.

Una figura alta que vestía una chaqueta larga descendió de la cabina del primer camión y se acercó a Folik.

Este quedó casi hipnotizado al ver la insignia del comisario en la gorra de visera. Una sonrisa de asombro se dibujó en su cara salpicada de petróleo y, respetuosamente, se quitó el gorro de lana.

—¡Señor, es un honor tenerlo a bordo!

—El placer es mío. ¿Cuál es su nombre?

—Folik, señor héroe imperial.

—Yo… no tenía la menor idea de que mi fama hubiera llegado tan lejos. Lo saludo, Folik.

—Es un verdadero honor, señor, transportar su columna de refuerzo a la Colmena Vervun.

—Se lo agradezco Folik. Mis primeros vehículos están a bordo. ¿Podemos seguir?

Folik asintió y se dirigió a donde estaba Mincer para darle la orden de soltar amarras.

—¡El comisario Kowle en persona está a bordo! —dijo Folik entrecortadamente a su compañero.

—¿Kowle? ¿Estás seguro? ¿El Héroe del Pueblo?

—Es él. Te digo que sí, en carne y hueso, aquí mismo, en nuestro barco.

En la barandilla, el coronel-comisario Gaunt miraba desde la cubierta del *Magnificat* y sonrió al oír sus palabras.

El *Magnificat* estaba en mitad de la corriente cuando, hacia el este, el cielo se iluminó con un resplandor siniestro. Se produjo una sacudida, como si un ciclón se hubiera abatido sobre el agua. En el horizonte oriental brilló un sol de medianoche.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mincer mientras entre las tropas se levantaba un clamor sordo.

Gaunt levantó una mano para proteger sus ojos de la claridad mientras una onda de calor se extendía río abajo. Sabía reconocer la onda expansiva de una explosión nuclear cuando la veía.

—Eso ha sido el principio del fin —dijo.



CAPÍTULO 4

La muerte de la colmena

“ *¡Locura! ¡Es una locura! ¿Qué clase de guerra estamos librando?».*

Comandante Eldric C, al enterarse de las noticias provenientes de Vannick.

Kowle se dirigió directamente a la Casa de la Comandancia cuando le transmitieron las noticias provenientes de Vannick. Había estado recorriendo la Muralla Sur y le

llevó casi una hora hacer el camino de vuelta hasta La Cúspide atravesando La Colmena.

El auditorio de control era un absoluto caos. Los empleados, los ayudantes de los regimientos y demás personal menor del Munitorum no paraban de ir de un lado a otro, hablando atropelladamente, con expresión de pánico, trasladando informes de los operadores, que se ocupaban de los principales cogitadores tácticos instalados por todo el nivel inferior de la gran cámara circular. Muchos oficiales de Vervun Primario e incluso algunos soldados del CCVP llenaban también el lugar, ansiosos por averiguar si los rumores eran ciertos.

Kowle se abrió camino a empujones entre los curiosos que estaban a la puerta de la cámara y envió a muchos de regreso a sus posiciones con palabras tajantes. Nadie protestó. Saludaron y se apartaron de él rápidamente. Kowle cruzó la ancha sala y, a continuación, se dirigió presuroso por la escalera enrejada a la planta superior del auditorio, donde los jefes del estado mayor estaban reunidos en torno a la enorme mesa luminosa de mapas. Algunos ayudantes y técnicos portadores de informes de voz se acercaron a él sin hacer preguntas.

El comandante Croe presidía el grupo ante la mesa de mapas. Sus ojos eran más negros que nunca y se había quitado la gorra, como si ya no pudiera aguantar su peso. Su guardaespaldas personal, Isak, vestía una armadura muy ceñida al cuerpo de color marrón y llevaba al hombro un arma enfundada. El subcomandante Anko, vestido con un uniforme ceremonial blanco cuajado de medallas, estaba junto a él con expresión furiosa. Había asistido a una cena formal que daba la Casa Anko para dar la bienvenida a los Volpone. También estaban presentes Xance, del ColNor, de aspecto cansado y extenuado, acompañado de varios de sus oficiales de más alto rango, Grizmund, el narmeniano, y sus generales de brigada de la división acorazada, Nash, de los Excavadores de Roane y sus ayudantes, y una docena más de altos oficiales de Vervun Primario, así como el comisario Tarrian del CCVP.

—¿Es cierto? —preguntó Kowle, quitándose la gorra pero sin mediar ningún otro saludo formal.

Croe asintió, pero no añadió nada más.

Tarrian tosió.

—La Colmena de Vannick fue destruida hace noventa minutos.

—¿Destruida?

—Supongo que el concepto le resultará familiar, Kowle —respondió Croe secamente—. Ha desaparecido.

—Zoica la ha arrasado. No tenemos la menor idea de cómo lo ha hecho. Por algún medio consiguió introducirse en el Escudo y utilizó un dispositivo nuclear…

Croe interrumpió a Anko en mitad de la frase.

—¡La verdadera cuestión no es cómo, subcomandante! ¡Hay un montón de «cómos» que podríamos discutir! Lo que realmente importa es el porqué.

—Estoy de acuerdo, comandante —intervino el general Sturm—. Debemos pensar en la posibilidad de que tal vez no haya sido deliberado. Ha habido casos de lugares destruidos accidentalmente por las acciones desmesuradas de los atacantes. Es posible que Zoica pretendiera apoderarse de La Colmena y haya atacado… con demasiada contundencia.

—¿Puede atacarse de alguna otra manera cuando se usa energía atómica? —preguntó una voz tranquila desde lo alto de la escalera. El grupo se volvió.

—Gaunt —silbó entre dientes el coronel Gilbear de los Volpone.

Era el recién llegado un individuo alto que vestía gorra de comisario y una larga chaqueta de cuero negro. Todavía no se había quitado de encima el polvo del viaje.

—Coronel-comisario Gaunt, de los Primeros de Tanith —dijo saludando con elegancia al comandante Croe—. Llegábamos para ofreceros refuerzos justo cuando sucedió.

—Bienvenido, Gaunt. Me hubiera gustado recibirlo con más alegría —respondió respetuosamente el gigante de pelo blanco—. ¿Están alojados sus hombres?

—Se estaban dirigiendo a sus lugares de acuartelamiento cuando los dejé. Vine aquí en cuanto pude.

—El famoso Gaunt —susurró Anko a Tarrian.

—Seguramente querréis decir «célebre» —respondió Tarrian en el mismo tono.

Gaunt se acercó a la mesa de mapas, se quitó los guantes y estudió el panorama. Luego alzó la vista y saludó a Nash con gesto franco.

—Bien hallado, general.

—Me alegro de verlo, comisario —respondió Nash. Sus fuerzas habían servido juntas en Monthax y sentían una admiración genuina el uno por el otro.

Gaunt saludó también a los funcionarios narmenianos, luego miró a Sturm, Gilbear y los demás Volpone, que lo miraron con gesto glacial.

—General Sturm. Es siempre un placer. Y el mayor Gilbear.

Gilbear estaba a punto de proferir algún exabrupto, pero Sturm se adelantó un paso y ofreció la mano a Gaunt.

—La valiente actuación de Gilbear en Monthax le valió un ascenso a coronel, Gaunt.

—Bien hecho, Gilbear —dijo Gaunt con una ancha sonrisa mientras daba a Sturm un fuerte apretón de manos.

—Es bueno saber que tenemos más fuerzas valientes y de fiar con nosotros, Gaunt. Bienvenido.

Gaunt sonrió para sus adentros. La última vez que se había encontrado a Sturm personalmente, allá en Voltemand, aquel asno pomposo lo había amenazado con una corte marcial. Gaunt no había olvidado que el insensato liderazgo de Sturm había provocado gran número de bajas en las filas de los Fantasmas por la acción de la artillería aliada.

«Estás montando toda esta comedia de camaradería para quedar bien a los ojos de los grandes del lugar», pensó Gaunt, devolviendo la mirada a Sturm de forma directa e inflexible. «Eres un miserable absoluto y lamento que este lugar esté protegido por tipos como tú».

Pero Gaunt era un animal político además de líder de guerra, y sabía jugar sus cartas tan bien como cualquier general de poca monta. Por eso se limitó a decir:

—Estoy seguro de que nuestros valientes hermanos Volpone podrían haberse ocupado de esto sin ayuda.

Sturm asintió al terminar el saludo. Sin duda estaba intentando dilucidar si había algún insulto encubierto en el cumplido de Gaunt.

—Por su observación inicial ¿podemos suponer que cree usted que la destrucción de La Colmena de Vannick fue deliberada? —Kowle se adelantó hasta colocarse delante de Gaunt. Ambos comisarios imperiales se saludaron con una rígida inclinación de cabeza.

—Comisario Kowle, el Héroe del Pueblo, ha pasado mucho tiempo desde Balhaut.

—Pero los recuerdos no se borran —replicó Kowle.

—Kowle ha interpretado correctamente mis palabras —dijo Gaunt, apartándose de él—. El enemigo ha destruido La Colmena de Vannick deliberadamente. ¿Puede haber alguna otra explicación para una explosión nuclear?

—Un suicidio —dijo Grizmund—. Tal vez arrasados, agobiados, en un acto supremo de desesperación ante el enemigo victorioso hayan hecho volar por los aires la planta energética de La Colmena.

Varios oficiales de Vervun expresaron su indignación.

—Usted es nuevo en Verghast, general, por eso no tomaremos a mal su comentario —dijo Tarrian, en voz baja—, pero ningún verghastita sería tan cobarde como para autodestruirse a la vista del enemigo. Las Colmenas lo son todo, loado sea el Emperador. Ellas y su producción son nuestro modo de honrarlo y venerarlo. La Colmena de Vannick jamás se hubiera autodestruido, lo mismo que nosotros.

Muchos de los que estaban en torno a la mesa apoyaron sus palabras.

—Palabras valientes —dijo Grizmund—. Pero, si esta Colmena fuera conquistada, que el Emperador no lo permita… ¿dejaría usted que cayera en manos del enemigo?

Se elevaron varias voces airadas, pero las palabras de Gaunt las hicieron callar.

—Estoy seguro de que el general no pretende cuestionar la lealtad de nadie. Y puede que haya un punto de verdad en lo que dice, pero me parece dudoso que La Colmena de Vannick haya sucumbido a otra cosa que no fuera la ira del enemigo.

—Pero ¿por qué? —repitió Croe, exasperado—. ¡Volvemos a esta pregunta! Invasión, conquista… ¡Todo eso lo puedo entender! Pero ¿destruir lo que ha costado tanto esfuerzo conquistar? ¿Qué sentido tiene?

—Comandante, debemos enfrentarnos a la verdad más funesta —dijo Gaunt—. He estudiado los datos que me han enviado sobre esta guerra. Al parecer, el comisario Kowle, aquí presente, ha hablado de millones de enemigos, una evaluación que desafía a toda lógica, teniendo en cuenta la capacidad de reclutamiento de una colmena del tamaño de Ferrozoica. Ahí está la respuesta. La Colmena Vervun puede reclutar un ejército de medio millón entre una población de cuarenta millones. La única posibilidad de que Zoica reclute a millones en una población que equivale a un tercio de la de la Colmena Vervun es que esté combatiendo toda su población.

—¿Qué? —A Anko esa idea le parecía ridícula.

—Prosiga, comisario —dijo Croe.

—Esta no es una guerra de conquista. No es una guerra intercolmenar, ni una contienda comercial, una nueva «Guerra del Comercio», como la denominan ustedes. Zoica no se está reuniendo, armando y alzando para conquistar y controlar la producción de este planeta ni para sojuzgar a su antigua rival, la Colmena Vervun. Lo que quieren es exterminarla.

—Una aberración —murmuró el general Nash, que empezaba a entender.

—Eso es —dijo Gaunt—. Para convertir en un ejército no solo a los posibles combatientes, sino también a los trabajadores y a las familias de las moradas, es necesaria una determinación fanática. Zoica está bajo el control de las envilecidas fuerzas del Caos, no cabe la menor duda. El veneno de la Disformidad ha invadido a su noble vecina y ha puesto a todo hombre, mujer y niño a trabajar en la enloquecida tarea de aniquilar al resto de este mundo y a todo lo que hay sobre su faz.



CAPÍTULO 5
CUERPO A CUERPO

“ *En la guerra, lo mejor es saber qué enemigos lo rondan a uno en su propio campo, antes de salir a enfrentarse con el enemigo y a preguntarse por qué lo hace uno solo».*

Señor de la Guerra Slaydo,
de Tratado sobre la Naturaleza de la Guerra.

Un grupo de soldados locales vestidos con capotes azules los esperaban a la entrada del sórdido complejo de barracones bajo la luz blanca de las lámparas de sodio.

Llevaban las armas colgadas al hombro y las cabezas cubiertas con gorras de lana mientras que sus cascos claveteados pendían de su correaje. Valiéndose para ello de sus lámparas señalizadoras, dirigieron el convoy a través de la puerta cerrada con cadenas.

El sargento Mkoll fue el primero en entrar, describiendo una curva con su moto por la superficie grasienta de rococemento antes de bajar el soporte con el talón. La pesada máquina se inclinó sobre la izquierda y descansó, tras cesar su ronco ronroneo. Mkoll desmontó mientras los camiones que transportaban a los hombres de Tanith entraban atronando el patio detrás de él.

Mkoll paseó la mirada por los barracones que había alrededor. Era un lugar desalentador, pero los Tanith se habían alojado en lugares peores. A pesar del ruido de los motores y de los gritos, sintió una presencia a sus espaldas y giró sobre los talones antes de que el otro pudiera pronunciar una sola palabra.

—¡Quieto! —dijo la figura que se le acercaba por detrás. Era un hombre alto, de buena planta, que tendría algo más de veinte años y que iba vestido con el uniforme local. Un capitán, por sus insignias. Tenía el brazo derecho sujeto sobre el pecho con un cabestrillo almohadillado, de modo que llevaba el capote calzado en un solo brazo y colgando como una capa sobre el otro lado. Mkoll pensó que había tenido suerte de que aquella manga vacía no se hubiera transformado en algo permanente.

Mkoll le dirigió un breve saludo.

—Lo siento, me tomó por sorpresa. Sargento Mkoll, 5.º Pelotón de los Primeros de Tanith.

El capitán le devolvió un saludo rígido con la mano izquierda. Mkoll reparó en que además cojeaba y tenía contusiones en la frente, las mejillas y alrededor de los ojos.

—Capitán Ban Daur, Vervun Primario. Bienvenido a la Colmena Vervun.

Mkoll rio entre dientes. Nunca le habían dado personalmente la bienvenida a una zona de guerra.

—¿Puede presentarme al oficial al mando? —le pidió Daur—. Se me ha encargado la supervisión de su acuartelamiento. No sirvo para mucho más. —Esto lo dijo con una risita reconcentrada y una mirada elocuente a su brazo en cabestrillo.

Mkoll se puso a su lado y avanzaron entre una conmoción de hombres, camiones, humo de los escapes y tareas de descarga. Proyectaban unas sombras vacilantes, pequeñas pero intensas, bajo las potentes torres de iluminación que había sobre sus cabezas.

—¿Ya ha participado en el combate? —preguntó Mkoll.

—Nada que me valiera una medalla —respondió Daur—. Estaba en las murallas cuando empezó el bombardeo. Ni siquiera había visto nada contra lo que disparar cuando arrasaron mi posición y me enterraron entre los escombros. Pasarán unas cuantas semanas antes de que esté en condiciones, pero quería ser útil, de modo que me ofrecí para funciones de enlace.

—¿O sea que todavía no ha visto al enemigo?

—A excepción de Kowle, el Héroe del Pueblo, y unos cuantos más que regresaron de los pastizales —respondió Daur, sacudiendo la cabeza—, nadie los ha visto.

Corbec estaba de pie junto a su camión, fumando un cigarro y echando plácidamente una mirada al lugar, indiferente a la frenética actividad que se desarrollaba alrededor. Fue girando lentamente, haciéndose cargo de las dimensiones de La Colmena que lo rodeaba, más allá del resplandor de las lámparas de sodio: las altas torres y fundiciones, las agujas de las moradas obreras que quedaban más allá, luego la gran elevación de alguna basílica de la Eclesiarquía y, al fondo, la enorme estructura de La Cúspide, un volumen inmenso, sorprendente, iluminado por más de un millón de ventanas. Era tan grande como un pico montañoso que había allá en…

«En ninguna parte». A veces todavía lo olvidaba.

Su mirada recayó sobre una enorme torre próxima a La Cúspide de la misma altura que esta. Daba la impresión de que marcaba el centro mismo de la ciudad. Rayos de energía chisporroteante surgían de su cúspide y se difundía alimentando el escudo verde reverberante que lo cubría todo. Corbec jamás había visto un efecto escudo de semejante envergadura. Era algo enorme. Miró hacia el sur y vio los destellos de las bombas que impactaban sobre el Escudo que las desviaba y las hacía explotar sin producir daño. Realmente enorme, y su aspecto estaba en consonancia con su eficacia.

Dio otra chupada a su cigarro y el extremo de este se puso rojo. Le iba a costar un poco acostumbrarse al tamaño de ese lugar. Había visto que la mayoría de sus muchachos se habían quedado mudos al entrar en La Colmena, mirando boquiabiertos esa arquitectura monumental. Sabía que tenía que contrarrestar aquella impresión lo antes posible o el asombro los tendría imposibilitados para combatir.

—¡Apague eso! —ordenó una voz tajante a sus espaldas.

Corbec se volvió y por un momento creyó que era Gaunt. Pero solo por un momento. El comisario que se dirigía hacia él no tenía la presencia de Gaunt. Corbec no dijo nada. Se limitó a sacarse el cigarro de la boca y a enarcar una ceja. Aventajaba en unos buenos veinticinco centímetros la estatura del oficial de chaqueta negra.

El hombre se detuvo a algunos pasos, haciéndose cargo del tamaño de Colm Corbec.

—Comisario Langana, CCVP. Este es un lugar de seguridad. ¡Apague ese maldito cigarro!

Corbec se volvió a colocar el cigarro entre los labios y, sin decir nada, señaló la insignia de coronel que llevaba en la charretera.

—Yo… —empezó a decir el otro. Y luego, pensándolo mejor, se dio la vuelta y se alejó.

—¿Coronel?

Mkoll se aproximaba con otro hombre del lugar. Por suerte era un militar y no uno de esos del cuerpo político que parecía que se habían tragado un palo.

—Este es el capitán Daur, nuestro oficial de enlace. —Daur juntó los talones hasta donde podía alguien con una pierna herida, y lo saludó con la mano izquierda. Parpadeó sorprendido cuando Corbec le tendió sin vacilación su propia mano izquierda. Luego tendió la suya y se dieron un fuerte apretón. Daur inmediatamente sintió simpatía por ese bruto barbudo y tatuado. Se había dado por enterado enseguida de la herida de Daur y la había compensado sin el menor comentario.

—Bienvenido a la Colmena Vervun, coronel —dijo Daur.

—No puedo decir que esté encantado de estar aquí, capitán, pero una guerra es una guerra, y vamos a donde el Emperador nos envía. ¿Ha dispuesto usted este campamento?

Daur echó una mirada a los desvencijados barracones donde los Primeros de Tanith estaban deshaciendo sus petates y encendiendo lámparas en perfecto orden de pelotón.

—No, señor —respondió con humildad—. Yo hubiera querido que fuera mejor, pero el espacio escasea mucho en La Colmena en este momento.

—¿En un lugar de este tamaño? —rio Corbec.

—Hemos sido sobrepasados por los refugiados y los heridos provenientes del sur. Todas las áreas despejadas como el Distrito Comercial, el Campo de Aterrizaje y las fábricas han sido abiertas para albergarlos. De hecho solicité algún lugar mejor para sus hombres en el Submundo, pero el subcomandante Anko dio instrucciones de que se los alojase más cerca del Telón Amurallado. De modo que aquí estamos, en los almacenes de la Planta Química de Gavunda. Es lo que hay.

Corbec asintió. Los sucios barracones de una planta química para los Fantasmas de Tanith. Habría apostado un mes de su paga a que los Volpone Sangreazul no estaban alojados en ningún hangar cubierto de hollín.

—Hemos despejado siete mil metros cuadrados en estos barracones para ustedes, y podemos darles más espacio para almacenar los pertrechos.

—No hace falta —respondió Corbec—. Somos un solo regimiento. No necesitamos mucho espacio.

Daur los condujo a ambos al hangar principal, donde la mayoría de los Fantasmas estaban preparando su acuartelamiento. Por una ventana abierta, Corbec pudo ver otro amplio barracón, donde estaban acampando los demás.

—Mis hombres han excavado letrinas y hay algunos aseos e instalaciones de los trabajadores en funcionamiento en los barracones de la izquierda. —Daur fue señalando una por una todas esas cosas—. Por el momento, el abastecimiento de agua

está asegurado, de modo que las duchas funcionan. Pero me he tomado la libertad de instalar depósitos de agua y de combustible por si se interrumpe el suministro.

Corbec miró hacia donde señalaba Daur y vio una fila de camiones cisterna con mangueras y columnas de alimentación junto a la empalizada occidental.

—Los barracones tres, cuatro y cinco contienen provisiones y productos perecederos. La munición llegará al amanecer. La Casa de la Comandancia ha confiscado otro barracón de allí, perteneciente a la Casa Anko, para establecer en él el centro médico.

Corbec echó una mirada al desvencijado barracón alargado que había señalado Daur.

—Haga que Dorden lo examine, Mkoll —dijo. Mkoll paró a un soldado que pasaba por allí y lo envió en busca del oficial médico.

—También hemos establecido enlaces de voz primario y secundario en las oficinas de aquí al lado —explicó Daur, mientras los conducía por una puerta baja hacia lo que había sido la oficina del supervisor de la fábrica. Las habitaciones tenían una gruesa capa de polvo y espesas telarañas, pero montadas sobre bancos limpios junto a una pared había dos unidades de voz de gran alcance, relucientes y activas, emitiendo mensajes entrecortados. Incluso había rollos de papel nuevo y varillas de plomo dispuestos cerca de los aparatos. Esta minuciosidad hizo sonreír a Corbec. Puede que fuera la mentalidad de trabajo de La Colmena.

—Supongo que podría usar esto como su lugar de trabajo —dijo Daur, señalando una oficina lateral con un catre de campaña y una mesa plegable. Corbec le echó un vistazo, asintió y se volvió a mirar al capitán.

—Diría que se ha tomado muchas molestias por nosotros, Daur, a pesar de las instalaciones que nos han asignado los señores de La Colmena. Da la impresión de que no se ha olvidado de nada. No me olvidaré de ello.

Daur asintió, complacido.

Corbec salió de las oficinas.

—¡Sargento Varl! —llamó con su voz potente.

Varl dejó lo que estaba haciendo y se acercó rápidamente, sorteando a los hombres de Tanith, que se estaban acomodando.

—¿Coronel?

—Alégrese. Lo han puesto a cargo del avituallamiento. Aquellos barracones de allí —Corbec miró a Daur en busca de confirmación— son los almacenes. Haga un inventario y descargue allí el contenido de los camiones.

Varl asintió y se alejó pidiendo voluntarios.

Acompañado de Daur y Mkoll, Corbec supervisó las actividades de acuartelamiento.

—Parece que los Fantasmas empiezan a sentirse cómodos —murmuró sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Fantasmas? ¿Por qué los llama así? ¿De dónde son? —preguntó Daur.

—De Tanith —respondió Mkoll.

—De ninguna parte, capitán Daur —dijo Corbec, sonriendo con tristeza y contradiciendo al sargento—. No somos de ninguna parte, por eso somos fantasmas.

—Este es el único espacio disponible —dijo el comisario Langana categóricamente.

—No es nada satisfactorio —dijo Dorden, echando una mirada al hangar mal iluminado y reparando en las ventanas hechas trizas, en las pilas de desechos y en la capa de polvo—. No puedo transformar esto en un hospital de campaña. La suciedad sería más mortífera que el enemigo para mi regimiento.

El oficial del CCVP miró agriamente al médico.

—Las órdenes del subcomandante fueron muy específicas. Esta zona está destinada a necesidades médicas.

—Podríamos limpiar —sugirió el soldado Lesp. Con su pinta de perro flaco, apaleado, Lesp estaba medio escondido tras la puerta con Chayker y Foskin. Los tres constituían el cuerpo médico de Dorden y habían sido entrenados para el trabajo de campaña por el propio jefe médico. Gherran y Mtane, los únicos otros médicos plenamente cualificados de la unidad, miraron alrededor.

—¿Con qué? —preguntó Dorden—. Para cuando hayamos limpiado este lugar, la guerra habrá terminado.

Lesp se encogió de hombros.

—Tendrán que apañárselas. Esto es la guerra —anunció Langana—. La guerra nos iguala a todos y nos pone a trabajar con la fuerza de nuestros miembros y el ingenio de nuestras mentes.

Dorden volvió su rostro envejecido y miró directamente a la cara macilenta del oficial político.

—¿Se inventa usted esa basura o se la escribe otra persona?

Los enfermeros que estaban a su espalda trataron de esconder sus risas, mientras que Gherran y Mtane rieron sin disimulos.

—¡Podría castigarlo por semejante insolencia! —le espetó Langana, con las mejillas encendidas de ira.

—¿Ah sí? —replicó Dorden como si no lo oyera—. ¿Y privar a un regimiento de la Guardia Imperial de su médico en jefe? Creo que su subcomandante no aprobaría eso, ¿no le parece?

Langana estaba a punto de retrucarle cuando una potente voz femenina resonó en la sucia sala.

—¡Estoy buscando al médico! ¿Hola?

Dorden empujó a un lado al furioso comisario y se acercó a la puerta. Allí se encontró con una joven delgada y baja vestida con un uniforme rojo muy ceñido de puños bordados. Llevaba un botiquín médico al hombro y la acompañaba un grupo de tres hombres y dos mujeres vestidos como ella.

—Dorden, oficial médico en jefe, Primeros de Tanith.

—Cirujana Ana Curth, Cuerpo Médico Colectivo 67/mv de la Morada Interior —respondió con una inclinación de cabeza y mirando la mugrienta nave—. El capitán Daur, su oficial de enlace, estaba preocupado por el estado de las instalaciones y llamó a mi unidad para que le ofrezcamos apoyo.

—Como puede ver, Ana, dista mucho de ser adecuado —dijo Dorden, señalando con un gesto aquella ruina.

La mujer frunció levemente el entrecejo. El hecho de que hubiera usado su nombre de pila la sorprendió, ya que esas informalidades no eran frecuentes en La Colmena. Era descortés, casi condescendiente. Ella se había ganado su jerarquía y su posición trabajando como cualquier otro miembro de La Colmena.

—Es «cirujana Curth», doctor.

Dorden se volvió hacia ella sorprendido y evidentemente disgustado por haberla ofendido de esa manera. A espaldas de Dorden, Langana sonrió.

—Lamento mi error, cirujana Curth. —A continuación apartó la vista de ella—. Bueno, como puede ver, este no es lugar para los heridos. ¿Podrían ustedes… ayudarnos?

Ella lo miró de arriba abajo, reconcomiéndose todavía, pero un poco más calmada. Había algo en ese hombre de aspecto fatigado, familiar, que le hacía casi lamentar el tono que había utilizado. No era uno de esos soldados bravucones que trataban de quedarse con ella. Se trataba de un hombre mayor con los hombros vencidos. Había en sus modales una especie de agotamiento que no se arreglaba con descanso. Se dio cuenta de que sus ojos rodeados de arrugas habían visto demasiado.

Ana Curth se volvió hacia Langana.

—No atendería ni siquiera al ganado en un lugar como este. Voy a enviar de inmediato una notificación M.

—No puede… —empezó Langana.

—¡Oh, claro que puedo, comisario! Apartado quinto de la Declaración de Derechos, Enmienda 457/hj: «En caso de conflicto, el personal médico puede poner todos los recursos disponibles al servicio de la labor médica competente». Quiero que por la mañana estén aquí los equipos de limpieza del departamento de sanidad de La Colmena, con mangueras de presión y máquinas de vapor. Quiero equipos de desinfección. ¡Quiero sesenta camas, ropa de cama, cuatro mesas de cirugía con luces, pantallas e instrumentos, revestimiento antiaéreo para las paredes y las ventanas, un generador eléctrico adecuado, conexión con el suministro de agua y calefacción y quiero que se reparen esos agujeros del techo! ¿Entendido?

—Yo…

—¿Me ha entendido usted, oficial político Langana?

—Tendré que llamar a la Casa de la Comandancia para comunicar esas peticiones —dijo Langana, después de una breve vacilación.

—¡Hágalo usted! —le ordenó Curth. Dorden se la quedó mirando. Ya empezaba a caerle simpática—. Use mi código de categoría: 678/cu. ¿Lo ha apuntado? Eso le dará la autoridad necesaria para procesar mi solicitud. ¡Y hágalo ya, Langana!

El comisario saludó y salió del hangar. Tuvo que aguantar las burlas de los enfermeros de Tanith mientras iba saliendo.

Dorden se volvió hacia la mujer.

—Gracias, cirujana Curth. Los Tanith estamos en deuda con usted.

—Limítese a hacer su trabajo y nos llevaremos bien —le respondió secamente—. En este momento tengo más refugiados heridos en mi hospital de los que puedo atender. No quiero estar saturada cuando empiecen los enfrentamientos.

—Claro que no. Gracias, cirujana.

Dorden le dedicó una sonrisa sincera. Ella pareció a punto de ablandarse y de devolverle la sonrisa, pero se dio la vuelta y se dirigió con su equipo hacia la puerta.

—Volveremos dentro de dos días para ayudarles a instalarse.

—¿Cirujana?

La doctora Curth se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Está usted muy desbordada? Con los heridos, quiero decir.

—Hasta el paroxismo —respondió, suspirando.

—¿Le vendrían bien otros seis ayudantes? —preguntó Dorden, señalando a sus médicos y enfermeros—. Todavía no tenemos heridos que tratar, que el Emperador nos proteja. Hasta que los tengamos, nos gustaría ayudarla.

Curth echó una mirada a su enfermero jefe.

—Gracias, su oferta es bienvenida. Sígannos, por favor.

Varl supervisó el inventario de existencias transportando más que cualquier otro gracias a la fuerza de su brazo artificial. Con un equipo de treinta hombres organizó la disposición y el almacenamiento de las provisiones de los Tanith. Ya había mucho material en el barracón, bien marcado e identificado por el manifiesto por triplicado de las tablillas de datos, pero todavía quedaba lugar más que suficiente para los suministros y municiones que habían traído consigo.

Otro camión avanzó marcha atrás hacia la entrada, con las luces en intermitente, y Domor, Cocoer y Brostin ayudaron a llevar las cajas de productos perecederos a los lugares destinados para ello. Varl asignó otro lugar para las municiones que le habían dicho que llegarían después.

Caffran levantó la vista cuando el sargento lo llamó.

—Barran la parte trasera —ordenó Varl—. Asegúrense de que la zona sea segura.

Caffran asintió, cogió su chaqueta y su capa de camuflaje de encima de una pila de cajas y se los volvió a poner. Todavía estaba sudando por el trabajo realizado. Levantó su rifle láser y recorrió la parte trasera del barracón de suministros,

avanzando entre la oscuridad y las sombras, comprobando si en la pared posterior del hangar había agujeros.

Algo se movió en la oscuridad.

Describió un círculo con su rifle. ¿Roedores?

No se movía nada. Caffran avanzó pegado a las cajas y observó que el borde de una de ellas había sido mordido. Habían llegado a los paquetes con envoltura plástica de bizcochos secos que contenía. Decididamente, roedores. Había una huella de migas y trozos de plástico. Habría que poner trampas, y también veneno.

Hizo una pausa. El agujero del lateral de la caja era demasiado grande como para ser obra de unos roedores. A menos que se criara algo del tamaño de un perro en las alcantarillas de aquel lugar. No lo habría sorprendido dada la escala gigantesca de todo lo que había en la Colmena Vervun.

Armó su rifle láser y se deslizó pegado al borde de la siguiente pila.

Otra vez notó movimiento.

Avanzó de prisa, con el rifle levantado, buscando un blanco. Por Feth, tal vez los bichos del lugar estuvieran bien alimentados. Llevaban cuarenta días sin ver mucho la carne.

Un movimiento a su izquierda y puso rodilla en tierra, apuntando. Más allá de las cajas de provisiones había un rayo de luz verde, un agujero mellado en la pared posterior del barracón por el cual se filtraba el resplandor del Escudo, que lo cubría todo.

Caffran se arrastró hacia adelante.

Un ruido a la derecha.

Se dio la vuelta. Nada. Advirtió que había varias cajas más rotas.

Algo pasó por delante del rayo de luz, algo que lo atravesó rápidamente, tapando el resplandor.

Caffran corrió hacia adelante y se deslizó de lado por la brecha practicada en las planchas de fibra podridas de la pared posterior del hangar hasta salir a un montón de escombros y desechos que había detrás del almacén.

Se arrastró fuera, se agachó y levantó su rifle…

Entonces vio al chico. Un chico que a Caffran le pareció que podía tener entre ocho o nueve años y que subía por un montículo de escombros con un paquete de bizcochos en la mano. Cuando llegó a la cima, otra figura salió de la oscuridad. Una chica, mayor que él, una adolescente, vestida de una forma muy vulgar y adornada con perforaciones. Cogió el envoltorio y abrazó al chico fuertemente.

Caffran se puso de pie y bajó el arma.

—¡Eh! —llamó.

El niño y la chica se dieron la vuelta y lo miraron asustados, como animales a los que acecha un cazador.

Caffran entrevió apenas el rostro fuerte, bravo, hermoso de la chica antes de que ambos se escabullesen y desaparecieran entre los escombros.

Corrió pendiente arriba tras ellos, pero habían desaparecido.

En una guarida situada a cien metros de la pared trasera del barracón. Tona Criid abrazaba a Dalin y le pedía que estuviera callado.

—Buen chico, buen chico —murmuró. Abrió el envoltorio de los bizcochos para que él pudiera comer uno.

Dalin lo engulló rápidamente. Estaba hambriento. Todos estaban hambrientos ahí fuera.

Nubes de nutrientes bombeados hacia el interior del Tanque de Hierro alimentaban al altísimo señor de la Colmena Vervun mientras soñaba. Se revolvió en su matriz de líquido aceitoso tirando de los alimentadores conectados a sus pies y manos, retorciéndose como un perro que sueña.

Soñó con la Guerra del Comercio, antes de su nacimiento. Las imágenes de su sueño provenían de la biblioteca pictórica que había estudiado en su juventud. Soñó con su ilustre predecesor, el gran Heironymo, que desdeñaba con altivez la rivalidad de Ferrozoica mientras esta se armaba para la guerra. ¡Qué equivocación! ¡Qué tontería! ¡Vaya obcecación! ¡Y La Colmena tenía en tan alta estima su heroico liderazgo! ¡Tontos! ¡Borregos! ¡Estúpidos insensatos!

El comercio siempre es una guerra, pero una guerra que puede librarse de maneras muy sutiles y exquisitas. Coger las armas, movilizar al ejército, transformar unos buenos beneficios en máquinas de guerra y cañones, raciones y munición…

¡Qué mentalidad tan patética, Heironymo! ¡Qué ceguera la tuya al no ver el camino auténtico de la victoria! ¡La Casa Clatch habría acatado los embargos mercantiles mucho antes de que los valientes muchachos de Vervun Primario hubiesen superado las murallas de Zoica! Una concesión aquí, una permutación allí, una congelación de fondos o suministro, un bloqueo…

Salvadore Sondar flotaba boca arriba, ahora en sus sueños aparecían paisajes en lenguaje de máquina, con ficheros automáticos, zigurats de cálculo de intereses, ríos de tipos de cambio, terrazas de valores de producción.

Los paisajes matemáticos de la victoria mercantil que le gustaban más que ningún otro lugar del universo.

Se removió otra vez en el caldo tibio y unas burbujas iridiscentes cubrieron sus miembros encogidos y flotaron hacia la parte alta del tanque de hierro. Estaba satisfecho de haber matado al viejo. ¡Heironymo había gobernado durante demasiado tiempo! ¡Con sus ciento veinte años y venerado por su pueblo insulso, no tenía la menor intención de dejar sitio a su sobrino y claro sucesor de veinte años! Había sido un acto piadoso, se decía Salvadore en sueños, aunque el sentimiento de culpa lo

había perseguido durante los últimos cincuenta años. En sueños, sus facciones se contrajeron.

¡Sí, había sido un acto piadoso… por el bien de La Colmena y a mayor prosperidad del noble linaje de la Casa Sondar! ¿Acaso los beneficios no se habían triplicado durante su reinado? ¡Y que vinieran ahora Gnide y Croe y Chass y todas esas gentes sin personalidad a decirle que la vía mercantil ya no era una opción! ¡Mentecatos!

Gnide…

Ahora… estaba muerto, ¿verdad?

¿Y también Slaydo? El gran señor de la guerra, envenenado. No, eso no era así. Acuchillado sobre la alfombra de la sala de audiencias… no… no…

¿Por qué eran tan confusos sus sueños? Era aquel murmullo. Eso era. El murmullo. Deseó que terminase. No le permitía pensar. Él era el altísimo señor de la Colmena Vervun y quería que su mente soñadora estuviera despejada, sin obstáculos para conducir una vez más a su enorme comunidad hacia la victoria.

«¿El Escudo? ¿Qué? ¿Qué pasaba con el Escudo?».

Era como si el murmullo le estuviera diciendo algo.

«¡No! Nn…».

Durante un momento, los sueños de Salvadore Sondar quedaron tan en suspenso como el soñador. Un estado de fuga enredaba su mente onírica. Quedó flotando en el tanque como si estuviera muerto.

Luego, los sueños volvieron a borbotones. Envenenar al catador. ¡Ese había sido un golpe genial! ¡Nadie había sospechado! Al usar una toxina nerviosa no había dejado ni rastro. ¡Un ataque, habían dicho! ¡Un ataque había acabado finalmente con el viejo Heironymo! Salvadore se había visto obligado a inyectarse en los lagrimales solución salina para poder llorar en el funeral de estado.

¡El llanto! ¡Los funerales masivos! ¡Hacía ya cincuenta años, pero todavía lo atormentaban! ¿Por qué habían amado tanto los habitantes de La Colmena a aquel viejo bastardo?

Otra vez el murmullo, en el límite mismo de su impulso mental, como cuervos en un bosquete distante al amanecer, como insectos sobre los pastizales al anochecer.

Murmullo…

«¿El Escudo? ¿Qué estáis diciendo del Escudo?

»Soy Salvadore Sondar. Salid de mi mente y…».

El cuerpo extenuado se retorcía en medio de espasmos dentro del Tanque de Hierro.

Fuera, los servidores farfullaban y se sacudían lo mismo que él.

La enorme terminal ferroviaria de la Puerta Veyveyr era un amasijo ennegrecido y con olor a humedad. Nubes de vapor salían como niebla de la mampostería y el metal

retorcido, que se iban enfriando gracias a los millones de litros de líquido que se habían rociado encima del fuego para mantenerlo bajo control.

El mayor Jun Racine de Vervun Primario avanzaba entre los esforzados equipos de trabajo y trataba de supervisar las obras de despeje. Trataba… era una broma. Contaba con doscientos hombres, la mayoría hombres alistados, pero también algunos trabajadores del Administratum, así como guardavías y mozos de estación del Gremio de los Ferrocarriles. Totalmente insuficiente para hacer mella en una destrucción de ese calibre.

Racine no era ingeniero de estructuras. A pesar de sus catorce tractores pesados equipados con palas de que disponía, no había posibilidad alguna de cumplir el plazo de tres días señalado por la Casa de la Comandancia para despejar la estación. Grandes sectores de la techumbre se habían desplomado como cáscaras de huevo, y pilares de rococemento se habían venido abajo plegándose como palos de azúcar. Era reacio a dar instrucciones a sus hombres de que excavaran por miedo a producir más derrumbes. Ya había enviado a cinco hombres a las salas médicas tras caérseles encima una sección de un muro.

El aire era húmedo y acre, y el agua rezumaba por todas partes, formando charcos de cinco centímetro de profundidad en cualquier espacio libre del suelo.

Racine volvió a comprobar su placa de datos. Los esquemas fríos, básicos de su pantalla no coincidían en absoluto con la vida real. No podía localizar siquiera las posiciones de las principales conducciones de electricidad y de gas. Allí cerca, un tractor ferroviario estaba volcado en un enorme cráter, con las ruedas sobresaliendo de su gran forma de hierro negro. ¿Y si hubiera perdido combustible? Racine pensaba en las pérdidas de combustible, en los cortocircuitos, en las fugas de gas, incluso en bombas sin explotar… un conjunto terrorífico. Hizo los cálculos y obtuvo la misma odiosa respuesta.

—Un trabajo duro, mayor —dijo una voz a sus espaldas.

Racine se volvió. El que había hablado era un hombre bajo, fornido, de unos cincuenta años, cubierto de hollín y apoyado en una hacha-rastrillo a modo de muleta. Tenía una herida seria en un ojo vendada con una sucia tira de tela. Pero su ropa, por lo que pudo adivinar Racine entre el hollín y la suciedad, era la de un jefe de la fundición.

—No debería estar aquí, amigo —dijo Racine, con sonrisa paciente.

—Nadie debería —respondió Agun Soric, avanzando con dificultad. Racine y él miraron con desánimo por encima de la ruinosa estación hacia la enorme y amenazadora forma de la puerta y el Telón Amurallado. Era un mar de escombro y chatarra, y los hombres de Racine se movían como hormigas en torno a los rompeolas.

—Yo no pedí esto. Seguro que usted tampoco —dijo Soric.

—¡Gak! Por supuesto que no. ¿Es usted uno de los refugiados?

—Me llamo Soric, supervisor de planta, Fundición Uno de Vervun. —Soric señaló con un gesto abarcador el casco en ruinas de lo que había sido la planta de mineral adyacente a la cabecera ferroviaria—. Estaba ahí dentro cuando cayeron las bombas. Fue todo un espectáculo.

—Apostaría a que sí. ¿Pudieron salir muchos?

Soric aspiró el aire por entre los dientes y bajó la vista sacudiendo la cabeza.

—Muy pocos, trescientos tal vez. Al fin conseguimos lugar en un campo de refugiados. Todo era tan confuso.

Racine miró en derredor, percibiendo la ira reconcentrada del trabajador de La Colmena.

—¿Cómo es? Tengo entendido que los campamentos de refugiados están repletos.

—Es terrible. Imagine esto —dijo Soric, señalando la destrucción de la estación ferroviaria—, pero las ruinas son humanas, no de rococemento ni de ceramita. Escasean las provisiones: la comida, el agua, la atención médica. Están haciendo todo lo que pueden, pero ya sabe… millones de personas sin hogar, casi todas heridas, todas asustadas.

Racine se estremeció.

—Intenté conseguir algo de ayuda para mis trabajadores, pero me dijeron que a todos los refugiados se les asignaban raciones de cuarta escala a menos que participaran en el empeño bélico de La Colmena. En esos casos podrían promoverlos a la tercera escala, tal vez incluso a la segunda.

—Son tiempos duros… —dijo Racine y guardó silencio.

—¿Y si yo pudiera traerle a unos trescientos trabajadores dispuestos? Quiero decir tipos voluntariosos, trabajadores que pueden transportar cosas y trabajar y que saben lo suyo sobre el desplazamiento y el traslado de escombros.

—¿Para ayudar a despejar esto?

—¡Sí, Gak! Mi gente está cansada de estar mano sobre mano en el refugio, sin hacer nada. Podríamos ayudarlo a sacar adelante este trabajo.

Racine le dirigió una mirada escrutadora, tratando de averiguar si en todo aquello habría alguna trampa.

—¿Por el bien de La Colmena? —sonrió, inquisitivo.

—Sí, por el bien de La Colmena y por el bien de mis trabajadores, antes de que se desmoralicen y se vuelvan locos. Y supongo que, si lo ayudamos, usted podría interceder y conseguir que nos promovieran a una escala superior en el racionamiento.

Racine vaciló. Su enlace de voz pitaba. Estaba seguro de que era una llamada de la Casa de la Comandancia preguntando por el avance de los trabajos.

—Necesito despejar esto, o al menos abrir un camino por el medio. Mi regimiento tiene la puerta temporalmente bloqueada, pero si el enemigo ataca por aquí, necesitamos tener excavada una línea de defensa, con acceso para las líneas de

abastecimiento y la tropa. Si usted y su gente me ayudan a conseguirlo, les conseguiré esa maldita promoción en la escala.

Soric sonrió. Sujetó su improvisada muleta debajo del brazo y tendió la mano sucia. Racine se la estrechó.

—La Fundición Uno de Vervun no lo va a defraudar, mayor.

El carillón del cronómetro le señaló que era la hora del amanecer, pero, incluso aquí arriba, en La Colmena, casi no se percibía cambio en la luz exterior. El brillo del Escudo y el humo se encargaban de ello.

Amchanduste Worlin tomaba su desayuno en la burbuja de observación del palacio de su clan. Se había levantado antes que todos sus parientes, aunque los clérigos y servidores más jóvenes del Gremio Worlin ya andaban por ahí preparando los protocolos de trabajo de la jornada.

Con su bata de seda color naranja estaba sentado en una silla en suspensión junto a la mesa redonda de caoba y consumía el desayuno que le habían traído sus sirvientes en una bandeja lacada. El catador había declarado que la comida era apta y se había marchado. Worlin prestaba atención alternativamente a la vista panorámica de la ciudad, ahí fuera, y a la placa de datos incorporada en la mesa donde se iban desplegando las noticias de la mañana y los boletines de situación en conjuntos de relucientes runas.

Un suflé de huevo, pescado ahumado, fruta fresca, tortas de trigo tostadas y una infusión de cafeína. No eran las raciones recomendadas para la emergencia, Worlin lo sabía, pero ¿dónde estaba la ventaja de pertenecer a la privilegiada élite mercantil si uno no podía echar mano de las reservas de su clan de vez en cuando?

Mejoró la cafeína con un chorro de joiliq. Worlin sintió cierta satisfacción por primera vez desde hacía días, y no era solo por el alcohol. Había un *holding* de propiedad de la Casa Worlin, uno que él controlaba directamente, que le daba influencia comercial en esa guerra: el combustible líquido. En su desesperación y pánico del primer momento, lo había olvidado por completo.

La estación anterior había ganado la concesión de combustible al Gremio Farnora para deleite de su clan. El treinta por ciento de las importaciones de combustible de La Colmena de Vannick, tres oleoductos completos, estaban bajo el control directo del Gremio Worlin. Observó la cifras de entradas de megalitros en su placa de datos e hizo algunos cálculos sobre cómo subiría el precio de mercado por barril exponencialmente con cada día de conflicto. Ya había hecho las sumas varias veces, pero eso le daba gusto.

—Mi señor del Gremio —lo saludó su empleado personal, Magnal, al entrar en la burbuja.

—¿Qué pasa?

—Estaba preparando vuestro itinerario para el día. Tenéis una reunión del tesoro con el Consejo del Gremio a las once.

—Lo sé.

Magnal hizo una pausa.

—¿Algo más?

—Os… os traje anoche la directiva de la Legislatura. La que ordenaba que todos los oleoductos provenientes de Vannick se cerrasen ahora que La Colmena hermana ha caído. Al parecer vos… vos no habéis autorizado el cierre, mi señor.

—El cierre…

—Todos los gremios que controlan el combustible han recibido orden de volar las tuberías de la costa norte y bloquear los ramales que queden con rococemento. —Magnal trató de mostrarle a Worlin una placa de datos, pero el agremiado la rechazó frunciendo el entrecejo—. Nuestros equipos de trabajo están a la espera…

—¿Cuánto combustible tenemos almacenado en nuestras instalaciones del Hass Oriental? —preguntó Worlin.

Magnal musitó una cifra considerable.

—¿Y cuánto sigue viniendo por el oleoducto?

Otro murmullo. Una cifra de gran magnitud.

—Deploro la pérdida de nuestros primos de Vannick —dijo Worlin, con una inclinación de cabeza—, pero el combustible sigue llegando. El deber del Gremio Worlin para con la Colmena Vervun es mantener los oleoductos abiertos mientras se pueda seguir recibiendo recursos. Los cerraré cuando se hayan secado.

—Pero la directiva, mi señor…

—Eso déjamelo a mí, Magnal. Puede que el flujo solo dure un día más, unas cuantas horas. Pero, si lo cierro ahora, ¿puedes imaginar los beneficios que perderemos? No sería buen negocio, amigo mío. Nada bueno.

Magnal pareció incómodo.

—Dicen que es una cuestión de seguridad, mi señor…

Worlin dejó su taza de cafeína, que golpeó con fuerza algo excesiva sobre el plato, e hizo que Magnal diera un respingo, aunque la sonrisa amable no abandonó en ningún momento el rostro de Worlin.

—No soy ningún tonto, subordinado. Asumo con seriedad mis responsabilidades para con La Colmena y para con mi clan. Si cierro las líneas ahora, estaré faltando a mis deberes para con ambos. Que los soldados se ganen la gloria con sus hechos heroicos en el frente. La historia hablará de mi valentía al luchar por la Colmena Vervun de la única manera que puede hacerlo un comerciante.

—Vuestro nombre será recordado, mi señor —dijo Magnal, antes de dejar el aposento.

Worlin estuvo allí un momento golpeando con su cucharilla de plata el borde del plato. No había la menor duda. También tendría que matar a Magnal.

En el confín más meridional de los habitáculos externos y los sectores industriales, la gran Colmena era una cúpula que llenaba el cielo de luz verde, pálida bajo el sol de la mañana, desdibujada por su caparazón de humo.

El capitán Olin Fencer de Vervun Primario salió arrastrándose de su trinchera y parpadeó al sentir el aire frío de la mañana. Era un aire cargado todavía con las emanaciones de gas termita y fyceleno, con el olor a combustible quemado y a carne chamuscada. Pero esa mañana tenía algo diferente. No podía precisar qué era.

El escuadrón de Fencer, formado por cincuenta soldados, había estacionado en los habitáculos externos del sudoeste cuando empezó todo. Los enlaces de voz se habían perdido con las primeras bombas y no habían podido hacer nada más que cavar y huir, ya que día tras día los bombardeos sistemáticos habían arrasado y dejado incomunicada la ciudad industrial externa que había detrás.

No había posibilidad de retirada hacia el interior de La Colmena, aunque Fencer sabía que millones de moradores del distrito habían huido hacia allí. Él tenía una posición que mantener. Estaba estacionado allí con los treinta y tres hombres que le quedaban cuando la columna blindada de Vegolain había pasado por la Autopista del Sur hacia los pastizales. Su escuadrón los había vitoreado.

Habían permanecido ocultos en los búnker, llorando algunos de rabia, de dolor o de desesperación, la noche en que los maltrechos restos de la columna se habían retirado volviendo a la ciudad.

Para entonces, el número de sus hombres había descendido a veinte.

En los días que siguieron, Fencer se había visto obligado a dar sus propias órdenes, ya que todas las comunicaciones con la Casa de la Comandancia estaban interrumpidas. A decir verdad, estaba convencido de que en La Colmena nadie creía que quedara alguien vivo allí fuera. Había seguido al pie de la letra los edictos de los protocolos de combate de emergencia de Vervun Primario, organizando la excavación de una serie de trincheras, líneas de abastecimiento y fortificaciones a través de las ruinas de los habitáculos externos, aunque las bombas seguían cayéndoles encima.

Su sargento primero, Grosslyn, había minado los caminos, y otros equipos habían excavado trampas antitanque y vías muertas. A pesar de los bombardeos, también habían levantado un baluarte defensivo de trescientos metros de tierra precedido de un foso lleno de estacas de hierro y trozos de vía y habían emplazado tres ametralladoras pesadas y dos lanzallamas rodeados de sacos terreros a lo largo de la autopista.

Todo eso al décimo día. Para entonces, solo le quedaban dieciocho soldados.

Al llegar el decimocuarto día, cuando supieron por los fogonazos en órbita de las naves de transporte de tropas que ya venían en camino refuerzos de la Guardia, tres más habían muerto como consecuencia de heridas o de enfermedad.

Este era el amanecer del decimonoveno día. Cubierto de polvo y de sangre, Fencer avanzó por la posición de la trinchera principal mientras sus soldados se despertaban o reemplazaban en la guardia a los agotados centinelas nocturnos.

Pero ahora tenía sesenta soldados. En La Cúspide creían que allí todo había sido arrasado, que todos estaban muertos, pero estaban equivocados. No todos los habitantes de los habitáculos externos habían huido a La Colmena, aunque eso pareciera. Muchos se habían quedado, demasiado reacios, demasiado obcecados, o simplemente demasiado asustados para moverse. A medida que transcurrían los días y los bombardeos continuaban, Fencer empezó a recibir la afluencia de hombres y mujeres, e incluso de algunos niños, que iban saliendo de las ruinas. Alojó a todos los no combatientes en los búnkers de que disponía y estableció un riguroso racionamiento. A todos los trabajadores capacitados de ambos sexos los reclutó para su batallón de vanguardia.

Habían conseguido preciosos suministros médicos en la unidad de enfermería de la mina bombardeada, y habían establecido un hospital de campaña en las ruinas de una panadería bajo la supervisión de una adolescente llamada Nessa que había hecho un curso de enfermería. También habían robado provisiones en las cantinas de tres fábricas en ruinas de la región. Una Casa de la Guardia de CCVP situada en Pasaje Oeste 567/kl lo había provisto de rifles láser y armas de menor alcance para sus reclutas, así como de explosivos y de un lanzallamas.

Los reclutas de Fencer habían venido de todas partes. Tenía a sus órdenes empleados que jamás habían sostenido un arma, trabajadores de las tejedurías que veían mal, y personas a las que los bombardeos habían dejado sordas y solo podían recibir órdenes por medios visuales.

El núcleo de sus tropas, los mejores, eran veintiún mineros del Decimoséptimo Equipo de Profundidad, que habían salido de las profundidades excavando después de que hubiera caído el montacargas principal de su instalación.

Fencer se agachó y avanzó rápidamente por la trinchera, pasando a través de las casas en ruinas, bajo grúas caídas, por túneles cortos de comunicación que habían excavado los mineros para comunicar sus defensas. Su experiencia había sido un regalo del cielo.

Llegó al emplazamiento del segundo rifle automático en 567/kk y saludó a los hombres con una inclinación de cabeza. El cabo Gannen estaba haciendo sopa en su cazo del rancho sobre una cocina de campaña mientras su compañera, una chica de las tejedurías llamada Calie, vigilaba el horizonte. Eran un ejemplo perfecto de cómo la necesidad había transformado a todos en héroes. Gannen era un artillero especializado en rifle automático, pero se le daba mejor cargar el arma que disparar. La chica había demostrado una habilidad natural para el arma. De modo que habían cambiado, y el cabo no tenía el menor empacho en reconocer que ahora cargaba el arma para una trabajadora de las tejedurías a la que doblaba en edad.

Fencer siguió adelante, pasando por otros dos puestos de guardia, y encontró a Gol Kolea en el nido de la esquina, vigilando la autopista. Kolea, el líder natural de los mineros, era un hombre corpulento, con mucha fuerza de la cintura para arriba. Estaba bebiendo agua caliente de una taza de latón llena de abolladuras, con el rifle láser a su lado. Fencer tenía pensado ascenderlo muy pronto. El hombre se lo había ganado. Había sacado a sus mineros de las tinieblas, había formado con ellos un grupo eficiente de trabajo y había hecho con ellos todo lo que Fencer le había pedido. Además, Kolea sentía una furia intensa contra el enemigo zoicano. Tenía familia en La Colmena, aunque no hablaba de ella. Fencer estaba seguro de que el recuerdo de ella era lo que había hecho a Kolea capaz de semejantes esfuerzos.

—Capitán —lo saludó Kolea, cuando entró agachado.

—Algo va mal, Gol —dijo Fencer—. Hay algo diferente.

—¿No lo ha notado? —le preguntó el corpulento minero.

—¿Notar qué?

—Que han cesado los bombardeos.

Fencer quedó boquiabierto. Se habían incorporado de tal modo a su vida diaria desde hacía más de dos semanas, que no se había dado cuenta de que habían cesado. A decir verdad, en sus oídos resonaban todavía las ondas expansivas.

—¡Que el Emperador nos salve! —dijo con voz entrecortada—. Seré estúpido.

Llevaba despierto más de veinte minutos y había tenido que venir un minero a decirle que ya no estaban bajo el fuego.

—¿Ve algo? —preguntó Fencer, avanzando a gatas hacia el hueco entre dos sacos terreros por el que vigilaba Kolea.

—No. Polvo, humo, niebla… poca cosa.

Fencer estaba a punto de echar mano de su catalejo cuando Zoica empezó su ofensiva por tierra.

Una descarga de fuego láser salpicó toda la línea defensiva de los habitáculos externos como los destellos de mil millones de petardos. La mera escala del ataque era apabullante. Nueve de los soldados de Fencer murieron inmediatamente. Otros tres, todos ellos trabajadores, salieron corriendo, ya que no estaban preparados en absoluto para la furia de un asalto por tierra.

En derredor cayeron granadas y cohetes que volaron dos trincheras de comunicación. Otra explosión destrozó la sala de avituallamiento y lanzó por los aires sus preciadas provisiones.

La gente de Fencer puso en marcha su resistencia.

Le había ordenado a todos que preparasen las armas para elegir el blanco y no desperdiciar ni munición ni baterías de alimentación. Como respuesta al asalto de Zoica, su respuesta pareció magra y débil.

Fencer se encaramó a la parte alta del nido y levantó su rifle láser. Quinientos metros más adelante, a través del humo y de los escombros, vio las formaciones del

enemigo, soldados vestidos con pesados trajes de faena de color ocre que avanzaban en cerradas filas.

Fencer empezó a disparar. Por debajo de él, Kolea también abrió fuego.

Entre los dos acabaron con trece hombres en los primeros cinco minutos.

Los tanques zoicanos, con manchas color ocre y rugiendo como bestias, se arrastraban por la carretera y se abrían en abanico entre las ruinas, valiéndose de las carreteras y demás vías abiertas entre el mar de escombros. Las minas acabaron con dos de ellos, lanzando al aire altas llamaradas y trozos del blindaje, y los vehículos incendiados bloquearon el avance de otros seis.

Unos cohetes volaron hacia las defensas y levantaron por los aires una sección de quince metros. El cabo Tanik y otros tres soldados fueron desintegrados.

Otro tanque zoicano cubierto con una malla de camuflaje avanzó entre las ruinas y cayó en una de las vías muertas construidas. Bloqueado por paredes de rococemento por ambos lados y al frente, intentó dar marcha atrás y cambiar la orientación de su torreta cuando una de las posiciones de lanzallamas de Vervun le lanzó sus ráfagas incandescentes y lo convirtió en un asador.

El sargento Grosslyn, con dos regulares de Vervun Primario y seis de los habitantes de las moradas, entablaron un fuego cruzado contra las tropas zoicanas que intentaban introducirse en un foso sembrado de estacas del extremo oriental de la fila. Entre todos mataron a cincuenta o más y muchos murieron empalados entre los rieles y el alambre. Cuando Jada, la trabajadora que estaba junto a él, resultó herida en el pecho y cayó al suelo gritando, Grosslyn se volvió para tratar de ayudarla. Una ráfaga de láser de uno de los soldados de asalto zoicanos que se estaba muriendo ensartado en las estacas le voló la parte de atrás de la cabeza.

Gannen y Calie frenaron el tráfico del oeste durante dos horas, acabando con docenas de soldados enemigos y con al menos un vehículo blindado que se partió en dos y voló por los aires cuando la chica de las tejedurías lo alcanzó con varios disparos de rifle automático que atravesaron el blindaje.

Gannen resultó despedazado por la metralla de un cohete cuando el enemigo atacó por la izquierda.

Calie siguió disparando, cargando ella misma el arma, hasta que el cañón de un tanque la alcanzó y veinte metros del baluarte volaron hacia el cielo.

Superada, la fuerza de Fencer se replegó hacia las ruinas de los habitáculos externos. Algunos fueron aplastados por el avance de los tanques. Un empleado alistado, que murió de hemorragia por una herida de bolter, hizo una incursión suicida cargado con un cinturón de granadas y acabó con un tanque estacionario. La explosión incendió las nubes bajas, y los restos metálicos del tanque quedaron sembrados por las calles circundantes.

Otros lucharon desde una última zanja hasta que la infantería que avanzaba los arrasó por simple superioridad numérica.

Hubo intentos descabellados de combate cuerpo a cuerpo, bayoneta contra bayoneta, mano a mano. Ni un solo metro del territorio extramuros de la Colmena Vervun se entregó sin el esfuerzo más tremendo.

Gol Kolea, una vez agotado su rifle láser, se enfrentó a los soldados enemigos en la barricada y los mató uno por uno, a diestro y siniestro, con golpes rabiosos de su hacha-rastrillo. A cada golpe gritaba el nombre de su esposa.

Una descarga de láser alcanzó al capitán Olin Fencer en una cadera y le salió por el hombro opuesto. Al caer, sollozando, puso su rifle láser en automático y lanzó sobre la masa de sus asesinos sus últimas descargas.

Su mano seguía apretando el disparador cuando ya se había agotado la batería de carga. Para entonces, ya estaba muerto.



CAPÍTULO 6

CADENAS DE MANDO

“ *Una guerra librada por un comité es una guerra perdida por adelantado».*

Sebastian Thor, Sermones, vol. XV, cap. DIV.

Gaunt sentía que el volumen monumental del Telón Amurallado que lo rodeaba vibraba realmente. El fuego de las bombas que golpeaba su piel exterior era un rugido sordo.

El capitán Daur y otros tres oficiales del personal de enlace guiaban al grupo de reconocimiento por la escalera de la torre secundaria de la muralla al oeste de la enorme Puerta Heironymo Sondar. Gaunt había llevado consigo a Rawne y Mkoll y al soldado Milo como su ayudante.

El general Grizmund, con tres de sus narmenianos de mayor graduación, y el general Nash, acompañado de dos de los ayudantes de su regimiento, completaban el grupo, junto con Tarrian del CCVP. Llevaban un cuerpo de guardaespaldas formado por treinta soldados de Vervun Primario con equipo de combate completo.

El grupo de reconocimiento salió a la parte alta de la torre donde una brisa ardiente, con emanaciones de fyceleno, silbaba sobre sus cabezas. Había allí tres lanzamisiles ya armados y listos con su dotación totalmente preparada, pero se habían añadido protecciones adicionales de tableros antiaéreos en previsión de la visita de los dignatarios, y los lanzamisiles, al no quedar lugar para sus ondas de escape con aquella protección extra, ahora guardaban silencio. El personal saludó a los visitantes con soltura.

—¿Estas protecciones son por nosotros? —preguntó Gaunt a Tarrian, señalando los tableros recién colocados.

—Por supuesto.

—¿Deja usted inactiva toda una torre defensiva para que echemos un vistazo sin peligro por encima de la Muralla?

Tarrian frunció el entrecejo.

—El general Sturm lo exige así cada vez que visita la Muralla. Supuse que usted y los otros eminentes generales querrían el mismo trato.

—Hemos venido a combatir, no a escondernos. Desmóntelos y ponga a trabajar a la dotación.

Tarrian miró a Nash y luego a Grizmund. El narmeniano asintió brevemente.

—Gaunt habla por todos nosotros —dijo Nash, con tono seco—. No necesitamos paños calientes.

Tarrian se apartó del grupo y empezó a dar órdenes a la dotación del lanzamisiles.

El resto del grupo de reconocimiento se acercó a la muralla y sacó sus magnoculares o usó las videopantallas montadas sobre trípodes. Milo le entregó a Gaunt su propio catalejo tras sacarlo de su estuche y el comisario graduó el aumento mientras lo levantaba y miraba hacia fuera.

Por debajo de ellos, el miserable erial en que habían convertido los habitáculos externos del sur se veía indefenso y arrasado. No había señal visible de vida, pero una despiadada tormenta de bombas y misiles enemigos lo atravesaba en dirección a la colmena. Una buena cantidad caía en las moradas, pero otro porcentaje daba en el propio Telón Amurallado. Gaunt estiró el cuello un momento, dirigiendo su catalejo hacia la suave pendiente de la Muralla. Por lo que se veía, su superficie adamantina estaba picada y marcada como la faz de la luna. Cada tantos segundos, las baterías que había a ambos lados de ellos en la Muralla disparaban, y las grandes armas de

asedio situadas en los emplazamientos de abajo, en lo más denso de la Muralla, retrocedían y lanzaban otra descarga.

La vibración de la Muralla continuaba.

—No hay forma de calcular ni el número ni la escala —empezó a decir Nash.

—No es así, señor —replicó Grizmund, sacudiendo la cabeza mientras señalaba el confín del vasto erial de los habitáculos externos—. Según se nos ha dicho, esto ya no es obra de la artillería de gran alcance que tienen en los pastizales. Esto es un asalto por tierra de menor alcance, cuerpos blindados que avanzan a través de las fábricas y habitáculos externos.

—¿Está seguro? —preguntó Gaunt.

—Se pueden ver los fogonazos de los cañones de los tanques al disparar. A cuatro o cinco kilómetros de distancia, a las mismísimas puertas de los habitáculos externos. Sus armas están en la máxima elevación para conseguir el alcance máximo, de modo que los fogonazos de las bocas se ven altos y descubiertos. Es simplemente cuestión de observar, contar, estimar.

Gaunt observó los fogonazos a través de su catalejo. Al igual que Nash, él era comandante de infantería y siempre agradecía la apreciación técnica de oficiales experimentados en otros aspectos de la guerra. Grizmund tenía fama como comandante de artillería. Gaunt confiaba totalmente en el criterio del narmeniano en ese aspecto. Mientras miraba, empezó a detectar el breve destello de puntos luminosos allí fuera, en los alrededores de la colmena.

—¿Cuál es su estimación? —preguntó Nash, que también estudiaba la escena y que, al igual que Gaunt, estaba deseoso de escuchar una opinión experta.

Grizmund miró a sus asistentes, que levantaron la vista de sus catalejos.

—¿Nachin?

El brigadier respondió directamente con toda la riqueza de los tensos sonidos vocálicos del acento narmeniano.

—En un primer cálculo, vehículos blindados en una magnitud de veinte mil unidades. Avance directo hacia el frente, tal vez con una avanzadilla hacia el este, cerca de aquellas torres altas de refrigeración que todavía se mantienen de pie. Cohetes y morteros incalculables, de difícil seguimiento, pero todos ellos móviles. Cuarenta, tal vez cuarenta y cinco mil.

Los otros narmenianos coincidieron. Grizmund se volvió hacia Gaunt y Nash mientras Tarrian se reincorporaba al grupo.

—Nachin sabe de esto tanto como yo. Ya han oído sus cálculos. Un asalto de varios regimientos. Ataque blindado a gran escala. Sin embargo, si lo que dice el comisario Kowle es correcto, ni siquiera una fracción de sus filas.

—Podemos suponer que otras fuerzas avanzan por el distrito minero, por Las Ciénagas, tal vez por los habitáculos externos orientales y también por la unión del río Hass Oriental —dijo Nash, con tono sombrío.

—Sin embargo, no pueden hacerse estimaciones de la infantería —añadió Grizmund.

—Con su permiso, señor —dijo Rawne, y Gaunt lo autorizó con un gesto a proseguir.

Rawne señaló hacia la escena de allá abajo con gestos precisos de sus manos ágiles, sus manos de asesino.

—Si observamos los fogonazos de los tanques como indicó el general Grizmund, vemos que forman una línea accidentada, como un contorno. Compárenlas con la caída de las bombas. El borde de las bombas de alcance más corto, como puede verse por las explosiones y por el humo, coincide aproximadamente con esa línea, con una brecha de aproximadamente un kilómetro y medio entre las fuerzas blindadas y la línea de fuego. Ese es el espacio que previsiblemente ocuparía la infantería, avanzando delante de los carros blindados.

Nash asintió, impresionado por la perspicacia del joven Tanith.

—No podemos juzgar sus tácticas por las nuestras —prosiguió Rawne—. Por Feth, he visto las fuerzas de esa escoria del Caos aplicar muchas aberraciones tácticas en el campo de batalla, pero, suponiendo que no quieran masacrar a sus propios soldados, y suponiendo el mayor margen de error, eso nos indica una clara franja de avance de la infantería. Considerando una sola línea al frente, yo diría que hay más de medio millón ahí abajo. Si duplicamos la línea, duplicamos la cifra, si la triplicamos…

—Puede que seamos un grupo de carcamales, pero seguimos sus matemáticas, mayor —dijo Gaunt, y los otros rieron sombríamente—. Una buena evaluación. Gracias.

—Por lo menos un millón —dijo Mkoll de repente.

Todos se volvieron para mirarlo.

—¿Sargento explorador?

—Escuche, señor —indicó Mkoll, y todos lo hicieron, aunque no oyeron nada más que el sonido quejumbroso de las bombas y el estruendo de las explosiones.

—Por detrás de los impactos, una nota más alta, como un crujido, como el viento.

Gaunt se esforzó por dejar fuera los sonidos del bombardeo. Oyó un vago susurro del sonido descrito por Mkoll.

—Rifles láser, señor. Tantos disparos superpuestos que su sonido individual se ha convertido en una nota crujiente. Sería necesaria… por Feth, una gran cantidad de rifles láser para producir ese ruido.

Al fondo del grupo, Daur observó que el ayudante de Gaunt, Milo, se había aproximado al borde occidental de la torre y miraba hacia fuera. El ayudante era apenas un muchacho con la piel pálida marcada por un extraño tatuaje azul que, al parecer, era una costumbre muy difundida entre los Fantasmas.

Daur se acercó a él, cojeando.

—¿Qué ve? —preguntó.

—¿Qué es aquello? —preguntó Milo, señalando hacia el este. A lo lejos, siguiendo la curva del gran Telón Amurallado, más allá de las puertas Sondar y Veyveyr y de las ruinas de las Explotaciones de Mineral, se extendía una gran loma negra que partía de La Colmena. Tenía dos kilómetros de ancho y cinco de profundidad. Parecía una marea de alquitrán. El Telón Amurallado presentaba una brecha de mil cuatrocientos metros de ancho para darle paso.

—La Escombrera —respondió Daur—. Es una… montaña de desechos rocosos y de mineral procesado proveniente de las fundiciones y las explotaciones mineras. Una de las señas de identidad de la Colmena Vervun —dijo riendo.

—La Muralla está abierta por ese lado.

—La Escombrera lleva allí más tiempo que la Muralla. La Muralla se construyó alrededor.

—Pero, a pesar de todo, es una brecha en las defensas.

—No se preocupe, está bien protegida. La quinta división de mi regimiento, los «Escombreras», está dedicada a la protección de esa zona, veinte mil hombres que se toman su trabajo muy en serio. Además, la propia Escombrera es una endiablada traicionera: empinada, insegura, con desprendimientos constantes. Tal vez sea más difícil atravesar la Escombrera que el Telón Amurallado. ¡Un enemigo perdería miles de soldados intentando una jugada como esa!

Daur sonrió alentador a Milo y luego se reincorporó al grupo de reconocimiento.

Milo sintió pena por él. Daur no tenía experiencia con el enemigo, no sabía nada de cómo derrochaban y usaban la vida de sus tropas para conseguir cualquier objetivo. Los soldados de la Colmena Vervun y la táctica que seguían estaban demasiado centrados en la experiencia del combate con un enemigo cuerdo.

Dentro del grupo principal, Gaunt miró a los demás comandantes.

—¿Evaluaciones?

—Demasiados vehículos blindados para un contraataque de infantería ahora mismo, pero yo no dejaría que esos bastardos llegaran a las murallas —dijo Nash.

—Me gustaría desplegar mis divisiones acorazadas para que se ocuparan de ellos ahí fuera —dijo Grizmund—, con el apoyo de las unidades blindadas que pudiera proporcionarme el ColNor. Por el momento, no estamos abrumados. Si podemos detenerlos en los habitáculos externos, lejos de La Colmena principal, podríamos ser la avanzadilla y penetrar hasta el corazón de su ejército. Por muchos que sean, están desplegados en un área muy extensa. Eso es lo que yo haría. Contraasalto blindado, directo y repentino, cortarles la hierba debajo de los pies, aunque sea solo un segundo, y luego abrir una vía para girar y atacarlos por el flanco, penetrando en sus líneas de reserva. Y abrir también un camino para la infantería.

Nash expresó con vehemencia su coincidencia.

—Apoyaré sin dudarlo una acción como esa.

—Y también yo —añadió Gaunt—. Ya han ganado terreno más que suficiente. Los pararemos en seco, aunque solo sea en este sector occidental.

Grizmund asintió con la cabeza.

—Deben abrirse las puertas de este lado de La Colmena. Será una satisfacción combatir a estos bastardos, independientemente de cuántos sean, pero necesito espacio para movilizar mis máquinas y maniobrar con ellas. Prefiero hacerlo ahí fuera, en las moradas, que esperar a que lleguen hasta la Muralla.

—O a que estén dentro —añadió Rawne.

—Esto es algo nunca visto —dijo Gaunt, sonriendo a sus colegas—. Que tres oficiales se hayan puesto de acuerdo sobre un enfoque táctico.

Hubo más risas generalizadas interrumpidas por los primeros alaridos de los lanzamisiles de la torre, que reanudaron el fuego tras retirar las protecciones.

—Esa evaluación no concuerda con la estrategia del general Sturm —dijo Tarrian desde un lado.

Gaunt se volvió hacia él.

—Me produce cierta desazón cada vez que un oficial político usa una palabra vaga como «concordar», comisario Tarrian. ¿Qué quiere decir?

—Tengo entendido que las recomendaciones tácticas del general Sturm para encarar este conflicto ya están hechas y las están examinando el comandante Croe, el Comité Estratégico de la Casa de la Comandancia y representantes de las casas nobles. Creo que ya cuenta con el pleno apoyo del subcomandante Anko y del comisario Kowle.

—¡Da la impresión de que todo está decidido! —dijo Nash con sorna y una expresión reconcentrada en su mentón cubierto de una rala perilla gris.

—¿Entonces estamos perdiendo el tiempo aquí arriba? ¿Qué sentido tiene este reconocimiento si ya está decidido el plan? —preguntó Grizmund.

—He tenido trato anteriormente con el general de los Volpone —indicó Gaunt, con amargura—. No tengo la menor duda de que se considera el oficial de mayor rango de la Guardia en este teatro y de que los responsables de La Colmena lo han recibido como tal. Pero no es hombre para enfrentamientos personales. Prefiere ocupar nuestra atención en otras cosas mientras él toma sus propias decisiones. De ahí este… paseo turístico. —Se volvió de repente hacia Tarrian—. ¿Y usted sin duda sabe cuáles son esas decisiones? ¿O no, Tarrian?

—No me corresponde a mí decirlo, coronel-comisario —dijo Tarrian tajantemente.

—Defender la Muralla, mantener las puertas cerradas, ceder todo el territorio de fuera y enfrentarnos a un asedio sostenido, confiando en que el Escudo, el Telón Amurallado y las fuerzas acantonadas dentro de la Colmena Vervun basten para detener al enemigo hasta el fin de los tiempos, o al menos hasta que el invierno acabe con él.

Todos se volvieron para mirar. Al terminar de hablar, el capitán Daur se encogió de hombros, haciendo caso omiso de la mirada asesina que le echó el comandante del CCVP.

—Los planes se hicieron circular esta mañana, con clasificación de comunicación magenta. No tengo por qué suponer que la comunicación dejara fuera a los oficiales de la Guardia de rango superior.

—Gracias, Daur —dijo Gaunt antes de volverse hacia Tarrian—. Los generales y yo queremos ver a Sturm y al comandante. De inmediato.

Calladamente, el quinteto de soldados vestidos de ocre empezó a recorrer el corredor de la fábrica destruida por las bombas, avanzando por aquella atmósfera cargada de polvo. Fuera, un tanque pasó chirriando por el río de escombros que había sido otrora el Pasaje Oeste 287/fd de los habitáculos externos.

Los soldados vestían uniforme de combate color ocre, correaje de cuero negro reluciente y llevaban rifles láser nuevos. Se cubrían la cabeza con cascos compuestos que les tapaban toda la cara y en los que podían verse rasgos burlones como calaveras borrosas y el emblema de Ferrozoica grabado en la frente.

El escuadrón comprobó cada puerta y cada sección dañada por la que pasaba. Gol Kolea podía oír el crujido hueco de sus unidades de voz transmitiendo mensajes de ida y de vuelta.

Volvió a ponerse a cubierto e hizo con la mano un gesto para que lo entendiera su compañía. Retrocedieron, y fueron engullidos por las sombras y el polvo.

Gol dejó que los cinco soldados avanzaran por el corredor lo suficiente como para llegar al piso falso. Entonces conectó el extremo descubierto del cable suelto que tenía en la mano a los terminales de la batería.

La mina de concusión arrancó un tramo de corredor, eliminó al último soldado y destrozó al que estaba delante de él con fragmentos de metralla y esquirlas de hueso de su camarada despedazado.

Los otros tres cayeron y luego se pusieron de pie disparando a ciegas en medio del humo. Las trayectorias brillantes, penetrantes, del fuego láser atravesaron la cubierta de humo como peces que nadaran entre aguas turbias.

Gol echó abajo la falsa pared y se lanzó sobre el primero de ellos por detrás, atravesando con el extremo ganchudo de su hacha-rastrillo el casco y el cráneo.

El sargento Haller se descolgó desde las vigas del techo en las que había estado al acecho y mató a otro con disparos a bocajarro de su pistola automática mientras aplastaba con su peso al soldado.

El bastardo zoicano que quedaba puso su arma en automático y empezó a disparar a lo loco. Sus disparos atravesaron un tablero antiaéreo y destriparon al herrero Vidor, que estaba a punto de saltar desde detrás de este.

Nessa salió de su escondite entre unos sacos terreros y clavó su cuchillo en la nuca del zoicano, luchando y sosteniendo el cuchillo resbaloso de sangre mientras el soldado se sacudía convulsivamente. Cuando cayó, su cabeza casi estaba separada del cuerpo.

Gol acudió veloz y separó a Nessa del cadáver. Ella le mostró el cuchillo ensangrentado, temblando.

—Guárdalo —le dijo Gol, moviendo los labios. Ella asintió. Tenía los tímpanos destrozados por el estallido de una bomba que había caído cerca de ella y jamás volvería a oír a menos que se le practicara una costosa intervención quirúrgica en las altas esferas y se le colocaran implantes… lo cual significaba que no volvería a oír. Era médico de formación y pertenecía a los habitáculos externos. Su nivel no era el más bajo, pero en el sistema de clases de La Colmena tenía muchos por encima.

—Has hecho bien —le indicó Gol. Ella sonrió, pero el miedo que había en sus ojos y la sangre que le cubría la cara diluyeron el poder de la expresión y la belleza de la joven.

—No es tan fácil —le respondió por señas. Había aprendido muy pronto a hablar por señas. El capitán Fencer, al que el Emperador tuviera en su gloria, le había dado una buena formación y le había explicado que ahora que estaba sorda no podía modular el volumen de su voz.

Gol echó una mirada en derredor. Haller y los demás miembros de su equipo ya habían recuperado cuatro rifles láser, dos pistolas láser y las municiones de los muertos.

—¡Vamos! ¡Moveos! —ordenó Gol, subrayando sus palabras con gestos expresivos para los sordos. De los nueve miembros de su compañía, seis eran sordos. Echó una última mirada al cadáver de Vidor y le dedicó un momento de respeto. Le caía bien Vidor. Hubiera deseado que el valiente herrero hubiera tenido ocasión de luchar. A continuación siguió a su compañía.

Salieron de la fábrica y dieron un rodeo por un callejón lateral hasta una capilla de la Eclesiarquía medio destruida por el fuego. Los cadáveres de los hermanos del Ministorum yacían por todas partes atrayendo a multitud de moscas. No habían abandonado el lugar sagrado ni siquiera cuando empezaron a caer las bombas.

Haller llegó hasta el altar, enderezó el águila imperial que estaba un poco torcida y se arrodilló en actitud de respeto. Las lágrimas corrían por su rostro, pero no olvidó expresar su angustia y su plegaria por señas al Emperador en lugar de hacerlo a viva voz. Gol reparó en ello y se sintió conmovido e impresionado por la devoción del soldado al Emperador y a la seguridad de todos.

Gol hizo entrar a su compañía en la capilla y los distribuyó para cubrir las puertas y las ventanas y encontrar posibles vías de escape.

El suelo se sacudió al invadir los tanques la fábrica donde habían tendido la trampa.

Cubierto por las explosiones, Gol se atrevió a hablar, comunicándose por señas al mismo tiempo.

—Encontremos otros a los que matar —dijo.

—Un escuadrón de seis avanza desde el oeste —susurró Banda, una obrera de las tejedurías, colocando su rifle láser y espiando por una ventana ojival medio rota.

—La misma formación que antes —indicó Gol Kolea a su compañía—. Seguidme. Preparemos la próxima emboscada.

Lord Heymlik Chass despidió a sus servidores y guardaespaldas. El jefe de la guardia, Rudrec, con su arma debidamente enfundada, trató de negarse, pero Chass no estaba de humor para discutir.

A solas en la fría y sombría capilla familiar de la Casa Chass, situada en el Nivel Superior de La Cúspide, el señor rogaba fervorosamente al alma del imperecedero Emperador. Los espíritus de sus ancestros lo rodeaban, inmortalizados en esculturas. Heymlik Chass creía en los fantasmas.

Le hablaban.

Abrió el cofre que había junto al elevado altar, entre las criptas de estasis de su familia, con una llave genética que había pertenecido a su familia durante generaciones. Alzó la tapa tapizada de terciopelo, oyendo el gemido de los antiguos campos de suspensión, y sacó el Amuleto de Heironymo.

—¿Qué estás haciendo, padre? —preguntó Merity Chass. La voz de su hija lo sobresaltó y a punto estuvo de dejar caer aquel precioso objeto.

—¡Merity! ¡No deberías estar aquí! —murmuró.

—¿Qué estás haciendo? —repitió la pregunta, avanzando entre los candelabros encendidos de la capilla y el rumor que producía su vestido de terciopelo verde al moverse—. ¿Es acaso…? —Las palabras se ahogaron en su garganta. No podía pronunciarlas.

—Sí. Otorgado a nuestra casa por el Gran Heironymo en persona.

—¡No estarás pensando en usarlo, padre!

Él miró sus bellas facciones apenadas.

—Vete, hija. Esto no lo puedes ver.

—¡No! —dijo decidida. Le recordó a su madre cuando se enfadaba así—. Ya soy mayor y soy la heredera, aunque sea mujer. ¡Dime qué estás haciendo!

Chass suspiró y jugueteó con el peso del amuleto.

—Lo que debo hacer. Lo que conviene a La Colmena. Hubo un motivo por el que el Anciano Heironymo le entregó esto a mi padre. Salvadore Sondac es un maníaco. Acabará matándonos a todos.

—Me has educado en el respeto a la Altísima Casa, padre —dijo, superponiéndose una leve sonrisa a su expresión ceñuda. Otra vez su madre, observó Heymlik—. Eso equivale a traición —susurró su hija.

El padre asintió y bajó la cabeza.

—Sé lo que representa, pero ahora estamos al borde del abismo. Heironymo siempre temió este momento.

Abrazó a su hija. Ella sintió el peso del amuleto que tenía en las manos contra la espalda.

—Haz lo que debas hacer, padre —dijo Merity.

Como un insecto lento, en busca de polen, un comunicador de voz produjo un zumbido que se extendió por toda la capilla y llegó hasta las dos figuras abrazadas. Llamó con insistencia. Chass se apartó de su hija, saboreando el dulce olor de su pelo.

—Se está votando algo en la Alta Legislatura. Debo ir.

Revoloteando como una polilla, el comunicador antecedió al Noble Señor, conduciéndolo fuera de la cámara.

—¿Padre?

Heymlik se volvió a mirar a su amada hija, encogido y amedrentado por el frío de la marmórea cripta familiar.

—Te apoyaré en todo lo que hagas, pero debes tenerme al tanto de lo que decidas. No me mantengas en la ignorancia.

—Lo prometo —dijo.

El Consejo Privado era un teatro circular ubicado en la planta de la Torre que quedaba por encima de la espectacular sala principal de la Legislatura y estaba reservado solo a las casas nobles. El techo abovedado tenía pintado un friso en el que estaban representados el Emperador y los dioses-máquina de Marte en radiantes colores. Columnas de luz cálida, amarilla, penetraban por los bordes del techo circular e iluminaban los tronos de terciopelo de las altas casas. Además de Chass, estaban todos allí: Gavunda, Yetch, Rodyn, Anko, Croe, Piidestro, Nompherenty y Vwik.

El comandante Croe estaba junto a su hermano, el anciano y arrugado lord Croe, en animada conversación. El subcomandante Anko, radiante y obsequioso, presentaba al general Sturm a su primo, lord Anko, espléndidamente ataviado. El comisario Kowle saludaba diplomáticamente a lord Gavunda y lord Nompherenti. Sirvientes y criados de la casa recorrían el lugar distribuyendo mensajes, llevando bandejas de plata con refrescos o, simplemente, protegiendo a sus nobles señores con sus armas de mano enfundadas.

Sonaron cuatro golpes de un gong. La puerta dorada principal del lado este del salón se abrió hacia el techo con un silbido y el Señor Legislador Anophy entró cojeando en la estancia. Sus ropajes opalescentes destellaban bajo la luz amarillenta y su tricornio se inclinaba cada vez que arrastraba los pies por la alfombra de lujoso diseño. Usaba el cetro largo y dorado de su cargo como bastón. Unos pajes de corta edad le recogían la cola y llevaban delante de él, sobre cojines adornados con borlas, el comunicador de voz y el Libro de las Leyes de La Colmena.

Anophy llegó a su lugar. Ajustó el brazo de plata del micrófono y habló.

—Nobles Casas, solicito vuestra atención.

Todos volvieron la vista y ocuparon rápidamente sus lugares. Kowle, Sturm y los demás militares se retiraron a un lado.

El asiento del Noble Chass estaba vacío.

Anophy recorrió con el dedo los datos de una tablilla sostenida por uno de sus pajes y se llevó un dedo tembloroso a sus labios húmedos.

—Asunto sometido a votación. Con toda precisión, propongo ante estas casas la ratificación de los planes defensivos que ha trazado nuestro noble amigo, el general Noches Sturm. La cuestión no debe ser retrasada con farragosos discursos. La Colmena, a la que el Emperador le conceda fortuna y larga vida, espera.

Seis runas de aprobación y varios hologramas sibilantes iluminaron el aire por encima de Anophy. Las casas Rodyn y Piidestro votaron en contra con unas luces amenazadoras de color oscuro.

—Aprobado —dijo Anophy simplemente. El Consejo Privado empezó otra vez a parlotear y a moverse.

Una puerta de acero de espinapez se abrió y el Noble Chass, acompañado de sus guardaespaldas, entró en la cámara. Se produjo un silencio incómodo que se mantuvo mientras Chass bajaba los escalones, cruzaba la cámara y ocupaba el lugar que le correspondía. En cuanto hubieron plegado su gran cola de seda sobre el respaldo del trono, sus guardaespaldas y sirvientes se apartaron.

Chass recorrió con la mirada la sala circular. Varios de los asistentes rehuyeron su mirada.

—Habéis votado y yo no estaba presente.

—Fuisteis llamado —dijo lord Anko—. Si no acudís a la hora indicada, vuestro voto no es válido.

—Conocéis las reglas, noble señor —bisbiseó Anophy.

—Sé cuando se me… excluye.

—Vamos —dijo Anophy—. No hay exclusiones en el alto parlamento de la Colmena Vervun. Dado lo extraordinario de las presentes circunstancias, os permitiré votar ahora.

Chass volvió a mirar alrededor, muy consciente de la forma en que lo rehuía lord Croe.

—Ya veo que la cuestión ha sido aprobada por seis votos contra dos. Mi voto, fuese cual fuese su sentido, sería inútil.

—Emitidlo de todos modos, hermano —borboteó Gavunda a través de su aumentador de voz incrustado de plata que le cubría la boca como una adornada araña encogida.

—Sería un voto perdido —respondió Chass, sacudiendo la cabeza—. No tiene sentido.

Un grupo entraba en ese momento por el acceso este. El comisario Tarrian trató de detenerlos, pero se abrieron camino. Eran Gaunt, Grizmund, Nash y sus oficiales de mayor rango.

—Casi no puedo creer su astucia, Sturm —dijo Nash sin disimulos, encarándose al otro general. Gilbear dio un paso adelante para enfrentarse al comandante de Roane, pero Sturm lo detuvo con un chasquido de los dedos.

Gaunt se dirigió directamente al lugar del Señor Legislador y cogió la placa de datos de las manos del sorprendido paje. La revisó.

—De modo que es cierto —dijo levantando la vista hacia Sturm y el comandante Croe.

—Las sugerencias estratégicas del general Sturm han sido aprobadas y ratificadas por el Alto Consejo —dijo tranquilamente el subcomandante Anko—. Y le sugiero encarecidamente, así como a los demás oficiales ultramundanos, que muestren respeto y cortesía por las costumbres de este alto parlamento. No vamos a permitir que nuestras antiguas tradiciones sean pisoteadas por…

—Son una panda de necios —dijo Gaunt sin miramientos, dejando la placa y dándose la vuelta—. Si les preocupan más las tradiciones ceremoniales que la vida, están cometiendo un grave error.

—¡Acaban de condenar a muerte a esta Colmena y a todos nosotros con ella! —soltó Nash, erizado de furia. Gaunt cogió al corpulento general de Roane por el hombro y lo apartó de la confrontación.

—Me sorprende usted, comandante —dijo Grizmund, consiguiendo apenas controlar su ira, como un perro de pelea atado a una cadena, mientras miraba a Croe—. A juzgar por nuestras reuniones anteriores, habría creído que tenía un dominio mucho mejor de la táctica.

El comandante Croe se puso de pie.

—Siento que esté usted disgustado, general Grizmund, pero el plan del general Sturm me parece sólido. Tengo que pensar en La Colmena, y el comisario Kowle que, seamos justos, ha sido el único que se encontró cara a cara con el enemigo, coincide con él.

Grizmund sacudió la cabeza, pesaroso.

—¿Qué habría hecho *usted*? —preguntó lord Chass.

Se alzaron gritos y protestas, dirigido todo ello contra Chass.

—¡Lord Chass tiene derecho a saberlo! —La voz clara, potente, de Ibram Gaunt acabó con los gritos. El comisario se volvió hacia el noble—. Tras la pertinente observación, los generales Nash, Grizmund y yo habríamos abierto las puertas del sudoeste y lanzado contra ellos a las fuerzas blindadas seguidas por la infantería. Una maniobra por el flanco para enfrentarnos a ellos fuera de la Muralla, en lugar de cederles terreno.

—¿Y habría funcionado? —quiso saber Chass.

—Nunca lo sabremos —replicó Gaunt—, pero sí sabemos esto: si esperamos a que lleguen a la Muralla, ¿hacia dónde nos replegaremos después?

—Hacia ninguna parte.

El Noble Chass habría querido seguir preguntando, pero el Consejo Privado se disolvió en medio de una barahúnda y Gaunt se marchó, seguido de cerca por los furiosos generales Grizmund y Nash.

—¿Comisario? ¿Comisario-coronel? —En el atestado salón de pasos perdidos, a la salida del Consejo Privado, donde el personal del parlamento y de las distintas casas se paseaba arriba y abajo con los agremiados y los delegados ordinarios, Gaunt se detuvo y miró hacia atrás. Un hombre alto, de expresión seria, que llevaba una armadura muy adornada, se abría camino tras él entre la multitud. Una tela satinada cubría el arma que llevaba en la mano derecha.

Gaunt dijo a su personal que siguiera adelante con los demás generales y se volvió hacia aquel hombre. Un guardaespaldas, seguro.

El hombre se acercó y le hizo el saludo de rigor.

—Soy Rudrec, guardaespaldas de su excelencia, lord Chass de la Noble Casa Chass. Mi señor solicita una reunión con usted lo antes posible.

El hombre le entregó a Gaunt un pequeño sello simbólico con el águila imperial, por un lado, y el escudo de armas de Chass, en el otro.

—Con esto se os permitirá la entrada a la Casa Chass en todo momento. Mi señor os estará esperando.

Gaunt miró el emblema mientras el guardaespaldas desaparecía con una inclinación de cabeza, engullido por la multitud.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

Salvadore Sondar se despertó a medias con un sueño acechando en el borde de su memoria. El agua que lo rodeaba era dulce y cálida y brillaba tenuemente con una bioluminiscencia rosada.

El murmullo seguía sonando en sus oídos, atenuado, tranquilizador, apremiante. Ahora estaba casi siempre presente, en sueños o despierto.

Sondar prestó atención dentro del agua.

«¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?».

Los habitáculos externos del sur estaban en llamas y la niebla producida por la ceniza era arrastrada por las calles llenas de escombros por vientos encontrados que se levantaban con la fuerza ciclónica de los fuegos más ardientes.

A pesar de los fieros reductos de resistencia guerrillera, las fuerzas zoicanas se abrían camino entre las ruinas en falanges espaciadas de infantería y columnas blindadas, miles de ellas, avanzando cada vez más hacia el norte en medio de la confusión.

Las primeras de ellas estaban ahora a apenas un kilómetro del Telón Amurallado.



CAPÍTULO 7
MÁQUINAS LETALES

“ *La Victoria y la Muerte son ambos hijos de la Guerra».*

Antiguo proverbio.

El bombardeo del asalto zoicano por tierra cesó abruptamente a media mañana del vigésimo quinto día. Los observadores de la colmena habían estado siguiendo minuciosamente el avance de las legiones enemigas a través de los habitáculos externos, pero, al llegar el día vigésimo segundo, el nivel de humo y las nubes de

ceniza que velaban la región volvió a hacer imposible dicha tarea. Ahora se impuso un silencio fantasmal.

Nadie dudaba de que esa interrupción del bombardeo era la señal de un inminente asalto del Telón Amurallado, y la Casa de la Comandancia ordenó un rápido redespliegue a lo largo de los puestos defensivos meridionales. El Telón Amurallado y las puertas ya estaban con su dotación completa de tropas del Vervun Primario, y en ese momento se les sumaron partes significativas de los ejércitos de Volpone, Roane y ColNor para reforzarlos. Los Fantasmas de Tanith fueron desplegados también hacia el frente desde su alojamiento en la planta química, donde habían estado matando el tiempo en medio de una indolencia y una frustración descontentas. Gaunt mantuvo a algunos pelotones en reserva en el alojamiento, pero cinco pelotones al mando del mayor Rawne fueron enviados a la Fortaleza del Hass Occidental, y otros cuatro, al mando del coronel Corbec, fueron enviados a la Puerta Veyveyr en apoyo de los tres de las dos compañías del Vervun Primario y los dos del ColNor estacionados ya allí.

Corbec se dio cuenta de la vulnerabilidad de la Puerta Veyveyr en cuanto él y sus hombres llegaron en camiones de transporte. Se habían hecho esfuerzos sobrehumanos para despejar secciones de la terminal ferroviaria en ruinas y él y sus tropas pasaron junto a los equipos de avanzada, que todavía estaban retirando los escombros transformándolos en líneas efectivas de barricada. La propia puerta, de setenta metros de ancho y cien de altura, había quedado bloqueada por escombros, gran parte de ellos correspondientes a material rodante de la cabecera ferroviaria. Pero no había grandes puertas de tablero antiaéreo para sellarlo como en las otras grandes puertas de la Muralla.

Corbec se encontró con el coronel Modile y el mayor Racine, los oficiales de mayor rango de Vervun en el sector, y con el coronel Bulwar del contingente de ColNor. Modile era serio y diligente, aunque era evidente su nerviosismo ante la perspectiva de ver acción por primera vez en su carrera. A Corbec no le gustaba la idea de que el oficial que ocupaba la cúspide de la pirámide de Veyveyr no tuviera experiencia de combate. El mayor Racine era un tipo simpático, pero ya no podía tenerse en pie por la fatiga. Corbec se enteró después de que el oficial de Vervun Primario llevaba prácticamente tres días sin dormir supervisando la preparación de la defensa de Veyveyr.

Bulwar al menos era un veterano de guerra que había visto acción durante los años de las guerras de rebelión en las colonias de ColNor en la principal luna satélite de Verghast. Era un hombre de complexión fuerte que usaba la misma imperecedera armadura antifrag y el mismo traje de faena que sus hombres, aunque los galones de su gorra y su talante lo identificaban inmediatamente como oficial de mando. Cuando los cuatro oficiales se reunieron en torno a la mesa de mapas en el refugio de Modile, Corbec vio de inmediato que Modile aceptaba sin vacilar las sugerencias de Bulwar. Bulwar también se dio cuenta y empezó a tomar el mando. Todo lo que tenía que

hacer era sugerir y especular, y Modile adoptaba rápidamente las ideas y las convertía en principios tácticos como si fueran suyas.

«Eso está bien por ahora —pensó Corbec—, pero ¿qué pasará cuando empiece el tiroteo? Sin un mando directo, fiable, la defensa hará aguas».

Tras la reunión, en la cual se había indicado a los Fantasmas que se situaran a lo largo del flanco oriental, contra el perímetro de las Explotaciones de Mineral y las ruinas de la Fundición, Corbec se llevó a Bulwar aparte.

—Con todo respeto, Modile es un eslabón débil.

—Estoy de acuerdo —asintió Bulwar—. Pienso lo mismo de casi todas las unidades de Vervun Primario. Al menos mis fuerzas han tenido su bautismo de fuego en la guerra lunar. Pero este es el terreno de la Colmena Vervun, y su Casa de Comandancia tiene autoridad sobre todos nosotros, coronel.

—Necesitamos una salvaguarda —dijo Corbec sin miramientos, rascándose el cuello. Había piojos en abundancia en aquellos barracones de la planta química—. No estoy hablando de insubordinación…

—Ya sé a qué se refiere. Mi antiguo nombre en clave era «Yunque». Tomémoslo como señal para coordinar las órdenes pasando por encima de Modile, si fuera necesario. No voy a dejar que un hombre sin experiencia me deje colgado, ni siquiera un hombre bienintencionado como Modile.

Corbec asintió. Le caía bien Bulwar y esperaba que no se diera ese caso.

Pasó otro día en que todo fue humo fuera del Telón Amurallado y silencio. Los nervios empezaban a jugar malas pasadas. Durante todo el tiempo que habían durado los bombardeos, al menos se tenía la ilusión de estar librando una guerra. La espera, el peor enemigo de todo combatiente, empezaba a cobrarse su precio. Las mentes ansiosas tenían tiempo para preocuparse, para temer, para anticiparse a los hechos. Había casi setecientos cincuenta mil hombres apostados en el Telón Amurallado meridional de la Colmena Vervun, sin nada que hacer que no fuera dormitar, impacientarse, mirar los fogonazos espectrales y los estallidos del Escudo allá arriba y preocuparse por lo que ellos mismos imaginaban.

El CCVP estaba atareado. Sesenta y siete desertores o sospechosos de abandonar su puesto fueron ejecutados en un período de veinticuatro horas.

Por la tarde del vigésimo séptimo día, las tropas que ocupaban la parte alta de la Muralla empezaron a detectar chirridos y ruidos metálicos sospechosos provenientes de la humareda de abajo. Daba la impresión de que en cualquier momento empezaría el asalto.

Pero los ruidos siguieron hasta después de anochecer y con mayor intensidad durante la noche. Eran extraños e incomprensibles, como las llamadas de criaturas invisibles en medio de alguna jungla mecánica.

El vigésimo octavo día fue silencioso. Los ruidos mecánicos cesaron al amanecer. A mediodía, el humo había empezado a despejarse, sobre todo después de que un viento que se levantó del sudoeste trajo lluvias desde la costa. No obstante, la visibilidad seguía siendo escasa y la luz insuficiente. No se veía nada más que el borrón gris de los destrozados habitáculos externos.

Al llegar el día vigésimo noveno, los observadores apostados sobre la Muralla cerca de la Puerta Sondar avistaron a un pequeño grupo de tanques zoicanos avanzando por una pista adyacente a la Autopista del Sur, a dos kilómetros de distancia. Tras obtener a toda prisa el permiso de la Casa de la Comandancia en La Cúspide, apuntaron seis baterías de misiles y un trío de cañones capaces de hacer temblar la tierra y abrieron fuego. Hubo expresiones de júbilo a lo largo de toda la línea defensiva, y eso solo porque, por fin, los soldados tenían un enemigo visible al que apuntar y porque la sequía combativa se había acabado. El asalto duró doce minutos. El enemigo no respondió. Cuando el humo se disipó, no había ni vestigios de los tanques contra los que habían disparado, ni siquiera chatarra.

Durante el atardecer de ese mismo día, los ruidos mecánicos del exterior volvieron a oírse esporádicamente. El comandante Croe pronunció un discurso para levantar la moral de la población de las tropas a través de las pantallas de acceso al público. Eso contribuyó a aliviar la tensión, pero Gaunt sabía que Croe debería haberse dirigido a la población diariamente durante la semana pasada. Croe solo lo había hecho ahora por consejo del comisario Kowle. A pesar de que no le gustaba nada el hombre, Gaunt se daba cuenta de que Kowle comprendía realmente las necesidades políticas de la guerra. Era de una capacidad indudable. Kowle lanzó una directiva esa noche urgiendo a todos los oficiales comisarios, tanto del CCVP como de la Guardia regular, a que recorrieran las líneas y levantaran la moral. Gaunt lo había estado haciendo desde que sus unidades se habían desplegado, yendo de un lado a otro entre el Hass Occidental y Veyveyr. En esos recorridos, lo habían dejado impresionado la resolución y la disciplina de los soldados de Vervun Primario que controlaban las defensas junto con sus hombres. Rogaba encarecidamente al amado Emperador que el combate no minara esa determinación.

Ese atardecer, recorriendo con su coche oficial las vías interiores para visitar las unidades de Rawne en el Hass Occidental, Gaunt encontró en el bolsillo de su chaqueta el sello que le había dado el guardaespaldas de lord Chass. Hasta el momento no había tenido tiempo de hacer esa visita al noble. Gaunt dio vueltas al sello en su mano enguantada mientras el coche avanzaba por una avenida bordeada de columnas. Tal vez esta noche, tras su inspección al Hass Occidental.

No tuvo ocasión. Justo antes de medianoche, mientras Gaunt iba subiendo la escalera de La Cúspide del fuerte, empezó el primer asalto de los zoicanos.

A pesar de los preparativos militares, en La Colmena nadie estaba realmente preparado para la experiencia real. Cayó de forma tan repentina. El primer anuncio fue una salva simultánea de miles de tanques y cañones autopropulsados que atravesaron las ruinas de los habitáculos externos a menos de un kilómetro de la Muralla. El bramido sacudió a La Colmena y el despliegue explosivo iluminó el cielo nocturno. Por primera vez, el enemigo disparaba al Telón Amurallado, podría decirse que a bocajarro tratándose de unidades blindadas. Los impactos daban en las almenas de la parte superior y las fracturaban. Bombardeos de morteros de precisión caían sobre la propia cima de la muralla, encontrando el hueco vulnerable entre la Muralla y el Escudo. Otras lluvias feroces de fuerza explosiva martilleaban en las puertas o arrancaban virutas del blindaje de ceramita que recubría la fortificación.

Las fuerzas defensivas vacilaban, sorprendidas. Cientos de hombres yacían ya muertos o gravemente heridos y las murallas presentaban daños considerables en decenas de lugares. Los oficiales arengaron a los atónitos soldados y la réplica empezó. Con las plataformas de cohetes, armas pesadas, emplazamientos de armas de apoyo, morteros y miles de soldados sobre las murallas, la respuesta fue monumental. En cuanto empezaron a luchar, una furia jubilosa se apoderó de los hombres de la Colmena Vervun. Enfrentarse por fin al enemigo. Disparar con rabia. Era bueno después de tanta espera. Era liberador.

La potencia de fuego del Telón Amurallado hizo estragos entre las fuerzas zoicanas, que ahora avanzaban hacia el pie de la Muralla. La Colmena Vervun estableció un campo de aniquilación de cuatrocientos metros de profundidad fuera de la muralla y borró del mapa a los tanques y hombres a medida que se acercaban. Cálculos posteriores hablaron de que entre cuarenta y cincuenta mil soldados zoicanos y más de seis mil vehículos de combate desaparecieron bajo el fuego de la Colmena Vervun en la primera hora de ataque.

Sin embargo, la superioridad numérica del enemigo resultaba abrumadora, tanto física como psicológicamente. Por muchos cientos de ellos que mataran, acudían miles a ocupar su lugar, marchando sobre los cadáveres. No les importaba nada ni les asustaba la matanza masiva. Observando el espectáculo desde su posición en la trinchera, justo enfrente de la Puerta Veyveyr, Brin Milo pensó que aquello era precisamente lo que él había temido: la táctica enloquecida del Caos que los planes bélicos de la Colmena Vervun ni siquiera habían tenido en cuenta.

—Se podría disparar un rifle láser en modo automático total desde lo alto de la muralla —explicó más tarde el general Xance de las fuerzas ColNor—, y matar a docenas, para ver a continuación que la brecha volvería a cerrarse en el tiempo que se tarda en cambiar las baterías de energía. Si la guerra se midiera por el número de bajas conseguido, habríamos ganado incluso en esa primera noche. Tristemente, no es ese el caso.

—Son tantos, tantos… —fueron las últimas palabras pronunciadas por el intercomunicador por un paralizado oficial de Vervun Primario apostado en la Puerta Sondar justo antes de que uno del CCVP le disparara y se hiciera cargo de sus agotadas fuerzas.

En Hass Occidental, Gaunt llegó al baluarte principal precisamente cuando una ronda de mortero acababa de llevarse una sección del borde de la muralla y de volarle la cabeza al coronel Frader, comandante de aquella sección. Gaunt tomó el mando, llamando a un oficial de comunicaciones de Vervun Primario y cogiendo el auricular de su equipo. Lo acompañaba el oficial de enlace Daur, que sin vacilar transmitía órdenes a viva voz a los soldados que podían oírlo. Gaunt estaba satisfecho de él. Daur conocía la torre y a los hombres del tiempo que había pasado en aquel destino, y estos respondían mejor a un oficial de los suyos. A muchos parecía asustarles el comisario imperial. Gaunt admitía el miedo como instrumento de mando, pero despreciaba la disciplina de hierro impuesta por el CCVP a las tropas locales.

Gaunt contactó con Rawne a través del enlace de voz. El mayor tenía a las fuerzas de Tanith dispersas por las torres inferiores y la línea amurallada, por debajo del baluarte principal.

—No hemos tenido bajas —informó el mayor, cuya voz llegaba entrecortada por los ruidos estáticos—. ¡Seguimos atacando, pero son tantos!

—¡Sigan así, mantengan la posición! Ya sabemos que no se doblegan como un ejército normal, pero usted y yo ya nos hemos enfrentado antes a este enemigo, Rawne. ¡Usted sabe cómo ganar esta batalla!

—¿Acabando con todos, coronel-comisario?

—¡Acabando con todos, mayor Rawne! —Y, conociendo como conocía a aquel hombre, Gaunt sabía que eso sería exactamente lo que haría Rawne.

—¿Qué es eso? —preguntó Feygor a voz en cuello, disparando por encima de las almenas.

—¿Qué? —Rawne avanzó a gatas hasta él.

Feygor señaló hacia abajo. Un vehículo blindado cuyo tamaño triplicaba al del mayor tanque de batalla avanzaba hacia el pie de la muralla. De su parte superior sobresalía una enorme grúa de andamios con placas blindadas.

—¡Una máquina de asedio! ¡Por Feth! ¡Comunícaselo a Gaunt por el enlace de voz!

Feygor asintió.

Rawne se acercó más al borde y al intercambio de láser de abajo.

—¡Bragg! ¡Bragg!

El gigantesco soldado se acercó, llevando a cuestas su lanzamisiles.

—¡Acaba con él!

Bragg asintió y, apoyándose el lanzamisiles en el hombro, disparó tres cohetes que describieron una trayectoria curva descendente hacia la enorme máquina, levantando nubes de humo azul. Hicieron blanco en la estructura superior, que se prendió fuego, pero no produjeron daño grave.

—¡Vuelve a cargar! ¡Otra vez!

La monstruosa máquina de asedio llegó al pie de la Muralla y se oyó una especie de alarido cuando la torre de metal rascó la cubierta de ceramita y de piedra. Se lanzaron cabos de anclaje propulsados por gas para fijar la máquina al Telón Amurallado. Los pies hidráulicos se extendieron por debajo de los faldones blindados de la máquina para afirmarla sobre el suelo. Con un quejido metálico, la torre-grúa empezó a extenderse hacia arriba, hasta igualarse en altura a la muralla. Un blindaje segmentado, adornado con el escudo zoicano y otras insignias menos humanas cuya sola vista ponía enfermo a Rawne, se desplegaron hacia arriba para proteger el cuello de la torre de asedio que se elevaba.

Al mismo tiempo, la unidad de base de la enorme máquina abrió una escotilla bien protegida en su parte trasera y por ella empezaron a salir tropas zoicanas.

La parte superior de la torre se elevó por encima del borde de la muralla, a cuarenta metros de Rawne. Los brazos hidráulicos se desplegaron con un chirrido y se sujetaron al baluarte, mordiendo la ceramita con sus garras de acero. La cúspide de la torre era una estructura blindada que llevaba montados, a ambos lados de la abertura de la escotilla, unos potentes lanzallamas.

—¡Abajo! ¡Cuerpo a tierra! —bramó Rawne.

Los lanzallamas barrieron la parte superior de la Muralla con fuego líquido, pivotando para abarcar toda la superficie de las defensas. Cuarenta soldados de Vervun Primario y nueve Fantasmas fueron incinerados mientras intentaban huir de la máquina.

Al alarido de los lanzallamas se sumó el zumbido de los lanzadores automáticos de granadas, que empezaron a lanzar sus explosivos como una granizada. Se oyeron detonaciones múltiples a lo largo de la pared chamuscada.

Rawne se refugió detrás de un bastión junto con Bragg, Feygor y otros varios fantasmas. Feygor disparaba su rifle láser contra la torre, pero sus disparos simplemente rebotaban en la estructura blindada. Soldados de Vervun, algunos de ellos ardiendo, pasaban corriendo a su lado.

—¡Bragg!

—Está bloqueado —replicó el gigante, luchando con su lanzamisiles.

—¡Ayúdalo a cargar! —ordenó Rawne al soldado Gyrd.

Gyrd, un Fantasma canoso de algo más de cuarenta años, se puso detrás de Bragg mientras el fortachón se apoyaba el lanzallamas en el hombro. Luego colocó cohetes de recambio en los cilindros de la enorme arma.

—¡Apártate! —gritó Bragg mientras enviaba el misil directamente a la cabeza de la torre. Voló limpiamente la montura del lanzallamas de la izquierda y encendió una

enorme bola de fuego de promethium de venteo. Sin embargo, la sección de descarga de la torre blindada se mantenía intacta.

—Espera, espera… —silbó Rawne entre dientes. La piel del lado izquierdo de su rostro estaba ennegrecida y chamuscada por una ráfaga del lanzallamas. Si sobrevivía, al llegar la mañana tendría lo que la Guardia denominaba un «bronceado flamígero».

—¿A qué? —gritó Feygor—. Un momento más y la escotilla se abrirá. ¡Tendremos a esos bastardos encima!

—Entonces medio momento. No podemos hacer mella en esa cosa, de modo que esperaremos a la escotilla.

El lanzallamas que quedaba realizó otro barrido adelante y atrás y sus llamas empezaron a levantar ampollas en la piedra. Luego se interrumpió y salieron gotas de fuego líquido de su morro ennegrecido. Los lanzagranadas dejaron de escupir.

La escotilla se abrió con un chirrido. Durante un segundo apenas, los defensores de la muralla vieron a las primeras tropas zoicanas con sus uniformes ocres, que esperaban para desplegarse en el interior de la Colmena Vervun.

Bragg disparó tres misiles, uno de los cuales salió desviado. Los otros dos desaparecieron en el interior de la escotilla. La parte superior de la torre estalló desde dentro. Explosiones secundarias se propagaron hacia abajo por la estructura de la torre, que ardió por dentro para luego doblarse y caer con un quejido metálico.

Las fuerzas defensivas vitoreaban como locas.

—¡Retroceded hacia adentro! ¡Cubrid la muralla! —gritó Rawne a voz en cuello.

Otras seis máquinas de asedio habían avanzado hacia el Telón Amurallado en el tiempo que le había llevado a Rawne acabar con la primera. El fuego incesante de las baterías de misiles había eliminado a una antes de que pudiera desplegarse, a poca distancia de la Puerta Sondar. Otra consiguió llegar intacta a la Muralla, pero se colocó enfrente de una batería de Cañones Estremecedores emplazada en un lado de la obra de fortificación. Los enormes cañones de largo alcance le dispararon a bocajarro y la hicieron pedazos, aunque la dotación que los disparó quedó frita por la onda expansiva que invadió sus silos.

Una tercera llegó a la Puerta Sondar y se desplegó con éxito, elevándose y afirmándose en la parte superior del baluarte y quemando a todos los que ocupaban el emplazamiento antes de abrir su escotilla y escupir onda tras onda pesados soldados zoicanos. Las fuerzas de Vervun Primario fueron aniquiladas por ese asalto, pero las unidades Volpone de los lienzos de muralla adyacentes, bajo el mando del coronel Corday, salieron al encuentro de los invasores. Parte del combate más fiero del primer asalto se produjo en ese momento, con veinte unidades de Volpone Sangreazul, entre ellas un destacamento de la 10.ª Brigada de élite al mando del mayor Culcis, que se enfrentaron en una lucha cuerpo a cuerpo con miles de tropas zoicanas de asalto. Los

Sangreazul regulares llevaban la armadura gris y oro de su regimiento, con los característicos cascos redondos de ala baja. La décima brigada de élite llevaba armadura de caparazón, armas antiabominación de color negro mate y emblemas con el águila imperial de color índigo brillante prendidos en los collarines de armaplás. Culcis, que había ganado una medalla al valor en Vandamaar, era joven para ser miembro de aquel cuerpo de élite, pero sus superiores no se habían equivocado al juzgar su capacidad de mando. A pesar de unas bajas del setenta por ciento, mantenía la Puerta Sondar gracias a su seguridad táctica y a una determinación brutal.

La parte superior de la Puerta Sondar y de las murallas adyacentes estaba cubierta de cadáveres. Culcis y su inmediato inferior, el sargento Mantes de los regulares de Volpone, intentó desactivar la máquina de asedio con minas antitanque. El sargento murió en el intento, pero las minas volaron las grapas de adherencia de la torre y esta no tardó en caer por su propio peso. Culcis, que había perdido una mano en la detonación de las minas, reorganizó sus fuerzas y mató a todos los zoicanos que quedaban y que se habían adueñado de la parte alta de la muralla. Durante el primero de lo que habrían de ser tres intentos serios, la Puerta Sondar resistió el embate del enemigo.

La cuarta máquina de asedio llegó al lienzo de Muralla, que quedaba hacia el este de la Puerta Sondar, a medio camino de la curva que conducía hasta Veyveyr. Allí estaban apostados los Excavadores de Roane, fuerzas de choque vestidas con trajes marrones de faena y cascos con red de camuflaje. Al mando estaba el general Nash en persona, quien dirigió las baterías de la muralla hacia el cuello de la torre mientras se extendía hacia ellos. Las andanadas de misiles no consiguieron destruirla, pero dañaron algún mecanismo interno que hizo que la torre se atascara a media altura y no pudiera llegar a la parte alta y engancharse. Disparó hacia arriba con sus lanzallamas y lanzagranadas, haciéndole perder a Nash más de cuarenta hombres. Sin embargo, no pudo mantener el asalto y se quedó allí agazapada fuera del Telón Amurallado, rota y abandonada durante el resto de la guerra.

Las otras dos máquinas de asedio asaltaron el Fuerte del Hass Occidental.

Gaunt las vio venir, lentas e inexorables, y apuntó sus armas pesadas. Había visto el sistema de asalto con su catalejo mientras observaba la posición de Rawne y no estaba dispuesto a que se repitiera.

Atendiendo a sus órdenes, las baterías de la muralla atacaron con energía a la máquina más cercana y la partieron en dos. La sección superior de la torre, que empezaba a extenderse, se desprendió hacia la izquierda convertida en una bola de fuego, destruyendo la unidad de base al derrumbarse.

A pesar de los esfuerzos de Gaunt, la segunda máquina de asedio llegó a las porciones occidentales de la fortificación y fijó sus soportes. La torre se elevó hasta colocarse en posición.

Gaunt ordenó el repliegue de sus hombres del área circundante al empezar a actuar los lanzallamas y la lluvia de lanzagranadas.

A cubierto a su lado, el capitán Daur se quitó el cabestrillo.

—¿Su brazo?

—¡Ya me he hartado, comisario! ¡Deme un arma!

Gaunt entregó al capitán del Vervun su pistola bolter y preparó su espada sierra.

—Prepárese, Daur. Esto va a ser de lo peor.

Las tropas zoicanas empezaron a derramarse por miles desde la cúspide de la torre. Les salieron al encuentro los Fantasmas y el Vervun Primario. Empezó así otro de los infames episodios del Primer Asalto.

Poco antes de que las posiciones de Gaunt destruyeran a la primera de las dos máquinas de asedio, otros dos engendros letales zoicanos surgieron de las ruinas de los habitáculos externos y asaltaron las murallas: media docena de vehículos semejantes a tanques, a los que rápidamente los soldados de Vervun bautizaron como «cangrejos chatos» por su parecido con los crustáceos comestibles que se criaban en el Estuario del Hass. Tenían el tamaño de cuatro o cinco tanques juntos y presentaban un caparazón de secciones superpuestas, como enormes escarabajos o moluscos de herradura. Un arma superpesada se extendió desde su soporte dorsal y empezó a castigar la Muralla con fuego de ciclo rápido, que hizo trizas la mampostería y los bloques adamantinos.

Los cangrejos chatos eran pulverizadores de asedio, armas enormes diseñadas para abrir brechas incluso en las fortificaciones más resistentes. Dos de ellos, con monturas dorsales colgadas apuntando hacia adelante y armadas con arietes, asaltaron las puertas del Hass Occidental y de Sondar. Mientras avanzaban, tanques regulares, diminutos en comparación, se movían pegados a sus flancos. La marea de soldados vestidos de color ocre no se veía mermada en absoluto.

A continuación les tocó a las arañas, las mayores y más temibles de todas las armas de asedio de los zoicanos. Esas estructuras de cien metros de largo de extremo a extremo y movidas por ocho enormes ruedas dentadas dispuestas en brazos voladizos que partían de su cuerpo central blindado surgieron de entre el humo haciendo retemblar el suelo y avanzando hacia la muralla. Los cañones y las baterías lanzacohetes montados sobre su lomo empezaron a castigar las defensas de la Colmena Vervun.

Cuando llegaron al Telón Amurallado, las arañas no se detuvieron. Los dientes de las ruedas se clavaron en la ceramita e hicieron trepar por la superficie del muro a las máquinas letales como si fueran insectos. De todas las máquinas de asedio desplegadas en la Colmena Vervun, las arañas zoicanas fueron las que estuvieron más cerca de tomar La Colmena. En total eran cinco. Una fue destruida por los cañones de la Muralla mientras avanzaba. Otra quedó inmovilizada por los cohetes cuando le faltaban veinte metros para llegar a la fortificación, y disparos posteriores le prendieron fuego.

Las otras tres consiguieron llegar a las murallas e izar sus enormes cuerpos hasta arriba, produciendo un espantoso chillido al clavar en el adamantium y la ceramita

sus ruedas dentadas. Una fue detenida por el comisario Vokane del CCVP, que hizo que sus soldados hicieran rodar la munición desde los depósitos hasta el borde de la Muralla y los arrojaran contra la bestia con cargas de mecha corta. La araña se desprendió de la pared con la explosión y cayó hacia atrás, aplastando a cientos de soldados zoicanos bajo su peso. Quedó allí patas arriba y ardiendo. Vokane y cincuenta y siete de sus hombres no vivieron para festejarlo. La onda expansiva que produjo la araña al morir los engulló y los dejó reducidos a cenizas.

La segunda araña llegó a la Puerta Veyveyr y empezó a aplastar las barricadas. Sus poderosas ruedas hacían trizas y aplastaban las pilas de rieles al abrirse camino hacia el hueco de la puerta. La artillería pesada y las unidades blindadas de ColNor la recibieron con ráfagas de fuego, cuando logró meter la cabeza por la entrada, y se la volaron. Quedó volcada de lado sobre sus destrozadas ruedas, bloqueando a medias la entrada.

La otra araña atravesó el Telón Amurallado, al oeste del Fuerte Hass Occidental. El general Grizmund la estaba esperando. Cuando empezó a despedazar y a quemar a diestro y siniestro a los defensores de la Muralla, los tanques narmenianos de Grizmund, reunidos en los espacios abiertos de la planta química de la Casa Anko, se elevaron y dispararon, empujando a la bestia y desprendiéndola de la Muralla. La fuerza del ataque se llevó parte del muro interno, pero se consideró que había valido la pena. La araña fue destruida.

En el Hass Occidental, los hombres de Gaunt salieron al encuentro de la marea de zoicanos que escupía la máquina de asedio afirmada sobre la Muralla. El enfrentamiento se convirtió en un duro combate cuerpo a cuerpo. Gaunt mató personalmente a docenas de invasores con su espada sierra y cortó el acceso a una formación que tuvo que retroceder hacia la cúspide de la máquina. Daur estaba con él, disparando el bolter prestado, y con él también un grupo de más de sesenta Fantasmas y soldados de Vervun Primario que luchaban codo con codo.

Los escuadrones al mando de Varl y Mkoll se sumaron a ellos, y Gaunt vio con satisfacción que mataban a las tropas de asalto con la misma velocidad con que salían de la torre de abordaje.

Gaunt oyó un alarido en medio de la confusión, y al levantar la vista, vio al comisario Kowle liderando a unos cincuenta soldados de Vervun Primario en una maniobra de interceptación a lo largo de los bastiones inferiores. Gaunt se dio cuenta de que, entre ambos, tenían al enemigo encerrado.

—¡Necesito explosivos! —le dijo a Daur, entre dientes. El capitán llamó a un granadero que llevaba unas alforjas llenas de minas de cañón y bombas antipersona.

—¡Todas ellas! —rugió Gaunt—. ¡Hacia el cuello de esa cosa! ¡Venga conmigo!

Gaunt avanzó entre las oleadas de enemigos, arrancando carne, esquirlas de armadura y pelo con su espada sierra. Se abrió un espacio hacia la cabeza de la torre

y le gritó al granadero que lo siguiera. Un disparo de láser le dio en la frente y el granadero cayó. Gaunt lo sujetó.

—¡Daur!

Daur acudió corriendo y ayudó al comisario. Entre ambos levantaron el cadáver, cargado con sus explosivos, y lo llevaron hasta la boca abierta de la torre. Gaunt sacó un detonador, lo preparó, lo enganchó en el correaje del cadáver y ambos empujaron al soldado muerto por la boca de la torre de asedio.

La granada estalló dos segundos después y, una milésima de segundos más tarde, el resto de las municiones que llevaba explotó al caer el hombre, alcanzado por la primera bomba.

La torre se estremeció y se partió, cayendo de cabeza contra la multitud de zoicanos que se arracimaban al pie del Telón Amurallado.

Las fuerzas de Kowle entraron en acción y mataron a los últimos zoicanos que quedaban en la fortificación.

A las dos de la mañana del trigésimo día, el asalto de Zoica cesó y los zoicanos se replegaron hacia las sombras humeantes de los habitáculos externos. Los cangrejos chatos también retrocedieron hacia el humo, escoltados por filas de tanques zoicanos y legiones de tropas de color ocre. En todos los altavoces de la Colmena Vervun sonó un himno de victoria imperial a todo volumen.

La Colmena Vervun había perdido treinta y cuatro mil vidas, veinte emplazamientos de misiles, cincuenta nidos de ametralladoras y diez silos de artillería pesada. El Telón Amurallado estaba mellado y atravesado y, en algunas partes, roto y vulnerable.

Pero habían superado el Primer Asalto.



CAPÍTULO 8

DEL LADO DEL PELIGRO

“*Lo primero que aprende un oficial político del comisariado es a mentir. Lo segundo, a no confiar en nadie. Lo tercero, a no meterse nunca en cuestiones de política local».*

Comisario-general Delane Oktar,
de sus Epístolas a los Hyrkanos.

Procesiones de los sacerdotes del Ministorum, los elevados fieles del culto imperial, evolucionaban por los sótanos de piedra del Equipo Médico Colectivo de la Morada

Interior 67/mv. Llevaban cirios e incensarios y entonaban letanías de salvación y bendición para los heridos y los moribundos que ahora atestaban el lugar. Unas largas y frágiles cintas de pergamino en las que estaban inscritos discursos del Emperador flotaban tras ellos como mudas de serpiente, colgando de las cajas de plegaria que transportaban.

La cirujana Ana Curth los saludaba respetuosamente con la cabeza cada vez que se cruzaban en su camino en las salas y pasillos de las instalaciones médicas, pero para sus adentros los maldecía. No hacían más que estorbar y aterrorizar a algunos de los más débiles o más gravemente heridos, que los veían como cazadores de almas que venían a llevárselos de esta vida. El auxilio espiritual estaba muy bien, pero tenían entre manos una crisis física, una crisis en la que todo el personal capaz ayudaría más atendiendo a los cuerpos que a los espíritus.

El asalto zoicano había traído convoyes de nuevas bajas a todas las instalaciones médicas internas de La Colmena, que ya eran apenas capaces de dar cabida a los enfermos y heridos que había entre los refugiados de la primera fase del conflicto. Se estaban instalando hospitales militares de campaña y puestos médicos para ayudar, y el cuerpo médico que había llegado con las fuerzas de la Guardia Imperial estaba resultando una ayuda inapreciable. Curth y sus colegas eran médicos de la comunidad con vasta experiencia en todos los campos de la vida… excepto en heridas de combate.

Era la noche del trigésimo día y Curth llevaba casi veinte horas de servicio. Después de la pesadilla del asalto de la noche anterior, la lucha se había desactivado y solo quedaban intercambios esporádicos de bombas de uno y otro lado por encima de las pilas de zoicanos muertos que había al otro lado de la Muralla.

Al menos eso tenía entendido Curth por lo que decían los soldados y oficiales del Administratum que pasaban. Apenas había podido levantar la cabeza con todo el trabajo que se le presentaba. Hizo una pausa para limpiarse las manos con agua, en parte para limpiarlas, pero sobre todo para sentir el líquido refrescante sobre sus dedos. Levantó la vista y vio a grupos de sucios soldados de Vervun Primario que traían a una docena o más de sus camaradas heridos en camillas desde el otro lado de la sala. Algunos de los heridos venían quejándose.

—¡No! ¡No! —gritó—. ¡Las salas del oeste están llenas! ¡Por ahí no!

Varios soldados protestaron.

—¿No se les informó en ingresos? Déjenme ver sus papeles.

Comprobó las órdenes de ingreso que le entregó arrugadas y manchadas de barro y de sangre uno de los soldados.

—No, aquí hay un error —murmuró Curth, sacudiendo la cabeza mientras leía—. Han señalado las casillas equivocadas. Tendrán que volver al puesto principal de evaluación.

Más protestas. Sacó su pluma y escribió encima de las instrucciones de los papeles, los firmó y estampó su sello sobre el papel con un breve destello de su

anillo.

—Vuelvan —les dijo con autoridad—. Vuelvan por allí y los atenderán.

Los soldados se retiraron. Curth se volvió al oír en ese momento voces en la Sala 12/g, cerca de allí.

La Sala 12/g estaba llena de refugiados de los habitáculos externos, la mayoría con fiebre o desnutridos. Días de buena alimentación y de medicación contra la fiebre los habían mejorado, y esperaba poder dar el alta a muchos y enviarlos a los campos de refugiados en uno o dos días. Eso dejaría libre un espacio valioso.

Entró en la sala de techo abovedado: una estancia larga, de piedra, pintada de verde, con varios cientos de camas. Algunas estaban ocultas tras un biombo. Otras estaban ocupadas por las familias de los pacientes que se habían negado a separarse de los suyos. Había un olor caliente, denso, de cuerpos vivos y de suciedad en el aire.

Los gritos provenían de una cama del centro de la sala. Dos de sus enfermeros, que se distinguían de los demás por sus uniformes rojos, estaban intentando calmar a un trabajador de los habitáculos externos mientras eran observados por corros de otros habitantes del mismo lugar. El trabajador era un hombre corpulento sin heridas evidentes, pero de complexión pálida y aspecto agotado. Mientras gritaba hacía gestos nerviosos, amenazadores, a los enfermeros.

Curth suspiró. No era el primer incidente de ese tipo. Como demasiados de los miembros de la subclase empobrecida, el trabajador era adicto a la obscura, enganchado a aquel dulce opiáceo para olvidar su miserable vida de trabajo. La obscura era más barata que el alcohol. Probablemente usaba una pipa de agua o un inhalador. Al empezar la invasión, los trabajadores habían huido hacia el interior de La Colmena. Ahora muchos se lamentaban de haber dejado sus bolsas de droga en su desesperación. Curth había tenido más de noventa ingresados con síntomas de fiebre gástrica. Después de tratarlos y alimentarlos durante varios días había resultado que se trataba de síndrome de abstinencia.

Extenuados, algunos adictos pedían medicinas para aliviar su agonía. Otros soportaban las fases de abstinencia. Pero también los había que se volvían violentos e irrazonables. Había habido algunos casos de consumidores crónicos de larga duración en que se había visto obligada a prescribir tranquilizantes.

Curth se puso entre sus enfermeros y se enfrentó al hombre con las manos levantadas en un gesto tranquilizador.

—Soy la cirujana en jefe —dijo en voz baja—. ¿Cómo se llama usted?

El trabajador farfulló algo ininteligible mientras le salía espuma por la boca. Tenía los ojos extraviados.

—Su nombre. ¿Cómo se llama?

—N… Norand.

—¿Cuánto tiempo lleva consumiendo obscura, Norand?

Otra sucesión de sonidos inconexos. Un tartamudeo.

—¿Cuánto tiempo? Es importante.

—Desde que era un jornalero…

Veinte años por lo menos. Toda una vida de adicción. En eso no había posibilidad de razonar. Curth dudaba de que el trabajador dejara alguna vez el hábito que le estaba destruyendo el cerebro.

—Voy a traerle ahora mismo algo que le haga sentirse mejor, Norand. Usted solo tiene que calmarse. ¿Podrá hacerlo?

—¿Dr… drogas? —musitó el hombre, mordiéndose los labios.

La doctora asintió.

—¿Puede tranquilizarse ahora?

El trabajador bajó la cabeza y se sentó de nuevo en su camastro, jadeando y manoseando las sábanas.

Curth se volvió hacia sus enfermeros.

—¡Traedme dos dosis de limitamol! ¡Rápido! —Uno de los enfermeros salió corriendo y ella envió al otro a tranquilizar a los demás pacientes.

Se produjo una pausa en el ruido de fondo de la sala, apenas un segundo. Curth estaba de espaldas al trabajador y se dio cuenta de su error de fondo. Se volvió justo a tiempo para ver cómo saltaba sobre ella con la boca crispada y con un cuchillo herrumbroso en una mano.

Preguntándose tontamente cómo en nombre del Emperador podría haber entrado aquella arma en la sala sin que la hubiesen detectado, logró hacerse a un lado. El trabajador chocó a medias con ella, que fue a caer contra una fuente rodante de agua, derribándola. La botella se hizo trizas contra las baldosas. El trabajador, con una especie de alarido, pisó los cristales rotos intentando mantener el equilibrio. La amenazó con el cuchillo y ella gritó, rodó hacia un lado y se cortó en un brazo con los cristales. Trató de ponerse de pie, esperando que en cualquier momento le clavara el arma en la espalda.

Al volverse lo vio medio ahogado y forcejeando, sujeto firmemente por la espalda. Dorden, el oficial médico de Tanith, rodeaba con el brazo izquierdo el cuello del adicto mientras con la mano derecha sujetaba la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y la mantenía alejada de ambos. El adicto no podía moverse. Dorden estaba totalmente tranquilo. Lo había sorprendido con una maniobra de experto: oprimiendo a apenas un milímetro o dos de la carótida, le había faltado apenas un centímetro para dislocarle el cuello. Solo un médico brillante o un asesino imperial podían ser tan precisos.

—Suéltelo —dijo Dorden al oído del trabajador.

—¡Nn… gnn!

—¡Suéltelo! —repitió el Fantasma, con decisión.

Dorden hundió el dedo en un punto de presión en la base de la palma de la mano del hombre y el adicto dejó caer el cuchillo sin más. El arma oxidada cayó al suelo y Curth la apartó de un puntapié.

Dorden aumentó la presión sobre el cuello del hombre durante una fracción de segundo, suficiente para que el hombre perdiera la conciencia y poder echarlo boca abajo en un camastro vacío. Los enfermeros acudieron presurosos.

—Átenlo. Ponle el limitamol, pero átenlo de todos modos.

Se volvió hacia Curth.

—Esto es una guerra ¿sabe? Debería tener guardias aquí. Las cosas se ponen peligrosas durante las guerras, incluso detrás de las líneas.

La mujer asintió. Estaba temblando.

—Gracias, Dorden.

—Encantado de ayudar. Venía en su busca. Vamos. —Recogió un brazado de placas de datos y formularios de papel que había dejado para ocuparse del hombre, y la condujo cogiéndola del brazo hasta la salida de la sala.

En la frescura del corredor, ya fuera de la sala, Curth hizo un alto y se apoyó contra la pared de piedra, respirando hondo.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando? Necesita descansar —dijo Dorden.

—¿Es la opinión de un médico?

—No, la de un amigo.

Levantó la vista hacia él. Todavía no acababa de entender a ese ultramundano, pero le gustaba. Y él y sus médicos de Tanith habían sido la piedra angular en el puesto de selección.

—Usted lleva tanto tiempo de pie como yo. Ayer lo vi trabajando a medianoche.

—Yo dormito.

—¿Que usted *qué*?

—Que dormito. Es una técnica muy útil. La pondría por delante de la de suturar. Conozco todas las excusas de que no hay tiempo para dormir. Yo también las he utilizado. Demonios, llevo mucho tiempo siendo médico. Por eso aprendí a dormitar. Diez minutos aquí, cinco allí, siempre que tengo un respiro. Eso lo mantiene a uno fresco.

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Y dónde dormita? —le preguntó.

—He encontrado un cuarto de ropa blanca muy cómodo en la tercera planta —dijo, encogiéndose de hombros—. Debería probarlo. No la molestará nadie. Al fin y al cabo, aquí nunca cambian las camas.

Eso la hizo reír.

—Yo… le agradezco lo que hizo.

Dorden volvió a encogerse de hombros.

—Aprenda la lección, cirujana Curth. Tómese tiempo para dormitar. Confíe en sus amigos y nunca vuelva la espalda a un adicto a obscura con un cuchillo herrumbroso.

—Lo recordaré —dijo la mujer, con tono excesivamente solemne.

Recorrieron juntos el pasillo y se encontraron con dos equipos de urgencia que corrían al quirófano con dos casos críticos.

—¿Usted me andaba buscando?

—Ah, sí —dijo él, recordando y revisando los documentos que llevaba—. En realidad no tiene importancia. Pensará que es una estupidez, pero he observado algo en los informes. Otra lección, si está dispuesta para ello. Revise los informes o la morderán en el maldito culo.

Hizo una pausa, la miró y se le subieron los colores.

—Mil perdones. Llevo demasiado tiempo en compañía de soldados malhablados.

—Aceptado. Cuénteme sobre esos informes.

—Estuve en la Sala Intensiva 471/k, revisando la situación. Allí los pacientes son, sobre todo, ciudadanos de los habitáculos internos heridos durante el primer ataque. Los hay heridos por explosiones o de metralla, quemados, atropellados, un montón de casos serios. Todos estaban en el Distrito Comercial cuando cayeron las bombas. Específicamente… —consultó las placas de datos—. Estación de Carruajes C4/a y las casas de trueque orientales.

—¿Y bien? —preguntó ella, cogiendo las placas de sus manos.

—Estuve comprobando para ver si se podía dar de alta a alguno o al menos trasladarlo a una sala no intensiva para dejar sitio libre. Hay unos doce que podrían pasar a salas comunes.

—¿Y bien? —repitió Curth—. ¿Se trataba solo de una sugerencia administrativa?

—¡No, no! —dijo el médico, pasando a otra hoja—. Ya le hablé del tipo de heridas que había encontrado allí: sobre todo producidas por las bombas, y unas cuantas por las avalanchas resultantes del pánico. Pero había otros dos casos, ambos en coma, críticos. Yo… yo me preguntaba por qué tendrían heridas de bala.

—¿Qué? —cogió las pizarras y las estudió atentamente.

—Calibre pequeño, tal vez una pistola de agujas. Fácil de confundir con heridas de metralla.

—Aquí dice «laceraciones por cristal». La cúpula de la estación estalló y…

—Sé reconocer perfectamente una herida de pistola de agujas. Y entre los dos he visto más de una docena. Fueron disparos a quemarropa. Comprobé los registros. Trajeron a otros doce del mismo lugar con heridas idénticas. Pero todos estaban muertos cuando ingresaron.

—¿Habla del Distrito Comercial?

—Una estación de subtránsito: C7/d. Según los informes, no fue alcanzada directamente por los bombardeos. Pero al menos se recuperaron allí veinte cadáveres.

Curth volvió a leer los formularios y levantó la vista hacia él.

—Está pensando lo mismo que yo ¿verdad? —sonrió Dorden—. Cientos de miles de muertos o moribundos, todos nos necesitan y a mí solo me preocupan dos de ellos. No debería importarme cómo se hirieron, solo que me necesitan.

—Sí, estoy pensando eso —dijo la doctora después de una pausa—, pero…

—Ah: «pero». Una palabra útil. ¿Por qué les dispararon? ¿Quién abrió fuego sobre ciudadanos indefensos en medio de un bombardeo?

A pesar de las horas que llevaba de servicio, Ana Curth se encontró de golpe muy despierta. Dorden tenía razón: eso era una insignificancia comparada con la escala de miseria general a la que se enfrentaba la Colmena Vervun. Pero no podían pasarlo por alto. En la Scholam Medicalis le habían enseñado a valorar cada vida humana individualmente.

—Están asesinando a la Colmena Vervun —dijo—. La mayoría de los asesinos están ahí fuera, vestidos con armaduras de color ocre. Otros, tengo que decirlo, están sentados muy cerca de las mesas de mapas de la Casa de la Comandancia. Pero aún hay otro… y vamos a encontrarlo.

Gaunt se enderezó la gorra, alisó los faldones de una chaqueta de cuero limpia y dejó a su escolta de seis soldados de Tanith en la zona del ascensor. La escolta, comandada por Caffran, se quedó allí muy cómoda, observando alrededor la arquitectura encumbrada, resplandeciente, del Nivel Superior de La Cúspide. Ninguno de ellos había esperado jamás ver el interior del nivel noble de una colmena.

—¡Hasta el maldito ascensor tiene alfombra! —susurró el soldado Cocoer.

Gaunt miró alrededor.

—Quédense aquí y compórtense.

Los Fantasmas asintieron y luego se congregaron en torno a una fuente ornamental donde el agua espumosa salía de unas conchas sostenidas por ninfas doradas y caía en un estanque verde rodeado de lirios. Algunos de los Fantasmas apoyaron sus rifles láser contra el borde de mármol. Gaunt sonrió al ver que Caffran comprobaba si sus pantalones estaban limpios antes de sentarse sobre el mármol.

«Tan fuera de lugar», pensó Gaunt mientras los dejaba con una última mirada: seis soldados sucios, recién salidos de la batalla, bajo las bóvedas serenas de los acaudalados y poderosos.

Recorrió todo el paseo. Sus botas brillantes rozaban levemente la alfombra azul. El aire estaba perfumado y por los ocultos altavoces se difundía canto llano. La bóveda del techo era de cristal soportado por delgadas tracerías de hierro. Había árboles, árboles de verdad, plantados en los macizos centrales de la larga sala, y unas aves canoras pequeñas y brillantes revoloteaban entre las ramas. «Estos son los privilegios del poder», pensó Gaunt.

Las grandes puertas, hechas de una sola pieza de madera de algún árbol enorme, se alzaban ante él con el escudo de la Casa Chass en bajorrelieve barnizado en el frente. Las paredes de ambos lados estaban cubiertas de hiedra y los árboles de la avenida que conducía a la puerta estaban poblados de flores azules. Cogió el sello simbólico que le habían dado y lo colocó en una ranura que había en la cerradura de la puerta.

Las grandes puertas se abrieron hacia adentro silenciosamente. Se oyó un coro de voces. Entró en una gran estancia abovedada iluminada por la luz azulada que entraba por los vitrales de las ventanas que había en lo alto. Las paredes eran mosaicos donde estaban representados incidentes e historias que no le resultaban familiares. El escudo de los Chass estaba repetido a intervalos en el mosaico.

—Bienvenido, honorable visitante, al enclave de la Casa Chass. El uso de un emblema simbólico significa que es usted un huésped invitado y digno. Sírvase esperar en la antesala y se le servirán refrescos mientras se informa a su señoría de su llegada.

La voz del servidor era agradable y cálida y salía del mismo aire. Las grandes puertas se cerraron silenciosas a sus espaldas. Se quitó la gorra y los guantes y los apoyó sobre una mesa auxiliar de teca.

Un segundo después se abrieron las puertas interiores y entraron tres figuras. Dos de ellas eran guardias de la casa vestidos con una armadura idéntica a la del que había abordado a Gaunt a la salida del Consejo Privado. Llevaban las armas de mano cubiertas con vainas satinadas y lo saludaron con un rígido movimiento de cabeza. La tercera era una servidora cuyos implantes de aumento y conexiones eran incrustaciones de oro. Llevaba una bandeja de refrescos sobre unos brazos largos, de plata y articulados, que complementaban sus miembros naturales.

Se detuvo ante Gaunt.

—Agua, joiliq, vino de bayas, dulces. Por favor, sírvase, honrado huésped. O si no hay nada que le apetezca, por favor, dígamelo y atenderé sus necesidades especiales.

—Esto está bien —dijo Gaunt—. Me serviré una medida de ese licor local.

Mientras sostenía la bandeja con sus brazos extra, la servidora sirvió graciosamente a Gaunt una medida de joiliq en una copa de cristal y se la entregó.

El coronel la cogió con una inclinación de cabeza y la servidora se retiró a un lado de la estancia. Gaunt tomó un sorbo de la bebida con aire pensativo. Estaba empezando a preguntarse por qué había venido.

Estaba claro que había una diferencia abismal entre él y Chass. ¿Qué podían tener en común?

—Si está aquí es porque ha sido invitado, pero yo no lo conozco.

Gaunt se volvió y se encontró ante una joven noble que había entrado por el otro extremo de la antesala. Llevaba un vestido largo de seda amarilla con un reborde de piel y una diadema de plata y piedras preciosas en la cabeza. Era de una belleza casi dolorosa y Gaunt advirtió un brillo de inteligencia y agudeza en su rostro perfecto.

Inclinó la cabeza respetuosamente y juntó los talones.

—Soy Gaunt, señora.

—El comisario ultramundano.

—Uno de ellos. Fuimos varios los que llegamos con la Guardia Imperial.

—Pero usted es el famoso Ibram Gaunt. Dicen que el Héroe del Pueblo, Kowle, se puso fuera de sí cuando supo que el famoso Gaunt venía a la Colmena Vervun.

—¿Ah, sí?

La joven lo rodeó. Gaunt permaneció imperturbable.

—Así es. Los héroes de guerra como Kowle pueden aguantarlo todo, según dicen. Pero ¿un comisario héroe de guerra, famoso por sus actuaciones en Balhaut, Fortis Binary, Clasp Menazoide, Monthax? Demasiado para Kowle. Podría eclipsarlo. La Colmena Vervun es grande, pero solo puede haber un famoso y rutilante comisario héroe ¿verdad?

—Puede ser. No me interesan las rivalidades. De modo que… ¿está usted muy versada en la historia militar reciente, señora?

—No, pero sí mis doncellas —sonrió peligrosamente.

—¿Sus doncellas se han interesado por mi carrera?

—Muchísimo. Por usted y por sus… ¿Cómo los llamaron? Sus «desaliñados y valientes Fantasmas guerreros». Al parecer, son mucho más interesantes que los almidonados Sangreazul de Volpone.

—De eso puedo dar fe —replicó. Por más encantadora que fuera, ya se había hartado de su aire de superioridad y de su coqueteo cortesano. Responder a esas cosas podía llevar a un hombre a la muerte.

—Tengo seis desaliñados y valientes Fantasmas guerreros esperando fuera, si quiere que se los presente a sus doncellas —sonrió—. O a usted misma.

La mujer hizo una pausa. Era evidente que se sentía ultrajada aunque no abandonó su compostura. Se contuvo a la perfección.

—¿Qué desea, Gaunt? —preguntó, esta vez con voz más dura.

—Lord Chass me mandó llamar.

—Mi padre.

—Eso suponía. Por lo tanto, usted es…

—Merity Chass, de la Casa Chass.

Gaunt repitió la inclinación de cabeza y bebió otro sorbo de la bebida.

—¿Qué sabe usted de mi padre? —preguntó vivamente, sin dejar de andar alrededor como un pavo real en un rito de apareamiento.

—Señor de una de las nueve casas nobles de la Colmena Vervun. Uno de los tres que se oponían a la política táctica del general Sturm. Alguien que se interesó por mi contrapropuesta. Un aliado, supongo.

—No lo utilice. ¡No se atreva a utilizarlo! —le dijo con fiereza.

—¿Utilizarlo? Señora…

—¡No se ande con juegos! Chass es una de las casas nobles más poderosas y una de las más antiguas, pero pertenece a la minoría. Croe y Anko tienen el poder y dominan a la oposición. Especialmente Anko. Mi padre es lo que llaman un liberal. Tiene… elevados ideales y es un hombre generoso y honesto. Pero también es

inocente, vulnerable. Un hábil agente político podría aprovecharse de su sinceridad y traicionarlo. Ya ha sucedido antes.

—*Lady* Chass no tengo designio secreto alguno sobre la posición de su padre. Fue él quien me mandó a llamar. No tengo la menor idea de lo que quiere. Soy un guerrero, un líder de soldados. Antes me cortaría el brazo derecho que dejarme envolver en política interna.

La mujer se quedó pensando en eso.

—Prométamelo, Gaunt. Prométame que no lo utilizará. A lord Anko le encantaría asistir al derrumbamiento de mi noble casa y de su ilustre linaje.

Gaunt estudió su cara. Lo decía en serio; para usar su propia expresión, hablaba con franqueza.

—No soy un intrigante. Deje eso para Kowle. Si hay algo que puedo hacer son las promesas simples y sinceras. De eso se alimentan los soldados. De modo que lo prometo, señora.

—Júrelo.

—Lo juro por la vida de nuestro amado Emperador y por la luz del Rayo de Esperanza.

Ella tragó saliva, desvió la mirada y a continuación dijo:

—Venga conmigo.

Seguida a una respetuosa distancia por sus guardaespaldas, condujo a Gaunt fuera de la antesala, por un pasillo cuyas cortinas de vaporosa gasa revoloteaban con la fresca brisa, y luego a una terraza.

La terraza sobresalía de la pared exterior de La Cúspide y estaba cubierta por un escudo refractor. Estaban a aproximadamente un kilómetro de altura. Abajo se extendía la Colmena Vervun en toda su magnitud hasta el Telón Amurallado. Hacia arriba se alzaba La Cúspide, lustrosa como el hielo, y por encima el enorme arco del Escudo chisporroteante.

La terraza era un jardín ornamental cibernético. Hojas mecánicas crecían y brotaban en las ordenadas jardineras, y vides biónicas se reproducían en una configuración zigzagueante de ramas que formaba un emparrado en miniatura. Abejas de metal y delicadas mariposas de alas de papel revoloteaban a través de los tallos plateados y las ramas de hierro. Frutos jugosos y maduros, negros como endrinas, colgaban de las ramas cimbreantes de los árboles mecánicos.

Lord Heymlik Chass, vestido de jardinero, con manchas de savia aceitosa en los puños y el delantal, evolucionaba entre las filas de plantas artificiales, quitando los pétalos de metal secos con unas tijeras láser de podar, mientras podaba y pulverizaba las rosas de aluminio.

Levantó la vista al llegar su hija, que acompañaba al comisario.

—Confiaba en que vendría —dijo lord Chass.

—Me retrasaron los acontecimientos —dijo Gaunt.

—Por supuesto. —Chass asintió y miró un momento a lo lejos, a la Muralla meridional—. Una mala noche. ¿Y sus hombres… sobrevivieron?

—La mayoría. La guerra es la guerra.

—Ya fui informado de su actuación en el Hass Occidental. La Colmena Vervun ya está en deuda con usted, comisario.

Gaunt se encogió de hombros y echó una mirada por el jardín metálico.

—Jamás he visto nada como esto —dijo con sinceridad.

—Un capricho privado. La Casa Chass debe su éxito a los servidores, cogitadores y a inventos mecánicos. Hago máquinas que funcionan para el Imperio. Me gusta dejar que evolucionen en formas naturales aquí, sin más fin práctico que la propia vida.

Merity se apartó de la pareja.

—Voy a dejaros solos, entonces —dijo.

Chass asintió y la joven se alejó entre las vides y los capullos de hojalata.

—Tiene usted una hija encantadora, señor.

—Es cierto. Es mi heredera. No tengo hijos varones. Tiene un don para las estructuras mecánicas que me sorprende. Conducirá a la Casa Chass hacia el próximo siglo.

Hizo una pausa, arrancó una flor oxidada y la puso en el bolsillo de su delantal con un suspiro.

—Si es que hay un próximo siglo para la Colmena Vervun.

—Esta guerra la ganarán las fuerzas imperiales, señor. No tengo la menor duda.

—Ha hablado como un auténtico animal político, comisario Gaunt —dijo Chass, sonriendo y volviéndose para mirar a Gaunt.

—No pretendía recurrir a un lugar común.

—Y yo tampoco lo interpreté así, pero usted es un animal político ¿no es así, Gaunt?

—Soy un coronel de la Guardia Imperial. Un guerrero al servicio del todopoderoso Emperador. Mi política sirve para elevar la moral de las tropas, solo para eso.

Chass asintió.

—Venga conmigo —dijo.

Avanzaron por un huerto de árboles de platino cargados de naranjos de bronce. Trepadoras de alambre rizado se enredaban en torno a los troncos bruñidos. Más allá del huerto, cruzando prados de hierro que crujían bajo sus pisadas, atravesaron una fila de arbustos de hojas grandes de bronce pulido.

—Supongo que mi hija habrá estado llenándole la cabeza con advertencias sobre mi forma de ser tan liberal.

—Está usted en lo cierto, señor.

—Se muestra sobreprotectora conmigo —rio Chass—. Cree que soy vulnerable.

—Eso fue lo que dijo.

—¿De veras? —Chass condujo a Gaunt por un laberinto de setos. Los arbustos crepitaban de energía, como velos ilusorios—. Jardinería fractal —dijo Chass, con orgullo—. Estructuras matemáticas generadas por las formas talliformes de los cogitadores implantados aquí.

—Es una maravilla.

Lord Chass se volvió a mirar a Gaunt.

—Lo deja frío, ¿no es cierto, Gaunt?

—Frío es una palabra demasiado fuerte. Me deja… intrigado. ¿Por qué estoy aquí?

—Es usted un oficial fuera de lo común, Gaunt. He estudiado su carrera con atención.

—Lo mismo que las doncellas —dijo Gaunt.

Chass rio y sacó las tijeras de podar de su cinturón para dar forma a los setos fractales que había a un lado.

—Por diferentes motivos, le aseguro. Las doncellas quieren maridos. Yo quiero amigos. Sus antecedentes demuestran que es usted una persona sorprendentemente moral.

—¿Ah, sí? —Gaunt observaba al noble mientras recortaba los brotes del seto, poco dispuesto a hablar más.

—Fiel a la Causa Imperial, a la cruzada, pero siempre fiel a sus superiores directos cuando chocan esos motivos. Con Dravere o Epsilon Menazoide, por ejemplo. Con nuestro propio general Sturm en Voltemand. Usted sigue su propio camino y, como un auténtico comisario, no deja jamás de castigar a aquellos de los suyos que perjudican el bien común.

Gaunt tendió la vista por encima de la vasta colmena que tenían por debajo.

—Una o dos palabras más y estará hablando de traición, lord Chass.

—¿Y quién me oiría? ¿Un hombre cuya profesión consiste en arrancar la traición de raíz? Si hablo de traición, Gaunt, puede matarme aquí mismo.

—Espero que podamos evitar eso, señor —dijo Gaunt tranquilamente.

—Y yo. Del incidente en el Consejo Privado del otro día colijo que no está usted de acuerdo con el plan táctico del general Sturm.

La media inclinación de cabeza de Gaunt habló por él.

—Entonces tenemos algo en común. Yo tampoco estoy de acuerdo con el liderazgo de la Casa Sondar. Sondar controla a Croe, y Anko es su perro faldero. Eso nos llevará al desastre.

—Esas maquinaciones están muy por encima de mí, lord Chass —señaló Gaunt, con diplomacia.

Chass volvió a recortar el seto. Estaba formando un águila imperial perfecta con las finas ramas.

—Pero nos afecta a ambos. Una mala política y un mal liderazgo destruirán esta Colmena. Usted y yo sufriremos las consecuencias.

—Con todo respeto —dijo Gaunt, despejándose la garganta—, ¿tiene todo esto algún sentido, lord Chass?

—Puede que sí y puede que no. Quería hablar con usted, Gaunt, quería valorar su auténtica estatura. Quería entender su forma de pensar y saber si hay allí un punto de coincidencia. Yo tengo una gran responsabilidad para con la Colmena Vervun, mayor que la que me vincula al liderazgo de esta noble casa. No lo entendería y yo no voy a explicárselo, confíe en mí.

Gaunt no dijo nada.

—Voy a proteger la vida de esta Colmena hasta mi último aliento, e incluso más, si es necesario. Necesito saber si puedo contar con usted. Ahora puede irse. Puede que cuando llegue el momento lo mande a llamar otra vez.

Gaunt asintió y giró sobre sus talones. El águila imperial del huerto fractal estaba terminada.

—¿Gaunt?

Se volvió. Lord Chass buscó en su bolsillo y sacó una rosa. Era perfecta, hecha de acero, apenas abierta y con los bordes levemente oxidados. El tallo de plata era duro y de él salían espinas de aluminio.

Chass se la ofreció.

—Llévela como una distinción de honor.

Gaunt cogió la rosa de metal y la colocó en la solapa de su chaqueta, encima del corazón.

—Como distinción de honor —dijo asintiendo—, estoy dispuesto a llevar cualquier cosa.

Chass se quedó solo mientras Gaunt buscaba la salida a través del jardín de metal. Estuvo pensativo durante un buen rato.

—¿Padre? —Merity apareció por detrás de la huerta de naranjos.

—¿Qué te pareció?

—Un hombre honorable. Un poco envarado, pero no tímido. Tiene espíritu y valor.

—Sin duda.

—¿Podemos confiar en él?

—¿Tú qué crees?

Merity se tomó su tiempo, mientras acariciaba los capullos fractales con aire ausente.

—A ti te corresponde la elección, señor de nuestra casa.

Heymlick Chass rompió a reír.

—Claro. Pero ¿a ti te gusta? Es importante. Me pediste que te mantuviera informada.

—Me gusta. Sí.

Chass asintió con la cabeza. Sacó el amuleto de su bolsillo, donde lo había tenido todo el tiempo oculto entre los recortes del jardín.

Le dio vueltas en la mano. Se retorcía y producía chasquidos.

—Pronto lo sabremos —le dijo a su hija.

El día trigésimo primero pasó sin incidentes de importancia. Los defensores y el ejército zoicano que esperaba se intercambiaban bombas.

Al amanecer del día trigésimo segundo, empezó el Segundo Asalto zoicano.



CAPÍTULO 9
La puerta Veyveyr

“ *No preguntes cómo puedes dar tu vida por el Emperador. Pregunta más bien cómo puedes dar tu muerte».*

Señor de la Guerra Slaydo,
en su lecho de muerte.

Era un amanecer desvaído, hueco. La temprana luz de la mañana se veía difuminada por arrecifes de nubes grises que prolongaban la noche. Empezó a llover: primero chaparrones durante media hora, después más fuerte, formando cortinas de agua que

cruzaban la vastedad de La Colmena y las tierras arrasadas que quedaban más allá. La visibilidad alcanzaba apenas a varios cientos de metros. La cortina torrencial hacía chisporrotear el Escudo y formar configuraciones aguzadas y perturbadoras.

En la Puerta Veyveyr, durante la primera hora de luz, Colm Corbec recorría las líneas Tanith, las posiciones orientales de la cabecera ferroviaria en ruinas. Su moteada capa de camuflaje, prenda distintiva de los Tanith, lo envolvía como un sudario, y, de alguna parte, probablemente de las tropas de ColNor, había sacado un casco abombado de ala ancha que hacía reír a más de uno de sus Fantasmas. Hacía frío, pero al menos el Escudo los protegía también de la lluvia.

Corbec había pasado revista a las posiciones de los Fantasmas una docena de veces y cada vez le gustaban menos. Había un grupo de cobertizos con máquinas y almacenes de carga por los cuales pasaban apartaderos, todos bombardeados, y luego una selva de escombros y tanques de combustible destrozados que conducían hasta la enorme puerta principal recubierta de piedra blanca que el fuego había vuelto negra. Más allá del extremo posterior de la linde oriental de la estación estaban las fundiciones quemadas. Un regimiento de Vervun Primario denominado los Escombreros, según le habían dicho, mantenía esa posición y vigilaba la vía de acceso a través de la traicionera montaña de escoria. Corbec tenía unos doscientos fantasmas apostados en los cobertizos de maquinaria y los escombros de más allá, con equipos de exploración de avanzada en la vanguardia, hacia la puerta.

Las unidades del coronel Modile de Vervun Primario, con casi cinco mil hombres, cubrían las trincheras principales y la explanada de escombros en el sector central de la ancha estación. Las tropas ColNor de Bulwar, dos mil hombres o más, ocupaban posiciones a lo largo del oeste, hacia las filas altivas y sombrías de fábricas que todavía se mantenían intactas. Cincuenta unidades blindadas de ColNor esperaban en el extremo norte de la cabecera ferroviaria en carreteras de acceso y oficinas de mando, dispuestas para avanzar en el caso de una ruptura del frente.

Corbec avanzaba entre cobertizos de maquinaria sin techo, ennegrecidos por el fuego. Sus pesadas botas hacían crujir la costra de ceniza y escombros que cubría el lugar a pesar del trabajo de limpieza de los equipos pioneros.

En el cobertizo, veinte Fantasmas estaban a sus anchas, todos excepto sus observadores de tiro, apostados en troneras y ventanas que daban al sur. Del techo solo quedaban vigas y mallas de metal que ya no soportaban el rococemento.

Corbec cruzó hasta donde estaban el explorador MkVenner y el soldado Mochran en cuclillas en una improvisada plataforma de bidones de aceite, mirando hacia fuera a través de agujeros practicados en las paredes.

—Aquí tenéis un buen ángulo, chicos —dijo Corbec, alzándose hacia los herrumbrosos tambores y echando una mirada.

—Bueno para morir, señor —musitó MkVenner secamente. Era un explorador formado en la más pura escuela del sargento Mkoll, austero y conciso. Mkoll los

había entrenado a casi todos personalmente. MkVenner era un hombre alto, de algo más de treinta años, con una media luna azul tatuada debajo de su ojo derecho.

—¿Y eso, MkVenner?

MkVenner señaló hacia las puertas.

—Estamos en el punto de mira en caso de un ataque frontal. Nosotros y las fuerzas locales que están en el depósito central.

—Y nuestros ángulos de tiro han quedado cortados y cegados desde que cayó esa cosa —añadió Mochran, con voz fatigada.

La «cosa» a la que se refería era un trozo gigantesco de la araña de asedio que las baterías de ColNor habían echado abajo durante el Primer Asalto, hacía tres días. El gran bulto, tirado encima de las barricadas de la boca de la puerta, bloqueaba a medias la entrada y había resultado imposible de desplazar, a pesar de los esfuerzos de equipos de avanzada y excavadores provistos de topadoras y grúas pesadas.

Corbec vio que el soldado tenía razón. La infantería enemiga podría venir rodeando la enorme estructura y estar dentro antes de que pudieran verla. La máquina de guerra proporcionaba al enemigo un puente a través de los hierros retorcidos y oxidados de la barricada de la puerta.

Corbec les dijo algo tranquilizador y gracioso que los hizo reír a ambos.

Más tarde, por más que lo intentó, no pudo recordar qué había sido.

Siguió hacia adelante, bordeando la línea de trincheras, y entró en los montículos de cascotes más próximos a la puerta. Tenía apostados allí a intervalos ocho equipos de armas pesadas ocultos tras tableros antiaéreos y sacos terreros. Seis ametralladoras pesadas montadas sobre trípodes, dos ametralladoras automáticas sobre dos patas con cargadores de munición tirados en el suelo junto a los artilleros, y tres lanzamisiles. Entre los puestos de armas, los soldados de Tanith estaban distribuidos en líneas a lo largo de las troneras. Andando por el medio, Corbec percibió su vulnerabilidad. Sobre sus flancos trasero y oriental no había nada más que las fundiciones en ruinas y la Escombrera. Tenían que confiar en que la capacidad de los «Escombreras» invisibles los protegía de ataques sorpresivos.

Corbec abrió su enlace de voz y llamó a tres equipos de lanzallamas de las reservas apostadas detrás de los cobertizos de la maquinaria. Allí fuera, con el amanecer por encima de ellos, podía ver la escena en toda su crudeza y advertir lo expuestos que estaban; por eso quería asegurarlos.

Encontró a Larkin en un foso cerca de las puertas. El nervioso francotirador estaba desarmando su rifle láser especializado y limpiándolo.

—¿Algún movimiento, Larks?

—Ni el más leve. —Larkin encajó un cañón limpio, reforzado, en su sitio y luego limpió la película aceitosa del intercambiador antes de introducir en la ranura uno de los cargadores de carga pesada.

Corbec se sentó junto a Larkin y se tomó un momento para revisar su propio rifle láser. Era un arma estándar, con una maciza estructura metálica, más corta y tosca

que la del rifle del francotirador y carecía de la empuñadura y de la culata de pulida madera de nal.

—Tendré que hacerme con uno de esos algún día —dijo Corbec al pasar, mientras señalaba con la cabeza el precioso rifle de Larkin.

Larkin resopló y colocó con suavidad la mira telescópica encima del arma.

—Solo dan el modelo de francotirador M-G a hombres capaces de disparar. Tú no sabrías usarlo.

Corbec tenía preparada una respuesta cuando sonó su enlace de voz.

—Modile a todos los sectores. Los observadores del Telón Amurallado han detectado movimiento en medio de la lluvia. Tal vez no sea nada, pero es mejor estar alertas.

Corbec dio por recibido el mensaje. Levantó la vista hacia la enorme muralla y el bastión de la puerta que sobresalía por encima. A menudo olvidaba que tenían hombres ocupando posiciones allá arriba, miles de ellos, a cien metros más arriba, con visibilidad suficiente y en condiciones de dar la orden de disparar.

Hizo un gesto con la cabeza a Larkin, que deslizó el supresor de fogonazo en la boca del rifle con un chasquido hueco.

—¿Listo?

—Nunca. Pero eso es lo habitual. Que vengan. Ya estoy cansado de esperar.

—Eso se llama moral —dijo Corbec.

Al menos eso fue lo que salió de su boca. El sonido quedó totalmente tapado por un impacto de bombas y fuego de láser que los sacudió hasta la médula y que hizo retemblar el baluarte y la muralla. El silbido de las llamas se extendió por encima de la máquina de guerra en ruinas y de la barricada y se arremolinó por encima de la estación. Partes de la barricada, secciones de material rodante, de cincuenta toneladas cada una, fueron destrozadas y salieron disparadas hacia adentro.

Corbec se tiró al suelo. Miles de millones de trozos de metralla, algunos candentes, caían sobre las líneas Tanith. Por su enlace de voz pudo oír llamadas urgentes al equipo médico provenientes de las posiciones de Vervun Primario del centro de la estación. Giró en redondo y vio las bombas que caían sobre la Escombrera, detrás de la posición Tanith, y levantaban nubes de roca pulverizada. El Segundo Asalto había empezado.

Ferrozoica cambió de táctica en ese Segundo Asalto. El Primer Asalto había sido un ataque global, con armas y bagajes a lo largo del Telón Amurallado meridional. Esta vez empezaron un bombardeo sostenido de toda la extensión de la muralla para hacer que la Colmena Vervun se tambaleara y centraron su invasión en tres puntos de asalto. Uno, una formación blindada encabezada por dos de los temibles «cangrejos chatos», atacó la Puerta Sondar y estuvo aporreándola durante más de dos horas antes de ser repelida por los cañones de la Muralla. Otra se encaminó hacia el oeste,

siguiendo las líneas ferroviarias orientales y atacó la Puerta Croe y la cabecera ferroviaria que había detrás con un batallón entero. En ese sector, la lucha que libraron los regimientos de Vervun Primario y de los Excavadores de Roane duró hasta primera hora de la tarde.

El tercer ataque lo lanzaron directamente a la vulnerable Puerta Veyveyr.

Durante los diez primeros minutos del Segundo Asalto, los cangrejos chatos y otros pulverizadores de asedio de artillería pesada derribaron la barricada e hicieron volar el cadáver de la araña. El primer cangrejo chato atravesó directamente la puerta, arrancando trozos de metal y de mampostería, y se dirigió hacia las posiciones de Vervun Primario apostadas en el almacén principal. Artillería auxiliar barrió todas las defensas situadas a lo largo de los bastiones de la puerta y las murallas adyacentes, y Veyveyr se encontró privada de sus preciosos puestos elevados de artillería.

Hubo unos cuantos minutos desesperados de confusión mientras el coronel Modile intentaba reunir a sus dispersas fuerzas de tierra en la zona central del almacén. Se fueron replegando en manadas ante el ataque blindado, corriendo a refugiarse en las trincheras para escapar al poder insuperable de la máquina letal zoicana. Un segundo cangrejo chato empezó a avanzar detrás del primero, lanzando bombas hacia la derecha, donde estaban las posiciones de Tanith.

Modile fraguó un torpe contraasalto y retiró a su infantería con una formación en «V», permitiendo a los blindados de ColNor presionar hacia adelante para salir al encuentro de las máquinas de asedio. El aire de la cabecera ferroviaria estaba plagado de ruidos metálicos y del zumbido de las bombas mientras las formaciones penetraban. Los tanques de ColNor volaron por los aires bajo el fuego de los pesados cañones dorsales de los cangrejos chatos, y otros tanques y *Chimeras* fueron aplastados bajo las orugas de la máquina de asedio.

Toda la infantería, incluidos los Fantasmas, poco pudieron hacer como no fuera buscar refugio bajo aquel asalto monumental. El nivel de ruido fue físicamente doloroso y el suelo tembló.

Se produjo una enorme detonación y se alzaron vítores a lo largo de las líneas de infantería. El fuego sostenido de tres docenas de tanques ColNor por fin había conseguido dañar al primer cangrejo chato y partirlo por la mitad. El segundo, que ya entraba por la puerta, quedó bloqueado por los restos.

Corbec dio la vuelta en el interior de su refugio y empezó a avanzar hacia el flanco del segundo cangrejo.

Larkin lo sujetó por un brazo.

—Por Feth ¿qué estás haciendo, Colm?

—¡Tenemos que detener a esa cosa! Tal vez un hombre a pie pueda acercarse lo suficiente como para par…

La explosión de una bomba los obligó a refugiarse entre la ceniza.

—¡Estás loco! —gritó Larkin, levantándose. Buscó el borde de la construcción defensiva y apuntó su rifle.

—¡Deja que el maldito cuerpo blindado se ocupe de los cangrejos! ¡Nuestro problema está aquí!

Corbec levantó la cabeza a su lado.

La infantería zoicana, cientos de soldados, cargaba a través de la brecha que habían abierto los cangrejos, entrando como un torrente por la propia Puerta Veyveyr.

Corbec empezó a disparar. Al agudo sonido de su rifle láser se unió pronto la voz más potente del arma de francotirador de Larkin. Las armas de apoyo de las líneas de Tanith abrieron fuego tras ellos.

Los misiles disparados desde las posiciones del armamento pesado pasaban silbando por encima de Brin Milo, que, arrastrándose por entre el escombro, empezó a buscar a la infantería enemiga. Las órdenes precipitadas del coronel Corbec llegaban por el enlace de voz. Un infierno se desplomaba alrededor.

Milo vio unas cuantas figuras de color ocre acercándose por la zona muerta en la boca de la puerta e hizo puntería. Su primer tiro fue muy abierto, pero luego ajustó la puntería y derribó a sendos zoicanos con el segundo y el tercero.

El soldado Baffels y el soldado Yarch se tiraron al suelo junto a él y empezaron a disparar también. El fuego de las armas láser de los dos bandos atravesaba la estación, formando líneas punzantes y multicolores. Alguien gritaba a escasos metros de ellos.

Milo intentó acallarlo. Apuntó el arma como le había enseñado a hacerlo Larkin, respiró hondo y apretó el gatillo. Un disparo de láser y un guerrero color ocre cayó redondo.

Yarch trepó al borde de la tronera y preparó una granada. La lanzó y un remolino de viento trajo hasta ellos una nube de arena.

—Si conseguimos… —empezó Yarch.

Milo y Baffels no supieron nunca lo que estaba planeando Yarch. Un disparo de láser le entró por la nariz volándole la parte de atrás de la cabeza. Cuando se levantó ingrávidamente y presa de una convulsión, otros dos disparos lo alcanzaron. Uno le atravesó la garganta y el otro le entró por un ojo. Cayó de bruces entre los escombros. Otro hombre perdido.

Baffels, un hombre barbudo de algo más de cuarenta años con un pecho como un tonel y una garra azul tatuada en la mejilla, tiró de Milo hacia atrás poniéndolo a cubierto cuando una tremenda ráfaga de láser barrió toda la parte superior de su trinchera.

Juntos se arrastraron hacia el fondo de la trinchera y encontraron a Fulch, MkFeyd y Dremmond, que intentaban dar un rodeo hacia el sur.

Una tormenta relampagueante de fuego láser martilleaba alrededor. Un tiro alcanzó de rebote a Fulch en la nalga y lo hizo caer de rodillas. MkFeyd intentó subir al primer escalón, pero el fuego láser que barría el borde superior hizo explotar la

culata de su arma y le arrancó las primeras falanges de dos dedos de la mano izquierda. Cayó hacia atrás, maldiciendo su suerte y manchando a los demás con una sangre roja y brillante.

Milo empezó a envolver los dedos de MkFeyd con vendajes de campo, manteniendo la cabeza baja. Baffels trataba mientras tanto de poner un parche en la ardiente herida que tenía Fulch en sus cuartos traseros, a la vez que llamaba a un médico por su enlace de voz.

Dremmond, que traía uno de los lanzallamas que había pedido Corbec, avanzó reptando hasta el borde y envió unas ráfagas abrasadoras de muerte incendiaria hacia fuera. Ya tenía el bronceado flamígero del Primer Asalto en el que había luchado en el Hass Occidental.

Más soldados acudieron a reforzarlos. Algunos, dirigidos por el sargento Fols, bajaron por la línea de trincheras para crear una enfilada.

Milo levantó la vista del trabajo que estaba realizando en la mano de MkFeyd, con la cara empapada en sangre, cuando un soldado próximo a él fue cortado en dos. Dremmond seguía disparando con su lanzallamas y otros tres Fantasmas se unieron a él en la plataforma de fuego con sus rifles láser.

—¡Es todo lo que puedo hacer! —dijo Milo al herido antes de volver a ocupar su lugar en la línea de fuego. La descarga de adrenalina movilizó a MkFeyd, que trepó hasta colocarse junto a él. Consiguió sujetar el rifle con su mano vendada y empezó a disparar. La línea de rifles láser de los Fantasmas rugía y lanzaba un fogonazo tras otro en toda la línea de la posición oriental.

MkVenner sacó a su equipo del cobertizo de la maquinaria en el preciso momento en que un bombazo del segundo cangrejo chato lo hizo volar por los aires. Mochran ya estaba muerto, destrozado por una serie de ráfagas de rifle automático que habían perforado la pared del cobertizo.

MkVenner había ordenado a su unidad que montara las bayonetas, las aguzadas dagas de plata de Tanith, en un momento anterior del asalto, y en ese momento se alegraba de haberlo hecho. Los soldados de infantería de Zoica, con los rostros ocultos bajo las máscaras esculpidas de color ocre, invadían las trincheras de Tanith desde el sur. Con apenas quince hombres, MkVenner se enfrentó a ellos, ensartándolos y despedazándolos, disparando a bocajarro. Los zoicanos los superaban ampliamente. Daba la impresión de que el número de enemigos color ocre era infinito. En cuanto MkVenner los mataba, había más. Era como combatir contra la marea.

El mayor Racine, de Vervun Primario, había salido a inspeccionar las filas de avanzada de sus posiciones en Veyveyr cuando se produjo el asalto. Había intentado

controlar el repliegue y mantenía una fiera discusión con el coronel Modile sobre la mejor forma de contrarrestar el empuje zoicano. Después de unas cuantas respuestas acaloradas, la línea de voz había quedado desconectada. Era evidente que Modile no quería seguir discutiendo con su subalterno.

Racine tenía a quinientos hombres detrás de una explanada de escombros en el almacén central, enfrentándose a la invasión del segundo cangrejo chato. Llamó a su bombardero y cogió tres bolsas llenas de minas y de granadas. A continuación se encaramó hasta el borde y corrió hasta la máquina de asedio.

Una furiosa tormenta de ráfagas de láser y bolter impactaba alrededor, pero ni un solo disparo lo alcanzó. Todos los que lo presenciaron lo consideraron un milagro. Racine estaba a diez metros del enorme supertanque con su chirriante armadura segmentada cuando un disparo de láser le entró por la oreja hasta el cerebro y lo mató.

Cuando cayó, se elevó entre sus tropas, que lo observaban, profirió un espantoso grito de protesta por la injusticia que había acabado con tanta valentía. Había estado tan cerca.

El cangrejo chato siguió su marcha implacable, aplastando el cuerpo de Racine sobre la ceniza.

La presión hizo estallar las cargas que llevaba encima.

La enorme salva de explosiones hizo que se levantara la parte trasera del cangrejo, momento que aprovecharon los rápidos artilleros del regimiento blindado de ColNor para atacar con vehemencia su vientre descubierto. Una bomba hizo impacto en su polvorín y provocó una columna colosal de fuego que incluso voló la parte superior de la Puerta Veyveyr.

Los soldados de Vervun Primario, alcanzados por la onda expansiva, juraron que Racine sería recordado.

Tenían encima a las tropas zoicanas. Corbec se deslizó por un barranco que había sido antes una calle lateral de la estación y cuyas paredes presentaban todavía las marcas de los impactos de las explosiones. Llevaba con él a dieciséis soldados, entre ellos Larkin y el soldado Genx, que transportaba un cañón automático de bípode.

Lo primero que se le ocurrió a Corbec fue ordenar a sus hombres que se ciñeran a las paredes, pero las calles parecían canalizar el fuego del enemigo y los disparos de láser y de bolter rebotaban a lo largo de ellas. Ya había perdido a tres hombres que se habían mantenido pegados a las paredes y habían sido abatidos por el rebote de los disparos. Era más seguro permanecer en el centro de la calle.

En su avance se encontraron con un destacamento de asalto zoicano, al menos cincuenta hombres, que invadía las posiciones orientales. El fuego rebotaba sobre ellos y Corbec se asombraba al ver la forma en que las ráfagas acariciaban y seguían las paredes de piedra. El soldado Fanck cayó con el pecho destrozado. El soldado

Manik recibió un disparo en la ingle y sus gritos fueron repetidos por el eco por toda la calle.

Genx abrió fuego y su cañón pesado resonó con su característico «whuk-whuk-whuk» en el espacio cerrado. Una ráfaga del enemigo le arrancó la mano a la altura de la muñeca y Corbec se apoderó del cañón automático y empezó a disparar él mismo. Genx, con el muñón instantáneamente cauterizado por el fuego láser, se levantó sin el menor comentario y empezó a cargar el arma de su coronel.

Larkin no desaprovechaba ningún objetivo y volaba cabezas o destrozaba pechos con el poderoso impacto de su rifle de francotirador. El fuego láser de las armas normales era supercaliente, pero no tenía capacidad taponadora. Larkin empalideció al ver que los hombres que lo rodeaban acertaban a unos soldados enemigos que seguían avanzando a pesar de que los disparos precisos los habían atravesado limpiamente. Solo el rifle de francotirador de Larkin y el cañón automático de Corbec eran capaces de derribar al enemigo definitivamente al primer disparo.

Los ColNor estaban prácticamente superados. El coronel Bulwar llamó al coronel Modile, pero, al parecer, el oficial de Vervun Primario había cerrado su enlace de voz.

—¡Yunque! —fue la señal que Bulwar envió a Corbec, el único oficial de ese combate infernal en el que realmente confiaba—. *¡Yunque!*

La mañana fue despuntando y afirmándose sin que nadie lo notara. En la Puerta Sondar, después de más de dos horas de combate intenso, se consiguió frenar el ataque zoicano. Los tanques narmenianos de Grizmund se habían reunido en la Plaza de la Comandancia, junto a la puerta y listos para repeler a cualquier fuerza que pretendiese entrar. Estaban formados en rugientes líneas tal como habían estado las fuerzas de Vegolain en las primeras horas de la guerra, hacía de eso ya más de un mes.

Cuando se neutralizó el ataque a la Puerta Sondar, la Casa de la Comandancia indicó a Grizmund que avanzara y se desplegara por la autopista de la fábrica del sur para reforzar la Puerta Veyveyr. Dos regimientos de Vervun Primario Mecanizado y un grupo de combate de Volpone fueron dirigidos también para apoyar a Veyveyr, pero las órdenes, transmitidas por el subcomandante Anko, fueron imprecisas, y los refuerzos quedaron atascados en largas colas en las rutas arteriales. Grizmund, frustrado y desesperado por la espera de recibir directivas claras de la Casa de la Comandancia, sacó a su columna blindada de la autopista e intentó aproximarse a Veyveyr a través de los campos de depósito de material que había detrás de la fábrica. Fue imposible conseguir una autorización en regla para ello, ya que los enlaces de voz estaban saturados por el caos reinante en la cabecera ferroviaria. Grizmund había recorrido unos dos kilómetros, haciendo avanzar sus tanques por encima de cercas de

cadena y de barricadas de alambres de espino, cuando unidades del CCVP, lanzando maldiciones y órdenes a voz en cuello por los altavoces, les mandaron parar y volver a la autopista.

El enfrentamiento creció de punto. El propio Grizmund bajó de su tanque y se encaró directamente con las tropas del CCVP, sosteniendo que su ruta nada ortodoxa era necesaria. Los ánimos se caldearon y, cuando uno de los comisarios del CCVP sacó una pistola, Grizmund lo derribó de un golpe. Hubo una breve pelea y el sorprendido Grizmund y cuatro de sus principales comandantes se encontraron arrestados a punta de pistola. El CCVP los condujo con malas maneras hasta la Casa de la Comandancia, dejando a la fuerza blindada narmeniana sin jefe, empantanada y bajo la estrecha vigilancia de un grupo cada vez más numeroso del CCVP.

La falta de una dirección coordinada de la Casa de la Comandancia ocasionó otros desastres que contribuyeron a que un día malo fuera aún peor. Los refuerzos de Vervun Primario y de Volpone quedaron varados a lo largo del acceso sur. Un grupo de fuerzas motorizadas de Vervun, formadas por vehículos semioruga con baterías Hydra montadas sobre chasis planos, quedó atrapado en una vía de acceso lateral. En la confusión, tomaron a una unidad de *Chimeras* de los Volpone que avanzaba detrás de ellos por fuerzas enemigas. A esas alturas, sin que los enlaces de voz transmitieran nada más que el terror y el pánico indisciplinados de la Puerta Veyveyr, la impresión generalizada era que los zoicanos habían conseguido entrar en La Colmena y estaban saqueando los distritos del sur. Las baterías Hydra abrieron fuego brevemente, hasta que se descubrió el error. Pero, para entonces, ya habían muerto trece soldados Volpone.

El Segundo Asalto estaba poniendo al descubierto una gran debilidad en la estructura de mando de la Colmena Vervun. Vervun Primario, la Casa de la Comandancia y el CCVP tenían protocolos de comunicación y canales dedicados que funcionaban con eficiencia en tiempos de paz o en las maniobras, pero que eran incapaces de responder a los repentinos atascos en el tráfico de voz que se producen en lo más encarnizado de un combate. Peor aún, el sistema de voz de la Casa de la Comandancia, basado en el modelo imperial, usaba los mismos anchos de banda que la Guardia Imperial y el ColNor. A una hora del principio del asalto, era prácticamente imposible para los comandantes de las unidades hablar a distancia con sus tropas o recibir señal alguna de la Casa de la Comandancia. Incluso era imposible entrar en contacto con la Casa de la Comandancia para pedir aclaraciones. Solo seguían funcionando los enlaces de voz de corto alcance entre las tropas y los oficiales en el campo de batalla. Algunos comandantes intentaban cambiar de canales, con la esperanza de que a sus hombres se les ocurriera lo mismo, pero era muy improbable que ambos coincidieran en el mismo canal.

En la Puerta Croe, el general Nash tuvo algo de suerte. Cambió a una banda ancha que sus Excavadores de Roane se habían visto obligados a usar una vez en Kroxis, y sus oficiales de comunicaciones tuvieron la misma idea. Durante la mayor parte del

día, Nash fue el único de los comandantes de campo que tuvo comunicación abierta con sus fuerzas.

Una fuerza de Volpone encabezada por Corday consiguió también recuperar el contacto con sus elementos lejanos. Hábilmente, Corday usó sus microtransmisores de corto alcance para hacer de relé en el ajuste del nuevo canal de hombre a hombre a través del campo. Por desgracia, había elegido un canal que estaba lleno de interferencias de los armónicos del Escudo.

En Veyveyr, la situación se agravó porque Modile había cerrado el canal principal para interrumpir las demandas de sus oficiales, como había pasado con el difunto Racine, que ahora ponían en tela de juicio las órdenes de Modile. Corbec recibió el código «Yunque» por el comunicador de alcance corto y pudo coordinar su resistencia con el comandante del ColNor, pero se encontraron con que sus fuerzas entraban en conflicto con las tropas de Vervun Primario, que seguían las órdenes cada vez más descabelladas de Modile.

Gaunt, que había estado en el Hass Occidental al comienzo del asalto, se encaminó inmediatamente a Veyveyr con Daur y un pelotón de Tanith. Su convoy de transporte de tropas se encontró rápidamente con la cola de las columnas de refuerzo atascadas y procuró por todos los medios encontrar una forma de sortear el atasco. Gaunt intentó frenéticamente con el transmisor de voz de Raglon que la Casa de la Comandancia rectificara aquel desastre logístico que iba en aumento, pero encontró las líneas tan colapsadas como los otros comandantes que tenía delante de sí.

Le devolvió el auricular a Raglon y miró el rostro pálido de Daur. Los rugidos y sonidos retumbantes de aquella batalla de pesadilla rebotaban en los edificios y moradas que tenían por delante.

—¿A qué distancia está Veyveyr de aquí? —preguntó Gaunt.

—A cuatro o tal vez cinco kilómetros —respondió el enlace de Vervun Primario.

Gaunt echó una mirada a la sólida muralla de tropas y transportes de tropas que atascaban la carretera delante de ellos y maldijo para sus adentros. El establecimiento de protocolos de comunicación adecuados y funcionales sería su prioridad una vez superado aquel trance. Los hombres de Vervun Primario eran valientes y las casas nobles eran instituciones honorables, pero en la guerra eran simples aficionados.

—¡A tierra! —gritó Gaunt a sus hombres mientras saltaba del camión delantero.

Daur lo siguió, preparando el rifle láser que había sacado de los almacenes después del Primer Asalto. Su brazo le seguía doliendo y aún no estaba recuperado, pero le servía para sostener un arma y maldito si estaba dispuesto a entrar otra vez en acción junto al comisario y tener que pedirle prestada un arma. Tragó un par de tabletas analgésicas para aliviar el dolor.

Los cincuenta Fantasmas de Tanith se reunieron en la carretera junto a los camiones.

Gaunt recorrió las filas dirigiéndose a ellas directamente y deprisa.

—Vamos a avanzar a pie. Son unos cinco kilómetros y necesitamos avanzar rápido, por lo tanto, descárguense de todo el peso que puedan. Lleven solo las armas, la munición y las bayonetas. Desháganse de todo lo que pueda retrasarlos o dejarlos agotados antes de llegar allí. Daur nos guiará. —Se volvió hacia Daur—. ¿Capitán? Encuentre un camino.

Daur asintió, confiado. Aunque había nacido y se había criado en La Colmena, no tenía más idea de las enormes complejidades del distrito fabril del sur que los ultramundanos. Sacó una placa de plano del bolsillo lateral y hábilmente buscó hasta encontrar el lugar donde se encontraban. Con un estilete marcó una ruta posible. Estaba decidido a no fallarles a los Fantasmas, y muy especialmente a Gaunt.

—¡Síganme! —dijo y salió de la carretera al trote, atravesando una cerca de tableros antiaéreos y entrando en un área de reparación de máquinas.

Gaunt y los Fantasmas lo siguieron sin vacilar.

En la Puerta Croe, el asalto zoicano era tan intenso que las puertas adamantinas ya presentaban melladuras y empezaban a ponerse muy calientes. Nash trajo todas las fuerzas mecanizadas que tenía y las colocó al otro lado de las puertas, por si estas caían.

Del lado de afuera, una línea de tanques enemigos y de vehículos de combate blindados en un número aproximado de quinientos se extendía por las zanjas del ferrocarril y por los soportes de rococemento de la línea rápida elevada. También se veían algunas fuerzas de infantería zoicanas, pero hasta el momento era una guerra de cañones, cohetes, morteros y armas de la muralla contra los tanques y la artillería. Con que las fuerzas de la Colmena Vervun solo fueran capaces de resistir y de mantener las poderosas puertas perfectamente cerradas, era probable que la batalla nunca descendiera al nivel caótico que se estaba dando en Veyveyr.

Si llegaban a abrirse dos frentes de infantería de ese calibre, si llegaba a caer la Puerta Croe, Nash sabía que ese sería el principio de una derrota inexorable para la Colmena Vervun. Rogaba al santo Emperador de la Tierra que a los zoicanos no les quedaran más máquinas de guerra que enviar.

Veyveyr era una auténtica pesadilla. El aire del gran patio era denso debido al fuego láser, a las granadas trazadoras, a las ráfagas de los lanzallamas, a los sibilantes cohetes y a la densa humareda. A pesar de su versátil carrera militar, Corbec había visto pocas veces algo tan feroz y tan intenso. Mientras estaba a cubierto intentando desatascar la alimentación de su cañón automático con Genx agachado junto a él, Corbec se preguntaba si sería porque el fuego estaba tan delimitado: el Telón Amurallado de un lado, las fábricas alrededor, el Escudo arriba. Era como si esa

batalla infernal se estuviera desarrollando dentro de una caja que concentraba la furia y amplificaba el ruido.

Bulwar volvió a enviarle señales y Corbec tuvo que esforzarse para oírlo. El comandante de ColNor intentaba avanzar en cuña desde el oeste, y traía con él sus blindados, sus tropas de tierra y varias unidades de Vervun Primario que había podido birlarle al inútil de Modile. Quería que Corbec lo apoyara con sus Fantasmas desde el este.

Corbec asintió. Transmitió la orden a sus filas, de hombre a hombre, tratando de unificarlos en un esfuerzo coordinado, pero los zoicanos estaban por todas partes y Corbec sabía que al menos las tres cuartas partes de sus fuerzas estaban atascadas detrás de él, luchando por sus vidas.

Echó una mirada hacia el este y hacia las malsanas laderas de la Escombrera. Las bombas del enemigo seguían silbando sobre ella y pudo ver las chispas de láser de uno y otro bando por encima del escorial. Los Escombreros se ocupaban del enemigo que subía por la Escombrera. Esperaba que los zoicanos siguieran atacando a los bien pertrechados Escombreros. Si llegaban a desviarse hacia el oeste, se lanzarían sobre sus escasas fuerzas por la retaguardia y…

Desechó la idea.

—¿Cuánto? —le preguntó a Genx a voz en cuello.

Con la mano que le quedaba sana, Genx indicó que tenían unos tres mil proyectiles para el cañón automático en los cinturones que llevaba alrededor del cuerpo y en las alforjas de munición que había conseguido reunir. «Unos dos minutos de fuego sostenido», pensó Corbec.

Indicó a sus hombres que se prepararan y avanzaran hacia el oeste. Se pusieron de pie y volvieron a agacharse enseguida ante el fuego sostenido de las armas láser que venía del noroeste.

Corbec profirió un juramento. Las malditas tropas de Vervun Primario, sin nadie al mando y aisladas en medio del patio, estaban disparando a cualquier bicho viviente y tenían cerrados a los Fantasmas por el flanco con tanta eficacia como si lo hubieran planeado así.

Corbec trató de contactar con Modile en el enlace de voz. Todo lo que consiguió fue que el ayudante de Modile le gritara obscenidades por la línea, exigiendo que los ColNor y los Tanith se reagruparan según el orden de batalla.

«Modile está muerto. Yo mismo lo voy a matar», decidió Corbec.

Se puso de pie y, poniendo el cañón en automático, descargó una ráfaga por la línea de cascotes hacia el movimiento zoicano.

Un disparo de bolter fue a dar en la piedra junto a él y rebotó, alcanzándolo en el muslo.

Corbec fue derribado por el impacto e intentó extraer los fragmentos humeantes del proyectil de sus pantalones. La tela estaba perforada y manchada de sangre. Se dio cuenta de que el disparo se había desactivado al impactar sobre la piedra y que

solo habían saltado hacia él los fragmentos del casquillo, clavando docenas de restos metálicos en su pierna. Flexionó la pierna. Le dolía y sangraba bastante, pero podía andar.

Modile estaba definitivamente sentenciado.

No había manera de ir hacia el oeste, al menos no directamente. Arrastró a sus unidades detrás de sí y se encaminó hacia la puerta refugiándose en las trincheras y las barricadas orientales. Tal vez así podría bajar más hacia el oeste, fuera del alcance del desesperante Vervun Primario.

Las bombas pasaban silbando por encima de sus cabezas y ahora era mucho mayor el número de cohetes que atravesaba la boca de la puerta.

Los hombres de Corbec habían recorrido cien metros cuando se encontraron de cabeza con una compañía de tropas de choque zoicanas.

Milo llegó al extremo de un tramo de pared destrozada y arrojó una granada en la esquina. Tan pronto como estalló, produciendo una vibración en su pecho y esparciendo polvo de ladrillo y cemento de la pared, corrió atravesando la brecha y se apostó en la siguiente esquina carcomida por el láser. Puso rodilla en tierra y describió un círculo en derredor con su rifle láser para cubrir a Baffels, que cruzó tras él.

Unos cuantos disparos enemigos pasaron por encima de sus cabezas, más altos que la pared, desgarrando el aire.

Neskon y Rhys llegaron a continuación, corriendo a través de la abertura mientras Baffels y Milo disparaban para cubrirlos.

—¿Dónde está Dremmond? —gritó Neskon, sobreponiéndose al fragor del tiroteo. Estaba cubierto de sangre, pero no era suya.

—¡Más adelante, creo! —gritó Milo. Probó su microtransmisor, pero solo se oían ruidos estáticos.

El pelotón había estado avanzando hacia la puerta por las zanjas que había entre los edificios, en apoyo de la brava acometida del coronel Corbec. Durante un tiempo, el lanzallamas de Dremmond había ido despejando el camino, pero un trío de cohetes había estallado en la zanja e interrumpido el avance y ahora la sección delantera del pelotón, en la que estaban Dremmond y el sargento Fols, se había perdido de vista en medio de la humareda.

Milo, Baffels y Rhys siguieron avanzando pegados al siguiente almacén bombardeado mientras Neskon cubría la brecha para el siguiente grupo de Fantasmas: Domor, Filain y Tokar, seguidos por el oficial de comunicaciones, Wheln, y los soldados Caill y Venar. Neskor y Domor avanzaron a continuación, dejando a Filain y Tokar para cubrir a los tres siguientes.

A la cabeza del grupo, Milo, Baffels y Rhys volvieron a avanzar, abriendo otra brecha en la pared con una granada y desplegándose en ella para cubrir a los que

venían detrás.

Había un encarnizado combate unos cien metros más adelante. El microtransmisor de Milo emitió un graznido y pudo oír voces de mando entrecortadas de Corbec.

Domor y Neskon avanzaron hasta ellos y Domor sondeó la nube de humo que había al frente con los implantes ópticos que le habían colocado después de caer herido en Épsilon Menazoide.

Los aros de enfoque zumbaron y chirriaron en torno a las lentes.

—Leo calor… mucho calor. Un lanzallamas lo produce.

Milo asintió. Le llegaba el olor a promethium.

—Dremmond —sugirió Baffels.

Alentado por la idea de estar acercándose a su avanzadilla, el pelotón se lanzó adelante a la carrera. Milo tuvo la impresión de que los demás parecían seguirlo, de que lo miraban como esperando que los dirigiera ahora que estaba ausente el sargento Fols. Era una locura, todos tenían más experiencia que él en combate, y todos eran mayores que él.

Era como si se le hubiera pegado el lustre de Gaunt, como si él representara algún tipo de autoridad natural por simple asociación con el comisario.

Por delante de ellos, la pared que los cubría se convirtió en una serie de zanjas profundas salpicadas de cráteres producidos por bombas. El fuego enemigo cubría por completo la zona haciendo que fuera imposible atravesarla. Milo vio por fin a dos Fantasmas muertos, retorcidos y despedazados en la zanja.

—¡Atrás! ¡Volvemos atrás! —urgió, y Baffels asintió. A los hombres también les caía bien Baffels y, al parecer, él estaba dispuesto a aceptar el papel de segundo de Milo, como Corbec con Gaunt. Milo se asombró al ver cómo evolucionan las estructuras: en el combate, de una manera simple y orgánica, sin cuestionamientos ni decisiones explícitas. Con un objetivo y el miedo y la adrenalina tan altos, situados en la cuerda floja de la vida y la muerte, los hombres tomaban decisiones simples, naturales.

O al menos eso era lo que sucedía con una unidad bien preparada, motivada, como los Fantasmas. Milo estaba seguro de que las tropas de Vervun Primario se venían abajo simplemente porque les faltaba esa resolución y esa espontaneidad orgánicas.

Condujo a sus compañeros hacia la izquierda, hacia el borde de la Escombrera, atravesando una serie de almacenes de chatarra en forma de tambor donde se acumulaban grasientos carretones ferroviarios y bloques de ejes. Venar tenía un cañón automático y varias latas de munición todavía sujetas a su arnés de carga, de modo que Milo lo envió por delante para que despejara el camino. El retumbar de las ráfagas del cañón corto fue haciendo eco a través de los almacenes mientras Venar dejaba el camino limpio.

Los almacenes daban a una hectárea aproximadamente de una zona de aparcamiento milagrosamente intacta. Allí había vagones de chasis plano y vagones cisterna enganchados en forma de trenes a lo largo de seis desvíos paralelos. Había una locomotora *diesel* quemada junto a un parachoques. El pelotón fue bordeando los vagones dormidos, deslizándose a veces por debajo o entre los vagones o saltando por encima de los trenes cubiertos de aceite sucio.

Disparos de láser empezaron a tamborilear sobre los vagones que estaban cerca de Milo. Volaron secciones de la carrocería de madera, y las astillas cayeron sobre Baffels y Milo.

Los hombres se pusieron a cubierto y se dispersaron por el estacionamiento. Sucintas evaluaciones sobre el ángulo y la posición de los tiradores iban y venían por los microtransmisores. Venar disparó unas cuantas ráfagas de cañón por debajo del vagón tras el cual se había refugiado, y Milo oyó cómo los disparos impactaban y rebotaban en la estructura de hierro de los carretones planos.

El fuego enemigo se intensificó.

Milo los hizo avanzar. Vio a Filain asomar entre dos vagones y retraerse a continuación al ver que el fuego de un arma láser hacía saltar la grava y la tierra alrededor. Un disparo seccionó un trozo de vía y la pieza metálica se partió con un sonido musical.

Domor y Neskon también intentaron avanzar. Sortearon unos cuantos vagones y salieron rodeando un vagón de carga de flancos elevados. Los disparos de láser rebotaron en los finos laterales metálicos de la estructura. Neskon cayó, pero Domor lo arrastró al tiempo que buscaba cobertura en la siguiente línea de bateas. Neskon no estaba herido, simplemente había tropezado.

Milo y Baffels, con Rhys y Tokar pisándoles los talones, estaban inmovilizados. Milo intentó avanzar agachado en torno al vagón más próximo, pero hubo más disparos y cayó al suelo, sin aliento.

—¡Estás herido! —oyó decir a Baffels.

—No, estoy bien —respondió.

—¡Te han dado, maldita sea! —repitió Baffels.

Milo se tocó y notó un agujero húmedo en el hombro izquierdo de su túnica. Estaba dolorido, pero no dolía de verdad. Le habían dado, pero ni siquiera lo había sentido.

Milo se puso de pie y luego se detuvo y volvió a agacharse para mirar cuidadosamente debajo de los vagones. Al caer había vislumbrado algo que recién ahora su mente empezaba a identificar.

Tres trenes más allá, debajo de las bateas, se veían pies. Pies con pesadas botas cubiertas de la característica armadura color ocre.

Hizo señas a los otros de que miraran.

Una docena, tal vez más.

Zoicanos.

El fuego que los tenía inmovilizados se hizo menos intenso. Era evidente que los zoicanos también se estaban moviendo, avanzando en torno a los vagones al igual que los Fantasmas, pero en el otro sentido. Milo separó a los hombres y los dispersó aprovechando la cobertura de los vagones. Había pocos cuerpos en la Guardia Imperial capaces de moverse con tanto sigilo como los Tanith.

Hubo algunos disparos de cañón unos veinte metros al sur de donde estaba Milo. Luego otros dos, a los que respondieron con fuego láser. Venar había atacado.

Más disparos, breves y feroces, llegaron desde la siguiente fila de vagones. Por el intercomunicador oyó a Wheln proferir una maldición y reír a continuación.

Baffels se arrastró delante de Milo, aprovechando el refugio de un vagón de fondo plano. Los Fantasmas estaban cubiertos de pies a cabeza de polvo y tenían las manos y las rodillas llenas de aceite.

Milo oyó un ruido sordo desde el interior de la batea.

Dio un grito de advertencia y se impulsó hacia arriba justo en el momento en que el soldado de asalto zoicano aparecía por encima del borde del vagón y disparaba hacia abajo. Baffels había rodado instintivamente bajo el lateral de la batea y dio contra las ruedas y los durmientes mientras el fuego de Zoica hacía volar las piedras en el lugar donde había estado agazapado.

Milo envió una andanada hacia arriba, perforando con tres disparos láser el lateral de aluminio del vagón y al zoicano que estaba detrás. La figura de ocre armadura se sacudió y cayó torpemente fuera del vagón. Aterrizó al lado de Baffels, que automáticamente se volvió y disparó al cadáver en la cabeza, a bocajarro.

Neskon, Rhys y Tokar estaban disparando entre los vagones contra los zoicanos refugiados justo al otro lado de la vía. El fuego de los láseres zoicanos alcanzó el espacio que quedaba entre los vagones y debajo de ellos y obligó a Tokar a arrastrarse sobre su trasero, refugiándose detrás de un tambor de combustible caído. Neskon usó como cobertura un pesado carretón y se estremeció cuando un fuego persistente barrió por debajo de la carrocería y rebotó en las enormes ruedas de hierro que tenía a sus espaldas.

Rhys se puso de pie. Un disparo láser le pasó rozando la cabeza, pero consiguió arrojar una granada por encima del vagón que fue a caer limpiamente sobre el lado zoicano del tren y los hizo volar por los aires. Un casco zoicano roto, partido a través de la escultura burlona e inerte de la cara, voló por los aires y fue a caer a sus pies. Pensó en llevárselo como trofeo hasta que se dio cuenta de que dentro quedaba la mayor parte de una cabeza.

Milo oyó un grito de Wheln. El hombre estaba en el suelo y podía oír cómo se quejaba a unos pasos de él, al otro lado del tren.

—Mi pierna… mi pierna…

—¡Cállate! —le gritó Milo.

Luego saltó por encima del enganche entre los dos vagones y salió al otro lado de la vía. Wheln estaba tirado allí entre las vías de carga y descarga. Su pierna izquierda

era un amasijo de sangre, hueso y jirones de tela por debajo de la rodilla.

Milo corrió agazapado, lo enganchó por debajo de los brazos y empezó a arrastrarlo para ponerlo a cubierto. Los disparos levantaban la grava alrededor de ellos. Dos zoicanos aparecieron en el techo del vagón siguiente y otros dos salieron de entre las vías. Un tiro de láser pasó rozando la nariz de Milo, y dos más atravesaron los pliegues de su capa de camuflaje.

Rugió un cañón y los dos zoicanos del techo cayeron al suelo. Los otros dos se replegaron poniéndose a cubierto. Milo se refugió junto con Wheln tras el extremo del vagón, arrastrando a su compañero entre las bateas. Había un grupo de zoicanos al otro extremo del mismo vagón, disparando a uno y otro lado. Algunos disparaban por debajo, pero los tiros eran desviados por los ejes. Milo buscaba frenéticamente ayuda a un lado y a otro. Vio a Baffels situado detrás de una batea en el tren adyacente, aquel que Milo acababa de abandonar para llegar hasta Wheln. Baffels estaba demasiado acorralado como para disparar.

Milo miró hacia arriba, intentando no hacer caso de los gemidos de Wheln, y estudió la brida de enganche que sujetaba el vagón que estaban usando como refugio con el que estaba detrás de ellos. Le llevó unos segundos desengancharlo, ya que sus manos resbalaban sobre el hierro engrasado.

Cuando logró soltarlo, Milo enganchó una granada en el cable del freno y tiró de la espoleta. Entonces tiró de Wheln y ambos salieron de detrás del vagón y cayeron por una pendiente que había al otro lado, en medio de los alaridos de dolor de Wheln.

La detonación de la granada lanzó disparado por la vía al vagón que había quedado suelto, que aplastó a los zoicanos que se habían refugiado en el otro extremo, entre ese y el siguiente elemento del tren, cuyos vagones se incrustaron los unos contra los otros.

Rhys, Neskon y Baffels acudieron a cubrir a Milo mientras el chico intentaba aplicar un torniquete al miembro destrozado de Wheln para evitar que se desangrara.

Wheln no paraba de gritar. Milo hubiera querido llamar a un médico, pero sabía que las líneas estaban inutilizadas y, además, Wheln había aplastado el transmisor al caer. Y eso suponiendo que hubiera un médico por los alrededores.

Baffels se llevó a Venar y a los demás y procedió a despejar el resto del apartadero. Unos cuantos intercambios más con los zoicanos que se replegaban dejaron más cadáveres de color ocre sobre las vías o entre ellas.

Ahora Milo podía oír algo más. Algo que se superponía al tiroteo y a los gritos de Wheln y al ruido atronador y constante de la batalla.

Eran voces. Voces que entonaban un canto grave, monótono y perverso.

El cargador de la munición hizo un chasquido seco y el cañón automático se convirtió en algo inútil. Corbec lo arrojó a un lado y se descolgó del hombro el rifle láser, volviendo a montarlo. Ahora su unidad estaba en la misma puerta, enzarzada en una

pelea totalmente anárquica con el grueso de las tropas de choque zoicanas. La pelea se desarrollaba entre los edificios extramuros en ruinas y el complejo de la puerta y en el suelo cubierto de escombro de la propia boca de la puerta.

Había zoicanos por todas partes.

Corbec había dejado de ser comandante. No había nada que mandar. Era un hombre más luchando con todas las fuerzas y la energía que le quedaban. Luchaba por conservar la vida y por matar a las formas ocres que lo asaltaban desde todos los ángulos.

En el mismo caso estaban todos los Fantasmas que intervenían en la contienda. Lo único que frenaba la marea de la invasión zoicana era la anchura de la castigada puerta. En campo abierto, los aproximadamente cuarenta Fantasmas que acompañaban a Corbec habrían sido superados hacía tiempo.

Corbec estaba sangrando de una docena de heridas menores. Aquellos enemigos a los que no mataba directamente con fuego láser los aplastaba a golpes con la culata de su rifle o los atravesaba con su bayoneta.

De repente apareció Dremmond junto a él, envolviendo al enemigo en un gran cono de llama. El tanque del lanzallamas que llevaba a la espalda tartamudeó. Corbec conocía perfectamente ese sonido. Estaba prácticamente agotado.

Le ordenó a Dremmond a voz en cuello que lanzara el fuego que le quedaba contra las puertas. Era el mejor uso que podían hacer de él.

Dremmond se dio la vuelta, lanzando su llamarada como un látigo. Una docena de zoicanos se desplomaron. Sus armaduras se fundían y los abandonaban. Algunos se convirtieron en antorchas que daban algunos pasos vacilantes antes de caer.

Dremmond le dio a Corbec un momento para pensar.

Sin dejar de disparar, Corbec cruzó hacia la pared agujereada de un edificio externo, satisfecho de haber guardado todas las baterías de energía que había podido encontrar aquella mañana en los bolsillos de su chaqueta.

Genx estaba a cubierto junto a la pared. El dolor estaba empezando a atenazarlo y estaba pálido. Con una sola mano no podía manejar un rifle láser, aunque alrededor había varios que habían dejado caer los zoicanos y los Tanith muertos.

Corbec le entregó su pistola láser, y el muchacho que, aunque robusto como un toro, no tenía más de veinte años, empezó a disparar contra todo lo que se le ponía a tiro.

Apoyado por tres hombres, el sargento Fols cubría la entrada junto al hueco de una escalera que había en la puerta y cuyo techo había sido volado antes por el avance del primer cangrejo chato. Todo en derredor estaba lleno de cadáveres ennegrecidos de los artilleros de Vervun Primario de los bastiones superiores, caídos entre un amasijo de armas y trozos de ceramita.

Fols levantó la mirada hacia la poderosa puerta que luchaban por proteger. Era casi doloroso ver su parte superior desprendida, apenas dos grandes torreones que

unían la maltrecha muralla. La fortificación de la parte superior había caído hacia adentro y los escombros de esta eran el suelo sobre el que combatían.

Fols también notó que el Escudo bajo el que se encontraban tenía los bordes mellados y era intermitente. La muerte del cangrejo chato que había volado el arco de la enorme puerta había arrastrado en su caída una estación de relevo, y el dosel del Escudo se estaba deshilachando y chispeaba encima de ellos.

Fols se sintió húmedo y se dio cuenta de que llovía. La lluvia torrencial no había cesado y ahora, con el Escudo retraído unos cien metros, también les caía encima a ellos.

El suelo se estaba transformando en un cenagal, ya que la lluvia hacía que la ceniza se convirtiera en una sopa pegajosa que les llegaba hasta los tobillos.

El Fantasma que estaba junto a Fols cayó sin decir palabra, con la mandíbula destrozada. La lluvia torrencial les corría por el cuerpo tomando el color de la sangre y de la suciedad.

Fols hizo que los dos hombres que le quedaban buscaran refugio en el hueco de la escalera mientras disparaba a través de la puerta. La lluvia y el humo hacían que la visibilidad fuera nula.

Fols vio la brillante llamarada del lanzallamas de Dremmond a escasa distancia y cómo la lluvia hacía salir vapor del metal y las piedras recalentadas.

El hombre que tenía al lado gritó algo y Fols se dio cuenta de que, por encima de las paredes laterales que tenían detrás, entraban por docenas fuerzas de choque zoicanas.

Se dio la vuelta y mató a tres. Un remolino de disparos láser despedazó a sus hombres y salpicó la pared que habían estado usando como cobertura con su sangre. Fols perdió una rodilla, un ojo, un codo y un cuarto disparo le atravesó el vientre.

Seguía disparando todavía cuando una bayoneta zoicana lo clavó a la pared.

Los cantos continuaban. Las fuerzas de choque zoicanas se abrían camino a través de la Puerta Veyveyr portando estandartes en los que podía verse el símbolo de Ferrozoica junto con otros emblemas que dañaban la vista y revolvían el estómago: las pestilentes runas e insignias del Caos que se había apoderado de ellos.

Algunos de los zoicanos tenían altavoces sujetos en la parte frontal de sus cascos y transmitían himnos abominables y obscenos y plegarias que eran como un quejido de destrucción.

Desde su posición, Corbec supo que los zoicanos estaban convencidos de tener asegurada la victoria.

Hubiera deseado poder desmentirlo, pero, con el penoso número de hombres que le quedaba, no tenía la menor oportunidad.

Volvió a cambiar las baterías, arrojando la agotada en medio de los escombros. Junto a él, Genx y otros dos soldados volvieron a cargar.

Estaban dispuestos a matar a todos los que pudieran. En el nombre del Emperador, era todo lo que podían hacer.

Los impulsos de datos le decían que la lucha era encarnizada, bestial. Pero estaba tan lejos. Le llegaba solo como ráfagas inconexas de información, como cascadas de hechos totalmente despojados de emoción.

Salvadore Sondar divagaba en su Tanque de Hierro. Cada vez le interesaban menos las pruebas por las que pasaban los soldados de La Colmena. Lo que pasaba en la Puerta Croe y, más todavía, en la Veyveyr era un sueño totalmente intrascendente para él.

Ahora lo que realmente le importaba al altísimo señor de la Colmena Vervun era el murmullo.

Un cohete segó la vida del soldado Feax y arrojó a Larkin por los aires. Cayó entre los escombros y los cadáveres, totalmente sordo, con la vista borrosa y sin ver por ninguna parte su amado rifle.

Se puso de pie, vacilante. Había estado con la unidad de Corbec en la puerta. Eso era lo último que recordaba.

Empezó a recuperar el oído. Oía los repugnantes cantos del avance zoicano como si le llegaran de debajo del agua. Veía el fuego de los láseres y los estandartes como colores brillantes y difusos en medio del humo.

Tenía a un zoicano justo encima, lo miraba a través de la temible máscara-visor y lo apuntaba con su bayoneta.

Larkin se escabulló hacia un lado y cayó de un lienzo de pared al lecho de escombros que estaba dos metros más abajo. Haciendo caso omiso del dolor de espalda, sacó su cuchillo Tanith de plata y saltó sobre el zoicano en el preciso momento en que volvió a asomar por encima del muro.

La bayoneta del zoicano atravesó la manga de Larkin. Derribó al bruto de espaldas sobre los escombros y le clavó el cuchillo, intentando encontrar un espacio entre las piezas de la armadura color ocre.

Entró justo debajo de la articulación del cuello del traje de batalla. Una sangre apestosa empezó a salir a borbotones, salpicando el brazo y la mano de Larkin. Ardía como si fuera ácido.

El zoicano pataleaba entre espasmos. Larkin intentaba apartarse, luchando con manos y pies y tirando de la empuñadura del cuchillo.

El zoicano y él rodaron veinte metros por la pendiente cubierta de escombros. Al pie de esta, los frenéticos esfuerzos de Larkin lograron por fin desprender el casco del zoicano.

Fue la primera persona en la Colmena Vervun que vio el rostro del enemigo, cara a cara, desprovista de armadura, máscara o visor.

Larkin gritó y luego clavó su cuchillo una y otra y otra vez.

Un torrente de fuego láser llegó a través de la puerta desde el oeste. Los zoicanos caían sobre sus estandartes y los altavoces explotaban cuando morían. Corbec y sus hombres, atónitos, acudieron a prestar su apoyo, golpeando a la fuerza invasora con renovado vigor.

Nueve pelotones de Vervun Primario se introducían por la puerta abierta desde el oeste. Al frente iba el comisario Kowle.

Kowle había partido hacia la Puerta Veyveyr desde la Casa de la Comandancia en el momento en que había empezado el asalto, al amanecer, y no había podido llegar hasta allí hasta ese momento, casi mediodía. Imposibilitado de llegar a Modile ni a ningún grupo de comando de Vervun, había reunido a las tropas de Vervun valiéndose de su autoridad y su personalidad y las había conducido hasta la puerta flanqueado por los hombres y los blindados de Bulwar.

Kowle venía cantando un himno imperial a voz en cuello y disparando un bolter de asalto.

Las unidades ColNor de Bulwar venían detrás, y Bulwar tuvo el buen sentido de desplegarse hacia el este para reforzar la endeble línea de Tanith.

Corbec no daba crédito a sus ojos. Al fin un esfuerzo coordinado. Reunió a los hombres que le quedaban y los dirigió hacia el flanco este de la puerta, buscando vestigios de zoicanos. Su apoyo ayudó a Kowle a llegar a la propia puerta, una puerta que había sido defendida durante más de una hora por los Tanith sin ayuda de ningún tipo.

Las tres puntas de lanza, Tanith, Vervun y ColNor, hicieron retroceder a los zoicanos otra vez hacia los habitáculos externos y la lluvia torrencial. Kowle apartó a sus unidades para permitir que los blindados de Bulwar terminasen el trabajo y bloquearan la puerta, pero no antes de que el comisario hubiera posado para anuncios propagandísticos que fueron transmitidos a través de todo el sistema de información pública de la colmena: Kowle victorioso en la asediada Puerta Veyveyr; Kowle aplasta al enemigo; Kowle sosteniendo bien alta la bandera de Vervun sobre una montaña de escombros mientras las tropas de Vervun Primario se atropellaban por ayudarlo a plantar el asta de la bandera en el suelo.

En las primeras horas de la tarde, la puerta estaba firmemente bloqueada por cincuenta tanques de la división blindada de ColNor. Kowle se consagró una vez más como el Héroe del Pueblo. La batalla por la Puerta Veyveyr había terminado.

En la Puerta Croe, las noticias del vuelco en la situación llegaron a los elementos zoicanos y la lucha perdió intensidad. Nash suspiró aliviado al ver al enemigo

retirándose de las puertas. Ordenó que la artillería de la muralla los siguiera castigando de todos modos.

En ninguno de los mensajes victoriosos dirigidos al público se mencionaron las bajas: cuatrocientos cuarenta de Vervun Primario y doscientos de los Excavadores de Roane en la Puerta Croe, quinientos «Escombreros» en la Escombrera, tres mil quinientos de Vervun Primario, novecientos de ColNor y un centenar de Tanith en Veyveyr.

Tenían una victoria y un héroe, y eso era todo lo que realmente importaba.

Gaunt y su pequeño grupo de refuerzo llegaron a Veyveyr cuando la batalla estaba llegando a su fin. Gaunt ardía de rabia y determinación.

Daur lo condujo por una trinchera hasta el puesto de mando de Vervun Primario donde el coronel Modile estaba reuniendo a sus hombres y organizando los enlaces de voz.

Modile se volvió cuando Gaunt entró a grandes zancadas en el reducto con cara de piedra.

—La batalla ha terminado. Hemos ganado. La Colmena Vervun celebra la victoria —le lanzó categóricamente Modile a Gaunt, a la cara.

—He estado escuchando las transmisiones. Ya sé lo que ocurrió aquí. Usted se echó atrás, Modile. Perdió el control. Se escondió. Cerró los canales de voz cuando no le gustaba lo que oía.

Modile se encogió de hombros neciamente ante las palabras de Gaunt.

—Pero hemos ganado…

Los soldados de Tanith entraron en el puesto de mando rodeando a su coronel. Incluso Daur, con expresión sombría, llevaba el arma preparada.

—Reúna a todos los oficiales y deténgalos. Quiero una transcripción de todo el tráfico de voz —ordenó Gaunt.

Los Fantasmas se desplegaron para cumplir la orden y los funcionarios de Vervun Primario parpadearon confundidos mientras se abrían paso.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Modile, con arrogancia—. ¡Esta es mi maldita área de mando!

—¿Y qué es exactamente lo que mandó? Un baño de sangre. Me deja usted de piedra, Modile. Los hombres clamaban por recibir órdenes y apoyo y usted no les hizo el menor caso. Lo he oído todo.

—Fue un incidente difícil —dijo Modile.

—Veamos, Modile —dijo Gaunt—. Tengo fama de hombre justo, honesto y de tratar bien a mis soldados y de darles apoyo en las adversidades. Es posible que esa fama me haga parecer blando. Comprendo el fracaso y lo perdono.

»Algunos, como Kowle, me consideran un comisario débil, poco preparado para la acción que exige mi cargo. Poco preparado para aplicar la disciplina de campo

cuando veo que decae.

Gaunt se quitó la gorra y se la entregó a Daur. Miró a Modile, que todavía no estaba seguro de lo que estaba sucediendo.

—Soy un comisario imperial. Enardezco a los débiles, apoyo a los que flaquean y guío a los perdidos. Soy todo lo que los hombres necesitan que sea. Pero también castigo sin vacilar a los incompetentes, a los cobardes y a los traicioneros.

—Gaunt, yo… —empezó Modile.

—*Comisario* Gaunt. No diga nada más. Ha costado muchas vidas en el día de hoy.

Modile retrocedió, dándose cuenta de repente de la horrible realidad de lo que estaba pasando.

Gaunt sacó su pistola láser de la cartuchera.

—Como muestra de cortesía, le doy a elegir: un pelotón de ejecución formado por sus propios hombres o una ejecución sumaria.

Modile tartamudeó, se le aflojaron los esfínteres y se volvió para salir corriendo.

Gaunt le disparó en la cabeza.

—Que sea a su modo —dijo con tono sombrío.



CAPÍTULO 10
BAJAS

“ *En un momento, a pocos años de empezar mi carrera, supe que había visto demasiado. Desde entonces he visto mucho más, pero lo he dejado a un lado. El alma tiene un aguante limitado».*

Maestro cirujano Goleca, después del desangramiento de Augustus IX.

Por el ruido parecía que había una lucha endemoniada en la Puerta Veyveyr. Bajo el

Escudo, el cielo se encendía por momentos con una luz explosiva, y el ruido retumbaba por toda La Colmena. Llevaba así desde el amanecer.

El bebé, Yoncy, lloraba lastimeramente con una mezcla de sollozos e intentos de succión. Había estado así toda la noche. Tona no sabía muy bien qué hacer. Dalin estaba triste y callado, y la mayor parte del día dormía en la parte trasera de aquel basurero.

Tona salió a gatas de la cueva y miró hacia las lomas arrasadas por las bombas. Más abajo, a medio kilómetro de distancia, estaba el acuartelamiento de tropas establecido en los Almacenes de la Planta Química de Gavunda Sudoccidental.

Allí vivían aquellos soldados ultramundanos, esos hombres de piel pálida y pelo negro con sus uniformes negros y sus tatuajes azules. Tona se preguntaba si también vendrían de un mundo colmena, si los tatuajes azules serían distintivos de una banda o marcas de jerarquía.

Soñaba con sus provisiones. Había un banquete digno del Emperador bajo aquellos cobertizos. Había mandado a Dalin a merodear y robar algunas veces, pero se estaba volviendo peligroso.

Tona sabía que ahora le tocaba a ella. El bebé estaba débil y lloraba. Necesitaba leche en polvo y pasta nutritiva básica.

Había más de otros mil refugiados ocultos en los basurales y en las fábricas arrasadas por las bombas cerca de ella, pero en ningún momento pensó en pedir ayuda. En la Colmena Vervun, cada uno iba a lo suyo.

Una explosión en el aire más fuerte de lo normal partió el cielo encima de Veyveyr, y Tona se volvió para mirar. Había ido unas cuantas veces a la cabecera ferroviaria de Veyveyr y había estado en el vestíbulo de cristal de la estación principal, que había desaparecido hacía ya tiempo, observando a los elegantes viajeros del Nivel Superior de La Cúspide que iban y venían por las plataformas. Su tío por partida doble, Rika, había tenido allí un puesto de golosinas, y ella misma había formado parte de un equipo de carteristas durante algunos meses.

El Gran Terminus siempre la había apabullado, incluso cuando no trabajaba. De haber tenido crédito, se habría subido a un tren de los que van a las colmenas tropicales del sur, al archipiélago, incluso tal vez a Verghast Badport, donde, según decían, era posible comprar un billete a cualquier parte, incluido el mundo exterior.

La Puerta Veyveyr siempre le había parecido una vía para escapar de esa roca. Una posibilidad de futuro. Una promesa.

Ahora estaba muerta y quemada, y unos soldados duros, de otro mundo, la ensuciaban con una guerra brutal.

El bebé lloraba otra vez. Tona salió de su búnker y se volvió para mirar a Dalin.

—Quédate con él. Volveré pronto con comida.

Tona se deslizó por los barrancos llenos de escombros y avanzó hacia la cerca de alambre del complejo de las tropas.

Tona atravesó el ruinoso paisaje de las fábricas, las zonas industriales que habían quedado arrasadas aquel primer día, antes de que se activara el Escudo. Edificios de rococemento en ruinas flanqueaban el borde de cráteres de veinte metros o más de diámetro. Chapas de metal rotas y tuberías cortadas asomaban entre el polvo de ladrillo. Había restos irreconocibles de maquinaria quemada dispersos por el suelo.

Los cadáveres yacían donde habían caído y, después de un mes, ya no quedaba de ellos más que la osamenta apergaminada y las ropas hechas jirones. Los equipos de rescate habían trasladado a la mayoría de los heridos durante la recuperación inicial, y los habitantes de las moradas se habían encargado de sus propios muertos. Pero todavía quedaban cadáveres, aplastados y medio enterrados en la enorme ruina. Perros carroñeros, escuálidos, enfermos y famélicos, sacaban lo que podían, como ella, pensó; aunque, a diferencia de los perros, no estaba dispuesta a alimentarse de cadáveres. Había un olor estancado a podredumbre y enfermedad. Miles como ella, en su mayoría pertenecientes a las clases bajas o los desposeídos de los habitáculos externos, habían hecho de ese lugar su morada temporal al quedar desbordados los campos de refugiados. Tona Criid, como muchos de los ciudadanos de nivel básico de la Colmena Vervun, evitaban a los refugiados, porque, aunque ofrecían comida y atención médica, también representaban la autoridad y los prejuicios. Los CCVP controlaban brutalmente a la mayoría de los refugiados.

Vio a otros merodeando entre las ruinas. Sobre todo adultos, unos cuantos niños, todos escuálidos y cubiertos de suciedad, con las ropas hechas jirones. Algunos la miraron al pasar, otros no repararon en ella. Nadie dijo nada.

Pasó por un almacén, parte de cuyas ventanas laterales estaba intacta, y se vio reflejada en el cristal. Fue un choque. Lo que vio fue una imagen pálida, demacrada, con la ropa sucia y los ojos hundidos. Había esperado encontrarse con la chica de ojos brillantes, presumida, de llamativos *piercings* y sonrisa burlona.

Al ver la delgadez de su propio rostro se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Había intentado suprimir la sensación. Su estómago vacío se retorció y le dolió con una furia tan repentina que cayó al suelo un momento y se sentó en una piedra cenicienta hasta que el dolor pasó lo suficiente como para poder tenerse en pie sin retortijones ni mareos.

Sacó el frasco que llevaba en el cinturón y tomó unos cuantos sorbos del precioso brebaje. Aquella botella medio llena era la última de una caja de envases de líquido electrolítico que había encontrado en el almacén de una mina cerca de la Fundición Uno de Vervun. Estaba segura de que aquel líquido era lo único que los había mantenido vivos a ella y a los niños durante ese mes.

Se volvió a colgar el frasco al cinturón y sacó su cuchillo. La alambrada trasera del complejo militar estaba ahora a escasos metros de distancia. Parecía desierto. A lo mejor estaban todos luchando en la puerta. Por el ruido, debía de ser así.

Su hermano Nake le había regalado aquel cuchillo el día de su décimo cumpleaños, pocas semanas antes de que lo mataran en una reyerta callejera en Down-Reach, debajo de La Cúspide. Nake Criid había sido miembro de los Verves, una de las principales bandas clandestinas, y el mango del cuchillo estaba adornado con un emblema de Verve cuidadosamente tallado: una calavera riendo apoyada en el borde de una «V» gótica. Tona también llevaba por deporte unos cuantos emblemas de bandas, un tachón en la oreja, un broche, una pequeña serpiente tatuada en el hombro, pero nunca había prestado el juramento de sangre a ninguna banda. Había ido con unas cuantas bandas y conocido a uno o dos chicos que pertenecían a ellas. Mientras estuvo con ellos habían intentado captarla, pero ella se había resistido. Lo único de lo que Tona Criid había estado siempre segura desde que Nake había muerto apuñalado en aquella oscura cloaca de Down Reach siete años atrás era de que la vida de un pandillero era corta, estúpida y sin sentido. Ella se había ido abriendo camino en la vida. Sabía que si uno no es dueño de sí mismo no va a ninguna parte.

La hoja tenía la forma de una cadena compacta: una empuñadura decorada y una hoja larga, de acero, de unos quince centímetros. Con solo pulsar una tachuela cubierta de goma que había a la altura del dedo índice, activaba una célula energética interna que hacía vibrar el filo tan rápido que parecía quieto. Pero ¡cortaba como un demonio!

Pulsó la tachuela y la hoja vibró. La desconectó y se arrastró hacia la cerca de tableros antiaéreos.

El cobertizo de las provisiones estaba oscuro y tan repleto de víveres como ella recordaba. No podía leer muchas de las etiquetas de las cajas, de modo que tenía que abrirlas y coger una muestra. La primera con la que hizo la prueba estaba llena de pequeñas cajas planas llenas de cordones para las botas.

La segunda tenía cartones de tubos de metal cerrados. Esperando que fuera pasta alimenticia, apretó uno y salió una cinta de materia negra que depositó sobre su mano y le pasó la lengua.

Escupió enseguida, maldiciendo. Si eso era lo que comían esos soldados ultramundanos, no cabía duda de que eran de otro mundo. Siguió avanzando, dejando un tubo de pintura de camuflaje a medio usar en el suelo detrás de sí.

Auriculares con cables y clavijas. Baterías de energía. Rollos de gasa envueltos en papel con olor a desinfectante.

En la siguiente pila de cajas, envases de papel de aluminio que contenían potaje de avena deshidratado. Eso ya estaba mejor. Puso media docena en su bolsa y añadió un puñado más. Los comería en seco, si no podía encontrar agua. A continuación encontró briquetas químicas para hacer fuego y también guardó algunas. Más adelante, jarras de metal. También cogió una, y luego otra. Dalin querría tener la suya.

La fila siguiente fue más provechosa: galletas de avena en largos envases de plástico, barritas de soja en paquetes al vacío. Puso una docena o más en su bolsa y abrió una, saboreó el alimento blando, húmedo. Un líquido salado le chorreó por el mentón y goteó hasta el suelo.

Tona se quedó inmóvil, a medio tragar, con los carrillos llenos de comida y el estómago que le dolía por la súbita aportación de alimento. Un ruido, detrás de ella, a la derecha, un ruido que su hambre lobuna le había impedido oír antes. Se agachó para esconderse.

La luz de una linterna recorrió las filas de suministros tres pasillos más allá. Deseó ser invisible y se escondió detrás de una torre de latas usadas, el cuchillo en la mano. El rayo de luz se desplazó un poco y oyó una voz que profería un juramento. El repentino chasquido y fogonazo de un arma láser la hizo dar un salto. Un perro carroñero pasó a todo correr junto a ella, gimiendo y arrastrando una pata trasera quemada.

Tona se tranquilizó un poco. La voz dijo algo con un acento que no pudo descifrar. La luz de la linterna vaciló, luego apuntó hacia otro lado y se alejó.

Atravesó la nave corriendo hacia la siguiente fila de cajas. Siguió abriendo algunas con su cuchillo, sin dejar de escuchar por si se oía algún ruido. Paquetes de comida para emergencias. Latas de sopa que se calentaban cuando se tiraba de la tira del envase, jarras de vegetales deshidratados en aceite. Pequeñas latas planas de pescado en conserva. Cartones de leche pasteurizada.

De todo cogió un puñado. La bolsa ya estaba pesada y estaba tentando a la suerte. Era hora de irse.

La luz cayó sobre su rostro haciéndola gritar, y una mano la cogió por el hombro.

A Tona Criid le habían enseñado a luchar sus hermanos, pandilleros todos ellos. Instintivamente, giró hacia atrás y golpeó con el hombro al dueño de la mano. La linterna salió despedida por el suelo de rococemento del almacén y la pesada forma masculina saltó tras ella, casi sin aliento y profiriendo un juramento.

Pero todavía la tenía sujeta e, incluso mientras pasaba por encima de ella, unas manos habituadas al combate la retorcieron y la arrojaron de lado contra la pila de cajas.

El impacto la dejó atontada. Intentó levantarse, oyendo que el otro también se movía. Unos cuantos juramentos más y una pregunta exigente que no entendió.

Se puso de pie y lanzó una patada en la oscuridad. Seguramente era del CCVP. Se preparó para el disparo de láser o de bolter: sabía que no la trataría mejor que al perro carroñero.

Su pie dio en el blanco y la figura se desplomó con ruido de huesos rotos. Más maldiciones.

Tona corrió hacia la abertura en la pared del almacén.

Una forma mucho más grande la cogió por detrás en la oscuridad y la puso boca abajo sobre el suelo de rococemento. La chica se debatía frenéticamente, dando

patadas y manotazos.

Su agresor la tenía sujeta por su fuerza y su técnica superiores. Sintió su peso encima de ella y volvió a ver la luz de la linterna, que la enfocaba a los ojos.

—Está bien, está bien —dijo una voz áspera, con acento gótico bajo—. No te resistas.

Tona miró hacia arriba sin dejar de forcejear. Vio la cara del soldado ultramundano, el joven que había perseguido a Dalin hasta fuera del almacén semanas atrás.

El cuchillo vibró en su mano y lo lanzó hacia arriba.

Caffran vio venir la hoja vibratoria y se hizo a un lado, soltando a su cautiva. Era la pandillera, la chica bonita a la que había visto apenas entre los escombros cuando perseguía al niño.

Ahora estaba de pie, amenazándolo con el cuchillo vibrador y la cabeza en actitud de embestir. «Buena postura de combate —pensó Caffran—, digna de un Fantasma».

—Baja el arma —dijo con cautela—. Puedo ayudarte.

Ella se dio la vuelta y corrió hacia la abertura de la pared trasera del tablero de fibra del almacén.

Caffran sacó su pistola láser, afinó la puntería y disparó tres veces, haciendo un círculo de agujeros en la pared alrededor de la chica. La luz del día se filtró por los orificios. Ella se detuvo, paralizada, como si esperara que el siguiente hiciera pasar la luz a través de ella.

Caffran se puso de pie, sin dejar de apuntarla.

—Puedo ayudarte —repitió—. No me gusta verte vivir así. Tienes niños ¿verdad? ¿Al menos un chico? ¿Qué necesitas?

Ella se volvió lentamente, quedando frente a él y a su luz, con el cuchillo en una mano y la otra levantada para protegerse los ojos de la luz. Caffran bajó el arma para que no la cegara.

—Es una trampa —dijo Tona.

—¿Qué?

—Esto es una trampa. Dispárame de una vez, maldita sea.

—No es ninguna trampa. —Caffran avanzó un paso y guardó la pistola—. No es una trampa.

La chica se lanzó contra él, cortando el aire con su cuchillo. Caffran retrocedió y la cogió por los brazos, rodando hacia atrás para depositarla de espaldas en el suelo. El impacto la dejó aturdida un momento.

Caffran apartó el cuchillo de una patada y tiró de ella para ponerla de pie. La chica tosía y jadeaba. Parecía tan pequeña y frágil en sus manos, aunque sabía que era tozuda y lo bastante dura como para herirlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Tona le metió los dedos en los ojos y él bramó, apartándose y apretándose la cara con las manos.

Cuando consiguió por fin ponerse de pie, ella atravesaba la pared trasera hacia la libertad. Caffran observó que había tenido tiempo de recuperar su cuchillo.

Corrió tras ella.

—¡Por Feth, espera! ¡Quiero ayudarte! ¡Espera!

La chica se volvió para mirarlo, con ojos tan salvajes y rabiosos como los de un animal. Su abultada bolsa había quedado prendida entre las tablas y le impedía atravesar el agujero.

—¡Vete! ¡Vete! —le gritaba Tona.

Caffran se acercó, mostrando las manos vacías, intentando parecer amistoso.

—No voy a hacerte daño… por favor… mi nombre es Caffran. Mis amigos me llaman Caff. Soy un alma perdida, como tú. Nada más que un Fantasma sin hogar. No pedí esto y estoy seguro de que tú tampoco. Por favor…

Ahora estaba a un palmo de ella. Odiaba la expresión de miedo que veía en su cara. La chica escupió y con un aullido cortó con su cuchillo la correa de su bolsa, que cayó al suelo. Ya estaba libre. La abandonó y salió del almacén cogiendo carrera entre los escombros.

Caffran salió con dificultad tras ella, retorciéndose para pasar su cuerpo más voluminoso por la abertura.

Fugazmente, la vio mirando hacia atrás, aterrorizada, corriendo en medio de los montones de cascote hasta perderse de vista.

Tona estuvo escondida unos minutos, enterrada en la ceniza de un cráter, rodeada de hediondos cadáveres. Cuando le pareció que el soldado ya no la seguía, se escabulló fuera del agujero y corrió unos cuantos metros hasta una pared detrás de la cual se escondió.

Oyó entonces pisadas de botas sobre los escombros y quedó paralizada.

A veinte metros de ella, mirando en la dirección equivocada, el soldado del uniforme negro recorría las ruinas con su bolsa colgando de una mano.

—¿Hola? —llamaba—. ¿Hola? Necesitas esto. Lo necesitas de verdad. ¿Hola?

Estuvo largo rato, tal vez diez minutos, mirando en derredor. Tona siguió escondida. Por fin, el soldado dejó la bolsa.

—Está aquí, si lo quieres —dijo. Una larga pausa.

Entonces deshizo el camino y volvió al almacén.

Tona esperó sus buenos quince minutos antes de moverse. Salió de su escondite, cogió la bolsa y se fue corriendo hacia el confuso laberinto de ruinas.

El soldado no volvió a aparecer ni la siguió. En una zanja se agachó y abrió la bolsa para estudiar su contenido. Todo lo que había cogido estaba allí, todo… además de tres botellas de agua esterilizada, un botiquín de primeros auxilios, un paquete de

antibióticos de una sola dosis, algunas salchichas secas envueltas en una red… y una pistola láser, la misma pistola con la que estaba segura de que le había disparado en el almacén. La batería de carga estaba casi llena.

Se quedó atónita un momento y luego rio. Contenta, cogió su bolsa de trofeos y corrió a su refugio, dando un largo rodeo para que no pudieran seguirla.

Fue después, cuando ella y Dalin hubieron comido su primera comida decente en un mes y Yoncy dormía contento después de haber tomado su leche, que encontró el distintivo de la gorra en el fondo de la bolsa: era de plata, brillante, un águila imperial bicéfala con la inscripción *Los Primeros de Tanith, por la Gracia del Dios-Emperador de Tierra* en la cinta que sostenía entre sus garras.

En el sombrío refugio, con el estómago lleno y sus protegidos alimentados y contentos, Tona Criid se sentó a la luz de un fuego encendido con las briquetas químicas de la Guardia y se preguntó dónde podría prenderse el escudo. Sin duda era mejor que la mayoría de los distintivos de las bandas.

Detrás de la Puerta Veyveyr, los muertos colmaban las calles y las plazas.

Equipos de Vervun Primario, cuadrillas de trabajadores y obreros del Munitorum, con las caras tapadas con mascarillas o con trozos de tela, sacaban a los muertos en combate de la humeante cabecera ferroviaria y los ponían en espacios abiertos al norte de Veyveyr, a la espera de su identificación y eliminación.

Agun Soric había traído a sus hombres del Refugio del Distrito Comercial después de que acabara el combate, y los había puesto a trabajar para ayudar en aquella tarea macabra pero imprescindible.

Quería luchar. Demonios, pero aquel valiente oficial de Vervun Primario. ¿Cómo era que se llamaba? ¡Racine! El que les había dado una oportunidad de ponerse a prueba preparando la defensa. Él había hecho que Soric le tomara el gusto. De haber tenido armas adecuadas, Soric y sus hombres habrían estado en el frente esa mañana. Que Ferrozoica se echara a temblar ante la ira de los trabajadores de la Fundición Uno de Vervun. ¡Le hervía la sangre!

Por lo que había oído a los que andaban alrededor, algunos ultramundanos de la Guardia, otros de ColNor, Soric sabía que la feroz batalla había terminado con la expulsión de los zoicanos. Esperaba ver pronto a Racine y palmearle la espalda y saber que el esfuerzo de sus trabajadores para construir defensas que el enemigo no había podido tomar había contribuido a la victoria.

Todavía había tiempo. Con los trabajadores de la fundición Gannif, Fafenge y Modj, Soric empezó a cargar cadáveres en una carretilla. Era un trabajo sucio, bestial. Intentaban envolver cada cuerpo en un lienzo y les habían dicho que cogieran las placas de identidad y las apuntaran en una pizarra de datos, pero algunos cuerpos estaban despedazados. De algunos se encontraban solo partes, y era evidente que algunas partes no coincidían con las demás.

Algunos vivían todavía. El lugar era un osario. Por todos lados pasaban carretillas repletas de cadáveres y el personal médico y de distribución pululaba entre ellas y las filas lentas y exhaustas de heridos que salían de la terminal ferroviaria, algunos con heridas realmente espantosas. Cada tanto dejaban paso a un camión o a un vehículo *Chimera* del cuerpo médico, que pasaba a toda velocidad hacia los hospitales de campaña.

Soric, con la cadera apoyada en su hacha-rastrillo, se inclinó y deslizó las manos cubiertas de guantes de papel por debajo de las axilas de un cadáver ennegrecido al que le faltaban las piernas.

Al levantarlo, lanzó un gemido.

—¡Médico! ¡Médico! —gritó, apartándose de la ruina humana que había tocado.

Un corpulento oficial médico se abrió camino entre la multitud. Era un hombre de unos cincuenta años, con una barba gris y tenía el aspecto de un ultramundano. Debajo de la bata roja del servicio llevaba pantalones de faena negros y botas de la Guardia.

—¿Vivo? —preguntó el médico a Soric.

—Demonios, creo que sí. Intenté moverlo.

El médico sacó un tubo flexible, aplicó un extremo a su oído y el otro al torso ennegrecido.

—Muerto. Seguramente habrá salido aire de sus pulmones cuando lo levantó.

Soric asintió cuando el médico se puso de pie, guardando una vez más el estetoscopio en la mochila que llevaba al hombro.

—¿Usted no es de aquí, verdad? —preguntó Soric.

—¿Qué? —preguntó el médico, con aire distraído.

—¿Ultramundano?

El médico asintió con cortesía.

—Primeros de Tanith. Médico en jefe.

Soric tendió una mano, luego se sacó el guante de papel.

—Gracias —dijo.

El médico hizo una pausa, sorprendido, luego estrechó la mano que se le tendía.

—Dorden, de los Primeros de Gaunt.

—Soric. Antes estaba al mando de ese lugar. —Soric señaló por encima de su hombro la ruina de la Fundición Uno de Vervun, al este de la cabecera ferroviaria.

—Son malos tiempos para todos —dijo Dorden, estudiando al hombre corpulento, de expresión noble, que se apoyaba en su muleta y estaba cubierto de cenizas.

Soric asintió.

—Esa herida del ojo… ¿la han tratado? —preguntó Dorden, dando un paso adelante.

Soric levantó la mano.

—Es cosa antigua, amigo. La herida es de hace semanas. Hay otros más necesitados de sus cuidados.

Como si lo hubieran oído, unos soldados del CCVP pasaron con una camilla en la que iba un soldado del NorCol cubierto de sangre y gritando a voz en cuello.

Mtane y uno de los hombres de Curth acudieron corriendo.

Dorden se volvió hacia Soric.

—Me dio usted las gracias. ¿Por qué?

Soric se encogió de hombros.

—Llevo metido en esto desde el principio. Nos dejaron librados a nuestra suerte. Ustedes no tenían obligación de venir, pero lo hicieron y le doy las gracias por ello.

Dorden sacudió la cabeza.

—El Señor de la Guerra Macaroth nos envía donde quiere. De todos modos, me alegro de poder ayudar.

—Sin ustedes, la Colmena Vervun estaría perdida. Por eso le doy las gracias.

—Lo aprecio en lo que vale. La mía es muchas veces una tarea muy ingrata.

—¿Ha visto usted al mayor Racine, de Vervun Primario? Es un buen hombre…

Dorden negó con la cabeza y se volvió hacia donde los camilleros empezaban a traer a los heridos de Tanith del campo de batalla. Los soldados Milo y Baffels traían a Manik, que gritaba por el dolor que le producía la herida de la ingle. La sangre caía por los bordes de la camilla.

Dorden se acercó para ocuparse de Manik. Estaba seguro de que el joven iba a morir desangrado de un momento a otro.

Miró a Baffels y a Milo mientras trabajaba.

—¿Racine? ¿Sabéis lo que fue de él?

Las manos de Dorden ya estaban resbalosas con la sangre de Manik. La arteria femoral había estallado y no podía sujetarla. Se estaba retrayendo hacia la cavidad abdominal y Dorden llamó a gritos a Lesp para que le trajera un bisturí limpio.

—¿El mayor Racine? —preguntó Milo, apartándose de la camilla de Manik y ajustando el vendaje de la herida del hombro.

—Murió. Aplastado bajo un cangrejo plano. Acabó con él, pero murió.

Soric escuchó lo que decía el muchacho ultramundano y sacudió la cabeza tristemente.

Lesp se abrió camino entre la barahúnda y le trajo a Dorden un escalpelo. Dorden lo usó para cortar la ingle del sufriente Manik y poder así introducir los dedos para tirar de la arteria rota y pinzarla. Demasiado tarde. Manik murió desangrado cuando la mano de Dorden estaba todavía en su interior.

—Deje que me haga cargo de él —dijo Soric y, con la ayuda de sus hombres, levantó suavemente el cuerpo de Manik y lo colocó en su carretilla. Dorden quedó apabullado por el modo reverente con que lo hicieron.

—Todas las almas para La Colmena, y La Colmena para todas las almas —dijo Soric por encima del hombro a Dorden, empapado de sangre, mientras se alejaba con

el Fantasma muerto.

Ana Curth evolucionaba con sus enfermeros en medio de la confusión de la Puerta Veyveyr. El número de muertos que recuperar superaba al de los vivos.

Comprobaba un cadáver tras otro, les sacaba las placas de identificación y luego se los dejaba a las unidades de recuperación.

Vacilaba un poco cuando encontraba cuerpos de hombres de Tanith. Eran todos amigos de Dorden. Les quitaba las placas e introducía todos los nombres minuciosamente en su pizarra de datos.

Ante la puerta de Veyveyr se detuvo. Comprobó las últimas placas para estar segura.

Tenía los ojos llenos de lágrimas mientras guardaba las placas ensangrentadas en el bolsillo de su bata.

El día trigésimo segundo llegaba a su fin. Fue un día que los ciudadanos de la Colmena Vervun tal vez recordarían con más crudeza que todo lo que había sucedido hasta el momento. A pesar del éxito que había representado repeler el Primer Asalto tres días antes, eso se parecía mucho más a una victoria. Pocas horas después de la batalla, la defensa de Veyveyr empezó a adquirir ribetes míticos. Tanto en La Cúspide, como en las moradas y los campus de refugiados, los Vervuncolmenanos la consideraban un punto de inflexión, el comienzo de la liberación.

Las placas de información pública de toda La Colmena transmitían lemas triunfales, crónicas asépticas de la batalla e imágenes del glorioso frente, sobre todo aquellas en que aparecía el Héroe del Pueblo levantando la bandera en la boca de la puerta, rodeado por los jubilosos soldados de Vervun Primario. En la Basílica de la Eclesiarquía, se organizó una misa de acción de gracias, con un coro de más diez mil personas y largas epístolas litúrgicas de los Codex Imperialis. Los altavoces transmitieron la ceremonia religiosa por todos los niveles de La Colmena.

Se organizaron celebraciones espontáneas en diferentes áreas, y algunas fiestas de las tropas de Vervun Primario embriagadas de éxito fueron interrumpidas por los CCVP.

Pero fue imposible sofocar la algarabía en los niveles más altos y más bajos de La Colmena. Se encendieron bidones de combustible a lo largo de los muelles y en los refugios, y los tambores, muchos de ellos improvisados o de fabricación casera, atronaban la noche. Se habló mucho de decadentes banquetes celebrados en el Nivel Superior de La Cúspide, en los que los miembros de los gremios y las familias de las casas comunes abandonaron las restricciones del racionamiento y se lanzaron a celebrar suntuosas cenas privadas de un libertinaje sin freno.

Cuando Gaunt se enteró de ello, suspiró. Podían tomarse o bien como gestos de ignorancia o bien como actos de negación de lo que sin duda les esperaba todavía.

«Que se lo pasen bien —decidió—. Tal vez no tengan otra oportunidad».

Con aire pesaroso, Gaunt se había quedado en Veyveyr mientras iba oscureciendo, recorriendo las filas de sus hombres, tomando nota de las bajas, reestructurando los escuadrones de acuerdo con esas pérdidas. Promovió al soldado Baffels a sargento y lo puso a cargo de la unidad de Fols. Al fornido y barbudo soldado lo embargó la emoción cuando Neskon, Domor, Milo y los demás lo vitorearon. Dio la mano a Gaunt y se enjugó una lágrima que corría por su tatuaje con forma de garra azul. Se había corrido el rumor de que Gaunt iba a dar el rango de sargento a Milo, pero eso era absurdo. No era más que un soldado y no parecería correcto, aunque la actuación de Milo y su improvisado liderazgo en Veyveyr le habían proporcionado un respeto considerable que condecía muy bien con su fama de hombre de confianza de Gaunt.

Con Corbec a la cabeza, las unidades de Tanith que habían participado en Veyveyr se retiraron a un campo de revista situado al norte de la Escombrera y fueron reemplazadas por unidades de refresco al mando de Rawne, junto con fuerzas de Volpone comandadas por el coronel Corday que se hicieron cargo de la vigilancia de la puerta. Canteros, herreros e ingenieros de la fuerza de trabajo de las moradas fueron llamados para ayudar a las unidades de zapadores en la defensa de la puerta. Con la piedra caída de la parte superior de la puerta, los canteros levantaron dos muros de contención perfectamente acabados en la parte exterior, y el resplandor incandescente de las antorchas de oxileno chispeaba en medio de la lluviosa noche mientras los herreros construían losas y tableros de protección con los restos de los tanques caídos. Secciones de rieles, de los que había kilómetros diseminados por toda la cabecera ferroviaria, eran cortados en tramos y soldados para formar estructuras en cruz que soportasen alambre de espinos y series de filosas cuchillas. En un intensivo período de doce horas, trabajando a lo largo de la noche bajo luz artificial, los trabajadores levantaron unos impresionantes anillos concéntricos de defensas bien consolidadas tanto por dentro como por fuera de las puertas rotas. Había rampas a lo largo del borde oriental para permitir el avance de las filas de tanques ColNor que iban a continuación de la infantería. Un bosque de obuses, con los cañones casi verticales, como árboles ligeramente inclinados, se levantó en el lugar de la terminal principal, con un campo de fuego despejado para bombardear por encima y más allá de la puerta.

En el campo de revista, unidades extenuadas de Tanith y ColNor provenientes del frente se tendían usando sus chaquetas enrolladas como almohadas o directamente sobre el duro suelo, y muchos se quedaban dormidos en cuanto apoyaban la cabeza. Continuamente llegaban camiones de aprovisionamiento con ollas de sopa, cestas de pan y cajas de cerveza ligera para atenderlos. Se calculaba que estarían allí hasta el

amanecer, cuando las vías principales estuvieran despejadas para que los transportes los condujeran de vuelta hacia sus alojamientos.

En la sombría sección trasera de un *Chimera* de los NorCol, Corbec y Bulwar se bebían a medias una botella y diseccionaban el día. La actuación de las tropas de Vervun y especialmente de Modile era objeto de acendradas críticas. La botella era de sacra añejo de las propias reservas de Corbec, que rompió el sello de cera que la tapaba con auténtico deleite. Bulwar había puesto su garra de combate sobre un soporte metálico y, flexionando los dedos rígidos por el guante, sacó dos vasos de una caja de cuero y una lata de grandes cigarros, la mejor marca que se producía en las Colmenas de las Colectividades del Norte.

Bulwar no había probado jamás el licor de Tanith, pero no pestañeó, y a Corbec no le sorprendió. Bulwar era un soldado tan avezado y endurecido como otros muchos que Corbec había conocido a lo largo de su carrera. Volvieron a entrechocar los vasos.

—Por Yunque —brindó Corbec, dejando que el sinuoso humo azul le acariciara la cara.

—Esperemos no tener que volver a usarlo —añadió Bulwar—, pero tengo un dolor en la pierna que me dice que todavía nos queda mucho por andar.

—¿Su pierna?

—Cadera de metal —aclaró, tocándose el muslo derecho—. Un disparo de rifle automático durante la guerra lunar. Duele como un demonio cuando hay humedad… y peor aún cuando se avecinan problemas.

—El tiempo está cambiando. Hay más lluvia a la vista.

—No es por eso que me duele.

Corbec volvió a llenar los vasos.

—Al margen de esa guerra lunar, ¿nunca ha salido de este planeta?

—No —respondió Bulwar—. Quise optar a la Guardia en la última fundación, pero para entonces ya tenía el grado de mayor y mi carrera estaba encarrilada. Defensa Planetaria, como mi padre, y el suyo antes que él.

—Es una misión muy noble. Ya la hubiera deseado para mí: estar al mando de una guarnición allá, en mi país.

—¿Y dónde está eso? ¿Tanith?

Corbec jugueteó con el vaso y frunció los labios.

—Muerto y desaparecido. Nosotros somos lo único que queda.

—¿Cómo?

—Estábamos en plena fundación, la primera fundación que se había hecho en Tanith. Tres regimientos reunidos para incorporarse a la cruzada del señor de la guerra. Fue justo después de Balhaut ¿entiende? Gaunt había sido enviado para darnos el último toque. Hubo un… mal cálculo. Una flota del Caos burló el bloqueo impuesto por la armada de Segmentum Pacificus y asaltó Tanith. Gaunt tuvo que elegir. Partir con las tropas que pudiera salvar, o quedarse y morir con el planeta.

—Y escogió lo primero…

—Como lo hubiera hecho cualquier comandante. Me gusta el viejo Ibram Gaunt, pero en el fondo es un comisario de la línea dura, venera al Emperador más que a su propia vida y está entregado a la disciplina. Nos sacó de allí, unos dos mil, y Tanith ardió mientras nos alejábamos. Desde entonces, se las hemos hecho pagar al enemigo.

Bulwar asintió.

—Supongo que por eso es que los llaman los Fantasmas.

Corbec soltó una risita y sirvió más sacra en los dos vasos.

Bulwar guardó silencio durante un rato.

—No puedo imaginar cómo será eso de perder el mundo de uno. —Corbec no respondió lo que le pasó por la cabeza, pero Bulwar vio la lógica de sus propias palabras y dijo lo que el otro había callado—. Espero que no tenga que descubrirlo.

—Por el espíritu de mi mundo perdido —dijo Corbec levantando su vaso—. Que los Fantasmas velemos porque nunca haya fantasmas de Verghast.

Apuraron el licor con auténtico sentimiento. Bulwar se levantó y empezó a rebuscar en un cajón atornillado al casco del carro de combate. Sacó cajas de mapas, botes de munición y una bolsa de banderas de señales antes de encontrar lo que estaba buscando: una botella alta de vidrio marrón.

—Hemos brindado con el licor de Tanith, cuyas cualidades alabo, pero lo justo es que brindemos ahora con una bebida de Verghast: el joiliq. Diez años de añejamiento, fermentado en casco.

—Siempre estoy dispuesto a probar cosas nuevas una vez —dijo Corbec, sonriendo. Bebió un trago, lo saboreó y volvió a sonreír—. O dos —añadió, alargando el vaso.

Baffels estaba sentado con Milo, Venar, Filain y Domor junto a un bidón de petróleo encendido. Filain y Venar estaban roncando, apoyados el uno en el otro. Domor bebía cucharada tras cucharada de sopa con movimientos cansinos, casi mecánicos.

—Te quiero conmigo —le dijo Baffels a Milo en voz baja.

—¿Sargento?

—¡Oh, déjate de tonterías! El ascenso debería haber sido para ti.

Milo se rio y Filain abrió los ojos un momento antes de volver a cerrarlos y seguir roncando.

—Llevo diez segundos de soldado y soy el más joven del regimiento. Gaunt nunca hubiera cometido la locura de hacerme sargento. Tú te lo mereces, Baffels. Nadie discute que tuvieras derecho a ello.

—Fuiste tú quien nos dirigió hoy —dijo Baffels, encogiéndose de hombros—. Nadie lo niega. Los hombres confían en ti.

—Y en ti también y trabajamos en equipo. Si me siguieron fue solo porque tú lo hiciste. Puede que encuentren cierto atractivo en mí, el toque del propio comisario, pero es a ti a quien respetan.

—Pero lo hicimos bien, ¿no es cierto?

Milo asintió.

—Digas lo que digas, te quiero entre mis hombres, justo a mi lado, ¿de acuerdo?

—Tú eres el sargento.

—Y te estoy dando una orden. Los hombres te respetan, de modo que, si permaneces cerca de mí y conmigo, también me seguirán a mí.

Milo fijó la mirada en el fuego. Se daba cuenta de que Baffels estaba asustado por su nueva responsabilidad. Era un gran soldado, pero nunca había esperado tener mando. No quería fallar y Milo sabía que no lo haría, como lo había sabido Gaunt cuando lo ascendió. Pero, si contribuía a dar confianza a Baffels, Milo haría lo que le pedía. Tal como Milo había observado en la batalla de esa mañana, por un extraño proceso orgánico los soldados eligen a sus propios líderes en situaciones extremas, y Baffels y Milo habían sido elegidos.

—¿Dónde crees que está Tanith?

Milo miró alrededor, suponiendo en un principio que Baffels había hecho una pregunta retórica. Pero aquel hombre que lo superaba en edad estaba mirando al cielo.

—¿Tanith?

—¿De cuál de esas estrellas vinimos?

Milo miró hacia arriba. El Escudo era un aura resplandeciente de luz verde que reverberaba con la lluvia que caía fuera. Pero aun así pudo entrever algunas estrellas que salpicaban la negrura del cielo.

Milo escogió una al azar.

—De aquella —dijo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente seguro.

Eso pareció complacer a Baffels, que se quedó mirando largo rato a la luz titilante.

—¿Todavía tienes tu gaita?

Milo había sido músico en Tanith y antes de ser soldado había tocado la gaita en el campo de batalla.

—Sí —respondió—. No voy a ninguna parte sin ella.

—Toca algo, ¿de acuerdo?

—¿Ahora?

—Es mi primera orden como sargento.

Milo sacó el apretado envoltorio de tubos y fuelles de su mochila. Limpió la boquilla y sopló volviendo la gaita a la vida, haciéndola gemir y lloriquear

suavemente. A la primera nota, el murmullo de la conversación cesó en torno a todos los fuegos que había en las inmediaciones.

Bombeando con el brazo hizo que los fuelles se llenasen de aire y el roncón emitió una sola nota, clara y penetrante.

—¿Qué quieres que toque? —preguntó con los dedos en los registros.

—«Mi amor espera en los bosques de nales» —dijo Domor, de repente junto a él.

Milo asintió. Aquella melodía era el himno no oficial de Tanith y más animado que el auténtico himno planetario, aunque resultaba melancólico y casi doloroso para todos los hombres de Tanith.

Empezó a tocar. La melodía se elevó por encima del campo, por encima de las chispas que saltaban de los bidones de petróleo. Uno tras otro, los hombres empezaron a cantar.

La Cúspide resonaba con la algarabía de la gente allí reunida. En las salas de la Legislatura y en la gran capilla del regimiento de la Casa de la Comandancia, miles de voces entonaban misas de victoria e himnos de liberación.

Atravesando una columnata de mármol con el capitán Daur y varios oficiales en las inmediaciones de la Casa de la Comandancia, Gaunt se detuvo en un balcón y miró hacia abajo, hacia el auditorio de la capilla del regimiento. Dejó que sus acompañantes se adelantasen y se quedó un momento observando la misa. Mil doscientos cantantes vestidos con túnicas doradas y sosteniendo a la altura del pecho libros de himnos encuadernados en color rojo cantaban «¡Contemplad el triunfo de Tierra!» en perfecta armonía, haciendo vibrar el aire.

El techo alto, abovedado, del auditorio estaba adornado con los estandartes de la compañía y con las banderas de la casa, y el incensario perfumaba el aire. Una procesión de clérigos del Ministorum que portaba estandartes dorados y relicarios mientras unos servidores infantiles aguantaban sus largas colas ceremoniales avanzaba por la nave principal hacia el altar imperial, donde esperaban el intendente Banefail y el maestro legislador Anophy. Había en la procesión oficiales encapuchados del Administratum y tres astrópatas del gremio envueltos en una tela satinada de la que salían tubos y cables y conexiones de alimentación. Los astrópatas iban en sillas de mano portadas por servidores adultos, y muchos de los tubos que salían de entre los pliegues de sus vestiduras estaban conectados a sistemas cogitadores incorporados a sus sillas de mano revestidas de plata.

—Llega al corazón, ¿verdad? —preguntó una voz detrás de Gaunt.

Al volverse, vio que era Kowle.

—Si sirve para levantar la moral de la Colmena Vervun, está bien. En realidad, es prematuro.

—¿De veras? —Kowle frunció el entrecejo, como si no estuviera convencido—. Voy a la Casa de la Comandancia. ¿Quiere acompañarme?

Gaunt asintió, y las dos figuras sombrías, negras, con sus gorras de visera, avanzaron juntas por la columnata de mármol bajo las resplandecientes lámparas esféricas colocadas a lo largo de las paredes.

—Hoy ha sido un día triunfal, y sin embargo usted no parece muy animado.

—Conseguimos rechazarlos —gruñó Gaunt—. Puede llamarlo una victoria, pero lo pagamos muy caro y el precio fue innecesario.

—¿Puedo saber en qué basa esa evaluación, coronel-comisario?

Pasaban por debajo de una gran arcada donde los estandartes flameaban al aire. Detrás de ellos se oía el eco del coro.

—Los sistemas de mando y de control de la Colmena Vervun son inadecuados para una empresa militar de esta envergadura. El sistema se colapsó. El despliegue quedó paralizado detrás del frente y devastado en la vanguardia. Hay mucho que criticar en la estructura de mando del propio Vervun Primario.

Kowle se paró en seco.

—Tomo esa crítica como algo personal. Después de todo, yo soy el jefe del sistema disciplinario de esta Colmena.

Gaunt también se paró y miró a Kowle a la cara. Había una expresión decididamente torva en el rostro del hombre.

—Da la impresión de que destaca usted en el desempeño de sus funciones. Conoce mejor que nadie el uso de la propaganda y de la persuasión, pero me asombra que mantenga las cosas en su sitio por imposición y miedo más que por órdenes tácticas sólidas. Los comandantes de Vervun Primario no tienen experiencia en una guerra de semejante escala. Lo que saben lo aprendieron en los libros de texto y en los tratados. Es preciso que reconozcan la experiencia de los oficiales con experiencia en el campo.

—¿Como usted y los otros comandantes de la Guardia, como el general Grizmund?

—Precisamente. Espero poder contar con su apoyo en esta cuestión cuando nos encontremos en la Casa de la Comandancia. Lo quiero de mi lado, Kowle. No podemos tirar cada uno en un sentido diferente.

—Por supuesto que estoy absolutamente de acuerdo con usted en esto, coronel-comisario.

Siguieron andando. Gaunt reconoció el tono apaciguador de Kowle y le causó repugnancia. Estaba enterado de las dos docenas de solicitudes que había presentado Kowle a lo largo de los tres años anteriores para ser readmitido en el servicio activo de la Guardia. Como experto en política, Kowle estaba intentando ganarse el favor de Gaunt. Si él presentaba un buen informe, tal vez le concedieran la reincorporación.

—Tengo entendido que ejecutó usted a Modile —dijo Kowle como de pasada.

—Una medida necesaria. Su negligencia fue criminal.

—Como usted mismo dijo, fue su inexperiencia la que lo dominó. ¿Acaso una ejecución sumaria no fue un castigo demasiado duro para un hombre que podría

haber aprendido?

—Confío en que usted habría hecho lo mismo, Kowle. Modile causó muchas muertes con su falta de iniciativa y su miedo. Eso no puede consentirse. Pasó por alto tanto las órdenes previas como las órdenes directas que le llegaban de arriba.

Kowle asintió.

—Mientras que un comandante experimentado de la Guardia hubiera mantenido estrictamente la cadena de mando.

—Exacto.

Kowle sonrió. Resultaba una expresión alarmante en un rostro tan cruel como el suyo.

—En realidad, aplaudo su actuación. Decisiva, enérgica, fiel al espíritu del comisariado. Muchos temían que el gran Gaunt se hubiera ablandado ahora que tenía mando propio, que su instinto de comisario se hubiera diluido, pero hoy desmintió usted todos esos rumores con Modile.

—Me alegra oírlo.

Habían llegado ante unas grandes puertas adornadas con bajorrelieves dorados. Guardias de élite de Vervun, con sus uniformes de gala recubiertos de brocado y sus cascos emplumados, les abrieron las puertas.

Al otro lado, la sala de audiencias de la Casa de la Comandancia era un hervidero de murmullos y conmoción.

El general Nash estaba en el estrado, intentando hablar, pero las casas nobles lo hacían callar. Los oficiales más jóvenes de Vervun Primario aporreaban el suelo y abucheaban en sus asientos, y los ayudantes de los Excavadores de Roane les respondían a voz en cuello, respaldados por oficiales de ColNor, narmenianos y Volpone.

El subcomandante Anko se puso de pie, golpeando con su mano enguantada de blanco en el respaldo del asiento para imponer silencio.

—Si bien agradezco la ayuda que nuestros hermanos ultramundanos nos han prestado, considero que esto es una afrenta. El general Nash condena nuestra organización militar y dice que estamos mal preparados para enfrentarnos a esta guerra. ¡Un insulto, ni más ni menos! ¿Acaso su excelencia, el general Sturm, comparte esa opinión?

Sturm se puso de pie.

—La guerra, honorables caballeros —empezó en un tono apaciguador, de conciliación—, es confusión. Las emociones se exacerban. Resulta difícil decir si un sistema es correcto o no hasta que se pone a prueba en el campo de batalla. Los soldados de Vervun Primario son ejemplares, bien entrenados y muy motivados. Su valentía está fuera de toda duda. El hecho de que nuestros canales de mando se hayan colapsado durante el enfrentamiento de hoy es simplemente algo desafortunado. No

se debe culpar a los oficiales de Vervun. Ya he dado las órdenes oportunas para corregir el alcance de nuestros canales de voz a fin de que no haya superposiciones. Lamentamos las muertes que puedan haber resultado de este infortunado suceso. Esos incidentes no se volverán a repetir.

—¿Y qué hay de la disciplina? —La voz de Gaunt atravesó la gran sala y todos se volvieron hacia él. Gaunt se dirigió hacia el extremo de la cámara y se detuvo junto al estrado. Kowle ocupó su lugar en el primer banco junto a Anko.

—Coronel-comisario. —El comandante Croe se puso de pie y miró a través de la ancha sala a los ojos de Gaunt—. ¿Hay algo más? El general Nash ya ha sido implacable en su reprimenda a la Colmena Vervun por la debilidad de su cadena de mando. ¿Comparte usted esa opinión?

—En parte, comandante. Los problemas de comunicación a los que se ha referido el general Sturm solo fueron una parte de la crisis a la que nos hemos enfrentado hoy. Tuvimos suerte de sobrevivir al asalto de Veyveyr.

Anko se puso de pie de un salto.

—¿Y no tenemos que agradecer a nuestro propio héroe, el comisario Kowle, que pusiera fin a esa crisis?

La sala fue un estallido de aplausos y vítores, provenientes sobre todo de la mayoría de Vervun. Kowle aceptó los aplausos con una elegante y modesta inclinación de cabeza. Gaunt sabía que no convenía insistir en la naturaleza propagandista de la participación de Kowle.

—La actuación del comisario Kowle pasará a la historia, las crónicas guardarán memoria de la naturaleza de su contribución a la guerra de la Colmena Vervun —Gaunt hilvanó su respuesta con mucho cuidado—, pero la línea de mando tuvo gravísimos fallos durante la batalla de Veyveyr. Los comandantes de campo de Vervun Primario, cuya valentía es incuestionable, no transmitieron, ya sea porque no pudieron… o porque no quisieron, las órdenes estratégicas para reorientar a sus fuerzas ante el asalto.

Las palabras de Gaunt desencadenaron nuevos pataleos y abucheos.

—Tengo entendido que usted ya aplicó la disciplina, coronel-comisario —dijo Anko, con gesto envarado.

—Y volveré a hacerlo. —Gaunt elevó la voz para imponerse al vocerío general—. Pero con eso solo castigamos los síntomas del problema, no vamos al meollo de la cuestión.

—¿Consiste ese problema en la falta de obediencia de las órdenes directas? —preguntó Kowle, poniéndose de pie entre nuevos vítores.

Gaunt asintió.

—La cadena de mando debe observarse en todo momento. Cualquiera que la rompa debe saber que se expone a la pena capital. Sin ese orden y ese control, esta guerra está perdida. Espero que Vervun Primario respete esta filosofía de ahora en adelante.

—¿De modo que todo el que la transgreda debe ser castigado? —preguntó Kowle.

«Está desesperado por el traslado —pensó Gaunt—. Me está apoyando en cada paso que doy».

—Por supuesto. Sin la amenaza de la sanción, la insubordinación seguirá.

—Entonces, estará usted a favor de castigar al general Grizmund —dijo el subcomandante Anko.

—¿Qué?

—El general Grizmund, que hoy no respetó las órdenes y empezó su propio despliegue de los blindados narmenianos.

Ahora fueron los narmenianos los que abuchearon y patalearon.

—Yo… —Gaunt vaciló—. No tenía conocimiento de esto. Debe tratarse de un error. El general Grizmund goza de mi absoluta confianza y…

—De modo que una vara de medir para los del lugar y otra para la Guardia, ¿no? —dijo Anko, con sorna.

—Yo no he dicho eso. Yo…

—El general Grizmund desafió las órdenes directas de la Casa de la Comandancia y redesplegó sus tanques atravesando territorio de la noble casa. Dejando de lado los daños colaterales que produjo ¿no merece su actuación la censura más severa? —Tarrian del CCVP miró a Gaunt—. Esa es la filosofía que usted propugnaba ¿no es así?

Gaunt apartó la mirada de los ojos hundidos del comandante del CCVP y se encontró con la cara de Kowle, que le sonreía, sin pestañear, con expresión desalmada.

Lo sabía. Había sabido lo de Grizmund desde que habían llegado a la cámara. Con una hábil maniobra había hecho que Gaunt cayera en su trampa.

Gaunt se dio cuenta en un instante de que había subestimado la ambición de Kowle. No solo quería que lo trasladaran fuera de Verghast. Quería gloria y mando.

—¿Y bien, coronel-comisario? ¿Qué hacemos ahora con Grizmund? —preguntó Anko.

Gaunt se apartó del estrado y atravesó la sala hacia la salida acompañado de gritos y abucheos.

Al llegar fuera, cogió a uno de los guardias de Vervun élite por las solapas y lo aplastó contra la pared.

—Grizmund. ¿Dónde está?

—¡En las m-mazmorras, señor! ¡Nivel S-sub-40!

Gaunt lo soltó y se alejó a grandes zancadas.

Los altisonantes himnos de los monumentales coros hacían retemblar el aire alrededor. Parecían vacíos de sentimiento.

Faltaba una hora para el amanecer.

Una fila de Fantasmas bajaba de los camiones estacionados en la vía rápida de las moradas y entraba en los depósitos de la fábrica, cuya parte posterior daba a la Escombrera.

Treinta hombres, la flor y nata del cuadro de exploradores de Tanith. Las tropas de Vervun que ocupaban el lugar, soldados de la unidad denominada los Escombreros, los saludaron en la cripta de un almacén de mineral. El aire estaba lleno de polvo de roca y la única luz era la que daban unas cuantas lámparas protegidas adosadas a la pared.

—¡Gak! —Ormon, el mayor al mando de los Escombreros, saludó al entrar Mkoll al frente de sus hombres. Era un hombre corpulento, con los ojos inyectados en sangre y la garganta quemada por el lanzallamas—. Tengo entendido que tiene usted buenos exploradores y especialistas en sigilo —le dijo Ormon a Mkoll, acompañándolo hacia una mesa de mapas.

Mkoll asintió. Echó una mirada al mapa. La Escombrera, un enorme montón de escoria, era un punto realmente vulnerable de la Colmena Vervun. Ellos bien lo sabían, de lo contrario no habrían formado una fuerza dedicada a su defensa, pero la batalla del día anterior había diezmado a la unidad de Escombreros.

—El general Sturm ha reconocido la capacidad de Tanith para esas tareas. Estamos aquí para apoyarlos.

—¡Gak! —La enorme humanidad de Ormon estaba enfundada en el capote azul y rematada con el casco claveteado de Vervun Primario. Miró desde su altura a aquel ultramundano enjuto y fuerte con su descolorido uniforme negro de faena y su curiosa capa moteada. No quedó muy impresionado.

Todos los Escombreros presentes, incluido Ormon, llevaban armas automáticas de cañones largos con miras especiales para posiciones emboscadas. Llevaban las caras pintadas con rayas negras de camuflaje. Algunos tenían heridas recientes bien vendadas.

El sargento Mkoll llamó a sus hombres para que pudieran estudiar el mapa. Los Fantasmas se agruparon en torno a la mesa haciendo comentarios, señalando.

—¿Por qué no se limita a darles órdenes? —preguntó Ormon, con aire desdeñoso.

—Porque quiero que conozcan la situación y entiendan el terreno. Si no ¿cómo pueden defender una zona eficazmente? ¿Usted no hace otro tanto?

Ormon no dijo nada.

Mkoll dividió a sus hombres en grupos de trabajo y los envió en diferentes direcciones, no sin antes comprobar que todos tenían sus microtransmisores en el mismo canal.

Ormon se unió a Mkoll mientras el sargento conducía a su grupo formado por MkVenner, Domor, Larkin y Rilke por una escalera interna destartalada hasta la tercera planta, desde donde se dominaba la montaña de escombros. Había nueve Escombreros estacionados en las ventanas destrozadas, vigilando a través de sus miras telescópicas las resbaladizas pendientes de la Escombrera.

Los Fantasmas ocuparon sus posiciones entre ellos.

Larkin y Rilke, armados ambos con rifles láser especiales para francotiradores, estudiaron muy bien su posición. Rilke se valió de un trozo de tubería para disfrazar el extremo de su rifle, que sobresalía de la pared. Larkin ocultó el suyo hasta la boca bajo unos sacos sueltos.

Domor cogió el catalejo de Mkoll, lo puso en un trípode a la sombra de una ventana y acopló a él sus ojos mecánicos. Ahora podía ver más lejos y más claro que cualquiera de la fortificación.

Ormon estaba a punto de hacer una pregunta a Mkoll cuando se dio cuenta de que tanto él como el Fantasma llamado MkVenner habían desaparecido.

Mkoll y MkVenner bajaban cubiertos con las capas que los hacían invisibles por el barranco de la Escombrera. La escoria de mineral, parecida al carbón, estaba húmeda y resbalosa. Estaban fuera de la protección del Escudo y la lluvia nocturna caía alrededor, formando charcos entre los desechos rocosos.

Levantaron sus catalejos. Más allá de la Escombrera, a dos kilómetros de distancia, se veía el campo abierto, llano, y más lejos, las moradas arrasadas. La intensa lluvia hacía que el agua se apozara en el suelo llano y formara ondas como una chapa acanalada con lo que caía. La visibilidad era baja y las nubes se hacían cada vez más densas.

Oyeron un ruido. MkVenner armó su rifle láser y Mkoll avanzó reptando.

Eran cánticos. Llegaban desde las posiciones enemigas a través de altoparlantes y amplificadores, un repugnante himno del Caos como respuesta a los himnos triunfales de la colmena.

Creció en intensidad.

Mkoll y MkVenner se estremecieron.

En las explotaciones de mineral que tenían a sus espaldas, Ormon sintió una necesidad urgente de orinar y salió corriendo.

En su posición, Larkin se puso tenso. La agotadora batalla de aquel día lo había dejado exhausto y solo lo habían mandado con Mkoll por su habilidad como francotirador.

Cada vez que cerraba los ojos veía aquella cara, la cara del zoicano.

Ahora, desde abajo, desde el otro lado de la Escombrera, le llegaban sus voces.

Aquella escoria zoicana repetía un nombre una y otra vez, como un canon.

«Heredero Asfodel… Heredero Asfodel…».



CAPÍTULO 11
El heredero

“ *¡Matadnos! ¡Matadnos a todos! En el nombre de Tierra, antes de que él…».*

Transcripción de la última transmisión desde Ryxus V, el primer mundo «heredado».

El Nivel Sub-40 estaba a casi un kilómetro bajo tierra, en las profundidades de la estructura de cimentación de La Cúspide. Una jaula de elevación blindada, con los lados emparrillados, transportó a Gaunt los últimos trescientos metros, llevándolo

hasta un submundo de piedra oscura, húmeda, aire acre y lámparas de sodio protegidas. Entró en una sala subterránea donde el agua de la superficie se filtraba desde la tubería del techo al suelo de hormigón y cadenas herrumbrosas colgaban sobre pilas de chatarra cubierta de moho. A lo largo de una de las paredes había una fila de postes de madera con anillas de metal a la altura de las muñecas. La pared que había detrás de los postes estaba perforada por las balas y macabramente manchada.

Gaunt se acercó a una puerta adamantina señalada con cheurones amarillos. A uno y otro lado de dicha puerta había sendos búnkers de rococemento, en los que solo se veían unas ranuras como las de los buzones a gran altura.

Al avanzar, unas lámparas automáticas colocadas sobre la puerta se encendieron y lo bañaron con una luz blanco-azulada.

—¡Identifíquese! —dijo una voz chillona a través de un relé de voz.

—Coronel-comisario Ibram Gaunt —replicó Gaunt, con tono tajante, agregando a continuación su número de serie.

—¿Motivo de su visita?

—Abra la puerta.

Hubo una breve pausa y luego la gran puerta metálica se abrió con un chirrido. Gaunt entró y se encontró ante una segunda puerta. La que había dejado atrás se cerró antes de que se hubiera abierto la interior.

Dentro de las mazmorras, un pasillo cerrado por rejas llevaba a una zona de despacho con un puesto de ducha abierto por un lado y mesas bajas para revisar los efectos personales. Las lámparas de sodio daban al aire fétido, recirculado, una tonalidad helada.

De los búnkers laterales salieron a su encuentro guardias, soldados del CCVP vestidos con camisas negras, gorras de visera también negras, pantalones bombacho color gris grafito y botas negras. Todos llevaban brazaletes anaranjados y anchos cinturones de cuero negro con porras y esposas colgando de ellos. Tres de ellos llevaban escopetas de repetición.

—Grizmund —les dijo Gaunt brevemente.

Dejó que lo revisaran y entregó su pistola láser. Dos de los guardias lo condujeron entonces a través de una serie de puertas enrejadas, con cerraduras activadas a distancia, por los pasillos austeros, pintados de rojo, del bloque de celdas. Había un olor amoniacal repulsivo a desagües abiertos con un aroma de fondo de roca y suelo de profundidad. Todos los ruidos resonaban y hacían eco.

Grizmund y los cuatro oficiales arrestados con él compartían una gran celda común. Llevaban todavía los uniformes color mostaza de los narmenianos, pero habían sido despojados de sus gorras, sus cinturones, sus cordones y todas las insignias de su rango.

Grizmund salió a recibir a Gaunt a la puerta de la celda. Los guardias del CCVP se negaron a abrirla, de modo que tuvieron que hablar a través de las rejas.

—Me alegro de verlo —dijo Grizmund. Estaba pálido y en sus ojos había una rabia reconcentrada—. Sáquenos de esto.

—Dígame lo que pasó. En sus propias palabras —dijo Gaunt.

Grizmund hizo una pausa y luego se encogió de hombros.

—Se nos ordenó ir hacia Veyveyr. Gracias a la idiotez absoluta de la organización de la Casa de la Comandancia, todos los caminos estaban bloqueados. Saqué a mi columna de la carretera y me encaminé hacia la puerta a través de un sector industrial. Lo único que sé es que el CCVP me cortó el paso.

—¿Desobedeció usted alguna orden directa?

—Se me ordenó ir a Veyveyr —repitió el hombre—. Se me dijo que tomara la Vía Arterial GH/7m. Al no poder avanzar, intenté cumplir mi orden primaria para llegar al frente indicado.

—¿Golpeó usted a un oficial de CCVP?

—Sí. Me apuntó antes con su rifle, sin mediar provocación alguna.

Gaunt se quedó callado un momento.

—Era como si estos bastardos no quisieran que lucháramos por ellos —rugió Grizmund.

—Su orgullo está herido. La inoperancia de sus sistemas de mando quedó claramente en evidencia. Están buscando otros en quienes descargar la culpa.

—¡Malditos sean si tratan de endilgarme algo a mí! ¡Esto es una locura! ¿No va a apoyarlo Sturm?

—Sturm está demasiado ocupado intentando complacer a ambas partes. No se preocupe. No dejaré que esto se prolongue ni un minuto más de lo necesario.

Grizmund asintió. Un resonar de pasos apresurados, superpuestos, reverberó en el sórdido bloque de celdas que había detrás. Al volverse, Gaunt vio al comisario Tarrian con una escolta de tropas del CCVP.

—Comisario Gaunt. No debería estar aquí. La insubordinación de los narmenianos es algo cuya revisión disciplinaria compete al CCVP. No debe interferir con la justicia militar verghastiana. No debe hablar con los prisioneros. Mis hombres lo escoltarán de vuelta al elevador.

Gaunt saludó a Grizmund con una inclinación de cabeza y, dirigiéndose hacia el grupo del CCVP, se quedó un momento mirando a Tarrian cara a cara.

—Están cometiendo un error. Tanto usted como sus superiores lo lamentarán, Tarrian.

—¿Es eso algún tipo de amenaza, Gaunt?

—Es usted un comisario, Tarrian, o al menos se supone que lo es. Debe saber que los comisarios nunca profieren amenazas. Solo actúan.

Gaunt permitió que lo acompañaran hasta salir de las mazmorras.

Ya había amanecido sobre ellos el día trigésimo tercero y la fuerte lluvia seguía cayendo sobre toda La Colmena, los habitáculos externos y los pastizales que había más allá. El comandante Croe estaba tomando el desayuno en su cámara privada al lado de la sala de guerra cuando entró Gaunt.

La habitación era larga, sombría, y las paredes estaban cubiertas de paneles de madera sobre los que se habían colgado los retratos de los anteriores comandantes en marcos dorados. Croe estaba sentado en la cabecera de una larga mesa de caoba lustrada, escogiendo entre la comida dispuesta en una bandeja mientras leía una pila de placas de datos. La pared que había detrás de él era de cristal blindado y daba al Distrito Comercial y a la Torre del Escudo. Contra la luz del gran ventanal y el resplandor grisáceo de la mañana, Croe era una forma oscura, amenazante.

—Comisario.

—Comandante —Gaunt lo saludó al estilo militar—, los cargos contra los oficiales narmenianos deben retirarse de inmediato.

Croe levantó la vista. Su noble cabeza de pelo blanco se inclinó hacia Gaunt como un águila que estudia a un cordero.

—¿El motivo?

—Que son totalmente descabellados y contraproducentes. Que necesitamos oficiales de la talla de Grizmund. Que cualquier castigo enviará un mensaje negativo a las unidades narmenianas y a todas las unidades de la Guardia: el de que la Colmena Vervun valora muy poco la ayuda de las fuerzas ultramundanas.

—¿Y qué me dice de la otra perspectiva? Ya lo oyó usted mismo: una vara de medir para Vervun, otra para la Guardia.

—Ambos sabemos que eso no es verdad. Las acciones de Grizmund no pueden considerarse de naturaleza capital, y sin embargo el CCVP parece empeñado en llevarlas hasta el extremo. Ni siquiera estoy seguro de que esto a lo que denominan «insubordinación» sea tal cosa. Un tribunal lo desestimaría, pero el solo hecho de llegar a un tribunal sería perjudicial. El honor de los narmenianos y de la Guardia sería dañado, y eso haría que los del CCVP quedaran como estúpidos. —En el último minuto, Gaunt consiguió reprimir la expresión «todavía más estúpidos».

—El personal de Tarrian es muy concienzudo. No se enfrentarían a un tribunal, si pensaran que no tienen posibilidades.

—Conozco bien esos «tribunales», comandante. No obstante, eso solo sucedería si se permitiera que el propio CCVP se hiciese cargo de la audiencia.

—Es su cometido. Disciplina militar. Es la labor de Tarrian.

—No voy a permitir que el CCVP lleve a cabo audiencia alguna.

Croe dejó su tenedor y miró a Gaunt como si acabara de insultar a su propia madre. Se puso de pie, limpiándose la boca con una servilleta.

—¿Que no va… a permitirlo?

Gaunt se mantuvo en sus trece.

—El edicto del Comisariado Imperial 4378b establece que cualquier actividad concerniente a la disciplina de los miembros de la Guardia Imperial compete al propio comisariado. No a los organismos planetarios. No es responsabilidad de Tarrian. No debe dejarse en manos del CCVP.

—¿Y va a aplicar usted ese edicto?

—Sí, si me veo obligado. Yo soy el comisario imperial de mayor rango en Verghast.

—La interpretación de la ley será mortífera. Cualquier conflicto entre las normas imperiales y planetarias dará lugar a discusiones interminables. No siga adelante con esto, Gaunt.

—Me temo que no tengo más remedio, comandante. No me son ajenas las cortes marciales. Personalmente reuniré y aportaré todos los precedentes legales que necesito para arrojar a Tarrian, a sus secuaces y a su penoso caso a los leones.

Un ayudante de Vervun Primario entró precipitadamente en la sala por detrás de Gaunt.

—¡Ahora no! —rugió Croe, pero el hombre no se retiró. Tendió una placa de datos al enfurecido comandante.

—Es… es necesario que vea esto, señor —tartamudeó.

Croe le arrebató la placa y la leyó con rapidez. Lo que vio le llamó la atención y lo volvió a leer lentamente, entrecerrando los ojos.

Croe se la pasó de mala manera a Gaunt.

—Léalo usted mismo —dijo—. Los observadores que tenemos apostados a lo largo de la Muralla Meridional han estado captándolo desde el amanecer.

Gaunt revisó las transcripciones registradas por los guardias de la muralla que se iban reflejando en la brillante pantalla.

—El Heredero Asfodel —murmuró. Luego se volvió para mirar a Croe—. Le sugiero que libere a Grizmund ahora mismo. Vamos a necesitar todos los hombres que podamos conseguir.

Gaunt y Croe abandonaron juntos la cámara privada y se dirigieron por el corto pasillo hacia el gran auditorio de control de la Casa de la Comandancia. Tanto el nivel inferior como el nivel superior de hierro forjado del lugar eran un hervidero de actividad. Proyecciones hololíticas del frente eran proyectadas hacia lo alto desde los transmisores empotrados en el suelo, y el aire se conmovía con el intercambio de los transmisores de voz, el murmullo de los cánticos de los astrópatas y el chasquido de los bancos del cogitador.

Gran número de miembros del Munitorum, ayudantes de Vervun Primario y operadores técnicos, salió al encuentro del comandante cuando este entró y lo rodearon, pero él los despidió y cruzó hasta el nivel superior, golpeando con sus botas los peldaños de metal. El subcomandante Anko, el general Sturm, el comisario Kowle

y el general Xance del ColNor ya estaban reunidos junto a la mesa de mapas. Servidores silenciosos llenos de prolongaciones biónicas y elegantes ayudas de campo esperaban detrás de ellos. Un comunicador vocal/pictórico emitía un zumbido esporádico por el espacio de la comandancia. Gaunt se detuvo al llegar a lo alto de las escaleras, observando.

—¿Kowle? —consultó Croe, aproximándose a la mesa de mapas.

—No hay confirmación. Es imposible confirmar, señor comandante.

Croe levantó la placa de datos.

—¿Pero esta es una transcripción exacta de las transmisiones del enemigo? ¿Están cantando esto ante nuestras puertas?

—Desde el amanecer —respondió Sturm. Tenía la vista cansada, y su uniforme Volpone gris y oro estaba ajado, como si se hubiera despertado precipitadamente—. Y los cantos no son todo.

A una señal suya, un servidor abrió un canal de voz. El altavoz reprodujo una especie de ruido casi ininteligible.

—La central de comunicaciones ha depurado la señal. El nombre se repite en todos los anchos de banda como una configuración vocal y también como código de máquina, secuencia aritmética y representación pictórica comprimida. —Sturm guardó silencio. Echó mano a una taza de cafeína que estaba en el borde de la mesa de mapas. Le temblaba la mano.

—Una transmisión generalizada. Indudablemente quieren que nos enteremos —dijo Gaunt.

Kowle se volvió para mirarlo.

—Quieren asustarnos —dijo con sarcasmo—. Hace unas horas me felicitó por mi capacidad para controlar la información. Podemos suponer que el enemigo tiene la misma pericia. Esto podría ser propaganda. Emisiones para minar la moral. Tal vez estén usando el nombre como instrumento de terror.

—Es posible… pero ya dijimos que se necesitaría una fuerza de gran carisma para volcar a su favor una Colmena de las proporciones de Ferrozoica. El Heredero Asfodel es una fuerza de esa envergadura. No se conocen ni su destino ni su paradero desde Balhaut.

Anko apartó deliberadamente la vista de Gaunt y se volvió hacia Kowle.

—Usted estuvo en Balhaut, Kowle. ¿Qué es esta criatura?

Kowle estaba a punto de decir algo cuando Gaunt intervino.

—Tanto Kowle como yo hemos servido en Balhaut. Creo que el comisario estuvo destinado en el continente sudoccidental, lejos de la batalla principal, por la Oligarquía. Yo me enfrenté personalmente a las fuerzas del Heredero.

Kowle asintió. Se notaba el esfuerzo que hacía por ocultar la amargura que le producía el recuerdo.

—El coronel-comisario puede… de hecho tiene más experiencia que yo.

Croe volvió sus ojos hundidos hacia Gaunt.

—¿Y bien?

—El Heredero era uno de los principales lugartenientes de Archon Nadzybar, un señor de la guerra por derecho propio, y mandaba una fuerza de más de un millón. Era uno de los principales comandantes que reclutó Nadzybar en su gran campaña para formar la enorme fuerza enemiga que arrasó los Mundos de Sabbat, que el Emperador lo maldiga. A pesar de la notoriedad de los demás señores de la guerra, escoria como Sholen Skara, Nokad el Exterminador, Anakwanar Sek, Qux de los Sinojos, etcétera. El Heredero Asfodel sigue siendo el más destacado. Su objetivo declarado, tanto antes como después de que Archon Nadzybar lo incorporara al pacto, fue «heredar» un mundo imperial tras otro y devolverlos a lo que él consideraba el «estado genuino» del Caos. Su crueldad es inconmensurable, su brutalidad, apabullante, y la fuerza carismática de su personalidad como líder no puede subestimarse. Y con la posible excepción de Sek es, tal vez, el comandante más brillante desde el punto de vista táctico de todos los de Nadzybar.

—Casi da la impresión de que admira a ese bastardo —dijo Sturm, con desprecio.

—No lo subestimo, general —dijo Gaunt, con frialdad—, lo cual es diferente.

—¿Y podría estar aquí? ¿Podría ser algo más que una mentira del enemigo? —preguntó Anko, sin poder disimular la inquietud que lo embargaba.

—El Heredero huyó de Balhaut con todos los señores de la guerra que sobrevivieron después de que el Señor de la Guerra Slaydo mató a Archon. Puede que esta sea su primera reaparición. Las fuerzas zoicanas nos han encerrado bien y rápidamente, y han usado tanto la espera como la sorpresa con gran efecto. Sé que estas son dos de las tácticas favoritas del Heredero. Además, le encantan las máquinas de guerra. Teniendo acceso a las plantas industriales de Ferrozoica, esas barrocas máquinas de guerra que hemos visto son sin duda el tipo de cosas con que yo esperaría que nos atacara.

Croe estuvo callado mientras asimilaba todo aquello.

—¿Sugerencias, Gaunt?

Haciendo gala de toda su astucia, Gaunt se volvió hacia Kowle, perfectamente consciente de que al comisario se le estaban poniendo los pelos de punta ante lo que consideraba una actuación estelar de Gaunt.

—Yo invitaría al comisario Kowle a proponer ideas sobre la mejor forma de enfrentarnos a todo esto.

Kowle aceptó con avidez el pequeño papel que se le ofrecía.

—No podemos bloquear las transmisiones generalizadas, de modo que tenemos que refutarlas. Se debe informar sucinta y terminantemente a todas las instituciones militares, municipales y de los agremiados de la Colmena Vervun, así como a representantes selectos de la ciudadanía y de la Legislatura, de que se trata de propaganda vacía. Debemos preparar comunicados para las placas de información al público repitiendo la negación de esto. Creo que con repetir simplemente «el Heredero está muerto» bastará por ahora.

—Empiece a trabajar. Quiero actualizaciones regulares. —Croe esperó a que Kowle saludara y saliera y luego se volvió hacia Sturm y Xance—. El estado de alerta debe mantenerse. Quiero que todos los recursos militares ocupen ahora mismo sus posiciones. Sin excepciones. Debemos responder a la siguiente embestida con toda contundencia.

Ambos generales asintieron.

—Espero que las revisiones que ordenó efectuar en la red de comunicaciones se hayan llevado a cabo, coronel Sturm.

—Se han establecido nuevos canales y se han dado nuevos códigos a nuestras fuerzas. No volverá a producirse la confusión del último ataque.

Gaunt esperaba que Sturm estuviera en lo cierto. Había visto las revisiones del general y parecían sensatas, aunque favorecían a los Sangreazul de Volpone y a Vervun Primario con las bandas más accesibles.

—¿Ha considerado mi propuesta de enfrentarnos a ellos? —preguntó Xance.

—Totalmente impracticable, general —replicó Croe.

—Ya vimos cómo aplastaron a la Unidad Mecanizada de Vervun en los pastizales —añadió Sturm.

—Pero ahora están encerrados y limitados por las calles de los habitáculos externos. El plan propuesto por Nash, Grizmund y Gaunt al principio parece más atractivo ahora. El ColNor y el cuerpo blindado armeniano podrían acudir con el apoyo de la infantería y atacarlos desde su línea de vanguardia.

Gaunt escuchaba fascinado. Esa era la primera noticia que tenía del plan de Xance. Era evidente que Sturm, Anko y Croe habían hecho todo lo posible por sofocarlo. No podía ser pura coincidencia que Xance lo expusiera ahora en presencia de Gaunt.

—¡No! —rugió Sturm, dejándose llevar por la furia durante un momento—. No vamos a diluir nuestra resistencia derrochando hombres y máquinas en una incursión al exterior.

Xance sacudió la cabeza y se fue del auditorio superior sin saludar.

Sturm miró a Gaunt con expresión amenazadora.

—Ni se le ocurra apoyar a Xance, Gaunt. Las Fuerzas Imperiales de la Colmena Vervun no van a pasar a la ofensiva ni ahora ni en un futuro previsible.

Gaunt asintió, saludó y se marchó. Sabía cuándo era el momento de discutir, y había estado dando la cara más de lo conveniente en los últimos días.

Los zoicanos reanudaron esporádicamente los bombardeos al atardecer, disparando bombas y cohetes por encima del Telón Amurallado con un ritmo bastante apático. Las posiciones de la Muralla devolvieron el fuego intermitentemente, cada vez que los francotiradores detectaban un blanco.

Las fuerzas de tierra Zoicanas, ciñéndose más a la Muralla, disparaban ráfagas de láser y de bolter a las puertas desde los lugares donde estaban atrincheradas. En la Puerta Sondar, los cuerpos de Vervun Primario bajo el mando del capitán Cargin elevaron las cúpulas acorazadas de las torretas de rotación eléctricas y sembraron el terreno que tenían a tiro con torrentes de fuego pesado.

Las nuevas defensas de la Puerta Veyveyr aguantaron la primera embestida. Se oyó el pum-pum de los morteros, que arrojaban bombas cerca de las bases de los muros de piedra, y unas nubes turbias sobrevolaron a las tropas apostadas en los bastiones.

Feygor niveló su mira telescópica, buscando un blanco entre las ruinas de los habitáculos externos y no tardó en identificar los zarcillos de humo que ascendían de los morteros ocultos.

Ordenó que subiera Bragg a la Muralla y se los señaló mientras Bragg cargaba granadas voladoras en el lanzador que llevaba al hombro. Entonces Feygor le transmitió a Rawne la autorización para disparar.

Rawne estaba cruzando las trincheras interiores por debajo de la puerta cuando recibió la petición y le dijo a Feygor que no disparara todavía.

Corrió por una zanja hacia la sección del mando Volpone, un vagón ferroviario medio aplastado enterrado hasta los ejes en ceniza y escombros y protegido en toda su extensión por tableros antiaéreos, sacos terreros y piedras apiladas. A Rawne se le había ordenado que coordinase la defensa con su correspondiente de los Volpone, pero, a pesar de la revisión de las comunicaciones que había realizado Sturm, o a lo mejor precisamente por ello, si eran ciertas las sospechas de Rawne, a los intercomunicadores de voz les seguía faltando agilidad y velocidad.

Dos Sangreazul de la 10.ª Brigada de élite montaban guardia ante la entrada con cortina antigás. Parecían gigantes con su caparazón de campaña, el gris y oro de su armaplás segmentado y sus pantalones de faena inmaculados y austeros. Ambos llevaban un reluciente rifle antiabominación negro y un rifle de repetición con cañones recortados adosado a la lengüeta de conexión de la bayoneta, debajo del cañón principal.

Le bloquearon la entrada.

—Mayor Rawne, comandante de área de Tanith —dijo decidido y se hicieron a un lado para franquearle la entrada.

El coronel Nikolaas Taschen DeHante Corday era un genuino Sangreazul: corpulento, fuerte y de mandíbula cuadrada y ojos hundidos. Estaba sentado ante su escritorio del vagón cuando entró Rawne, al que miró como si fuera algo que se le hubiera pegado a la bota.

Rawne lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Quiero empezar a discriminar la repercusión del fuego. Hay morteros intentando alcanzar mis posiciones.

Corday volvió a mirar su mapa y asintió.

—¿Quiere apoyo?

—Son simplemente maniobras de acoso, se toman su tiempo. Pero no querría que mis hombres se quedaran de brazos cruzados mientras afinan la puntería.

—¿Vale la pena preparar la artillería?

—Aún no —dijo Rawne, sacudiendo la cabeza—. Deje que silencie los morteros y veamos lo que intentan a continuación.

—Muy bien.

Rawne se volvió para marcharse.

—¿Mayor Rawne, no es cierto?

Rawne se volvió y vio que Corday se había puesto de pie.

—Espero realmente que los Volpone y los Tanith puedan complementarse en esta posición —dijo.

—Comparto su deseo.

—No hay antecedentes de una buena coordinación entre nuestros regimientos.

A Rawne le sorprendió la franqueza.

—No, no los hay. ¿Me permite preguntarle… si sabe usted por qué?

—Voltemand —dijo Corday, suspirando—. No participé en aquella acción, pero he visto las crónicas. Un cálculo erróneo del general Sturm hizo que la artillería atacase a sus unidades en el campo.

Rawne tosió suavemente. Era una apreciación cauta y bastante imprecisa, pero no quería enfrentarse a un oficial Sangreazul.

—No creo que los Volpone se hayan disculpado jamás ante los Tanith por ello. Si sirve de algo, pido perdón ahora.

—¿Por alguna razón en especial? —preguntó Rawne, poniéndose en guardia.

—Uno de mis hombres, Culcis, habla maravillas de los Fantasmas, especialmente de su coronel Corbec. Luchó con ellos en Nacedon. Otros han tenido ocasión de admirar el liderazgo de Gaunt en Monthax.

Corday sonrió. La sonrisa parecía sincera a pesar de la languidez aristocrática de su cara. Rawne pensó que tal vez no fuera imposible llegar a simpatizar con él.

—¡Es indudable que Sturm, que el Emperador lo guarde… Gilbear… y muchos del nivel superior despreciarán a los Tanith eternamente! —Ambos rieron—. Pero en mí encontrará usted a un hombre justo, Rawne. Los Sangreazul nos hemos jactado durante mucho tiempo de nuestra superioridad, pero ya va llegando la hora de que aprendamos de los demás y nos demos cuenta de que la Guardia Imperial tiene otros regimientos valiosos y que puede ser para nosotros un honor servir a su lado.

Rawne estaba mudo de asombro. Como todos los Fantasmas, había llegado a aborrecer a los Sangreazul, y, para un alma herida y tan propensa al odio como la de Rawne, eso resultaba fácil. Nunca habría creído que uno de ellos le daría tales muestras de camaradería, y mucho menos un oficial de alto rango.

—Aprecio sus palabras, coronel. Las tendré en cuenta y haré circular sus apreciaciones entre mis hombres. Hay que reconocer que, a menos que aprendamos a

combatir juntos, moriremos aquí. Dentro de este espíritu de cooperación ¿se me permite decir que nuestros intercomunicadores de voz siguen siendo poco fiables?

El coronel Corday asintió y tomó nota en su pizarra de datos con un estilete.

—Seleccione la banda pi como enlace de trabajo, con la banda kappa como reserva. Creo que voy a enviar a uno de mis subalternos con un radiotransmisor para que funcione como enlace. Sugiero que haga lo mismo.

Rawne hizo una inclinación de cabeza, saludó, y abandonó el vagón.

Corday llamó a su segundo.

—Envíe a Graven a la posición de Tanith con un transmisor. Dígale que actúe como intermediario. Quiero mantener tranquila a esta escoria de los Fantasmas, déjeselo bien claro. No quiero que nos dejen con el culo al aire cuando empiece la batalla.

Mientras volvía por la trinchera, Rawne envió a Feygor la confirmación. El lanzacohetes de Bragg bramó y la posición de mortero saltó por los aires entre llamaradas y escombros al explotar su munición.

Después de un rato, desde las líneas zoicanas empezaron a llover disparos de láser. Los Fantasmas mantuvieron las cabezas gachas y esperaron.

En el Fuerte de Hass Oriental, que dominaba la entrada del estuario, reinaba un silencio mortal. Hasta el momento, el Hass Oriental había quedado al margen de todos los enfrentamientos, pero la posición seguía siendo vital porque desde ella se vigilaba la Autopista de Vannick y se guardaba la entrada a La Colmena por la Puerta Ontabi, la única de las cinco grandes puertas de la ciudad que no había sido asaltada todavía.

En lo alto de la torre, el sargento Varl observaba cómo se iba adueñando la oscuridad de los cañaverales y de las isletas del río de aguas grises y opacas. Las aves zancudas y los papamoscas se lanzaban en picado o en vuelo rasante sobre el agua, y las orillas eran un hervidero de mosquitos. La gran estructura del puente Hiraldi, al norte, por el que pasaba la carretera, era apenas una silueta.

Ahora llovía un poco menos, pero en el aire había olor a tormenta eléctrica. Varl, con dos pelotones de Tanith, compartía la defensa del Fuerte con tres pelotones de Excavadores de Roane bajo el mando del capitán Willard, y trescientos artilleros de Vervun Primario encabezados por el mayor Rodyin, hijo de una de las casas nobles menores.

Varl se llevaba bien con Willard. El Roane rondaba los veinticinco años y era un rubio bronceado y desgreñado de penetrantes ojos pardos y un tosco sentido del humor. Al igual que Varl, Willard tenía un implante metálico, en su caso los dedos y

la palma de la mano derecha. Ambos bromeaban sobre sus experiencias de automatismo corporal.

Rodyin era un tipo bastante más difícil. Aunque aquí todos se enfrentaban a la muerte, Rodyin se lo tomaba mucho más a pecho porque esa era su patria. Era pálido, ansioso y tenía una calva prematura a pesar de tener poco más de veinte años. Parecía bastante perplejo ante las pullas y bromas que se intercambiaban libremente los otros dos oficiales, y solía mirarlos con sus ojos miopes a través de unas gafas de media luna permanentemente montadas sobre el puente de la nariz. Varl tenía entendido que la Casa Rodyin era una de las familias liberales de La Colmena, más humanitaria y progresista que las antiguas casas nobles o los gremios. La fortuna de la Casa Rodyin se había amasado con recursos alimentarios, y sus máquinas cosechadoras recorrían las grandes planicies de pastoreo que había al norte del Hass, recolectando grano para llenar los enormes graneros del distrito de los muelles.

A Varl le caía bien Rodyin, pero no tenía mucho de soldado.

El sargento de Tanith cruzó la cúspide de la torre espantando a los mosquitos que se le pegaban a la piel y recorrió los emplazamientos mientras la noche iba cayendo.

Oyó risas y vio a Willard y a algunos de sus soldados de uniforme color tabaco bromeando junto a un lanzacohetes. Rodyin estaba un poco apartado, recorriendo el río y la carretera con unos magnoculares de gran potencia.

Willard saludó a Varl.

—De no ser por estos malditos mosquitos Fantasma, diría que nos ha tocado el mejor puesto en esta guerra. Al parecer esa escoria combatiente ni asoma por el Hass Oriental, ¿eh?

Varl ya había participado en los combates de la Colmena Vervun y estaba encantado con la calma y el silencio que había en ese lado oriental de la ciudad, aunque a veces la espera resultaba desesperante.

—No me disgustaría que asomasen unos cuantos zoicanos —dijo con una mueca socarrona.

—¡Diablos, no! Unos cuantos de esos malditos amarillos para echarles el ojo ¿eh?

Más risas. Varl vio que Rodyin se removía incómodo, poco dispuesto a intervenir. El mayor se tomaba su deber y la guerra muy en serio, demasiado en serio en opinión de Varl, tal vez porque nunca había estado en otra.

—¿Se ve algo? —preguntó Varl, poniéndose a su lado en el parapeto.

—Algo de tráfico fluvial. Barcazas, *ferries*. La mayor parte cruza desde la orilla norte transportando munición. La Casa de la Comandancia ha embargado todo lo que no sean medios vitales de subsistencia.

Varl sacó su propio catalejo de una sola lente de su mochila y exploró la zona. Al norte de la posición que ocupaban, cerca del puente, estaban los enormes depósitos de promethium de la planta de combustible de los muelles, la principal instalación de abastecimiento de la Colmena Vervun. Sobre sus patas zancudas, los oleoductos se extendían hacia el norte y el este hasta donde abarcaba la vista. Antes de la pérdida de

La Colmena de Vannick, bombeaban el combustible que venía de allí. Ahora, solo llegaba combustible líquido a la Colmena Vervun desde ColNor.

—Todo parece tranquilo —comentó Varl.

Detrás de ellos, Willard terminó de contar un chiste especialmente grosero y las risas de sus hombres se propagaron por la muralla en medio de la creciente oscuridad.

El agremiado Worlin volvía a la casa de su gremio al atardecer. Llevaba una sonrisa de oreja a oreja y tenía la cara brillante por el exceso de joiliq. Una reunión extraordinaria de gremios llevada a cabo en un bunker blindado debajo del Distrito Comercial había multiplicado por tres los recursos personales que tenía al amanecer. Las considerables reservas de promethium que tenía para cambiar le habían sido arrebatadas ávidamente por los cinco gremios mayores, e incluso había conseguido establecer un acuerdo de abastecimiento con representantes de Vervun Primario. Su oleoducto seguía vertiendo combustible en los enormes depósitos de acero de las instalaciones comerciales que tenía Worlin sobre el río. La Colmena de Vannick estaría muerta, pero seguía proveyendo y cada gota que llegaba le permitía a Worlin amasar una fortuna. Cuando acabara la guerra, Worlin tendría un puesto asegurado en el alto círculo de los gremios del Distrito Comercial. La Casa Worlin sería promovida al escalón más alto de las instituciones comerciales de La Colmena. El precio de sus títulos se había multiplicado por cuatro desde el Primer Asalto.

Se sentó en su oficina privada, en un escritorio de madera de teca con placas pictóricas incorporadas y tomó un sorbo de un vaso excesivamente lleno de joiliq mientras revisaba los mensajes que había acumulado su comunicador durante el día.

Uno le llamó especialmente la atención. Era una notificación de investigación de un don nadie llamado Curth del Equipo Médico Colectivo del Habitáculo Interno 67/mv. Quería saber dónde estaba durante el primer día del ataque. ¿Había estado en algún lugar próximo a la Estación de Subtránsito C7/d? Había irregularidades que exigían una investigación y estaban tomando declaración a todos los que habían estado en la zona en ese momento. Las cámaras de la rampa de acceso los habían grabado a él y a sus guardaespaldas cruzando el lugar durante el bombardeo del Distrito Comercial. El mensaje estaba firmado «Curth, A.», con copia a un médico ultramundano llamado Dorden, miembro de la Guardia Imperial.

Worlin se dio cuenta de que le temblaba la mano y que estaba vertiendo el contenido del vaso. Lo apoyó y sorbió las gotas de su dedo pulgar.

Comprobó que su arma seguía en el cajón del escritorio. Tendría que poner fin a ese enojoso asunto lo antes posible.

El murmullo era ahora tan persistente que se había transformado en el único signo o significado del mundo. Salvadore Sondar se sacudió levemente en su medio fluido,

mordiéndose los labios. La voz de su digno primo Clatch de Ferrozoica se había desvanecido hasta transformarse simplemente en dos palabras que se repetían hasta el cansancio. Un nombre. Un nombre demoníaco.

Sondar estaba demacrado y debilitado por el hambre. Sus tubos de alimentación se habían agotado y no tenía la presencia de ánimo necesaria para reciclar los sistemas automáticos y renovarlos. Hasta sus marionetas de carne estaban olvidadas y se pudrían lentamente, colgando sin vida de sus hilos.

Un olor penetrante a descomposición llenaba las cámaras del altísimo señor.

Él permanecía ajeno a todo.

Sabía qué era lo que perseguía aquel murmullo. La noción lo atraía porque el murmullo la hacía atractiva.

No era capaz de pensar coherentemente. Se limitaba a escuchar. Puede que lo hiciera… solo para poner fin al murmullo. En cualquier momento.

Larkin había estado absolutamente quieto durante más de una hora. Su ojo no se había apartado ni un segundo de la mira telescópica. Alrededor, la Escombrera estaba silenciosa y oscura, pero era consciente de que el francotirador Lotin, de Vervun, estaba agazapado detrás de unos escombros un poco más abajo, en la segunda planta.

Diez minutos antes, Larkin había percibido un movimiento en la Escombrera. Siguió atento y entonces lo vio: un breve destello de la luna sobre una armadura.

Contuvo el aliento. Respiró.

Los zoicanos avanzaban Escombrera arriba. Estaban tan bien entrenados y eran tan sigilosos como cualquier equipo antiguerrillero. Era evidente que o bien habían cambiado sus características armaduras color ocre por equipos de faena oscuros, o bien habían cubierto el color amarillento con hollín.

Comunicó lo que había descubierto a Mkoll por el enlace de voz, usando apenas media docena de palabras en clave.

Mkoll ordenó a los francotiradores de Tanith que apuntaran y dispararan en cuanto tuvieran un blanco. Un segundo después, Ormon transmitía a sus hombres la misma orden.

Larkin volvió a ver algo que se movía, lo vio claramente en el brillo nebuloso, verde, de su mira telescópica.

Respiró, apuntó y disparó. El punzante impulso rojo se abatió sobre la pendiente de mineral y una figura vestida de negro saltó hacia arriba y hacia atrás.

De inmediato, Larkin se retrajo hasta detrás del borde de su escondite y ocupó una nueva posición. Estaba seguro de que el fogonazo de su rifle había sido discreto, pero no había por qué hacerse notar. Se hizo cargo de su nuevo punto de vista y volvió a apuntar, con el cañón de su arma oculto dentro de un canalón roto.

A diez metros de él, disparó Lotin. Su rifle láser produjo un estallido audible incluso desde donde él estaba. Larkin vio el fogonazo del arma y profirió una

maldición.

Oyó quejarse a Lotin por el enlace de voz. Había errado el tiro.

«¡Muévete, muévete y vuelve a apuntar!», deseó sin palabras.

Lotin volvió a disparar. Su golpe de suerte fue desbaratado rápidamente por un disparo láser absolutamente certero. Los zoicanos habían estado a la espera de que se repitiera el fogonazo.

Lotin cayó hacia atrás en medio de los escombros. Su cara había desaparecido.

«O sea —pensó Larkin—, que también tienen francotiradores capaces y minuciosos».

Esta guerra se estaba poniendo interesante.

Ya era noche cerrada, y las lunas, dos grandes de color crema y una diminuta de un color rojo violáceo, iban ascendiendo lentamente en el cielo color púrpura. Unas nubes de lluvia, negras y algodonosas, se cernían amenazadoras sobre el horizonte, hacia el este. Un trueno distante resonó sobre los pastizales.

El aire era bochornoso e impropio de la estación, y, en el Fuerte del Hass Oriental, Varl sudaba copiosamente dentro de su traje de faena. La incomodidad se agravaba por la acumulación estática generada por el vasto Escudo que tenían detrás, que chisporroteaba y zumbaba en la oscuridad como un relumbrante hemisferio de energía.

El metal de su rifle láser y su brazo biónico estaban cargados de corriente estática. Varl deseó que la incipiente tormenta estallase de una vez y despejase la atmósfera asfixiante.

Hubo un fogonazo brutal al noroeste y luego una explosión atronadora seguida por un impacto que hizo perder pie a Varl. En medio de la noche hubo voces que gritaban, alarmas que sonaban y alaridos de agonía de alguien.

El cielo se iluminó otra vez. Las explosiones se repitieron a lo largo de todo el tramo de Muralla comprendido entre la Puerta Ontabi y el Hass.

Varl se puso de pie, parpadeando. No había indicio de bombardeos. Eso habían sido… minas.

Corrió a lo largo del parapeto, gritando por su enlace de voz mientras las explosiones seguían sacudiendo la Muralla. La detonación de las minas solo podía significar una cosa: tenían al enemigo encima de ellos, tan cerca como para poner las cargas.

Alrededor evolucionaban los hombres, confundidos. Gritos igualmente inútiles respondieron a Varl por el enlace de voz. El hombre se aferró a la muralla para sostenerse cuando se produjo otra explosión muy cerca y las llamaradas surgieron hacia arriba por dentro de la Muralla.

¿Dentro de la Muralla?

—¡Están adentro! ¡Están adentro! —gritó a voz en cuello, sin entenderlo, pero desesperado por transmitir el mensaje. Casi de inmediato se encontró bajo el fuego de las armas láser, que silbaban en el aire alrededor, provenientes de la escalera de acceso a la Muralla más próxima.

Varl respondió al fuego y reunió a las tropas de Vervun Primario que tenía más cerca. Otros rifles automáticos empezaron a apoyarlo. Vio tropas de asalto zoicanas que se dispersaban por los bastiones desde la escalera de acceso, con la armadura color ocre disimulada por manchas oscuras de alquitrán.

Varl eliminó a uno o dos antes de darse cuenta de que había muchos más asaltando el bastión situado a sus espaldas. En nombre de Feth ¿cómo habían podido entrar?

Un enorme impacto lo sacudió y lo hizo caer de rodillas. Una sección entera del Hass Oriental se vino abajo con gran estruendo y el cielo quedó cubierto de polvo de ladrillo iluminado por las llamas. Otras detonaciones atravesaron la parte superior del muro.

Varl vio cómo se partían y explotaban los nidos de ametralladoras y cómo volaban hacia fuera lienzos completos de muralla mientras las minas hacían estallar los depósitos de munición y las tolvas de carga automática.

Como la ira de un dios inclemente, la guerra había llegado por fin al Hass Oriental.



CAPÍTULO 12

La llegada de la oscuridad

“ *¿Cuál es el arma más poderosa de la especie humana? ¿Los dioses-máquina del Adeptus Mecánicus? ¡No! ¿Las Legiones Astartes? ¡No! ¿El tanque? ¿El rifle láser? ¿El puño? ¡No a todo! ¡El valor y solo el valor es capaz de superarlas a todas!».*

Macharius, Señor Solar, de sus escritos.

Un trueno distante despertó a Ibram Gaunt de un sueño sin sueños. La única luz que había en su habitación, parte de un pequeño apartamento que le habían asignado junto a la Casa de la Comandancia, era el leve resplandor ambarino de los sigilos rúnicos del pequeño codificador que había junto al escritorio.

Encendió la lámpara y se deslizó fuera de la cama, en la que se había tendido apenas dos horas antes, totalmente vestido. El sueño lo había vencido en un instante.

A la luz de la lámpara se dirigió hasta el escritorio, donde se apilaban montones de papeles atados con cintas y placas de datos. Tomó un sorbo del vino de la noche anterior de una copa que había en una mesa auxiliar.

El trueno se repitió. En algún lugar, amortiguada por las gruesas paredes, sonaba una alarma.

Activó el timbre de llamada del intercomunicador empotrado en el revestimiento de mármol de la pared, mirando distraídamente el gran retrato enmarcado que había sobre la desnuda chimenea del otro lado. En gruesas pinceladas al óleo habían representado a un hombre de edad provecta y aspecto pomposo con uniforme de Vervun Primario cubierto de galones. Uno de sus pies se apoyaba sobre un montón de cráneos humanos y llevaba en una mano un pergamino y en la otra una espada-sierra.

Cuando el intercomunicador respondió, Gaunt se estaba preguntando ociosamente quién se suponía que sería el hombre del retrato y a quiénes habrían pertenecido los cráneos.

—¿Señor?

—¿Qué sucede?

—Informes de un ataque en la Puerta Ontabi. Estamos a la espera de confirmación.

—Póngame al tanto de inmediato. Tengo hombres en el Hass Oriental.

—Por supuesto, señor. Tiene… un visitante.

Gaunt miró el reloj. Eran casi las dos de la mañana.

—¿Quién?

—Trae el sello imperial y dice que usted lo mandó a llamar.

—Déjelo entrar —suspiró Gaunt.

La puerta exterior del apartamento se abrió y Gaunt salió a la sala de estar y activó las luces de la pared para recibir al visitante.

Entró un hombre enjuto, entrado en años, vestido con una túnica de color púrpura que miró a Gaunt a través de unas gafas de gruesos cristales. El pelo que salía por

debajo de su alto gorro de fieltro rojo era gris e ingobernable. El anciano se apoyaba sobre un bastón de ébano. Detrás de él venía un joven pálido con chaqueta negra de clérigo, cargado con unos tomos antiguos y fajos de papeles.

—¿Comisario… Gaunt? —dijo el hombre, respirando con dificultad y estudiando al oficial que tenía ante sí.

—En realidad, coronel-comisario. ¿Usted es…?

—Abogado Cornelius *Pater* del Administratum Judicial. Su solicitud de asistencia legal se recibió esta noche y el Intendente Banefail me indicó que acudiera con toda urgencia.

—Agradezco al intendente su celeridad y a usted su tiempo.

El abogado asintió y se encaminó jadeante hacia un butacón de cuero, dejando a su asistente en la puerta, tambaleándose bajo el peso de los manuscritos y volúmenes con que iba cargado.

—Póngalos sobre la mesa —le dijo Gaunt—. ¿Su nombre es…?

El hombre parecía cansado de hablar.

—Mi pasante, Bwelt —respondió Pater en su lugar—. Él no habla. Se está preparando para la abogacía menor y debe aprender todavía los protocolos de interrogación y de interpelación. Además, no sabe nada.

—¿Cómo vamos a abordar esto? —preguntó Gaunt al abogado.

Pater se despejó la garganta.

—Pasará usted revista a la cuestión para que yo me entere, sin omitir detalle alguno, me mostrará todas las transcripciones pertinentes y me dará una copa de vino estimulante.

Gaunt se volvió para mirar a Bwelt.

—Hay una botella en la mesa auxiliar del dormitorio. Tráigale una copa.

Pater se negó a seguir hablando hasta que no tuvo la copa de cristal en su reseca mano y tomó el primer sorbo. Tenía el bastón sobre las piernas.

—Un general de la Guardia Imperial —empezó Gaunt—, Grizmund, del Ejército Narmeniano, y cuatro oficiales de su estado mayor, están acusados de insubordinación. Están prisioneros en las mazmorras del CCVP pendientes de ser juzgados por un tribunal de ese cuerpo. Los cargos son espurios. Quiero que se los ponga en libertad y se los reincorpore a sus funciones de inmediato. Creo que la cuestión se basa en una formalidad: el CCVP no puede encausar a personal de la Guardia Imperial. Si hay un delito del que responder, es una cuestión que compete al Comisariado Imperial. Yo soy el representante más alto de esa autoridad en Verghast.

Pater se ajustó las gafas y estudió la placa de datos que le pasó Gaunt.

—Hum… está claro, supongo. Usted se acoge al Edicto 4368b del Comisariado Imperial. Al CCVP no va a gustarle esto. Especialmente Tarrian lo odiará por ello.

—Nunca nos tuvimos simpatía.

—¿Bwelt? ¿Qué pasa? Gorgotea como un tonto o como un hombre con meteorismo crónico.

—Es el 4378b, abogado. El edicto es el 4378b. —La voz de Bwelt era casi un susurro.

—Eso es —dijo Pater, pasando por alto la corrección y volviendo la mirada a la pizarra—. Puede llevarse a los tribunales. Tarrian tiene antecedentes espantosos de prolongar los casos haciéndolos pasar por todos los procesos aun cuando llevaba todas las de perder. Parece ser que encuentra cierta satisfacción en prolongar la agonía.

—Quiero solucionarlo antes. No puedo prescindir más tiempo de Grizmund. En los próximos días, el futuro de la Colmena Vervun puede depender de un cuerpo blindado experto.

—Mala cosa, pero en el edicto está debidamente establecido. Una breve audiencia, tal vez mañana al amanecer, y deberíamos estar en condiciones de cortarles la hierba bajos los pies a los del CCVP. —Pater miró a Gaunt—. Eso me deparará una gran satisfacción. Los del CCVP llevan muchos años considerándose por encima de la Ley Imperial. Ha sido poco menos que imposible aplicar la ley con auténtica justicia en La Colmena. Teniendo en cuenta su prestigio, podemos ganar.

—Bueno. Al menos sabemos que el CCVP no puede actuar antes de entonces. Digan lo que digan, saben que deben contar con la presencia de un comisario imperial para formar un tribunal.

—Así es. Aun cuando presionen para conseguir un tribunal propio, podemos pararlos en la medida en que usted se niegue a participar. Entonces… a ver Bwelt ¿otra vez torciendo la cara? ¿Qué pasa ahora?

Bwelt hizo una pausa. Daba la impresión de que elegía cada palabra con mucho cuidado.

—El… tribunal está deliberando ahora, abogado. Usted me dijo que reuniese toda la información relativa a este caso antes de que llegáramos aquí, y ese hecho estaba registrado en la crónica de casos judiciales.

»Están procediendo… porque tienen a un comisario imperial presente. El comisario Kowle ha accedido a representar los intereses imperiales y…

La maldición que profirió Gaunt hizo callar a Bwelt y sobresaltó al anciano. Mientras se ponía la chaqueta, la gorra y el correaje con sus armas, Gaunt soltó toda una colorida y detallada retahíla describiendo lo que les haría a Tarrian, Kowle y a todo el CCVP en palabras de cuatro letras.

—¡Vengan conmigo, ahora! —les dijo al abogado y a su tembloroso pasante y salió como un rayo de la habitación.

En la linde oriental de La Colmena, el cielo estaba en llamas. Desde la oscuridad exterior de la curva del río, las bombas de los enemigos habían empezado a caer castigando el Telón Amurallado adamantino y los bastiones del Fuerte del Hass Oriental ya dañados por las minas.

Varl se abría camino con dificultad entre el fuego enemigo, intentando reagrupar a sus hombres y bajarlos a los búnkers enclavados en lo más espeso de las murallas. Las tropas de asalto zoicanas estaban en todas partes. Los defensores no podían hacerles frente. Varl intentó comunicarse por radio con la Casa de la Comandancia o con el control de Tanith, pero la onda energética del bombardeo había desbaratado todas las bandas de comunicación.

Consiguió reunir a unos veinte hombres alrededor, Fantasmas en su mayor parte, y se dirigió con ellos lo más rápidamente posible hacia las entrañas del fuerte. Las paredes de piedra rezumaban humedad al llegar hasta ellas el calor de los incendios de arriba. El revoque de las paredes se resquebrajaba y caía, y el aire era tan caliente que dañaba los pulmones de los soldados. En un momento dado, una bomba atravesó el corredor unos veinte metros por detrás de ellos y llegó hasta la pared opuesta introduciéndose en la piedra que se derretía como mantequilla. El aire recalentado que barrió el corredor como consecuencia del impacto los derribó al suelo. Se encontraron con grupos de zoicanos y los hombres de Varl acabaron con ellos.

Dos niveles más abajo se toparon con un desfile de casi sesenta hombres de Vervun Primario y Excavadores de Roane entre los cuales estaba el mayor Rodyin. Algunos tenían quemaduras graves.

—¿Dónde está Willard? —preguntó Varl, sobreponiéndose al ruido de las sirenas y al rugiente huracán explosivo.

—No lo he visto —dijo Rodyin a voz en cuello. Uno de los cristales de sus gafas estaba fisurado y tenía un corte en una mejilla.

—¡Tenemos que llevar a los hombres hacia abajo! ¡Más abajo! —gritó Varl, y los dos oficiales empezaron a dirigir a las tropas por una escalera trasera mientras los disparos silbaban por los pasillos hacia ellos.

—¡Minaron el Telón Amurallado desde dentro! —gritó Rodyin mientras él y Varl empujaban a todos los hombres, uno tras otro, hacia la escalera.

—¡Ya lo sé, maldita sea! ¿Cómo pueden haberlo hecho?

Rodyin no respondió.

En un lienzo de pared por debajo del vapuleado fuerte, el cabo Meryn intentaba poner a cubierto a un grupo de aterrados soldados. Dos escuadrones de Fantasmas, entre los cuales estaban Brostin, Logris, Nehn y Mkteeg, pasaron abriéndose camino entre ellos y seguidos por veinte o más soldados de Vervun primario. Meryn les gritó, haciendo señas con los brazos, intentando hacerse oír por encima de los alaridos de las bombas y de las detonaciones que se oían por todas partes. Las llamas del fuerte se elevaban cien metros hacia el cielo y todo en derredor caían oleadas de hollín y trozos de mampostería ardiente. El calor era asfixiante. No muy lejos, un cargador lleno de munición se había prendido fuego y los proyectiles empezaron a dispararse

en todas direcciones, de forma descontrolada, rebotando en la piedra y describiendo zigzagueantes trayectorias en el aire.

Un disparo alcanzó al soldado de Vervun Primario más próximo a Meryn y su casco claveteado saltó por los aires.

Hubo un fogonazo, y una onda dirigida de gran penetración proveniente del exterior penetró por la parte superior de la Muralla. Meryn la vio y se tiró cuerpo a tierra mientras el rayo inexorable barría el parapeto a la altura del pecho, haciendo desaparecer a la apresurada fila de soldados de Vervun en una secuencia letal. Simplemente se fueron evaporando, uno tras otro, desaparecieron, dejando tras de sí meras nubes de vapor y alguna que otra bota carbonizada.

El rayo pasó justo por encima del cabo de Tanith tirado en el suelo, llevándose la parte posterior de sus pantalones y de su chaqueta y quemándole totalmente el pelo. Meryn hizo una mueca de dolor al sentir el ardor de sus quemaduras superficiales, pero se sorprendió de estar vivo.

Cuando se puso de pie, los pantalones, hechos jirones, se le desprendieron del cuerpo y avanzó a tumbos hasta la siguiente escalera.

Cientos de hombres de Tanith, Roane y Vervun Primario abandonaban las fortificaciones amuralladas y la Puerta Ontabi para ponerse a cubierto en las calles y moradas adyacentes a los muelles. Las bombas y el fuego de las ondas dirigidas del enemigo se abrían camino a través de la Muralla y de la estructura del fuerte y alcanzaban ya las lindes de las moradas de los trabajadores. El Escudo que los cubría reflejaba toda la escena. ¿Para qué servía una pantalla de energía cuando el enemigo se abría camino a través de la ceramita y del adamantium?

Zonas enteras de las moradas eran pasto de las llamas y miles de personas que vivían en ellos llenaban las calles presas del pánico, mezclándose con los soldados en retirada, taponando las rutas y vías de acceso en su huida. El Fuerte del Hass Oriental se convulsionó y cayó con fuerza volcánica. Las grandes puertas de Ontabi se derritieron como el hielo. Se había abierto una brecha en el Telón Amurallado de la Colmena Vervun que superaba en gravedad y en extensión a todo lo que había conseguido hasta entonces el enemigo, de brutalidad incluso superior a lo de la cabecera ferroviaria de Veyveyr.

En la Puerta Croe, la fortificación del Telón Amurallado que estaba a continuación de la del Hass Oriental, unos diez kilómetros al sur de Ontabi, las tropas y observadores apostados en la muralla observaban incrédulos y horrorizados las ondas dirigidas y el intenso bombardeo que castigaban implacablemente las defensas de la margen del río. Una columna de fuego iluminó las nubes de tormenta y se elevó hacia el cielo como un sol naciente.

El general Nash estaba en la Puerta Croe y comunicaba desesperado la situación a la Casa de la Comandancia. Pedía que le enviasen con urgencia refuerzos importantes a su posición. Ante una brecha de la magnitud de la que se había abierto, las fuerzas de tierra no tardarían en llegar.

Como respondiendo a su temor, uno de sus observadores indicó movimiento en la autopista de Vannick, a unos veinte kilómetros por el noreste. Nash utilizó sus magnoculares en visión térmica y observó los verdes fantasmas de los tanques y los vehículos blindados que a miles avanzaban hacia Ontabi formando una punta de lanza.

—¡He hecho contacto! Repito ¡he hecho contacto! ¡Al menos mil unidades blindadas mecanizadas avanzan por la autopista de Vannick y las tierras adyacentes! ¡Estarán sobre el Hass Oriental en menos de una hora! ¡Necesito refuerzos ahora mismo! ¡Necesito unidades blindadas! ¡Montones de tanques! ¡Casa de la Comandancia! ¡Responda! ¡Maldita sea, responda!

Un silencio casi sepulcral se cernió sobre el auditorio principal de la Casa de la Comandancia; solo se oía el murmullo desesperado de los mensajes que llegaban a través de los enlaces de voz, desgranando informes de la temible destrucción de miles de posiciones diferentes.

Con la cara descompuesta y pálida, el comandante Croe contemplaba la mesa de mapas del nivel superior. El Hass Oriental estaba perdido. Un enorme ejército blindado se acercaba desde los niveles orientales. La artillería estaba empezando a castigar la Puerta Croe y el circuito de la muralla oriental. Las tropas zoicanas asaltaban la Escombrera y las defensas de Veyveyr. Tanques pesados y columnas de infantería atacaban la Puerta Sondar y lienzos de Muralla hacia la Puerta Hass y el Fuerte del Hass Occidental. Este último era objeto de un feroz bombardeo.

Un ataque en todos los frentes. Las defensas de la Colmena Vervun estaban a tope y Croe sabía que eso era solo el comienzo.

—¿Qué… qué hacemos? —tartamudeó Anko, su cara tan blanca como su uniforme—. ¿Comandante? ¿Comandante Croe? ¿Qué hacemos, Croe? ¡Diga algo, bastardo!

Croe dio a Anko un puñetazo en toda su bocaza que lo hizo trastabillar y caer al suelo enrejado. Croe miró a Sturm.

—¿Qué hay de sus ideas, general? —en su voz había veneno y hielo a partes iguales.

—Yo… —empezó Sturm, pero vaciló.

—Ni siquiera se le ocurra sugerir una evacuación, Sturm, porque lo dejo seco donde está. La evacuación está descartada. Usted fue enviado aquí para defender la Colmena Vervun y eso es lo que va a hacer. —Le alargó a Sturm su sello ducal—. Vaya usted a las mazmorras. Lleve tropas, libere a Grizmund y póngalo al mando de

la unidad blindada antes de que ya no sirva para nada. Lo espero de regreso en la Puerta Veyveyr para que asuma el mando allí tan pronto como Grizmund esté libre. Hemos pasado demasiado tiempo discutiendo los unos con los otros. Esta noche se juega la vida o la muerte de la Colmena Vervun.

Sturm asintió ceremonioso y cogió el sello.

—¿Dónde estará usted, comandante?

—Asumiré personalmente el mando en la Puerta Sondar. La Colmena no morirá mientras yo esté vivo.

La puerta de entrada a las mazmorras permanecía cerrada a cal y canto. Gaunt golpeó con la culata de su pistola bolter, pero no hubo respuesta. Gaunt, Pater y Bwelt estaban allí bajo las inclementes luces, atascados en el frío húmedo del Nivel Sub-40.

El capitán Daur estaba con ellos, agotado y abotargado por el sueño. Gaunt había arrastrado al oficial de enlace de su alojamiento en el camino hacia las mazmorras.

El comisario se volvió hacia el abogado, que intentaba recuperar el aliento apoyado en su bastón después del frenético viaje de descenso a las profundidades de la Torre.

—¿No tiene usted un pase, una autorización?

Pater levantó el sello de su oficina.

—Pase del Administratum, nivel magenta… pero el CCVP aplica su propia ley. Tienen sus propios códigos de cierre. Además, coronel-comisario, ¿ve usted alguna cerradura?

Gaunt se sacó su chaqueta de cuero y se la arrojó a Bwelt.

—¡Coja eso! —dijo secamente y preparó su espada-sierra. El arma chirrió cuando la puso en marcha hasta alcanzar su plena potencia.

La dirigió contra la puerta blindada. Se deslizó de lado, chirriando y dejando rayones y algunos dientes rotos en medio de un destello de chispazos. Volvió a intentarlo y penetró en el metal practicando una ranura dentada de algunos centímetros antes de que la espada se atascara y se pasara de revoluciones. Ejerciendo toda la fuerza de que eran capaces sus brazos y sus hombros, Gaunt la empujó hacia abajo y, profiriendo un juramento a voz en cuello, abrió hacia abajo un surco de unos cuantos centímetros más.

—¿Señor? —dijo Daur repentinamente tras él.

Gaunt giró sobre sus talones, levantando la espada-sierra, justo a tiempo para ver que la caja blindada del elevador descendía y se detenía. Las puertas de rejilla se abrieron con un quejido. El general Sturm, flanqueado por el coronel Gilbear y diez soldados Sangreazul de sus tropas de asalto salieron del elevador.

—Sturm, no empeore aún más las cosas…

—Oh, cállese, maldito estúpido, y aparte esa arma —le soltó Sturm.

Él y sus hombres se aproximaron y rodearon al cuarteto en la puerta. Gilbear sonreía a Gaunt con un espantoso aire de superioridad.

—Apártelo de mi vista, Sturm, o pondré en práctica con él lo que estoy haciendo con la puerta.

Gilbear levantó su arma, pero Sturm la apartó de un manotazo.

—¿Sabe, Gaunt? —dijo Sturm—. Casi siento respeto por usted. No me vendrían mal unos cuantos hombres con su empuje en mi regimiento. No obstante, es usted un estúpido ignorante y está por debajo del nivel de los hombres civilizados. Ha pasado demasiado tiempo con esos salvajes de Tanith y… ¿qué está usted haciendo, viejo loco?

Esas últimas palabras iban dirigidas a Pater, que minuciosa y tranquilamente iba dictando a Bwelt material para que lo apuntara en su pizarra.

—Transcribo sus palabras, general, por si el coronel-comandante desea presentar una demanda por difamación contra usted en algún momento.

La voz del viejo abogado estaba totalmente libre de expresión o matices: un auténtico abogado. Gaunt rio con ganas.

Sturm apartó la vista del anciano. Levantó el sello ducal de Croe.

—Si quiere entrar, necesita uno de estos. —Hizo presión con él en el centro de la puerta. Se produjo un ruido sordo de servomecanismos que se activaban, y la puerta, con la melladura que le había producido la espada-sierra, se elevó.

El grupo entró y Sturm abrió la puerta interna. Se introdujeron en la sala interior, con iluminación de sodio de las mazmorras.

—El comandante Croe me ha ordenado que libere a Grizmund. Encima de nuestras cabezas se ha desatado un auténtico infierno, Gaunt. Zoica asalta en todos los frentes. Es hora de olvidar nuestras mezquinas rencillas.

Tres soldados del CCVP les salieron al encuentro. Uno empezó a preguntar qué estaban haciendo en las mazmorras. Gilbear y su ayudante les dispararon sin más.

Gaunt pasó junto a los cadáveres y abrió a patadas una serie de dobles puertas de madera que había a la izquierda del recinto interior.

Al otro lado había una amplia cámara circular, iluminada por lámparas murales con tubos de cristal. Grizmund y sus oficiales, con las manos atadas a la espalda y las cabezas cubiertas con capuchas, estaban sobre una plataforma elevada bajo las luces en el centro de la habitación. Kowle, Tarrian y nueve oficiales de alto rango de CCVP estaban sentados en unas gradas de madera delante de ellos, y a lo largo de la pared había una docena de soldados del CCVP con armas antidisturbios.

—¿Qué demonios es esto? —rugió Tarrian, poniéndose de pie.

Sturm mostró su sello ducal.

—Por orden del propio comandante, queda suspendido este tribunal. Los prisioneros deben ser liberados.

Kowle también se puso de pie.

—El tribunal está deliberando y obedece a edictos de la ley planetaria e imperial. Nosotros…

—¡Cierre la boca de una maldita vez, Kowle! —le espetó Gaunt—. La Colmena está siendo aniquilada encima de nuestras cabezas y usted pierde el tiempo procesando a hombres buenos, honestos, para conseguir algunos puntos políticos. No tiene la menor idea de lo que es la auténtica guerra, ¿verdad, bastardo? ¡No la tenía en Balhaut y no la tiene aquí!

La cara de Kowle se puso roja de ira, pero Tarrian, furioso, lo empujó hacia un lado.

—¡Interferir con los procedimientos del CCVP es un delito capital, Gaunt! ¡Con sus maniobras inconformistas solo conseguirá colocarse delante de un pelotón de fusilamiento!

—En realidad, eso no es correcto —dijo Bwelt, con voz firme—. El Edicto Imperial 95 674, subcláusula 45, establece que un oficial judicial imperial, como un comisario de pleno derecho, puede interrumpir y sobreseer cualquier cuestión legal planetaria sin limitación ni penalización alguna.

—¡Díselo, muchacho! —dijo Pater, con entusiasmo.

Gaunt se quedó mirando fijamente a Tarrian.

—No los obligue, Tarrian.

—¿A quiénes?

—A Gilbear y a los demás Sangreazul. Sturm no puede controlarlos y yo mucho menos. De mí conseguirá absoluta honestidad. De ellos, una maldita bala entre los ojos. —Incluso mientras las pronunciaba, Gaunt sentía que sus palabras estaban cruzando una frontera casi imperceptible. La frontera entre un enfrentamiento precario y una confusión total.

—¡Maldito sea, escoria ultramundana! —bramó Tarrian, sacando su pistola automática de la cartuchera. Gilbear lo abatió de un disparo en el pecho. El cuerpo de Tarrian estalló atravesando el respaldo de su asiento de madera.

Los guardias del CCVP dieron un paso al frente, mientras disparaban con sus armas antidisturbios. Gaunt vio que un Sangreazul salía disparado hacia atrás, con un disparo en el hombro. Sturm blasfemaba y disparaba con la pistola de su regimiento. Los Sangreazul abrieron fuego sobre toda la sala.

Grizmund y sus oficiales, con los ojos tapados por las capuchas, se tiraron al suelo aterrorizados. Gaunt hizo que el abogado y su atónito pasante se agacharan y los puso a cubierto. La pistola láser de Daur disparó repetidamente.

A quemarropa, en los estrechos límites de la sala del tribunal, los Volpone se enfrentaron a los CCVP, armas antiabominación frente a las antidisturbios, llenando el aire de humo, sangre pulverizada y muerte.

Salvadore Sondar se desplomó. De su oído surgieron burbujas de sangre que flotaron hacia el techo del tanque. Se rindió. El murmullo lo llenó, se adueñó de su carne, su sangre, su médula, su mente.

Hizo lo que le dijo que hiciera.

Desactivó el Escudo.



CAPÍTULO 13
La destrucción

“ *Nunca».*

Señor de la Guerra Slaydo, cuando se le preguntó
en qué circunstancias se rendiría.

Se produjo una explosión grave, subsónica, de presión al desactivarse el gran Escudo.

Las ventanas estallaron en toda La Colmena. La temperatura ambiente bajó seis grados completos al desvanecerse el aislamiento de la cúpula de energía y el frío de la

noche de Verghast se enseñoreó de la ciudad. Al desplomarse, el torbellino del aire levantó los vastos bancos de humo acumulados en torno al Telón Amurallado y los insufló hacia el interior de La Colmena como niebla acre. La energía desactivada crepitó desde la cima de la gran torre y las estaciones de anclaje y se consumió ferozmente en la negrura.

Un ruido atronador y espantoso se difundió por toda la Colmena Vervun. Era el aullido unánime de triunfo de los millones de zoicanos del otro lado.

El comandante Croe, majestuoso con su traje y su armadura, acababa de llegar a la Puerta Sondar con su estado mayor y se paró en seco mirando incrédulo a la fría oscuridad. En lo primero que pensó fue en un fallo mecánico, o incluso en un acto de sabotaje, pero los generadores del Escudo eran las instalaciones mejor guardadas de La Colmena y él mismo había ordenado expresamente que los equipos de trabajo las inspeccionaran cada hora.

Era impensable. Dentro de la ceramita de la armadura de guerra que acababa de ponerse, Croe sintió en su corazón todo el frío de la noche que lo envolvía. Sentía la inmerecida espada de energía de Heironymo Sondar, el icono de guerra más apreciado de toda La Colmena, pesada e inútil en su mano. Se sobrepuso y miró en derredor. Los estandartes de su regimiento colgaban mustios en torno a él.

—¿Señor comandante? —le susurró su ayudante, el mayor Otte.

—Vamos a… —empezó Croe, rebuscando frenéticamente algo que decir, pero sin resultado.

Estaba destrozado. Quería volver a La Cúspide enseguida y atacar de raíz ese desastre, volver a activar el Escudo. Había sido Sondar, lo sentía en la sangre. Ese bastardo de Salvadore había sobrepasado por fin todos los límites.

Pero la lucha inmediata estaba allí, en la muralla de la colmena, cara a cara con el ingente enemigo. Sus hombres lo habían visto llegar y, si ahora se volvía atrás, apenas llegado, la moral de las tropas se vendría abajo.

El silencio que había seguido al aullido horroroso de los zoicanos, un silencio que en realidad solo podía haber durado unos segundos, se perdió abruptamente al reanudarse el atronador bombardeo. A lo largo de millas y millas, el cielo contra el cual destacaba la sombra del Telón Amurallado estaba teñido de amarillo por el resplandor del colosal asalto. Croe vio al oeste de la puerta cómo explotaba y se venía abajo una sección de una torre, cayendo sobre la Plaza de la Comandancia en medio de una nube de chispas y cascotes.

Subió los escalones de la torre de dos en dos a la cabeza de su séquito, volviendo a la vida la sagrada espada, dando órdenes tanto a los hombres que tenía alrededor como a los que no veía pero sabía que estaban en lo alto de la muralla a través de su microtransmisor.

Una de esas órdenes, directa y sucinta, transmitida en el lenguaje codificado de batalla de la Casa Croe, fue para Isak, el guardaespaldas personal de Croe. El corpulento guerrero de la casa, vestido con la armadura marrón de cuerpo entero, se

detuvo al pie de la escalera de la torre y se volvió, tras dar por recibida la orden de su señor. Corrió atravesando la plaza hasta el vehículo oficial blindado que había traído a Croe hasta la Puerta Sondar, y se dirigió a toda velocidad a La Cúspide.

Alarmas y sirenas empezaron otra vez a aullar. En los campamentos de refugiados del Distrito Comercial y demás espacios abiertos de La Colmena, la multitud era presa del pánico. Habían visto desactivarse el Escudo. Habían buscado afanosamente la seguridad de La Colmena y ahora esa seguridad ya no existía.

En estampida, dos millones y medio de refugiados empezaron a avanzar hacia el norte, hacia el río, atascando todas las calles. Esa multitud enorme fue rebasada rápidamente por los ciudadanos de los habitáculos internos, las familias de trabajadores y los agremiados menores, que en cuestión de segundos habían visto desaparecer aquello que los protegía de Zoica. En pocos minutos, La Colmena empezó a desangrarse con una hemorragia de gente, ríos de civiles que gritaban, presas del pánico, encaminándose hacia un río que no tenían esperanzas de atravesar.

Lord Heymlik Chass miró desde su escritorio a través de la ventana de cimacio. El estilete cayó de su mano temblorosa e hizo un borrón de tinta color violeta sobre las páginas de su diario. Se puso de pie, derribando la silla ornamental en la que estaba sentado y se acercó con paso vacilante a la ventana, apretando las manos sobre el cristal emplomado.

—Oh, Salvadore —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué has hecho?

Su hija entró en tromba en la estancia en camisa de dormir mientras sus aterradas doncellas intentaban cubrirla con una bata de terciopelo. En el vestíbulo se oían los gritos y el ir y venir de los guardaespaldas de la Casa Chass. Lord Chass vio, al volverse, el miedo y el desconcierto en los ojos de su hija.

La apretó entre sus brazos.

—Me han despertado las alarmas, padre. ¿Qué…?

—Shhh. No te pasará nada, Merity. —Le acarició el cabello manteniendo la cabeza de la joven apoyada sobre su pecho.

—¿Doncellas?

Las muchachas le respondieron con una reverencia. También ellas estaban aterrorizadas y a medio vestir.

—Llevad a mi hija al Refugio AA/6. Ahora mismo.

—El chambelán está preparando el refugio de la casa, señor —dijo la doncella Wholt.

—¡Olvidaos del refugio de la casa! ¡Escoltadla ahora a aa/6 en los niveles subterráneos!

—¿Un bunker municipal, señor? —dijo con voz entrecortada la doncella Francer.

—¿Qué pasa? ¿Es que las dos sois sordas y tontas? ¡A los niveles subterráneos! ¡Ahora!

Las doncellas se pusieron en movimiento tirando de Merity, que se aferraba a su padre. El llanto le impedía articular palabra.

—Ve, hija de Chass. Ve ahora. Yo te seguiré enseguida. ¡Te ruego que vayas!

Las doncellas consiguieron sacar a rastras a la llorosa hija de la estancia y encaminarla hacia los ascensores de la Torre.

—¡Rudrec!

A un grito de lord Chass, el jefe de su guardia personal apareció en la puerta. Todavía venía abotonándose la adornada armadura, pero ya tenía el arma preparada y desenvainada. Saludó a su señor con una inclinación de cabeza.

Lord Chass le entregó un pequeño estuche de seda.

—Ve con mi hija. Asegúrate de que llegue sana y salva al refugio municipal. Es el único que servirá, el único lo bastante profundo. Entrégale esto: unos cuantos objetos familiares. Asegúrate de que los reciba.

Rudrec se guardó el estuche debajo de la cota de mallas.

—Es mi deber escoltaros también a vos, señor. Yo…

—Eres un buen hombre, Rudrec. Has servido a esta casa con lealtad. Vuelve a servirla haciendo lo que te ordeno.

Rudrec vaciló un instante. Por primera y última vez en su vida miró a su señor directamente a los ojos.

—¡Ve!

Una vez solo, mientras en el vestíbulo todo eran ruido de pasos y voces, Chass se puso sus ropas ceremoniales, su bicornio y sus guantes de seda. Estaba temblando, pero era sobre todo de rabia. Introdujo el sello ducal en el bolsillo de su chaqueta, se puso el pesado anillo de sello en el dedo enguantado y deslizó una pistola bolter compacta de un solo disparo con cachas taraceadas en el bolsillo interior de la manga de su túnica. A continuación introdujo un puñado de balas.

Chass salió al corredor y detuvo a tres miembros de su guardia, que lo saludaron vacilantes.

—Seguidme —les ordenó.

No hacía todavía cinco minutos desde que se había desactivado el Escudo y las primeras bombas zoicanas empezaron a llover sobre el interior de La Colmena. Fue como si ya hubieran tenido su artillería, sus Cañones Estremecedores, sus morteros de asedio, sus puestos de misiles, apuntados, listos, a la espera.

Oleada tras oleada de aulladores misiles sobrevolaban el Telón Amurallado y hacían impacto sobre el distrito central. Las ondas de choque de las explosiones arrasaban manzana tras manzana, bloqueando las carreteras arteriales con escombros, originando incendios que abarcaban docenas de estructuras habitacionales de gran

altura. Miles de moradores, tanto los que se habían refugiado en sus casas como los que huían por las calles, fueron aniquilados o quedaron mutilados e indefensos.

Los proyectiles de los morteros de asedio entraban por la Puerta Sondar y dejaban sus huellas en el recinto de piedra de la Plaza de la Comandancia. Secciones enteras de muralla, afiladas como espadas, salían disparadas y decapitaban o aplastaban desde atrás a los soldados de las murallas. Las elegantes líneas de las estatuas que bordeaban la plaza quedaron destrozadas por las ráfagas o totalmente desintegradas.

El bombardeo generalizado alcanzó a las fábricas situadas junto a la Puerta Croe. Filas enteras de talleres y almacenes se incendiaron y las llamas se hicieron fuertes y avanzaron hacia el oeste, hacia las moradas de los trabajadores. Un bombardeo similar, apoyado por cohetes tierra-tierra, empezó a castigar sistemáticamente las moradas y las fábricas que quedaban detrás del Hass Occidental, y el impacto que producían al caer se difundía hacia el norte, penetrando en el sector de élite. Las propiedades de los gremios y las fincas de las casas comunes fueron destrozadas y arrasadas.

El bombardeo y las espantosas ondas dirigidas contra el Hass Oriental hicieron un agujero de cien metros de ancho donde antes habían estado el Telón Amurallado y la Puerta Ontabi, y mientras las ondas dirigidas eran reorientadas hacia los habitáculos internos y las secciones superiores de la Muralla, la columna blindada zoicana y la infantería que llenaba la Autopista de Vannick empezaron a entrar por la brecha. Las fuerzas de tierra zoicanas hicieron su primera entrada real en la Colmena Vervun apenas trece minutos después de la desactivación del Escudo, aunque, para entonces, las fuerzas insurgentes con las que se había topado el sargento Varl ya hacía tiempo que se habían introducido en la ciudad.

Las bombas de largo alcance, de unos dos mil kilos cada una, lanzadas desde bases rodantes montadas sobre vías improvisadas rápidamente en los pastizales del sur, silbaban y aullaban al caer sobre el Distrito Comercial y los suburbios mercantiles. Las casas de trueque volaron por los aires y sus ricos cortinajes se encendieron lanzando llamas tan candentes como el núcleo de una estrella. A su vez, las ondas de choque derribaban otros edificios y las potentes bombas dejaban enormes cráteres en la base de rococemento de La Colmena. Cientos de miles de refugiados seguían intentando, infructuosamente, abandonar los espacios comerciales. La mayoría moría en los incendios o era aniquilada por las bombas. Algunos de los cráteres tenían quinientos metros de diámetro.

Los ataques con bombas y misiles empezaron a fustigar a la mismísima Cúspide. En cientos de lugares empezaban a verse grietas y agujeros en la superficie adamantina del edificio más alto de la ciudad. En cinco o seis niveles ya había incendios descontrolados. La Casa Nompherenti, del Nivel 68, recibió el impacto directo de un cohete incendiario que acabó con todo ese noble linaje. Sufrieron unas muertes torturadas y horribles en medio del horno de los tapices, muebles y cortinajes de su lujosa mansión. El propio lord Nompherenti, presa de las llamas de pies a

cabeza, corrió gritando un centenar de pasos y se precipitó desde el balcón elevado de su salón de banquetes. Su cuerpo en llamas, que iba dejando una estela de fuego como la de un cometa, cayó desde mil quinientos metros hasta los techos del distrito central.

El general Xance, con los restos de una vanguardia de setecientos soldados del ColNor, intentaba abrirse camino entre el caos de fuego que era el oeste de la Puerta Croe cuando un bombardeo graneado empezó a castigar su ringlera de camiones y transportes de tropas *Chimera*. Vehículo tras vehículo explotaron, sembrando la calle de chatarra, de munición encendida y de columnas de combustible incendiado. Los soldados del ColNor abandonaron el convoy hacia ambos lados solo para morir bajo las bombas que caían por todas direcciones. El vehículo de Xance volcó por el impacto de una bomba que explotó en la carretera, a su lado. Xance se encontró rodeado en la oscuridad, en medio de un amasijo de hierros, por los restos ensangrentados de su estado mayor. En el aire había una llovizna fina y oscura que cayó en la cuenta de que era el vapor de la sangre pulverizada. Intentó moverse, pero el dolor lo atenazó. Una palanca le había atravesado el abdomen y estaba medio enterrado entre cadáveres descuartizados.

Apartó un trozo de pierna que tenía encima del pecho, tosiendo sangre, luego un torso desmembrado que todavía llevaba la insignia del ColNor y, a continuación, un brazo cortado.

Lo miró. Era suyo.

Las bombas no dejaban de caer alrededor, iluminando el espacio con fogonazos tan potentes que le quemaron los nervios ópticos. No producían ruido, al menos no para él. Sus tímpanos habían quedado destrozados por la explosión inicial. Sordo y ciego, la única sensación que le llegaba era la de la carnicería que tenía alrededor cuando las sacudidas del suelo y las ondas de choque lo removían todo.

Xance fue casi el último de sus setecientos hombres en morir. Acabó desangrado, aullando de impotencia, antes de que otra bomba lo desintegrara.

En la Casa de la Comandancia, el subcomandante Anko se quedó en silencio cuando su voz se redujo a un áspero murmullo después de tanto gritar órdenes. Se abalanzó hacia la mesa de mapas mientras el estado mayor iba de un lado para otro, desorientado e impotente.

La mesa de mapas ya no tenía sentido. Runas y sigilos parpadeaban, incapaces de seguir el avance del asalto, vacilando ante los datos contradictorios que llegaban sin parar a través de los atestados codificadores. Al cabo de un rato solo repetía los escudos de la casa, que eran lo que tenía programado por defecto.

Anko se enderezó y se apartó de la mentirosa mesa y su silencio. Se alisó la pechera del blanco uniforme, ajustó el cinturón bajo la protuberancia de su vientre y sacó su pistola automática.

Disparó ocho veces contra la mesa por desacato, luego cambió el cargador y disparó sobre dos de los asistentes que escapaban corriendo de él. Intentó gritar, pero solo le salió un gruñido ronco.

Corrió hacia la barandilla de hierro y empezó a disparar indiscriminadamente hacia el nivel inferior, matando o hiriendo a otros cinco oficiales tácticos y haciendo explotar un cogitador. El oficial Langana del CCVP y dos servidores intentaron reducirlo. Anko le disparó a Langana en un ojo y vació lo que quedaba en su cargador en la boca de uno de los servidores, volándole la parte superior de la cabeza.

Luego se desasió del otro servidor y se puso de pie. Se volvió hacia la gran ventana de observación, rebuscando otro cargador mientras el personal corría por todos lados presa del pánico.

Vio el misil con toda claridad. Le pareció que podía ver incluso las marcas a cuadros que rodeaban el cono de la ojiva, aunque sabía que era imposible dada la velocidad a la que se acercaba.

Incluso la estela que dejaba, los remaches de las costuras.

El misil penetró en la Casa de la Comandancia a través de la gran ventana, arrastrando hacia adentro una ráfaga de cristal de plomo con su onda balística supersónica antes de impactar sobre la pared trasera y detonar.

La lluvia de cristal astillado limpió de su considerable carga de carne los huesos del subcomandante Anko un milisegundo antes de que el misil destruyera la Casa de la Comandancia.

Una andanada de bombas estremecedoras cayó sobre la gran Basílica de la Eclesiarquía, al este del Distrito Comercial. El edificio de dos mil años de antigüedad, que había aguantado a pie firme las Guerras de Colonización, el Alzamiento Colonial, la lucha de poderes entre Piidestros y Gavundas e incontables episodios de inestabilidad y disturbios políticos, se hizo añicos como el cristal. El tejado estalló hacia fuera por las múltiples explosiones y millones de placas de pizarra se dispersaron sobre un área de kilómetros a la redonda, en vuelo rasante, como espadas. Las piedras de los muros, de dos metros de grosor, fueron arrasadas por el diluvio de fuego, que quebró e hizo volar los contrafuertes. Preciosas reliquias, casi tan antiguas como el propio Imperio, desaparecieron junto con los sacerdotes. Por las calles adyacentes corrían ríos de plomo derretido del tejado y de las ventanas. Muchos devotos del culto imperial, ciudadanos y clérigos, que habían sobrevivido al impacto inicial, se inmolaron en la pira del edificio, con su fe totalmente aniquilada.

En la Puerta Croe, el general Nash intentaba reorganizar a sus unidades asediadas y dirigirlas hacia el norte, hacia la brecha de Ontabi, aunque la puerta era objeto de fieros ataques por parte de los zoicanos.

La Casa de la Comandancia estaba desconectada y no había coordinación alguna de la defensa. Nash calculaba, correctamente, que tenía mil quinientos Excavadores de Roane y tres mil quinientos soldados de Vervun Primario. Había estado esperando apoyo del ColNor y de Xance, pero tenía la funesta sensación de que no iban a acudir. El martilleo de las bombas era abrumador.

Nash había estado en la infantería desde su ingreso en la Guardia, y había visto lo peor de lo que una guerra puede deparar a un soldado. En aquellas primeras horas del Gran Asalto, su mando y liderazgo no tuvieron igual en la Colmena Vervun. Estableció una densa resistencia en torno a la Puerta Croe que impidió la entrada a los invasores, y organizó una contramarcha de los dos tercios de sus fuerzas hacia el norte, hacia Ontabi y la brecha principal, que no estuvo en absoluto exenta de obstáculos.

Sus Excavadores de Roane, que jamás habían sido el regimiento más aclamado de la Guardia Imperial, demostraron su valía esa noche en los extremos orientales del Telón Amurallado de la Colmena Vervun. Se encontraron con la infantería zoicana, que invadía la colmena con certera determinación y no menor brutalidad.

Los Excavadores, a pesar de su fama de perezosos y de su actitud indolente, contuvieron durante dos horas y media la entrada del enemigo en Ontabi. Mil soldados de Roane, apoyados por las fuerzas residuales de Vervun Primario a las que servían de inspiración, abatieron a casi cuatro mil quinientos zoicanos y a casi un centenar de elementos blindados.

Nash murió en las ruinas de una morada de trabajadores al filo del amanecer, con diecisiete disparos en el cuerpo, cuando los zoicanos superaron por fin su última trinchera defensiva y entraron como enjambres en La Colmena. Tras replegarse, los sobrevivientes de Roane y de Vervun Primario mantuvieron la defensa, calle a calle, manzana a manzana, mientras las fuerzas zoicanas avanzaban imparables.

En la Puerta Sondar, las tropas de asalto zoicanas colocaron escalas y torres de asedio para pasar por encima del muro. El comandante Croe había perdido la cuenta de los soldados de armadura color ocre que había matado cuando una enorme máquina de guerra, muy parecida a una mantis religiosa, apareció atronadora en medio de la noche y enganchó sus enormes brazos a las torres de la Puerta Sondar, destruyéndolas. Los grandes miembros de la mantis se cerraron y formaron un puente que permitió a las tropas zoicanas superar finalmente las murallas.

Croe cayó cuando los enormes miembros de la máquina destruyeron totalmente el frente de la puerta fortificada.

Todavía yacía vivo entre los escombros al pie de la puerta derribada cuando las tropas zoicanas pasaron por la bayoneta a todos los cuerpos vivos que encontraron a su paso.

El comandante Croe murió, despedazado, cubierto de polvo e irreconocible, con una bayoneta zoicana clavada en el corazón.



CAPÍTULO 14

El camino imperial de la muerte

“ *¡Fiel al trono y duro de matar!».*

Del lema de batalla de los Sangreazul de Volpone.

—¡Ya basta! —gruñó Gaunt.

Los disparos que habían estado sacudiendo la corte marcial fueron cesando poco a poco. El aire olía a descarga de láser, a pólvora de los cartuchos y a sangre. Los

cadáveres de los CCVP cubrían el suelo y las astilladas gradas de madera. Entre ellos había uno o dos Sangreazul.

La media docena aproximada de oficiales del CCVP que sobrevivió, algunos heridos, había sido acorralada en una esquina, y Gilbear y sus hombres, rebosantes de adrenalina, estaban a punto de ejecutarlos.

—¡Alto el fuego! —dijo Gaunt terminante, colocándose delante de Gilbear, cuyos ojos brillaban de furia y parecía poco dispuesto a deponer el arma humeante—. ¡Alto el fuego, he dicho! Hemos venido a impedir la actuación de un tribunal ilegal. ¡No pongamos las cosas peores tomándonos la justicia por nuestra propia mano!

—¡Usted puede hacerlo! ¡Es un comisario! —rugió Gilbear con el beneplácito de sus hombres.

—Cuando llegue la hora… no aquí. Ustedes, busquen grilletes y métanlos en las celdas.

—Haga lo que dice, Gilbear —dijo Sturm, acercándose y desviando la pistola.

Los soldados Sangreazul empezaron a empujar a los prisioneros sacándolos de la estancia.

Gaunt echó un vistazo alrededor. Pater estaba sentado contra la pared opuesta, mientras Bwelt abanicaba su cara pálida con una pizarra. Daur estaba liberando a los narmenianos acusados.

El lugar era una ruina. Las tropas de élite de Sturm habían matado a casi dos tercios de los representantes del CCVP presentes en una acción brutal que había durado dos minutos y había costado la muerte de tres de los suyos. Tarrian estaba muerto, con la caja torácica destrozada como el casco de un barco quemado.

Gaunt llegó hasta donde estaba Kowle. El comisario, sentado en una de las gradas bajas, se llevaba la mano a la herida que tenía en el bíceps del brazo derecho.

—Este es el final de su carrera, Kowle. Usted sabía perfectamente que esto era un abuso de la ley. Me encargaré personalmente de que se lo expulse de la carrera. Un final desgraciado para un Héroe del Pueblo.

Kowle levantó lentamente la mirada y la clavó en los ojos oscuros de Gaunt. No dijo nada, porque no quedaba nada por decir.

Gaunt apartó la mirada de aquellos perturbadores ojos color arena. Recordó las primeras semanas de la campaña de Balhaut. Sirviendo como parte del cuadro de mando de Slaydo se había encontrado con Kowle y sus maneras disolutas y depravadas. Gaunt había pensado que representaba los aspectos más negativos del comisariado. Después de un informe sobre un castigo innecesario en el que Kowle había hecho azotar a un hombre hasta la muerte por llevar en la gorra un distintivo que no le correspondía, Gaunt había hecho uso de toda su influencia ante el señor de la guerra para que se trasladase a Kowle a otro destino en el continente sudoccidental, lejos del frente principal. Se daba cuenta ahora de que ese había sido el comienzo de la declinación de la carrera de Kowle, una declinación que lo había llevado hasta la Colmena Vervun. No podía dejarlo pasar. Se volvió.

—Aquí tuvo una oportunidad, Pius. La oportunidad de hacer el bien. Usted tiene la fuerza que necesita un comisario, pero no tiene… control. Estuvo demasiado ocupado disfrutando del poder y el prestigio de ser el principal comisario imperial ante los ejércitos de Verghast.

—No —le dijo Kowle en voz baja—. No me dé lecciones. No me llame por mi nombre como si fuera mi amigo. Usted tiene miedo de mí porque tengo la fuerza que le falta. Sucedió lo mismo en Balhaut cuando era el perro faldero de Slaydo. Pensó que podría eclipsarlo, de modo que se aprovechó de su posición para hacerme a un lado.

Gaunt abrió la boca, atónito. Por un momento le faltaron las palabras.

—¿Es eso lo que cree? ¿Que informé sobre usted para favorecer mi propia carrera?

—Es lo que sé. —Kowle se puso de pie, enjugándose la sangre que le caía de la mejilla—. En realidad, me alegro de que esto se haya acabado para mí. Puedo irme al infierno sabiendo que usted habrá perdido aquí. La Colmena Vervun no sobrevivirá con tipos como usted y Sturm al mando. Les faltan agallas.

—Y usted sí las tiene —rio Gaunt.

—Habría llevado esta Colmena a la victoria. Es cuestión de valor, de voluntad de hierro, de tomar decisiones que tal vez no gusten mucho, pero que sirvan a la causa de un mayor triunfo.

—Me alegro de que la historia nunca tenga la oportunidad de demostrarle lo equivocado que está, Kowle. Deponga su arma y entregue sus insignias.

Kowle permaneció inmóvil un momento, luego arrojó al suelo su pistola y sus insignias. Gaunt las miró y después se alejó.

—Póngame al tanto de la situación de arriba —dijo Gaunt a Sturm—. Al llegar dijo que estaban asaltando La Colmena.

—Un asalto en todos los frentes. Tenía mal aspecto, Gaunt. —Sturm esquivaba el contacto visual con el comisario de Tanith—. El comandante Croe estaba ordenando un despliegue total para rechazarlo.

—¿Señor?

Gaunt y Sturm giraron sobre sus talones. El capitán Daur estaba allí, con el rostro alarmantemente pálido. Tenía en las manos una placa de datos.

—Usé el enlace del codificador de las mazmorras para acceder a la Casa de la Comandancia. Pensé que querrían una actualización y…

Su voz se fue apagando.

Gaunt cogió la placa y la leyó, pulsando el cursor rúnico para seguir los datos iluminados. Casi no podía creer lo que estaba viendo. La información era de hacía media hora. El Escudo estaba desactivado. Los asaltos generalizados y las bombas habían caído sobre toda La Colmena. Las fuerzas zoicanas ya estaban en el interior del recinto amurallado.

Gaunt se volvió hacia Grizmund y los demás narmenianos, que flexionaban sus miembros agarrotados y se pasaban unos a otros una botella de agua. Había acudido allí por una cuestión de justicia individual y, en cuanto había vuelto la espalda, el infierno se había abatido sobre la Colmena Vervun.

Casi dudaba de que quedara todavía algún lugar al que regresar en la superficie.

Bajo el mando coordinado del mayor Rawne y el coronel Corday, las unidades de Tanith y Volpone, que defendían con coraje inquebrantable la Puerta Veyveyr, resistieron durante seis horas el asalto zoicano, sometidas a un bombardeo de nivel inconcebible. No se advertía mengua en el avance despreocupado de la infantería zoicana, y cientos de metros de superficie al otro lado de la puerta estaban sembrados de enemigos muertos. A lo largo de las posiciones de las explotaciones de mineral de la cima de la Escombrera, los hombres de Mkoll y los Escombreros de Ormon protegían la zona con experiencia indudable.

Mkoll se comunicó con Rawne por su enlace de voz cuando se les acabaron las municiones. Ambos habían enviado peticiones de reabastecimiento inmediato a la Casa de la Comandancia, pero la comunicación estaba cortada y a ninguno de los dos les gustaban los grandes incendios que se veían a sus espaldas, en el corazón de la colmena.

Larkin, situado en una chimenea con MkVenner y Domor, había matado personalmente a treinta y nueve. Era su record absoluto, pero no tenía ni tiempo ni entusiasmo para celebrarlo. Cuantos más mataba, tanto más clara veía en su mente calenturienta la imagen de la cara descubierta del zoicano.

En el extremo de la posición de Veyveyr, Bragg se quedó sin munición para su lanzacohetes y se deshizo de él. De todos modos, se estaba recalentando. Su ametralladora se encasquilló después de unos cuantos disparos, de manera que bajó a la trinchera, manteniendo su corpachón más bajo que el parapeto, ya que el fuego láser no paraba de castigarlo. Allí se apoderó de una ametralladora pesada montada sobre un trípode cuya dotación había sido eliminada.

Cuando empezaba a tirar del disparador del arma pesada, vio que Feygor daba una vuelta en redondo y caía cerca de él. Un disparo láser le había atravesado la garganta.

Lesp, el médico de campo que atendía la trinchera, se acercó a Feygor, dejando a un Volpone herido en el vientre y al que ya no le hacía falta su ayuda.

—¿Está bien? —le gritó Bragg.

Lesp luchaba con Feygor, que se debatía. Intentaba colocar vendas húmedas sobre la superficie chamuscada del cuello y abrir una vía de aire.

—¡Tiene la tráquea destrozada! ¡Ayúdeme a sostenerlo!

Bragg disparó una o dos veces más y bajó del nido del rifle automático para dirigirse a donde estaban Feygor y el enclenque médico. Tuvo que emplear al

máximo sus enormes fuerzas para sujetar a Feygor mientras Lesp trabajaba. El disparo láser había cauterizado la herida, de modo que casi no había sangre, pero el calor había fundido la laringe y la tráquea, formando un nudo cartilaginoso, y Feygor se estaba ahogando.

Tenía los ojos en blanco por el dolor y el miedo, y de su boca salían sonidos secos al proferir maldiciones silenciosas.

—¡Por Feth! —Lesp arrojó a un lado, disgustado, el pequeño escalpelo de mango plástico y sacó su largo cuchillo Tanith de plata. Lo clavó en la garganta de Feygor por debajo de la masa ennegrecida de la herida chamuscada y practicó una hendidura en la tráquea de tamaño suficiente como para introducir un tubo hasta el pecho.

Feygor empezó a respirar otra vez, produciendo un gorgoteo a través del tubo.

Lesp le gritó a Bragg algo que quedó sofocado por la explosión de una bomba que cayó cerca de donde estaban.

—¿Qué?

—¡Tenemos que sacarlo de aquí!

Bragg alzó a Feygor en sus brazos sin más y empezó a correr con él por las líneas.

Las unidades Tanith que habían mantenido su posición en Veyveyr dos noches antes abandonaron su asentamiento temporal en cuanto se desactivó el Escudo. Corbec iba al mando y el pelotón del sargento Baffels, con él.

A falta de órdenes de la Casa de la Comandancia, Corbec había accedido a avanzar en dirección oeste mientras las fuerzas ColNor del coronel Bulwar lo hacían hacia el este, con la esperanza de reforzar las posiciones de Veyveyr y Croe.

En estrechos enclaves de las fábricas, por detrás de lo que había sido en una época la orgullosa terminal ferroviaria de Veyveyr, la columna de Corbec se topó con fuego cruzado del oeste. Corbec se dio cuenta, horrorizado, de que si bien era posible que Veyveyr todavía resistiera, el enemigo estaba entrando a borbotones por la quebrantada Puerta Sondar. Organizó una resistencia encarnizada en una estructura fabril denominada Agrícola del Gremio Githran, e intentó comunicar su situación por radio a Rawne y Corday.

Por fin respondió Corday, pero a Corbec le llevó un buen rato convencerlo de que las fuerzas enemigas, ya introducidas en la Colmena interior, amenazaban con rodear la sólida defensa de Veyveyr.

Escogieron cada uno una ventana, tosiendo por el polvo que el bombardeo levantaba de las viejas tablas del suelo.

Milo vio los disparos láser que atravesaban los revestimientos de tableros de fibra del maltrecho edificio, también oyó la respiración entrecortada de los lanzallamas. El temible enemigo estaba ahí fuera.

Desde las ventanas, siguiendo las órdenes de Baffels, dispararon a discreción. Era difícil ver a qué le daban.

Filain y Tokar dieron gritos de victoria al colegir que habían derribado a sendos zoicanos.

Rhys, una ventana más abajo que Milo, dejó de disparar y se aflojó como si estuviera muy cansado.

Milo se dio la vuelta y lo llamó a gritos, hasta que reparó en un agujero de láser que tenía en la frente.

Una bomba cayó sobre un almacén cercano y el edificio se sacudió.

La voz del coronel Corbec les llegó por el enlace de voz, calma y seria.

—Esta es la definitiva, chicos. A hacerlo bien o morir.

Milo colocó una nueva batería de energía y siguió disparando junto con el resto de su pelotón desde las ventanas melladas por las balas.

Más de trescientos Tanith seguían descansando en su improvisado alojamiento de la planta química cuando se desactivó el Escudo y empezó la matanza. El sargento Bray, que era el oficial de mayor graduación, les ordenó vestirse y armarse enseguida y pidió instrucciones por radio a la Casa de la Comandancia.

La Casa de la Comandancia no contestaba. Bray no tardó en descubrir que no podía comunicarse ni con Corbec ni con Rawne ni con Gaunt… ni con ninguna autoridad militar. Los enlaces de voz que todavía funcionaban solo transmitían voces de pánico o los insidiosos mensajes del enemigo.

Bray tomó una decisión, la más importante que había tomado a lo largo de su carrera. Sacó a los Tanith que tenía a su cargo de su acuartelamiento e hizo que se cavaran sus escondites en el erial cubierto de escombros que había detrás y que había sido el resultado del primer bombardeo al inicio de la guerra.

Fue una decisión sabia, inteligente. Gaunt les había dado muy buenas lecciones de táctica, y Bray las había seguido con interés. Un avance hacia la Puerta Sondar y la Plaza de la Comandancia, que estaban a tres kilómetros hacia el sur, habría sido una locura teniendo en cuenta la falta de información fiable. Haberse quedado donde estaban los habría dejado encerrados en un amplio sector de almacenes difícil de defender.

El erial de escombros era lo que los Fantasmas necesitaban. Allí podían cavar, esconderse y formar un frente sólido.

Como para confirmar la decisión de Bray, el fuego de morteros arrasó los alojamientos de la planta química veinte minutos después de que se hubieran retirado los hombres de Tanith. Unidades de asalto de la infantería zoicana se metieron en el erial media hora más tarde y fueron aniquiladas por los bien pertrechados Fantasmas. En las horas que siguieron, los hombres de Bray liquidaron a más de dos mil soldados

vestidos de ocre y empezaron a formar una línea de resistencia que obstaculizó la acometida zoicana proveniente de la Puerta Sondar.

Luego empezaron a llegar los tanques, que avanzaban por las carreteras arteriales que atravesaban el arrasado erial y que comunicaban con la Plaza de la Comandancia. Eran máquinas ligeras y rápidas pensadas para el apoyo de la infantería, pintadas de ocre y cubiertas con redes y con torretas en el casco principal, en las que llevaban montados pares de cañones de pequeño calibre. Bray había barrido con todas las granadas trazadoras y lanzagranadas que había podido encontrar entre las reservas del acuartelamiento, y sus hombres empezaron la caza de los tanques entre los escombros del erial, dejando sus rifles láser en sus escondites para poder transportar, apuntar y cargar los lanzagranadas. En tres horas de intensa lucha destruyeron veinte máquinas. La calzada de las vías arteriales estaba cubierta de chatarra cuando las unidades blindadas más pesadas, enormes tanques de guerra y cañones superpesados autopropulsados, empezaron su atronador avance hacia el distrito de las plantas químicas.

Caffran se afirmó para aguantar el retroceso del lanzagranadas y disparó un proyectil que fue directo al depósito de combustible de un tanque de asedio que se aproximaba y le voló la torreta. Polvo y escombros se abatieron sobre su posición y Caffran salió corriendo hacia el hoyo siguiente junto con el soldado Trygg, que le sostenía la cinta de los proyectiles.

Caffran podía oír la voz de Bray, que gritaba órdenes cerca de él.

Resbaló en una alcantarilla abierta y chapoteó en el cieno que le llegaba al tobillo. Detrás de él, Trygg decía algo, pero Caffran no lo estaba escuchando realmente.

Estaba empezando a llover. Con el Escudo desactivado, los habitáculos internos estaban expuestos al agua. En un cuarto de hora, el erial se convirtió en una ciénaga aceitosa. Caffran llegó hasta las ruinas de una morada y buscó un buen punto para hacer fuego. A cien metros de distancia, los lanzagranadas de Tanith rugían y disparaban sus proyectiles para frenar el avance de los zoicanos. Cada tanto se oía un estampido y los disparos de los tanques pasaban por encima de sus cabezas.

Caffran estaba empapado. La lluvia había reducido la visibilidad a treinta metros. Se subió a los restos chamuscados de un viejo sillón y se alzó hasta una ventana en el tejado desde la cual tenía una buena perspectiva del desolado terreno.

—¡Dame unos cuantos cargados! —gritó hacia abajo, dirigiéndose a Trygg. Trygg le contestó algo ininteligible y cayó, partido en dos a la altura de la cintura. Las tropas de asalto de color ocre inundaron el interior de la ruina, por debajo de Caffran, disparando a diestro y siniestro. Un disparo dio contra la cinta de granadas de Caffran y este salió despedido del edificio y cayó fuera, entre los escombros.

Caffran logró ponerse de pie mientras los zoicanos corrían hacia él por tres lados. Sacó su cuchillo Tanith y se lo clavó al más próximo entre los ojos. Al siguiente le asestó un golpe con el tubo lanzagranadas que lo derribó.

Otro le disparó y erró el tiro.

Caffran se escabulló rodando sobre el suelo y disparando su lanzagranadas cargado. El disparo alcanzó al zoicano en la tripa, lo levantó veinte metros en el aire y lo hizo pedazos.

Se oyó el disparo de un láser y un zoicano al que Caffran no había visto cayó muerto detrás él.

Echó una mirada alrededor.

Llevando en sus manos la pistola láser que Caffran le había dado como regalo, Tona Criid salió de su escondite. Se volvió una vez, matando a otro zoicano con un doble disparo.

Caffran la cogió de la mano y ambos corrieron para ponerse a cubierto en una morada cercana mientras docenas de zoicanos avanzaban disparando contra ellos.

Protegidos por el edificio en ruinas, Caffran la miró, ambos tenían la cara cubierta de hollín.

—Caffran —dijo.

—Criid —respondió la chica.

Los zoicanos estaban a las puertas, disparando hacia el interior.

—Encantado de conocerte —dijo Caffran.

Las jaulas elevadoras los condujeron hasta el Nivel Sub-6 antes de que fallara la alimentación eléctrica en el Submundo y los ascensores se pararan con un chirrido. Por el hueco caía una nube de hollín y polvo.

Salieron de los ascensores arrastrándose a través de unas puertas enrejadas que habían quedado a media altura del piso siguiente, y se encontraron en un corredor de acceso mal iluminado entre las plantas de tratamiento de agua.

Gaunt y Bwelt tuvieron que tirar de Pater para sacarlo del ascensor y depositarlo en el suelo. El anciano jadeaba y se negó a seguir adelante.

Gilbear y sus soldados se habían dispersado en abanico por el corredor con sus armas preparadas. Daur vigilaba a Kowle mientras Sturm intentaba encender el extremo deshilachado de un cigarro. Grizmund y sus oficiales estaban tensos y alertas. Se habían armado con las escopetas que les habían sacado a los muertos del CCVP.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Gaunt a Bwelt.

—Nivel Sub-6. Una sección por debajo de La Colmena.

Gaunt asintió.

—Necesitamos acceder a una escalera.

Un poco más abajo, por el húmedo corredor, uno de los hombres de Gilbear anunció que había encontrado una.

—Quédese con él y haga que camine cuando esté en condiciones —le dijo Gaunt a Bwelt, señalando a Pater.

Luego se llegó hasta Grizmund.

—En cuanto lleguemos a la superficie, necesito que vuelva con sus unidades.

—Haré todo lo que pueda —asintió Grizmund—. Una vez que me haya reunido con ellos, ¿qué canal debemos usar?

—Diez noventa gamma —replicó Gaunt. Era la antigua longitud de banda de Hyrkan—. Yo voy hacia lo alto de la Torre para intentar reactivar el Escudo. Utilice ese canal para coordinar. La contraseña es «Tío Dercius».

—¿Tío Dercius?

—No la olvide, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —volvió a asentir Grizmund—. Y tampoco olvidaré lo que ha hecho hoy, coronel-comisario.

—Salga ahí y demuestre que merece la confianza que tengo depositada en usted —gruñó Gaunt—. Necesito a la unidad armada narmeniana en pleno rendimiento para no perder este lugar.

El general Grizmund y sus hombres pasaron ante él y subieron corriendo por la escalera.

—Da la impresión de que hubiera tomado el mando, Gaunt —dijo Sturm ladinamente.

Gaunt se volvió hacia él.

—A falta de otras voces de mando…

De la cara de Sturm desaparecieron la sonrisa y el color.

—Todavía soy aquí el comandante de la Guardia de más alto rango, Ibram Gaunt. ¿Acaso lo ha olvidado?

—Hace tanto tiempo que no da una sola orden, Noches Sturm, que probablemente lo haya olvidado.

Los dos hombres se enfrentaron en aquel corredor bajo y húmedo de los sótanos. Gaunt no estaba dispuesto a volverse atrás.

—No tenemos elección, mi querido coronel-comisario: una retirada táctica en toda regla. La Colmena Vervun está perdida. Son cosas que pasan y hay que ir acostumbrándose.

—Puede que usted lo haga. Tal vez tenga más experiencia que yo en esto de salir corriendo.

—¡Cerdo rastrero! —rugió Gilbear lanzándose hacia adelante.

Gaunt le dio un puñetazo en la cara que lo hizo caer al suelo.

—Levántese y vaya acostumbrándose a mí, Gilbear. Nos espera una tarea gigantesca y necesito lo mejor de los Volpone.

Las tropas Volpone empezaban a arracimarse en torno a ellos y hasta Pater se puso de pie para ver mejor lo que pasaba.

—Hay que reactivar el Escudo. Es una prioridad. Tenemos que llegar a la cúspide de la Torre y hacerlo. No se enfrente a mí ahora. Ya habrá tiempo más que suficiente para eso después.

Gaunt alargó la mano para ayudar a Gilbear a ponerse de pie. El corpulento Sangreazul vaciló y luego aceptó la ayuda.

Gaunt tiró de él y lo mantuvo a la altura de su cara.

—Veamos entonces qué clase de soldado es usted, coronel —dijo el Sangreazul.

Subieron por la oscura escalera hasta el Nivel Bajo-2 y allí encontraron unos montacargas que todavía funcionaban. La imponente Torre se estremecía en torno a ellos, sacudida por la arremetida del enemigo.

Apiñados en un montacargas, los Volpone comprobaban sus armas bajo la supervisión de Gilbear. Sturm estaba a un lado, en silencio. Gaunt se dirigió hacia donde estaban Daur y su prisionero.

—¿Ban?

—¿Señor?

—Necesito un esquema del sector superior de la Torre. Lo que pueda conseguir.

Ban Daur hizo un gesto afirmativo y empezó a buscar datos en su placa.

—Salvadore Sondar tiene el control absoluto del mecanismo del Escudo —dijo Kowle de repente—. Existe en el Nivel Supremo-700. Su palacio está protegido con seguridad de nivel obsidiana.

Gaunt miró a Kowle con perplejidad.

—Por un momento he tenido la impresión de que estaba intentando ayudar, Pius.

Kowle escupió en el suelo.

—En realidad, no quiero morir, Ibram. Conozco esta Colmena. Sé cómo funciona. Sería el maldito bastardo que usted cree que soy si no pusiera mis conocimientos a su servicio.

—Prosiga —dijo Gaunt, con cautela.

—Salvadore Sondar ha estado al borde de la locura desde que lo conozco. Vive recluido. Prefiere pasar el tiempo en un tanque de conciencia dentro de sus aposentos. A pesar de todo tiene control absoluto de las defensas de La Colmena. Están conectadas a su cerebro. Si intenta volver a activar el Escudo, tendrá que enfrentarse al altísimo señor.

La jaula del ascensor se sacudió al recibir la Torre la onda de choque de una explosión. Gaunt miraba por la puerta de la jaula mientras subían y vio pasar una sucesión parpadeante de salas vacías, luego otras llenas de moradores que gritaban y golpeaban los barrotes de la jaula. Pasaron por niveles ennegrecidos por el fuego, donde había esqueletos retorcidos y calcinados por el calor de las bombas incendiarias aferrados a las puertas del ascensor.

Uno de los niveles estaba en llamas y se encogieron al atravesar las llamaradas.

Daur le pasó a Gaunt la placa con un plan del nivel superior de la Torre.

«Otros cuatrocientos niveles —pensó Gaunt, observando las luces del panel indicador del ascensor—, y el altísimo señor y yo nos veremos las caras».

Lord Chass y sus tres guardaespaldas habían llegado al Nivel Supremo-700 y forzaron la entrada a través de las puertas de chorro sin energía.

Fueron recibidos con disparos en cuanto llegaron. Uno de los guardaespaldas murió de inmediato de un tiro en la cabeza.

Chass sacó su pistola y disparó mientras sus guardaespaldas desenfundaban sus cañones manuales y lanzaban ráfagas trazadoras por el atrio de paredes de mármol.

Un disparo láser alcanzó a lord Chass en una rodilla y lo hizo caer boca abajo sobre la alfombra. El dolor fue lacerante, pero no gritó. Sus guardaespaldas corrieron hacia él y ambos fueron derribados por fuego láser.

La sangre le salía a borbotones por la herida de la pierna. Lord Chass sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Se arrastró hacia adelante, unos cuantos centímetros cada vez, empapando la valiosa alfombra con su sangre. No podía ver qué o quién le disparaba. El atrio estaba hecho de piedra cipolina verde y decorado con los estandartes de la Casa Sondar. Los globos de iluminación colgaban de cadenas del alto techo. En el extremo más alejado del atrio, una amplia arcada daba entrada a la sala de audiencia, la capilla Sondar y la residencia privada.

Se dejó caer pesadamente detrás de una jardinera de piedra caliza y puso un nuevo cargador en su pistola compacta. Pensó en coger una de las pistolas láser de los guardias caídos, pero estaban en posiciones muy expuestas, y los protectores invisibles de Sondar mantenían el suelo alfombrado bajo un fuego constante.

Luego cesaron los disparos. Dos marionetas de carne aparecieron en la arcada: una mujer con una capa, un joven desnudo cubierto con pintura corporal dorada, algo maloliente y demacrado, que ya casi no tenía forma humana. Ambos se tambaleaban y tenían los ojos en blanco. En sus manos llevaban rifles láser. Salieron con paso vacilante al atrio, colgando casi inertes de los tubos y cables de alimentación que salían de un riel escondido en el techo. Aunque sus ojos no se movían, parecía que de alguna manera detectaban su presencia. Chass supo que estaban guiados por sistemas de calor y movimiento conectados a las paredes del palacio. Volvieron a disparar, arrancando astillas a la jardinera y acertándole a Chass en el pie y la pantorrilla de la pierna que ya tenía herida. Disparó su arma de un solo disparo y arrancó la cabeza al joven que, a pesar de todo, seguía avanzando y disparando.

Una ráfaga repentina de fuego láser barrió el atrio e hizo pedazos a las marionetas, de las que solo quedaron unos cuantos jirones de carne colgando de los cables.

Cuatro hombres atravesaron el vestíbulo desde la entrada principal. Chass reconoció la armadura ceñida de color marrón que los identificaba como miembros de la guardia personal de Croe. Isak iba al frente de ellos. Se arrodilló junto a lord

Chass mientras sus compañeros cubrían la arcada. Isak inclinó la cabeza en señal de respeto ante el noble, luego buscó en sus bolsillos vendajes de campo.

—¿Lo envía el comandante?

—Tengo instrucciones de hacer lo que sea necesario para reactivar el Escudo, señor. Eso incluye la eliminación del altísimo señor Sondar y sus fuerzas.

«Por fin Croe tiene el mismo objetivo que yo», pensó Chass. No sentía dolor mientras Isak manipulaba sus heridas. Estaba frío y todo le parecía distante.

—Ayúdeme a levantarme —le dijo al guardaespaldas—. Necesitará la huella genética de un noble para activar los sistemas del Escudo.

Isak asintió y levantó a lord Chass cogiéndolo por debajo de los brazos como si fuera una pluma. Desde el otro lado de la arcada se oyeron más disparos.

En la columnata que había más allá del atrio, un largo claustro de vigas de madera y balcones superiores con techo de cristal emplomado, los hombres de Isak se habían encontrado con más marionetas. Algunas aparecían en las galerías superiores, otras avanzaban por el largo claustro. Los guardias de la Casa Croe estaban parapetados cerca de la arcada.

Lord Chass, que se apoyaba pesadamente en Isak, notó un olor. Un aroma picante que le hizo arder las fosas nasales, más penetrante y sutil que el olor que los disparos dejaban suspendido en el aire.

—¿Qué es ese olor? —dijo en un susurro, como para sus adentros.

—El Caos —dijo Ibram Gaunt.

Chass e Isak se volvieron para mirar desde la arcada en la que se habían refugiado y vieron a Gaunt conduciendo al equipo de la élite Sangreazul por el atrio con silenciosa precisión. Daur, Kowle y Sturm estaban al final de la línea, y Gilbear junto al comisario. Todos llevaban sus armas preparadas.

—Da la impresión de que compartimos una misión —dijo Gaunt, secamente.

Luego hizo un gesto a Gilbear y el Volpone desplazó a tres de sus siete hombres para cubrir el extremo opuesto de la arcada. En un momento, habían sumado la fuerza considerable de sus armas antiabominación a la contienda.

—*Sic semper tyrannis* —susurró Chass y sonrió a Gaunt—. Sabía que serviría a la Colmena Vervun con auténtico valor… —Su voz era débil.

Gaunt miró las graves heridas que tenía en la pierna. Él mismo le había aplicado un torniquete en el muslo, pero tenía la ropa empapada de sangre. Gaunt captó la mirada de Isak. Ambos sabían lo cerca de la muerte que estaba Chass.

Chass también lo sabía.

—Querría ver nuestra victoria antes de morir, coronel-comisario.

Gaunt asintió.

—¡No perdamos más tiempo! —gritó a los Volpone—. ¡Tomemos la cámara ahora!

Gilbear se dio la vuelta y dio una palmada al lanzagranadas montado bajo el cañón de su rifle infernal con sonrisa de depredador.

—¿Permiso?

—¡Concedido! —dijo Gaunt—. ¡Ordene a los hombres que tiene dentro que se agachen y se pongan a cubierto! —le dijo a Isak, y el guardaespaldas dio la orden por su microtransmisor.

Gilbear y uno de sus hombres de más confianza pronunciaron a voz en cuello el grito de batalla de los Volpone mientras lanzaban una granada tras otra a través de la arcada. Los mecanismos lanzadores hacían un ruido descomunal al disparar los proyectiles.

La ráfaga, una serie de explosiones acumuladas, destrozaron la columnata e hicieron saltar hacia fuera las galerías y el techo de cristal. A través de la arcada volaban los escombros y la ceniza.

Antes de que el humo empezara siquiera a disiparse, los Volpone tomaron por asalto la habitación, gritando y disparando. Independientemente de la idea que tuviera de ellos, Gaunt tenía que reconocer que estaban muy bien entrenados y que eran unas tropas de asalto realmente eficaces. Ya los había visto en acción en Monthax, y ahora se lo estaban demostrando otra vez.

Armado con su pistola bolter y su espada-sierra, Gaunt atravesó la arcada tras ellos, seguido de Isak y los guardias de Croe, dejando atrás a Daur y Sturm para asistir a Chass. Kowle se limitó a seguirlos sin entusiasmo.

El lugar estaba hecho una ruina. Servidores desmembrados o sin soporte aparecían desperdigados por todo el suelo de madera. Una marioneta se balanceaba por encima de sus cabezas como un cadáver en el cadalso.

Los Sangreazul se abrieron en abanico, avanzando por las naves laterales e intercambiando disparos con unos defensores sin vida.

—¿Por dónde? —le preguntó Gaunt a Chass, pero el herido estaba semiinconsciente.

—La sala de audiencia está a la izquierda —dijo Isak.

—¿Qué quiso decir con eso de que el olor era el Caos? —preguntó Chass, despertando de repente.

—La escoria que corrompió Ferrozoica está aquí. Se ha introducido en la Casa Sondar y penetrado en todo. Es posible que haya sido por eso que el bastardo desactivó el Escudo. Kowle dijo que Sondar estaba conectado directamente a los sistemas de La Colmena. Apostaría algo a que fue así como llegaron a él, infectándolo como una enfermedad.

—¿Quiere usted decir que los sistemas de La Colmena también están corrompidos?

—No… pero Sondar prestó oídos a las mentiras que llegaban directas a su cerebro. El hecho de que para empezar ya estuviera loco no ayudó nada. —Gaunt avanzó comprobándolo todo y vio las grandes puertas dobles que conducían a la cámara—. ¡Conmigo! —gritó Gaunt mientras su espada-sierra emitía su sonido letal.

El grupo de disparo de Volpone formó tras Gaunt y tuvo que correr para seguirle el ritmo.

Gaunt entró en tromba por las puertas y se encontró de bruces con más servidores marionetas a la entrada. Su espada-sierra atravesó implacable cables de soporte y carne. Cortó por lo sano sus intenciones criminales y Gilbear y sus hombres que venían detrás terminaron la labor.

La cámara de audiencias era amplia y difusamente iluminada. El aire era cálido y ahora mucho más cargado de aquel olor penetrante. Los cortinados de muselina de las paredes se movían con el aire de los ventiladores. En el fondo de la estancia había un gran tanque de hierro y muchos accesorios de bronce que se habían cubierto de una pátina verdegrís. El tanque tenía una sola portilla en la parte delantera.

—Os veo. ¿Qué sois? —preguntó una voz electrónica que llenaba toda la sala.

Gaunt se acercó al tanque de conciencia.

—Soy el representante de la autoridad imperial en este mundo.

—Yo soy la autoridad aquí —replicó la voz—. Soy el altísimo señor de la Colmena Vervun. Vos no sois nada. Os veo y no sois nada. Idos.

—Salvadore Sondar, si es que todavía respondéis por ese nombre, vuestro poder ha terminado. En nombre del Dios-Emperador de la Especie Humana y por el bien permanente de este planeta súbdito, os ordeno que os rindáis a la Guardia Imperial.

—¿Rendirme?

—Hacedlo. No tenéis alternativa.

—No tenéis con qué amenazarme. Nada con qué tentarme. El Heredero Asfodel me ha prometido este mundo en su totalidad. El murmullo me lo ha dicho.

—Asfodel es un engendro del Caos, y sus promesas carecen de sentido. Os doy una última oportunidad para que os rindáis.

—Y yo os doy esto.

El servidor entró en la estancia por una puerta oculta por cortinas de muselina. La macabra fascinación de Sondar por sus juguetes de carne era motivo de escarnio en las casas nobles, y se habían extremado los esfuerzos por poner coto a sus caprichos quirúrgicos y su fabricación de clones a lo largo de los años.

Esto era mucho más que eso, incluso más que la creación delirante de un ingeniero loco de la carne. Llevaba en su seno la locura de la disformidad: mil ochocientos kilos de carne llena de cicatrices y cartílago, más grande que una bestia astada de Hyrkan, un rompecabezas de partes humanas adheridas a la carcasa de un uro de las planicies. Con miembros retorcidos todo alrededor, algunos humanos y con manos prensiles, otros animales, algunos seudópodos relucientes y viscosos como los pedúnculos de moluscos gigantes. La enorme cabeza no tenía ojos, pero sí una boca llena de dientes aguzados como agujas que babeaba y gorgoteaba. Aquella urobestia tenía enormes cuernos que sobresalían hacia adelante desde la base de la cresta. Una multitud de cables, hilos y alimentadores lo tenían suspendido, pero, a diferencia de

las otras marionetas de carne, esa cosa se movía por voluntad propia, golpeando con sus zarpas y sus pies la mullida alfombra, retorciéndose y encorvándose.

El olor era irresistible.

Gilbear y los Volpone retrocedieron unos pasos, atónitos. Sturm gritó horrorizado, y uno de los guardias de la Casa Croe se dio la vuelta y salió corriendo.

La bestia de carne venía a por ellos, moviéndose con una velocidad y una facilidad increíble para algo tan enorme. Mientras avanzaba emitía un aullido, un penetrante y sibilante alarido de rabia. Gaunt saltó a un lado y fue derribado por el latigazo de un seudópodo. El mucílago quemaba y atravesó, corrosivo, la chaqueta de cuero al tocarla.

Gilbear disparó dos veces, abriendo dos boquetes en el bajo vientre de aquella cosa. De ellos salió a borbotones un pus fétido que se derramó sobre la alfombra. El coronel Sangreazul voló a continuación por los aires a causa de un topetazo de aquellos enormes cuernos.

Retrocediendo frenéticamente, los otros Volpone dispararon sin ton ni son. Por algunos de los orificios de bala que aparecieron en el flanco de la criatura rezumaba un líquido viscoso, por otros salían tejido pulverizado y sangre aguachenta. Un brazo humano clonado se desprendió totalmente y quedó en el suelo, retorciéndose.

Uno de los Volpone gritaba mientras era alzado por los aires y sacudido violentamente hasta morir con el pecho atravesado por uno de los cuernos. Otro fue aplastado bajo el cuerpo deforme de la bestia, quedando convertido en un amasijo de sangre, hueso y restos de armadura sobre la alfombra. Los miembros prensiles y los seudópodos serpenteantes se apoderaron de un tercero y empezaron a despedazarlo, lenta e inexorablemente. Sus gemidos agónicos quedaron sofocados por el rugido de la bestia.

Gaunt dio un salto, aturdido, y acabó de un disparo en la cabeza con la larga agonía del Volpone. Volvió a disparar una y otra y otra vez hasta que se agotó la carga de su bolter. Los poderosos disparos a quemarropa arrancaban trozos de carne y de grasa traslúcida de la criatura. De las heridas salían sangre e ícor.

El monstruo giró hacia Gaunt, aullando. Agachó la cabeza y cargó contra él. Sus cuernos, uno de los cuales llevaba todavía colgando el cadáver inerte del soldado Volpone, se clavaron en la pared de la cámara, arrancando la cubierta de ceramita. Gaunt logró esquivarlo y blandió la espada-sierra con ambas manos. La chirriante hoja rebanó la parte superior del cráneo y cortó uno de los cuernos por la base. Gaunt no perdió tiempo y se apartó otra vez rodando, intentando esquivar la mandíbula feroz que procuraba alcanzarlo mientras lanzaba espuma.

Al centrar su atención en Gaunt, la bestia perdió de vista a los demás Volpone y estos reanudaron el tiroteo, desgarrando los cuartos traseros del engendro, aunque aparentemente sin conseguir frenar su avance.

Gaunt sabía cuál era la fuerza demoníaca que latía en el interior de la bestia: una energía vital que la animaba más allá de la posibilidad de cualquier función física. Si

había un cerebro o algún órgano vital, fuera cual fuese, sería inútil disparar contra él. Aquello no estaba vivo en un sentido real, no era posible matarlo como puede matarse a un ser humano.

Ahora, Daur también estaba disparando, y lo mismo hacían todos los guardias de la Casa Croe, y hasta Kowle se había apoderado del arma de un Volpone muerto y se había sumado al tiroteo. Chass estaba inconsciente e inerte en un rincón. De Sturm no había ni rastro.

Gaunt volvió a arremeter contra aquella cosa, atravesándole las costillas. Su espada-sierra estaba roma y atascada por restos de fluidos y tejidos de la bestia, y de la hoja salía vapor producido por los depósitos tóxicos que la iban desgastando.

Gaunt profirió una maldición. Delane Oktar, su viejo mentor, que hacía tiempo que había muerto, le había dado aquella espada en Darendara, al comienzo mismo de su carrera, cuando todavía estaba verde y era apasionado. Siempre la había llevado consigo, durante todo el tiempo, con los Hyrkan hasta su servicio con Slaydo en Balhaut, y después en Tanith y en cada victoria de sus amados Fantasmas. Su destrucción le hacía más daño del que hubiera supuesto. Le arrebataba su pasado, sus recuerdos y sus victorias.

Clavó la hoja moribunda en el pecho de la criatura, retrocediendo ante una oleada de sangre tóxica y de esquirlas de hueso. El supremo esfuerzo hizo que el arma se desintegrara y que explotara la unidad de energía que tenía en la culata. Gaunt fue despedido hacia atrás.

Aquella cosa se lanzó en su persecución, intentando morderle las botas mientras él daba patadas desesperadas y procuraba alejarse, arrastrándose de espaldas sobre el suelo. Isak y dos de los Volpone aparecieron ante él, disparando para cubrirlo y apartar a la bestia. En el momento en que esta se volvió contra ellos, Gaunt sintió que lo arrastraban apartándolo. Era Gilbear. Tenía toda la coraza de su armaplás salpicada de sangre y en sus ojos había una rabia desbordante. Arrastró a Gaunt hacia el tanque de hierro.

Otro Volpone fue apresado por las garras de la criatura y despedazado a mordiscos por sus brutales fauces. Las paredes y los cortinajes de la sala de la audiencia estaban llenos de sangre.

Aquel engendro se volvió hacia Isak y le arrancó la cabeza y los hombros de un mordisco aplastante. El cuerpo del hombre cayó bajo sus patas demoledoras.

—¡Un arma! —pidió Gaunt a gritos.

—¡He perdido la mía! —replicó el coronel Sangreazul, refiriéndose al rifle antiabominación que había salido despedido junto con él. Sacó su potente rifle automático, de cañón largo y cromado, y disparó proyectil tras proyectil al cuello de la criatura.

Gaunt avanzó a gatas, recuperó su bolter y le puso un cargador nuevo en la recámara. Estaba dispuesto a matar a aquella cosa antes de morir. Por los Fantasmas de Tanith que lo haría.

Aquella bestia de carne acabó con otro de los guardias de Croe y se lanzó contra Daur y Kowle, sembrando restos de sangre y carne que le caían de la boca. Ambos hombres se mantuvieron firmes, dando muestras de una valentía que dejó a Gaunt admirado. No se cansaban de disparar hacia la pesadilla andante, pero nada frenaba su marcha.

Finalmente, ambos saltaron hacia los lados. Daur chocó con el cuerpo inerte de Chass e intentó frenéticamente recargar su arma.

Kowle fue a dar sobre el cadáver de un Volpone. La criatura se abalanzó contra él.

—¡Apártese! —le gritó Gaunt a voz en cuello.

Aparentemente, Kowle rebuscaba entre el equipo del Sangreazul muerto. Gaunt y Gilbear dispararon otra vez en un inútil intento de abatir a la cosa.

En el último momento, Kowle se volvió y se puso de pie. Se enfrentó a la bestia imparable con los brazos extendidos. Sostenía una red llena de granadas. Aquella cosa le arrancó los brazos a la altura del codo y Kowle cayó hacia atrás. Ni el menor sonido salió de su boca.

La criatura tuvo una convulsión, se sacudió y estalló desde adentro. Su enorme torso salió disparado en una efusión de fuego y materia orgánica. Una sección de costilla que rotaba como una hélice se clavó en la pared, cerca de Gaunt, como una lanza. De la enorme boca salían llamaradas.

Cayó al suelo, arrancando del techo los cables y las líneas de alimentación. La acumulación de líquido ponzoñoso empezó a corroer la alfombra.

Con Gilbear pisándole los talones, Gaunt se acercó a los restos.

—Necesitamos un lanzallamas. Necesitamos quemar esta abominación lo antes posible.

—Sí, coronel-comisario —respondió Gilbear, volviéndose a los Volpone que habían sobrevivido.

Kowle, de espaldas en medio de un círculo de sangre que se iba haciendo cada vez más grande, estaba vivo todavía. Gaunt se arrodilló junto a él, empapándose las rodillas.

—Dije… que… usted no tenía agallas —dijo Kowle, con una voz tan débil que apenas era audible.

Gaunt no encontraba palabras.

—Lo envidio…

—¿Qué? —preguntó Gaunt, acercándose más.

—Balhaut… usted estuvo en la victoria, con el señor de la guerra. Lo envidio. Hubiera dado cualquier cosa… por participar en eso…

—Pius, usted…

—Cállese, Gaunt… no me interesa… nada que pueda decirme. Me deshonró, me… arruinó. Espero que el Emperador… lo perdone por privar a Tierra de un… gran líder como yo…

Gaunt sacudió la cabeza. Buscó en el bolsillo y sacó las insignias de Kowle y las volvió a colocar en su sitio. Kowle pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo, a pesar de que tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas y casi no quedaba sangre en su cuerpo.

—Adiós, comisario. Dio usted lo mejor de sí.

Gaunt lo saludó con un gesto marcial, elegante, que no había hecho en mucho tiempo.

Kowle esbozó una sonrisa y murió a continuación.

Gaunt se separó del cadáver del Héroe del Pueblo y se acercó al tanque de conciencia.

—Incorpore a lord Chass. Vuelva a activar el Escudo —dijo a Daur, con amargura.

Daur asintió y empezó a levantar al debilitado noble verghastino.

Gilbear se acercó a Gaunt, que estaba junto al tanque. Ambos miraron por el grueso cristal del portillo.

—Encuentre la forma de que pueda pagarle lo antes posible —dijo Gaunt, sin volverse para mirar al Volpone.

—¿Qué?

—Me apartó de la bestia. No quiero estar en deuda con un bastardo de alta cuna como usted más que el tiempo imprescindible.

—Puede que lo haya subestimado, Gaunt —dijo Gilbear, con una sonrisa—. No tenía idea de que fuera un cerdo tan arrogante.

Gaunt se volvió para mirarlo. Hubieran sido necesarios otro Ibram Gaunt y un universo totalmente diferente para que hubiera una sombra de confianza o de camaradería entre él y Gilbear, pero, por ahora, en medio de esa horrible pesadilla, Gaunt no podía por menos que respetar al soldado por lo que era: un devoto soldado del Dios-Emperador como él mismo. No era necesario que simpatizaran para que las cosas funcionaran. Bastaba con una medida de comprensión y honor entre ellos.

Gaunt volvió a inclinarse para mirar por el portillo y lo mismo hizo Gilbear, a su lado.

A través del líquido turbio y mucilaginoso, pudieron distinguir un cuerpo frágil, desnudo, marchito y corrompido, que flotaba a la deriva, con el cráneo conectado a los cables que salían del techo.

—Podremos considerarlo saldado, si me permite encargarme de esto —dijo Gilbear.

—Es todo suyo —dijo Gaunt.

Gilbear sonrió afectadamente, armando el arma antiabominación que acababa de recuperar.

—¿Y qué hay de la ley de procedimiento? ¿De eso de tomarse la justicia por la mano? —preguntó con sarcasmo.

—Puedo prescindir. Soy un comisario. ¿No fue eso lo que usted dijo?

Gilbear lo confirmó con una inclinación de cabeza y disparó dos veces a través del portillo. Salieron torrentes de agua verdosa y sucia que inundaron el suelo y de los que salía vapor.

Gilbear se inclinó otra vez, cuando hubo dejado de salir líquido, y observó la forma del altísimo señor, que se retorcía presa de espasmos dentro de su tanque. Arrojó una granada por el portillo abierto y se apartó.

Un estallido sordo y la ola de vapor que salió por la ventana marcaron el fin de Salvadore Sondar, altísimo señor de la Colmena Vervun.

Daur había acercado a Chass a la consola de bronce de la pared y ayudaba al noble, que estaba al límite de sus fuerzas, a introducir los datos. Chass le musitó los códigos a Daur justo a tiempo. Ya había muerto cuando Gaunt llegó junto a ellos.

Los sigilos rúnicos de la placa de la consola pidieron la huella genética de un noble. Gaunt levantó una de las manos exangües de Chass y la colocó sobre el lector.

—*Sic semper tyrannis*, lord Chass —susurró Gaunt.

—¿Pudo ver la victoria? —preguntó Daur.

—Vio lo suficiente. Ya veremos si esto es una victoria, o no.

Los sistemas automáticos se pusieron en funcionamiento con un chirrido. En las profundidades de la Colmena Vervun se activaron las baterías de campo. La torre crepitó y las estaciones de anclaje que habían permanecido intactas elevaron sus mástiles.

Con un restallido fulminante y un vaho de ozono, se reactivó el Escudo.

Ibram Gaunt abandonó la sala de audiencias de la Casa Sondar y se dirigió a una terraza cerrada desde la que se dominaba toda la colmena. Abajo había multitud de incendios y los fogonazos del constante bombardeo iluminaban el aire. Arriba, el Escudo brillaba y crepitaba.

El Gran Final había empezado.



Capítulo 15

El día trigésimo quinto

“ *¡Apunten y cierren el paso! ¡Por nuestras muertes se nos conocerá!».*

General Coron Grizmund, al comienzo del contraataque narmeniano.

En una noche, entre el día trigésimo cuarto y el trigésimo quinto de la guerra, la Colmena Vervun había llegado al borde de la destrucción. Ahora, como un músculo que se contrae, las fuerzas imperiales se replegaron a través de los habitáculos

internos y los sectores de élite, resistiendo al enemigo que los rodeaba. A pesar de su ingente número, ahora, con el Escudo reactivado, los zoicanos solo podían atacar por tierra. Las densas calles, los edificios de la ciudad, las moradas y las vías públicas favorecían a los defensores, que podían hacerse fuertes y resistir el empuje de los zoicanos.

Corday y Rawne retiraron a sus fuerzas de Veyveyr internándolas en las moradas de los trabajadores apenas media hora antes de que pudieran ser rodeadas por las fuerzas enemigas que llegaban desde la Puerta Sondar. Batallones de ColNor y Vervun Primario se abrieron camino hacia el oeste para apoyar a los Roane en retirada, que seguían resistiendo calle por calle mientras se replegaban desde las Puertas Croe y Ontabi. El coronel Bulwar tenía el mando nominal de ese frente.

Cinco mil soldados de Vervun Primario bajo el mando del capitán Cargin seguían defendiendo encarnizadamente el Fuerte del Hass Occidental, aunque columnas arrolladoras de infantería zoicana empezaban a acorralarlos en el distrito de las plantas químicas.

Por todos los habitáculos internos, al sur de La Cúspide, las unidades imperiales intentaban detener el avance. El sargento Bray dirigía a los Tanith en los eriales que quedaban al norte del distrito químico. Secciones de Volpone, ColNor y Vervun Primario se dirigieron hacia el este, donde los demás hombres de Corbec y una fuerza de Excavadores de Roane bajo el mando del mayor Relf habían consolidado una extensa área de fábricas.

Allí se combatía con uñas y dientes, como en cualquier otro lugar de La Colmena. Habían mantenido la posición en el Agrícola del Gremio Githran desde primeras horas de la mañana. A los pelotones de Corbec casi no les quedaban ni municiones ni provisiones. Llevaban seis horas de lucha sin cuartel. Tanques lanzallamas del enemigo cerraban a cal y canto la autopista arterial norte-sur para impedir que los hombres de Tanith obtuvieran municiones de los Roane, que estaban mejor abastecidos y se encontraban apenas a medio kilómetro hacia el este. Los Tanith se veían obligados a recoger munición, saliendo de cobertura de a dos o de a tres para saquear a los zoicanos caídos. Al menos con el Escudo reactivado se salvaban de lo peor del bombardeo, aunque las unidades blindadas y de campo del enemigo, que ya se encontraban dentro de La Colmena, eran incansables.

Baffels silbó una orden, y Milo, Neskon y Cocoer salieron de la protección que les brindaba un matadero abandonado y se escabulleron hacia una fábrica textil en llamas. Dremmond los cubrió con ráfagas de su lanzallamas. Los tres Tanith llevaban las bayonetas caladas. A todos se les habían agotado las municiones, excepto a Cocoer, a quien solo le quedaba un puñado de proyectiles.

Había seis zoicanos muertos detrás de la pared trasera de la fábrica. Los tres se lanzaron sobre ellos y los despojaron de las baterías láser. Cada uno de los cadáveres tenía seis o siete y también mochilas cargadas de granadas en ristra.

Milo miró hacia arriba. En el aire silbaba el fuego de los láseres y, aunque el Escudo había hecho que dejara de llover, el suelo estaba resbaloso y lleno de barro. Tiró de Neskon para que se pusiera a cubierto. El fuego enemigo acribillaba la pared de la fábrica, llenando de agujeros el revoque y arrancando trozos de ladrillo.

Un grupo de disparo de las tropas de asalto zoicanas avanzaba a través de las ruinas por la parte occidental de la fábrica. Cocoer tenía ahora un cargador nuevo en su arma reglamentaria de la Guardia, y disparó dos veces. No dio en el blanco, pero hizo que los zoicanos se agacharan y se pusieran a cubierto.

—¡Estamos cogidos! —dijo Milo en un susurro por su microtransmisor.

—Permaneced ocultos —respondió la voz entrecortada del sargento Baffels.

Así lo hicieron. Neskon asomó la cabeza el tiempo suficiente como para que le dispararan.

—¡Date prisa, Baffels! —urgió Milo.

Podían oír las pisadas de los zoicanos a apenas diez pasos de donde estaban.

—Un momento más. —Baffels tranquilizó a su amigo.

Unos disparos láser sonaron por encima de las ruinas, disparos distintos, de gran potencia.

—¡Podéis salir! ¡Ahora! —indicó Baffels.

Milo salió el primero, con Neskon y Cocoer pisándole los talones. Entrevió apenas a los zoicanos muertos a sus espaldas, eliminados por disparos certeros en la cabeza.

Milo sonrió.

Los tres corrieron a refugiarse en la explotación agrícola, tras un sólido muro de ceramita. Baffels y otros Tanith se agruparon en torno a ellos mientras distribuían las baterías y las ristras de granadas.

Milo tendió la vista hacia el otro lado del espacio sin techo de la fábrica y vio a Larkin agazapado cerca de un ventanuco de ventilación. Los francotiradores de Tanith, junto con los Escombreros, se habían retirado de la Escombrera. Milo ya se había dado cuenta de que los certeros disparos que habían acabado con los zoicanos habían sido obra de especialistas.

Le sonrió a Larkin, y el francotirador le respondió con un guiño.

Milo le entregó un cargador a Baffels.

—Ahora te toca a ti —bromeó.

—Por supuesto —dijo Baffels. Ya hacía horas que había perdido el sentido del humor.

—¿Colm?

Corbec miró hacia arriba por la aspillera en la que se había hecho fuerte. Tenía la desgreñada cabeza cubierta de hollín y suciedad. Esbozó una brillante sonrisa cuando vio a Mkoll.

—Ya era hora.

—Vine en cuanto pude. Los bastardos se han adueñado de la Escombrera. Se la hemos dejado.

Corbec se puso de pie y palmeó a Mkoll en el brazo.

—¿Lo habéis conseguido todos?

—Sí, Domor, Larkin, MkVenner… todos los muchachos. Los he distribuido por nuestras líneas.

—Buen trabajo. Necesitamos buena cobertura de francotiradores en todas partes, pero por Feth que está mala la cosa.

Dieron vuelta la cabeza al oír voces malhumoradas al otro lado de la sala arrasada por el fuego. Soldados de Vervun Primario, con rifles láser de cañones largos, acudían a reforzar la defensa.

—Son los que denominan los Escombreros —explicó Mkoll a su coronel—. Especializados en la protección de la Escombrera. Nos costó lo nuestro convencerlos de que replegarse era lo más conveniente. Se habrían quedado protegiendo aquel sitio para siempre. Es una cuestión de orgullo.

—Nosotros entendemos el orgullo, ¿no es cierto? —dijo Corbec, con una mueca.

Mkoll asintió. Señaló al líder de los Escombreros, un hombre corpulento con los ojos inyectados en sangre y de quien provenían casi todos los gritos y juramentos.

—Ese es «Gak». Ormon. Comandante de los Escombreros.

Corbec se acercó al enorme verghastino.

—Corbec, Primeros de Tanith.

—Mayor Ormon. Debo presentar una queja, coronel. Ese hombre suyo, Mkoll, ordenó nuestra retirada de la Escombrera y…

Corbec lo cortó en seco.

—¿Estamos luchando por nuestras malditas vidas y quiere presentar una queja? Cállese. Vaya acostumbrándose. Mkoll tomó una sabia decisión. Media hora más y todos ustedes habrían estado rodeados y muertos. ¿Quiere «escombros» que defender? ¡Mire alrededor! —Le mostró por una ventana destrozada el erial que tenían alrededor—. Empiece a pensar como un soldado y deje de maldecir y de quejarse. Lo que se juega aquí es algo más que el orgullo.

Ormon abrió y cerró la boca varias veces como un pez.

—Me alegro de que nos entendamos —dijo Corbec.

En el extremo nororiental de La Colmena, el sargento Varl y el mayor Rodyin tenían el mando de ciento setenta hombres, aproximadamente, que defendían los muelles en llamas. La mitad eran de Tanith; los demás, de Vervun Primario y Roane. Las tropas de asalto zoicanas bombardeaban la carretera elevada del Hass Oriental, que circulaba por debajo del viaducto de Hiraldi, y las fuerzas imperiales se veían obligadas a replegarse a través de los depósitos de prometio de La Colmena. Varios

depósitos de gran capacidad ya estaban en llamas y de las grúas y de las tuberías salía fuego líquido.

Disparando sin cesar, Varl cruzó una vía de mercancías y se puso a cubierto junto al mayor Rodyin, que había hecho una pausa para acomodar el cristal roto de sus gafas.

—Ni la menor señal de apoyo. He estado intentando comunicarme. Estamos librados a nuestra suerte —señaló el oficial de Vervun.

Varl asintió.

—Podemos hacerlo. Unos cuantos de nosotros deberían poder mantenerlos ocupados en estos sectores industriales.

—A menos que traigan a las unidades blindadas contra nosotros.

Varl suspiró. El hombre era el pesimismo personificado.

—¿No has visto que los tanques zoicanos estaban llenos de alquitrán y de aceite?

—Sí que los vi —dijo Varl, disparando unos cuantos proyectiles más—. ¿Y qué?

—Creo que fue así como entraron, desde La Colmena de Vannick. —Rodyin señaló por encima del depósito hacia las series de enormes oleoductos que cruzaban el río sobre soportes metálicos desde las tierras del norte—. Las tuberías entran por debajo del Telón Amurallado.

—¿Y por qué diablos no estaban cerradas? —soltó Varl.

—Tenían que estarlo —respondió Rodyin, encogiéndose de hombros—. Al menos eso fue lo que me dijeron. La directiva se difundió hace semanas, inmediatamente después de la destrucción de Vannick. Se ordenó a los gremios que controlan los oleoductos que volasen las tuberías en la otra orilla y llenaran las otras con rococemento.

—Pues alguien no lo hizo así —musitó Varl. En cierto modo, aquella información lo exasperaba. Ahora era demasiado tarde para descubrir cómo había sucedido.

El combate que tenían entre manos le hizo apartar eso de su mente. Arrojaban sobre ellos persistentes granadas trazadoras desde un muelle de carga que había en la linde del depósito. Varl ordenó a un grupo de Roane que bajara a establecer fuego de cobertura y luego ordenó a Brostin que fuera con el lanzallamas.

Condujo al resto de sus hombres por la devastada vía del depósito, usando a veces como cobertura la chatarra de vigas y depósitos rotos y dando algún que otro rodeo. Un tanque de combustible situado a unos sesenta metros de distancia explotó con furia inusitada.

Logris, Meryn y Nehn, abriéndose camino con un puñado de soldados de Vervun Primario, estuvieron a punto de darse de bruces con un grupo de disparo zoicano en un desagüe debajo de las instalaciones de la principal torre de perforación. Al oír la conmoción por su intercomunicador, Varl cargó junto con algunos otros Tanith, atravesando con su bayoneta de plata al primer soldado vestido de ocre que encontró.

El mayor Rodyin entró detrás, disparando frenéticamente su pistola automática. Se lo veía pálido y agitado. Varl sabía que Rodyin jamás había intervenido en un

combate hasta aquel día.

Tres minutos desesperados, sangrientos, de lucha cuerpo a cuerpo despejaron el desagüe de zoicanos. Logris y Nehn establecieron posiciones firmes de disparo barranco adelante, dominando el terraplén del muelle. Rodyin se quitó las gafas e intentó ajustar las patillas con manos vacilantes. Parecía a punto de llorar.

—¿Se encuentra bien, mayor? —preguntó Varl.

Sabía de sobra que no lo estaba, pero sospechaba que tenía menos que ver con el combate que con el espectáculo de su ciudad que se derrumbaba en torno a él. Eso era algo que Varl podía entender perfectamente.

Rodyin asintió, volviendo a ponerse las gafas.

—Cuanto más mato, mejor me siento.

—¡El mayor habla como el propio Gaunt! —observó riendo el cabo Meryn, que se encontraba por allí cerca.

La idea pareció gustarle a Rodyin.

—¿Y ahora qué? ¿Izquierda o derecha? —preguntó Meryn.

Llevaba puesto un voluminoso mono de los que usaban los trabajadores de la refinería en lugar del uniforme de Tanith, que se le había quemado. Tenía el cuero cabelludo quemado y cubierto de sangre reseca y mechones de pelo chamuscado.

—Feth sabrá —respondió Varl.

—Derecha. Intentamos avanzar por el río hacia el puente —dijo Rodyin, con gran certidumbre.

Varl no dijo nada. Habría preferido quedarse donde estaban o replegarse un poco para consolidar la posición, pero Rodyin parecía decidido. Varl se sentía incómodo siguiendo al mayor, aun cuando el verghastita tenía más rango que él. Pero Willard estaba muerto, Varl había visto su cuerpo en llamas caer desde la Muralla, y no había nadie con autoridad para respaldarlo.

Fue así que avanzaron hacia el este, desafiando el fuego abierto de los muelles, recuperando la Colmena Vervun palmo a palmo.

El general Grizmund bajó los escalones de salida de La Cúspide colocándose el casco y la espada de energía. El aire arrastraba cenizas desde la explanada de piedra del Distrito Comercial, donde estaban reunidos los tanques narmenianos: ciento veintisiete tanques de combate del modelo *Leman Russ*, con veintisiete Demolisher y cuarenta y dos tanques ligeros de apoyo. Los motores rugían, llenando la atmósfera de humo de sus escapes y de ruido atronador.

El brigadier Nachin saludó a su general.

—Me alegro de tenerlo de vuelta, señor —dijo.

Grizmund asintió. Él y los demás oficiales liberados por Gaunt de las manos del CCVP estaban ansiosos por entrar en acción.

Grizmund reunió a sus oficiales de mando y sacó la pantalla hololítica de una placa de datos. Un mapa luminoso tridimensional del Distrito Comercial y zonas adyacentes se desplegó en el aire lleno de hollín. Grizmund empezó a explicar a sus comandantes lo que quería que hicieran, cómo debían desplegarse y qué objetivos tenían que conseguir.

Su voz era transmitida por transmisores de voz y pictóricos a todas las tripulaciones narmenianas. Su sesión de información se transformó en una arenga de poder y victoria. Cuando terminó, más de mil hombres lo aclamaron y vitorearon.

Grizmund recorrió la línea de rugientes tanques y subió ágilmente al tanque de cabeza, *La Gracia del Trono*, una variante Russ de chasis alargado con un arma principal de ciento diez centímetros. Como todos los vehículos narmenianos estaba pintado de color mostaza y llevaba el escudo del águila imperial y el del puño claveteado de Narmenia.

Era como volver a casa. Grizmund se dejó caer por la escotilla de la torreta, se sujetó a la silla de mando y enchufó el cable de sus auriculares al transmisor de voz.

Grizmund probó el enlace de voz y se aseguró de tener cobertura total.

Tiró de la palanca empotrada que cerraba la escotilla y vio que su conductor, su artillero y su cargador le sonreían desde las cavidades inferiores del tanque.

—¡Vamos a mandarlos al infierno! —dijo Grizmund a su tripulación y por radio a todos sus hombres.

Los tanques narmenianos empezaron a atravesar el Distrito Comercial para volver a la guerra.

La Casa de la Comandancia era una ruina fundida, llena de escombros chamuscados y unos cuantos cuerpos calcinados. La explosión que había acabado con ella también había volado toda la planta y desintegrado la estructura de La Cúspide hasta tres plantas más abajo. Gaunt se quedó mirando desde la puerta destrozada uno o dos minutos.

Buscando en las zonas adyacentes, Gaunt dispuso un baptisterio del Ministorum del Nivel Medio-36 como nuevo centro de mando. Bajo la supervisión de Daur, equipos de trabajo despejaron las pilas y las mesas de consagración y trajeron codificadores y sistemas de transmisión de docenas de casas comunes que había en ese nivel. El propio Gaunt colocó un tablero sobre la pila ricamente decorada para usarla como escritorio. Empezó a reunir allí sus placas de datos y sus informes impresos.

El eclesiarca Immaculus y sus hermanos observaban a los soldados imperiales que habían invadido su baptisterio. Era uno de los pocos altares de La Colmena que todavía quedaba intacto. Estaban elevando quejumbrosas plegarias por la basílica cuando llegó Gaunt.

—Supongo que va a decirme que esto es sacrilegio —dijo Gaunt.

El anciano de larga túnica color púrpura sacudió la cabeza con cansancio.

—Usted lucha por la causa imperial, hijo mío. Así honra al Emperador más genuinamente que cien de mis plegarias. Si nuestro baptisterio se adecúa a sus necesidades, sea bienvenido.

Gaunt inclinó la cabeza reverentemente y dio las gracias al eclesiarca.

—Bautice esta guerra con sangre, coronel-comisario —dijo Immaculus.

El clérigo había sido tan amable que Gaunt estaba ansioso de mostrarle su agradecimiento.

—Me sentiré más tranquilo si usted y sus hermanos se quedan por aquí vigilantes, como medida de seguridad contra la destrucción.

Immaculus asintió y condujo a sus hermanos al celebratorio, desde donde volvieron a oírse sus cánticos.

Gaunt revisó las placas de datos, advirtiendo la magnitud de la destrucción. Puso algunas marcas sobre un mapa en papel de La Colmena.

Daur le trajo los últimos informes. Xance estaba muerto; Nash también. Sturm había desaparecido. Mientras Gaunt pasaba revista a las listas de bajas, el mayor Otte de las fuerzas de Vervun, ayudante del señor comandante, llegó al baptisterio. Estaba herido y conmocionado por una explosión. Había sido uno de los pocos hombres que habían escapado a la caída de la Puerta Sondar.

—El comandante Croe ha muerto —dijo sencillamente tras saludar a Gaunt.

Gaunt suspiró.

—Como oficial de mayor rango de Vervun Primario, le entrego el mando a usted, como comandante de más alto rango de las fuerzas imperiales.

Gaunt se puso de pie y respondió con solemnidad al saludo. Lo que había sospechado desde que había dirigido el asalto a la guarida de Sondar quedaba confirmado: era el oficial imperial superviviente de más alto rango de la Colmena Vervun y, por lo tanto, tenía ahora autoridad sobre todos los demás. Todos los altos mandos, tanto locales como ultramundanos, estaban muertos o desaparecidos. Solo Grizmund tenía más rango que él, y el ejército acorazado siempre estaba sometido a la infantería.

Otte le entregó a Gaunt la espada de mando de Croe: la espada de energía de Heironymo Sondar.

—No puedo aceptarla…

—Debe hacerlo. Quienquiera que conduzca a la Colmena Vervun a la guerra debe llevar la espada de Heironymo. Es una costumbre y una tradición a la que no estamos dispuestos a renunciar.

Gaunt aceptó, permitiendo que Otte le colocara formalmente el cinto para sujetarla.

El intendente Banefail del Administratum, rodeado por un séquito se servidores y empleados, entró en el baptisterio cuando Otte estaba realizando la ceremonia. Saludó

respetuosamente a Gaunt con una inclinación de cabeza y aceptó su autoridad sin cuestionar.

—Mi ministerio está a su servicio, comandante. He movilizado equipos de trabajo para ayudar a controlar el fuego y reparar los daños. Nosotros… estamos superados por la situación. La mayoría de la población está intentando huir a través del río, todas las unidades militarizadas solicitan munición, el principal…

Gaunt levantó la mano.

—Estoy seguro de que el Administratum proveerá con todo lo que tenga a su alcance, sea lo que sea. Supongo que los astrópatas habrán mantenido contacto con el señor de la guerra.

—Por supuesto.

—No voy a pedir ayuda a Macaroth, pero quiero que entienda cuál es la situación aquí. Si considera que es merecedora de su atención, nos ayudará.

Las trompas sonaron en un patético gesto de pompa y circunstancia, y el Legislador Anophy entró en el baptisterio con su séquito: una larga procesión de niños esclavos, servidores y guardas, portando algunos estandartes. Los estandartes y las vestiduras estaban sucios y desgarrados en algunas partes, y los esclavos tenían los ojos húmedos y la expresión aterrorizada. Representantes de los gremios y de las altas casas entraron detrás de la procesión del Legislador, gritando y disputando.

Gaunt se volvió hacia Banefail.

—Puede ayudarme de inmediato quitando de mi vista a todos estos respetables ciudadanos. Escuche sus peticiones y tome nota de ellas. Las estudiaré más tarde… si es que hay ocasión.

—Así se hará —dijo Banefail—. Que el Emperador de la Especie Humana le sirva de guía en esta hora.

Cuando el personal del Administratum se retiró, llevándose consigo a la enfadada multitud de dignatarios, Gaunt reanudó su revisión de los datos de la batalla. Acababa de establecerse el primer enlace de voz y Daur le trajo un microteléfono.

Gaunt seleccionó un canal.

—Comandancia de la Colmena Vervun a Grizmund. Contraseña «Tío Dercius».

—«Tío Dercius» recibo y cambio —sonó el receptor.

—Necesito que rechace usted el asalto a las Puertas Croe y Ontabi. Por lo que puedo ver, la oleada principal de vehículos está entrando por ahí.

—De acuerdo, pero también hay escuadrones de tanques entrando por la Puerta Sondar.

—Entendido. Me encargaré de eso. Que el Dios-Emperador lo guíe, general.

—Y lo inspire a usted, coronel-comisario.

Después de ajustar su canal, Gaunt dio instrucciones al comandante de ColNor, cuyos grupos blindados estaban al sur del Distrito Comercial sumidos en una gran confusión. Los dirigió hacia la Puerta Sondar. A continuación empezó a contactar sistemáticamente con las secciones dispersas de la infantería y de la Guardia.

Tomó contacto con Colm Corbec en la Agrícola del Gremio Githran.

—¡Por Feth, comisario! ¡Ya lo daba por muerto!

—Yo creía lo mismo de usted, Colm. ¿Cómo andan las cosas?

—Nunca me las he visto peor. A duras penas mantenemos la posición, pero salen de todas partes. Me vendría muy bien algún tanque.

—Van hacia usted mientras hablamos. Colm, necesitamos algo más que mantener posiciones, tenemos que hacerlos retroceder. El Escudo solo nos servirá para algo si podemos sacarlos de debajo de él.

—No pide usted nada ¿eh?

—Nunca.

—¿Se da cuenta de que por eso me deberá un planeta para mí solo?

—Ya le debo eso, Corbec. Sería mejor que pensara en algo mucho más grande.

Un servidor trajo a Gaunt datos recientes llegados a través de los codificadores recién conectados establecidos en el baptisterio. Gaunt los repasó hasta que su mirada se detuvo en un informe enviado por Varl.

—¿Daur?

—¡Señor!

—Quiero una lista de los gremios que controlan el suministro de combustible y pruebas fehacientes de todos los que hayan bloqueado sus oleoductos.

—Sí, comandante.

Gaunt se pasó los diez minutos siguientes dando instrucciones tácticas a docenas de unidades de toda La Colmena. No consiguió contactar con Varl ni con ninguna unidad situada al norte de La Cúspide. Mientras él trabajaba, servidores y oficiales del estado mayor seguían las líneas básicas de su plan de batalla en un mapa hololítico de la ciudad, superponiéndolas a los datos que iban recibiendo del campo.

Gaunt estuvo un rato manipulando la sintonía de la unidad de voz, buscando entre las bandas para localizar la frecuencia que estaban usando los zoicanos. Todavía tenía esperanzas de interceptar y descifrar las bajas frecuencias que estaban usando los zoicanos y de introducirse en su red de mando táctico. Pero era inútil. Los canales zoicanos eran un hervidero de transmisiones, pero todo aquel murmullo era ininteligible, desafiaba cualquier intento de traducción, incluso la de los cogitadores lingüísticos. Era una corriente constante, incomprensible, de ruido de máquina corrompido que no revelaba secreto alguno. O eso o los cánticos repetidos del nombre del Heredero en las longitudes de onda de la propaganda. Gaunt llevaba tiempo suficiente combatiendo al Caos como para saber que no debía llamar ni a eruditos humanos ni a astrópatas para descodificar el murmullo. No podía permitir que esa basura contaminase una sola mente en la Colmena Vervun.

Una conmoción en la puerta sacó a Gaunt de su trabajo. Un destacamento de soldados de Vervun Primario traía escoltado al general Sturm al baptisterio.

—Lo encontramos tratando de unirse a un grupo de refugiados que subía a bordo del *ferry* en el muelle del viaducto, señor —le dijo a Gaunt el jefe del destacamento.

Gaunt miró a Sturm de arriba abajo.

—¿Deserción? —dijo en voz baja.

Sturm se enderezó la gorra, erizado de rabia.

—¡Yo soy el oficial de mayor rango aquí, Gaunt! ¡No usted! ¡La Colmena Vervun está perdida! ¡He dado orden de retirarnos y evacuar! ¡Podría hacerlos fusilar a todos por desobediencia!

—¿Que usted… dio la orden de evacuar? Entonces ¿por qué es que todas las fuerzas imperiales y las unidades planetarias siguen combatiendo? ¿Incluso sus Volpone? Debe haber dado la orden en voz muy baja.

—¡No se atreva a hablarme así, maldito bastardo! —En torno a ellos, todos se quedaron callados y todos los ojos se volvieron para observar el enfrentamiento—. ¡Soy el general en jefe de la Guardia Real de Volpone! ¡Soy el oficial de mayor rango en la Colmena Vervun! ¡Me debe obediencia! ¡Debe respetarme!

—¿Qué es lo que hay que respetar? —Gaunt caminó alrededor de Sturm, mirando con interés las caras de los que los observaban. Nadie dio muestras de acudir en defensa del general—. Huyó usted del asalto a la Casa Sondar. Abandonó La Cúspide y salió corriendo hacia el río. Dejó a la Colmena Vervun librada a su suerte.

—¡Soy su oficial superior!

De un tirón brutal, Gaunt arrancó las insignias de la chaqueta de Sturm.

—Ya no. Es usted una deshonra, un cobarde… y un asesino. Sabe muy bien que fueron sus órdenes las culpables de que mataran a quinientos de mis Tanith en Volteman. Los mató porque habían conseguido lo que no habían logrado sus Sangreazul. —Gaunt miró fijamente a Sturm, que no pudo sostenerle la mirada—. No sé cómo pudo llegar a general.

Sturm dio la impresión de derrumbarse.

—Un arma… —dijo con voz débil.

—¿Qué?

Sturm lo miró con ojos relampagueantes.

—¡Deme una maldita arma, coronel-comisario! ¡No permitiré que un plebeyo de mierda como usted me dé lecciones! ¡Ni que me castigue! ¡Deme un arma y concédame el deseo de conseguir mi propia paz!

Gaunt se encogió de hombros. Sacó la pistola láser de su funda y se la alargó a Sturm, sosteniéndola por el cañón.

—Oficiales de la guardia, que quede constancia de que el general Sturm se ha ofrecido para ejecutar su propio castigo. Nunca me ha caído usted bien, ni siquiera un poquito, Noches. Deme una razón para hablar bien de usted. Que sea clara y simple.

Sturm cogió el arma que se le ofrecía.

—Oficiales de la guardia, tomen nota también —dijo Sturm, apretando los dientes— de que Ibram Gaunt se niega a ordenar la evacuación. Acaba de condenarlos a todos a muerte. Me alegro de no estar aquí para verlo.

Montó el arma y se la llevó a la boca.

Gaunt se volvió de espaldas a él.

Hubo una larga pausa.

—¡Gaunt! —gritó el capitán Daur.

Gaunt se volvió con la espada de energía de Heironymo Sondar desenfundada y encendida en la mano. Con ella le rebanó la mano al general Volpone antes de que pudiera disparar la pistola bolter, la pistola con la que apuntaba a la cabeza de Gaunt.

Sturm cayó de lado sobre las losas del baptisterio, retorciéndose mientras la sangre salía a borbotones del muñón. Los nervios de su mano mutilada se contrajeron y la pistola bolter se disparó una vez, abriendo un agujero en el ornamentado altar que tenía Gaunt a sus espaldas.

Durante un momento, Gaunt miró con desprecio la figura retorcida del general. Luego se agachó y retiró la pistola de la mano seccionada.

—Sáquenlo de mi vista —dijo a los soldados que esperaban mientras señalaba a Sturm con gesto de desprecio—. No quiero tener delante a ese traicionero bastardo más tiempo del necesario.

A primera hora de la tarde de aquel funesto trigésimo quinto día, ya se había hecho todo lo que había que hacer para coordinar la resistencia. Desde su puesto de mando en La Cúspide, Gaunt se había puesto en contacto con casi los dos tercios de las fuerzas combatientes disponibles de La Colmena y los había desplegado tácticamente. Había sido una prueba de obstinada eficiencia que dejó mudos tanto al Administratum como a los oficiales supervivientes del Cuadro de Planificación Estratégica de Vervun Primario. Lo que lo hacía aún más extraordinario era que Gaunt lo había llevado a cabo prácticamente sin ayuda. Después del incidente con Sturm, se había puesto a trabajar con una entrega absoluta que resultaba casi aterradora. Más tarde, cuando quedó en evidencia la cohesión de su plan, estuvo en condiciones de delegar tareas en los ansiosos funcionarios tácticos, pero la planificación del plan de resistencia le pertenecía solo a él.

Ban Daur salió del baptisterio poco después del mediodía para despejarse la cabeza y beber agua. Se detuvo un momento bajo una arcada ennegrecida que había al final del pasillo, observando a través de las ventanas sin cristales cómo se luchaba sin cuartel por las densas calles de allá abajo.

El capitán Petro, uno de los especialistas en táctica, salió también del baptisterio y se unió a Daur. Era un viejo amigo de los días de la academia.

—Es terrorífico… —dijo Petro.

—¿Gaunt?

Petro asintió.

—Su mente, su concentración… es como un codificador. Todo vigor, todo determinación.

—Como Slaydo —añadió Daur, bebiendo un sorbo de su vaso.

Petro alzó una ceja interrogante.

—¿Recuerdas cuando estudiamos la carrera del señor de la guerra? La clave era siempre la determinación singular de Slaydo, su capacidad para mirar el escenario de una batalla y planificarla en su cabeza, para abarcar mentalmente la situación de una manera global. Eso es brillantez militar y creo que es lo que tenemos ahora ante nuestros ojos.

—Él sirvió con Slaydo, ¿no es cierto?

—Sí, su hoja de servicios habla por sí sola.

—Pero como oficial de infantería —acotó Petro—. La fama de Gaunt nunca ha tenido nada que ver con el mando global del frente, no a semejante escala.

—No creo que haya tenido nunca ocasión de demostrarlo. Un comisario, un comandante de la tropa, siempre da las órdenes de los rangos superiores. Nunca antes tuvo una oportunidad como esta. Además… creo que tal vez se deba a que lo tiene todo por demostrar.

—¿Qué diablos quieres decir, Ban?

—Los altos mandos están muertos o… como Sturm, deshonrados. El destino y sus propias acciones lo han puesto al mando, y creo que está decidido a demostrar que debería haber sido así desde el principio.

En un cruce de caminos señalizado como fg/567, en el corazón de las moradas centrales orientales, las divisiones de infantería de Bulwar estuvieron a punto de sucumbir. No les quedaba artillería anticarro y el avance de las unidades blindadas zoicanas penetraba como una punta de lanza desde la Puerta Croe, transformando en un erial hectáreas de edificios de moradas.

Bulwar y su grupo de ataque ColNor avanzaban hacia el sur por la encrucijada, enfrentándose a las tropas zoicanas en el entramado de rococemento donde otrora habían vivido las familias de los trabajadores. Los disparos de los tanques volaban sobre ellos, derribando secciones de muro y de carretera, dejando montones de cascotes y escombros donde antes había habido casas.

En la estructura de una estación de funicular, entre las trabajadas columnas de mármol y los antiguos bancos de bronce, libraron una batalla cuerpo a cuerpo con una falange de zoicanos. Una cantidad aún mayor entraba por las taquillas situadas en el extremo más lejano, subiendo hasta la estación a través de la ruina de un tren que había hecho su última parada en la plataforma. Todo en derredor había civiles muertos.

Bulwar encabezó el ataque, rompiendo armaduras con su garra mecánica y disparando con su rifle automático. En torno a él, los hombres caían en número incalculable. Un disparo de láser le dio en el hombro y perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás.

Cuando se puso de pie, las cosas habían cambiado. Una fuerza de ataque había irrumpido en la estación por las salidas de viajeros y estaba castigando a los zoicanos por el flanco. No eran soldados de ColNor ni de Vervun Primario, ni siquiera de la Guardia. Eran trabajadores, obreros de la colmena, armados con rifles capturados, hachas-rastrillo o cualquier arma que hubieran conseguido. Bulwar se dio cuenta de que constituían una de las muchas «compañías de irregulares» organizadas informalmente por moradores dispuestos a apoyar la defensa. Había oído de muchas surgidas de las ruinas para ayudar a las fuerzas imperiales, pero nunca de ninguna de esas proporciones y con esa organización. Su furia vengativa era sorprendente.

El frenético enfrentamiento duró unos ocho minutos. Entre el pelotón de Bulwar y los trabajadores mataron a todos los zoicanos que había en el recinto de la estación.

Hubo vítores y expresiones de entusiasmo, y los soldados de ColNor abrazaban a los Vervuncolmenanos como a hermanos a los que hubiesen reencontrado.

Un trabajador bajo, corpulento, con un solo ojo, cubierto de barro y sangre, se acercó a Bulwar cojeando y le hizo el saludo militar.

—¿Quién es usted? —preguntó Bulwar.

—¡Soric, comandante de los Irregulares de la Fundición, señor!

Bulwar no pudo por menos que sonreír. El jefe de los trabajadores llevaba una insignia de general hecha con tapas de botella cosida a la chaqueta.

—Doy las gracias al Emperador por usted, general Soric.

Soric hizo una pausa y miró avergonzado su insignia.

—Lo siento, señor; es solo una broma para reunir a los hombres. No soy más que un supervisor de planta…

—Que lucha como un señor de la guerra. ¿Cuántos son ustedes?

—Unos setecientos, señor: obreros, moradores, todo el que haya querido unirse a nosotros. Hemos intentado hacer nuestra pequeña contribución a La Colmena desde el principio, y, cuando el Escudo se desactivó, se trataba de huir o combatir.

—Han hecho que nos avergoncemos.

—Si no luchamos por nuestra maldita Colmena, señor —dijo Soric, frunciendo el entrecejo—, no sé quién va a hacerlo.

Las órdenes vigentes exigían que todos los comandantes de unidades informasen a la Comandancia de la Torre del tamaño y la composición de las compañías improvisadas que encontraran para poder designarles un código de identificación e incluirlas en la estructura de defensa. Bulwar llamó a su oficial de comunicaciones y transmitió los detalles de los Irregulares de Soric.

—Necesitamos coordinar, general. Doy las gracias al Emperador por la gente como usted, pero solo ganaremos si las fuerzas militares y las milicias civiles trabajamos de consuno. Haga que sus hombres corran la voz. Las compañías de irregulares deben intentar establecer contacto con las fuerzas imperiales para ser contabilizadas. Además, tendrán que acatar órdenes.

Soric asintió y reunió a sus «oficiales» para informarles.

—Pero me temo que no puede ser general —dijo Bulwar.

Soric ya se estaba arrancando la improvisada insignia de la camisa.

—Reciba usted una graduación honoraria, Soric. Promoción de campo por situación de emergencia. Ahora es usted sargento y deberá responder ante mí. Designe cabo a un hombre de cada veinte y establezca una cadena de mando. Usted los conoce.

Soric volvió a asentir; el orgullo lo dejó sin palabras.

Las explosiones atronaron la estación e hicieron caer al suelo a algunos hombres.

—¡Tanques enemigos! ¡Tanques enemigos! —gritaba uno de los combatientes de Soric.

Bulwar y Soric avanzaron agazapados hasta la entrada oriental de la estación para ver. Las enormes siluetas de los tanques de asalto zoicanos, con sus armas de cañón largo y sus pesadas corazas, avanzaban hacia la estación y las moradas circundantes. Otras unidades, entre ellas tanques de asalto ligeros y plataformas de lanzallamas superpesadas, invadían las calles de tránsito que conducían hacia el Distrito Comercial y la Torre del Escudo.

—Tenemos explosivos, señor —dijo Soric, repitiendo el saludo militar—. Cargas para minas que recogimos en los almacenes de detrás de la fundición.

—¿Cargas estáticas sin lanzadores… contra tanques?

—Es lo que hemos estado usando hasta ahora, señor: un hombre coge un envoltorio de cargas y corre con él hasta pegarlo al casco de un tanque.

—¡Es suicida!

—Es el deber, señor. —Soric frunció el entrecejo—. ¿Hay otra forma de hacerlo?

—¿Cuántos tanques han volado por ese método?

—Veinticuatro, creo.

—¿Cuántos hombres le costó?

—Veinticuatro, por supuesto —dijo Soric, con un encogimiento de hombros.

Bulwar se pasó el reverso del guante por la boca. Increíble. Tanta entrega, tanta determinación, tanto sacrificio. Los trabajadores de la Colmena Vervun que habían construido ese lugar con su sudor lo estaban recuperando ahora con su sangre. Era una lección de lealtad y devoción capaz de provocar admiración hasta en el mejor regimiento de la Guardia Imperial.

Ahora los tanques se acercaban, martilleando la estación con sus disparos, volando secciones de la vía elevada. Andanadas de fuego se abatían sobre la terminal.

—¡Por el Trono de Tierra! —atinó a decir Soric, señalando.

Tanques de batalla color mostaza, avanzando a plena potencia entre los escombros, atravesando algunas secciones de pared, avanzaban atronadores desde el oeste. Disparaban sin tregua, con enorme precisión, manteniendo un ciclo de fuego que los acorazados zoicanos, que se habían vuelto hacia el flanco para salir a su encuentro, no podían igualar ni remotamente.

Ni Bulwar ni Soric habían visto jamás una carga blindada de semejante magnitud, y aún menos ninguna de una brigada de tanques imperiales tan arrolladora como la narmeniana. Abrieron la boca asombrados, y solo pudieron proferir vítores.

Grizmund la denominó «Operación Dercius». Había enviado unidades de reconocimiento y observadores de tiro hacia la Puerta Croe mientras organizaba su brigada de tanques en el Distrito Comercial. Los observadores de tiro no habían podido fijar la posición de los tanques zoicanos en movimiento, pero sí pudieron evaluar su fuerza y dirección. Grizmund había compilado los datos y enviado a sus columnas principales primero hacia el sur, hacia el interior de las moradas, y luego hacia el este, a toda velocidad, para sorprender al enemigo por el flanco. Grizmund tenía una comprensión cabal de los vehículos blindados, no solo de su poder físico, sino también de su fuerza psicológica. Si un tanque es algo amenazador, un tanque que avanza a toda velocidad y dispara con precisión y repetidamente es una pesadilla. El ataque con vehículos blindados era su fuerte y solo admitía en el cuerpo narmeniano a conductores capaces de manejar más de treinta toneladas a gran velocidad, y a artilleros y cargadores que pudiesen disparar rápido, repetidas veces y con precisión.

En su silla de mando de *La Gracia del Trono*, Grizmund observaba las imágenes en su pantalla auspex, donde los disparos certeros eran señalados por una luz intermitente sobre las runas que representaban el objetivo. El interior de la torreta era un baño turco iluminado con una luz roja, animado con el murmullo del receptor de voz y el eficiente intercambio del equipo de artillería. Proyectiles de bronce reluciente entraban en el cargador engrasado desde el depósito de municiones situado sobre las ruedas traseras, y el cargador los cebaba y encauzaba hacia adelante, hacia el artillero que buscaba constantemente sus presas a través del visor verde de su mira telescópica. Cada pocos segundos, el cargador liberaba el freno de retroceso de la boca del cañón y este disparaba sacudiendo todo el tanque y haciendo entrar en la torreta humo que era rápidamente absorbido a través de las bocas de ventilación.

El conductor de Grizmund, Wolsh, era uno de los mejores y mantenía el tanque en movimiento incluso mientras disparaban. Tenía un ojo increíble para el terreno y daba la impresión de que sabía exactamente lo que podía apisonar y lo que tenía que rodear, aquello sobre lo que podía pasar y lo que tenía que evitar. Entre los narmenianos circulaba la broma de que Wolsh era capaz de oler una bomba a un kilómetro de distancia.

La operación Dercius lanzó cuarenta tanques pesados narmenianos de marcha rápida a través de fg/567 y cortó de cuajo la difusión de la columna zoicana. Las fuerzas de Grizmund ya habían dejado destrozados o inservibles setenta y dos vehículos enemigos cuando giraron sin bajar la velocidad para atacar a lo que

quedaba de las unidades acorazadas zoicanas desde el otro flanco. Para ese entonces, los zoicanos ya eran presa de la confusión.

Se acercaba ahora la parte que requería auténtica pericia, una maniobra a la que Grizmund había denominado «la tijera». Mientras sus tanques daban la vuelta para reatacar, otros cincuenta tanques bajo el mando del brigadier Nachin cargaron sobre el enemigo desde el otro lado, desde donde había partido el ataque original de Grizmund. Habría sido un desastre de libro en manos de comandantes menos hábiles, pero, en ese caso, las fuerzas de Grizmund habían empezado a emitir señales de voz identificadoras que los distinguían del enemigo, y lo mismo hicieron las unidades de Nachin. La clave era que cualquier cosa que se interpusiera entre unos y otros y que no transmitiese la señal correcta era un objetivo. Grizmund ya había empleado esa táctica en nueve ocasiones anteriores, y jamás había perdido un solo tanque por disparo de sus propios tanques blindados.

Esa marca se mantuvo en la Colmena Vervun. Como las mandíbulas de una gigantesca bestia, las cargas enfrentadas de los blindados narmenianos se lanzaron una contra otra aplastando y destruyendo todo lo que se ponía en medio. Los tanques de Grizmund y Nachin, lanzados a toda velocidad, atravesaron cada uno las filas del otro sin rozarse, aunque a veces la distancia entre unos y otros era muy escasa.

Solo acababan de empezar. En el curso de la trigésimo quinta tarde, las divisiones narmenianas llevaron a cabo otras tres maniobras de tijera, avanzando y retrocediendo las unas sobre las otras y llevándose a cada pasada bocados de la cabeza, el cuello y los hombros de la gran incursión zoicana.

A las cuatro de la tarde, los zoicanos habían perdido casi doscientos tanques y carros de combate. Los narmenianos solo perdieron dos.

Al caer la noche, los narmenianos habían hecho retroceder a los blindados zoicanos hacia los habitáculos internos, a menos de diez kilómetros de la Puerta Croe, y habían abierto una brecha en la punta de lanza que venía de Ontabi. Ahora que tenían despejadas de blindados enemigos las rutas que quedaban a sus espaldas, los intentos de reabastecer a las tropas de tierra imperiales ya no eran suicidas. Los equipos de trabajo del Administratum, los gremios de carga y Vervun Primario formaron grandes convoyes y trajeron munición fresca a las fuerzas de infantería atrincheradas. Muchas unidades, como la de Bulwar, ahora reabastecida con cohetes, lanzagranadas y proyectiles, siguieron a los narmenianos en su avance hacia las grandes puertas orientales, acabando con todos los tanques zoicanos que habían escapado a las fuerzas acorazadas de la Guardia.

Levantándose de su asiento ante la pila-escritorio del baptisterio, Gaunt cogió la placa de datos que le alargaba Petro y una sonrisa cansada iluminó su cara cuando leyó los informes de la salida de Grizmund. Se sintió… justificado: justificado en la fe que

había tenido en el general, justificado por haber peleado por él en las mazmorras, justificado en sus planes tácticos para mantener La Colmena.

En las puertas Sondar y Veyveyr, la posición era menos alentadora. La división acorazada de ColNor carecía de un liderazgo genial o de la experiencia en combate de la que hacían gala los narmenianos. El mayor Clodel, al mando de las unidades de ColNor, consiguió poco más que descargar puñetazos mientras los blindados zoicanos penetraban en La Colmena desde el sur. Con todo, logró detenerlos en las lindes de las fábricas del sur, y eso le valió una felicitación de Gaunt. Pero ahora se libraba una guerra estática de tanques en las afueras meridionales y no había posibilidad de hacer retroceder a los invasores, expulsándolos de la ciudad, y cerrar las puertas. Al norte de Veyveyr, los ColNor perdían tantos tanques como los que destruían. Gaunt hubiera deseado tener a otro de la pericia de Grizmund al frente de ellos, pero no podía detraer fuerzas narmenianas del rechazo oriental. Tenía que conformarse con lo que tenía.

Y lo que tenía era una Colmena destruida librada de la derrota a último momento. No se podía decir que estuviera ganando, pero tampoco perdiendo. Al este estaba expulsando al enemigo. Al sur y al oeste, lo mantenía a raya. Todavía existía la posibilidad de que ganaran y rechazaran al Heredero Asfodel y a sus fanáticos zoicanos.

El baptisterio era un hervidero de actividad y Gaunt se retiró a la capilla lateral, dejando a los tácticos encargados de actualizar los datos en el mapa hololítico. Daur estaba organizando al grupo de trabajo de la comandancia.

«Un buen hombre —pensó Gaunt—. Su valor le valdrá un lugar en la historia imperial».

«¿Se podrá decir lo mismo de mí?», se preguntó.

La capilla lateral, una sacristía tenuemente iluminada y especialmente silenciosa en comparación con el apocalipsis desatado fuera de los muros de la Torre, pareció darle la bienvenida. Estaba muerto de cansancio. Se había pasado todo el día ante un escritorio, con una placa de datos en una mano y un microteléfono en la otra, y, sin embargo, había librado la batalla más grande y más agotadora de su carrera. Eso era el mando, el alto mando, con sus absolutos y finitudes.

Sacó de su vaina la espada de energía que se le acababa de conceder y la depositó sobre el borde del altar dorado para sentarse. Dominándolo todo había una gran estatua dorada del Emperador. En el aire flotaba el canto llano de la Eclesiarquía.

No se inclinó ante el Emperador; estaba demasiado cansado. Se sentó en un banco de la diminuta capilla, se quitó la gorra y se tapó la cara con las manos.

Pensó en Oktar, en Dercius, en Slaydo y en su padre, los hombres que habían hecho de él lo que era y que lo habían conducido a aquello, equipándolo, cada uno a su modo, con las destrezas que ahora aplicaba. Oktar lo había instruido, y Gaunt había estado al lado del gran comisario-general cuando había acabado con él el veneno de los orkos en Gylatus Decimus, hacía ya más de veinte años. Slaydo, el

incomparable Señor de la Guerra. Gaunt también había estado en su lecho de muerte, en Balhaut, tras la mayor de las victorias. El padre de Gaunt había muerto lejos cuando él era todavía un niño. Y Dercius, el malvado y viejo tío Dercius. A este último lo había matado él mismo.

Sin embargo, cada uno de ellos a su modo, habían hecho de él lo que era. Oktar le había inculcado dotes de mando y disciplina; Dercius, implacabilidad y confianza; Slaydo, la dignidad del mando y la entrega al servicio imperial. ¿Y su padre? Lo que había obtenido de su padre era más difícil de identificar. Lo que un padre deja a su hijo es siempre la cualidad más indefinible.

—¿Señor comandante?

Gaunt se despertó de su ensoñación. Merity Chass, vestida de luto con un sencillo vestido negro, estaba detrás de él, en la arcada de la sacristía. Llevaba algo en las manos.

—¿*Lady* Chass? —dijo Gaunt, poniéndose de pie.

—Necesito hablar con usted —empezó la mujer—, sobre mi padre.



CAPÍTULO 16

El legado

“ *Tengo el temor y el funesto presentimiento de que nuestra amada Colmena vaya a ser conquistada, o a caer bajo el control de señores imprudentes e incapaces. Por este motivo, os hago este último legado. Haced uso de él con sabiduría».*

Heironymo Sondar a lord Chass.

—Ha estado en poder de mi familia desde la Guerra del Comercio —le explicó con voz quebrada y exhausta.

Gaunt cogió de sus manos el amuleto y lo sintió vibrar y susurrar entre sus dedos.

—¿Fue Sondar quien hizo esto?

—Fue su forma de asegurar el futuro. A su modo es una traición.

—Explíquemelo otra vez. No entiendo en qué sentido es una traición.

Merity Chass miró directamente a los ojos de Gaunt, apesadumbrada.

—La Colmena Vervun es una democracia legislativa. El altísimo señor es elegido por sus pares de la nobleza. Está escrito en las leyes sagradas de la constitución que jamás debe otorgarse el poder absoluto a nadie que no pueda ser destituido por la Legislatura en caso necesario.

—Y, sin embargo, La Colmena ha sufrido bajo el poder de un solo individuo: Salvadore.

—Precisamente, el tipo de peligro que Heironymo temía, comandante. Mi padre me dijo que, después de la Guerra del Comercio, el gran Heironymo quería salvaguardar la seguridad futura de la Colmena Vervun. Por encima de todas las cosas, temía a una pérdida de control. Que un invasor, o un gobernante inadecuado para ese papel, llegara a controlar la Colmena Vervun tan absolutamente que nadie pudiera destituirlo. ¿Hay algún usurpador o tirano que observe los mecanismos de la constitución y de la ley?

Gaunt empezó a entender el alcance del dilema político vinculado al objeto que tenía en su mano enguantada.

—¿De modo que esta era su salvaguarda: el voto supremo, tan poco democrático y que sin embargo debería usarse cuando se desvirtuara la democracia?

—¿Entiende usted ahora por qué debía ser un secreto? Heironymo sabía que, al construir este artilugio, se lo podría tachar de tirano y de dictador. —Señaló con un gesto el amuleto—. Él lo hizo y encargó su custodia a la Casa Chass, a la que consideraba la más humanitaria y neutral de las casas nobles. Nunca debía caer en manos de gobernante alguno. Era la salvaguarda contra el gobierno totalitario.

—¿Y si la Casa Chass se convertía en Altísima Casa?

—Entonces debíamos confiarlo a otra casa, como medida de seguridad contra el uso abusivo del poder.

—¿Y usted me lo da a mí?

—Usted es ahora el futuro de la Colmena Vervun, Gaunt. ¿Por qué cree que mi padre se empeñó tanto en evaluarlo? Tenía que estar seguro de que esta salvaguarda no cayera en manos de nadie que pudiera hacer un uso abusivo de ella. Él sabía que usted no tenía las cualidades de un tirano. Usted es un soldado, auténtico y valiente, y solo sueña con la supervivencia de nuestra colmena.

—Su padre tuvo una muerte digna, Merity Chass.

—Me alegra saberlo. Eso lo honra y honra también el nombre de su casa, Ibram Gaunt. No haga que se haya equivocado.

Gaunt estudió el amuleto. Era un aniquilador de sistemas y, por lo que había dicho la mujer, el más poderoso y formidable ejemplo de su clase del que jamás oyera hablar. En tiempos de Heironymo, la Casa Sondar se había especializado en sistemas codificadores y en cogitadores sensibles, y había disfrutado de una relación comercial duradera y establecido pactos de investigación con los tecnomagos del Adeptus Mecánicus. Esta era su obra maestra: en caso de que alguien tuviese un dominio tecnológico total de la Colmena Vervun, la activación de este amuleto acabaría con los sistemas de mando y de control, borraría todos los programas de datos y de función, corrompería todos los codificadores y lobotomizaría a todos los cogitadores. Dejaría lisiada a la Colmena Vervun y permitiría a los poseedores del artilugio liberar a La Colmena de posibles conquistadores, a los que habría dejado indefensos.

A su modo, era más potente que la energía atómica o que un capítulo del Adeptus Astartes. Era un arma suprema, pensada para campos de batalla muy alejados del cometido de un viejo soldado como Gaunt. Era la guerra en un nivel refinado, decisivo, a años luz del fango y el fuego láser de los escenarios a los que estaba acostumbrado Gaunt.

Sin embargo, aunque lo entendía, no le gustaba. Esa alta tecnología tan antigua era algo temible, como las brujerías de un psíquico.

Lo depositó en el banco que había a su lado. Emitía un zumbido y un gorgoteo mientras los modelos del sistema se reconfiguraban como la luz del sol en movimiento sobre el agua en su reluciente estuche.

—No lo necesitamos.

Merity Chass se puso rígida y levantó los ojos hacia la roseta de cristal emplomado de la sacristía.

—Me temía que fuera a decir eso.

Se volvió para mirarlo. Tenía el rostro pálido y en sus ojos había una mirada oscura y sombría. La luz multicolor de la cristalera que tenía detrás creaba un halo en torno a su esbelta figura.

—A mi padre le producía auténtica agonía la perspectiva de usarlo. Cuando llegué a los refugios y me di cuenta de que lo había escondido entre mis pertenencias, me produjo la misma sensación. Incluso mientras venía a verlo a usted, me di cuenta de que habíamos esperado demasiado. Usted ya ha destronado al maldito Salvadore. Nuestra situación actual no es una cuestión de control.

—Tenemos el control —reconoció Gaunt—. Ahora, el problema al que nos enfrentamos es, ni más ni menos, una guerra física. Aunque la Colmena Vervun está a punto de perderse, no es la perdición que Heironymo temía o preveía al fabricar esto.

Merity se sentó junto a él, ardiendo de indignación.

—Si lo hubiera traído antes, o hubiera apremiado a mi padre para que lo hiciera, podríamos haberlo usado para librarnos de Salvadore…

—¡Gracias al Trono, no lo hemos hecho!

La mujer se volvió para mirarlo, sorprendida.

—Nos habría dejado paralizados, habríamos paralizado los sistemas de La Colmena, no nos habría quedado nada que nos permitiera recuperar el control. Un aniquilador de sistemas es un arma absoluta, señora.

—De modo que mis cavilaciones, las dolorosas deliberaciones de mi padre… ¿nada de eso tenía sentido? —Se rio con una risa aguda, áspera—. ¡Qué propio! ¡La Casa Chass, tan malditamente intelectual y refinada, preocupándose por naderías mientras La Colmena se desangra y arde!

Gaunt se quitó los guantes y los colocó a un lado.

—El legado de Heironymo no era algo que pudiera tomarse a la ligera. El hecho de que no podamos usarlo ahora no desmerece en absoluto el cuidado y la devoción con que la Casa Chass se hizo cargo de él.

Ella alargó la mano y cogió los dedos ásperos del soldado.

—¿Qué pasará ahora, Gaunt?

Él se volvió lentamente y la miró.

—Simplemente estamos librando una guerra, hombres y máquinas, rifles láser y bombas. Luchamos e intentamos echarlos fuera. Si ganamos, viviremos. Si perdemos, moriremos.

—Suena tan descarnado.

—Es todo lo que sé; la cruda ecuación de la batalla. No es tan malo, y al menos es simple. No implica deliberación alguna.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo qué?

Los ojos de la mujer, más vitales que nada que hubiera visto jamás, lo miraban de frente.

—¿Cuánto tiempo antes de que lo sepamos?

Ibram Gaunt exhaló profundamente y sacudió la cabeza.

—Es solo cuestión de horas. Tal vez un día, o dos. Después todo habrá terminado, en uno u otro sentido.

Ella lo atrajo hacia sí y sus brazos se ciñeron estrechamente a la espalda del hombre. A Gaunt le llegaron el aroma de su pelo y su perfume, leves y casi desvaídos, pero perceptibles todavía a pesar del frío, la humedad y la suciedad a que había estado expuesta en los refugios.

Hacía tiempo que Gaunt había olvidado el sencillo consuelo que brinda el contacto con otro cuerpo. La abrazó suavemente, flotando en su fatiga, mientras las voces profundas del coro de la Eclesiarquía llenaban la sacristía. La boca de ella encontró la suya.

Gaunt se apartó.

—No creo que… —empezó.

—¿Un vulgar soldado mezclándose con una dama de alta alcurnia? —sonrió ella —. Aunque eso pudiera haber importado alguna vez, ¿qué importa ahora? Esta guerra nos ha igualado.

Volvieron a besarse, sin resistencias. Durante un momento, solo les importó su pasión. Dos almas humanas, en un acto íntimo y sin palabras, olvidadas del apocalipsis.

La medianoche había quedado atrás. Las unidades Tanith de Bray, después de un día y una noche de destrozar tanques entre las ruinas del distrito de la planta química, se replegaron por la castigada zona central de las moradas hacia la Torre del Escudo. Todos los esfuerzos zoicanos meridionales parecían dirigidos contra dicha torre y Bray conocía perfectamente que la importancia estratégica de ese enclave estaba por encima de la de cualquier otro de La Colmena. A Bray le quedaban unos doscientos ochenta Tanith, engrosados por otros cuatrocientos hombres entre Vervun Primario, Volpone, Roane y ColNor, desperdigados, y alrededor de seiscientos ciudadanos de La Colmena. Estos últimos eran en su mayoría no combatientes que buscaban la protección de los soldados, y Bray y los demás oficiales se encontraron organizando más un éxodo de refugiados que una milicia civil.

No obstante, algunos de los civiles se habían organizado en unidades improvisadas que sumaban unos ciento ochenta combatientes a las fuerzas de Bray.

Más de la mitad de las compañías improvisadas estaban formadas por mujeres, y Bray estaba sorprendido. Nunca había visto combatir a las mujeres. En Tanith, la guerra era una profesión masculina, pero no podía negar su determinación, y lo entendía. Después de todo, ese era su maldito hogar.

La cadena de mando inmediata de Bray estaba formada por hombres de Vervun Primario y ColNor, y, aunque algunos tenían mayor rango que él, dependían de su liderazgo. Bray sospechaba que eso se debía a que ahora Gaunt era su comandante de campo. Todos miraban a los Tanith ahora que había empezado la batalla final.

Bombas de las unidades blindadas zoicanas pasaron por encima de su cabeza y Bray se metió de un salto en una zanja que quedaba entre una planta de secado de carne totalmente destrozada y la mansión de un gremio. En la trinchera, el sargento Zweck de ColNor y el mayor Bunce, de Vervun Primario, estaban haciendo que sus hombres rodearan las naves de secado para impedir el avance del enemigo.

Por todos lados se oían disparos láser. La mayoría de los tiradores imperiales disparaban desde sus pozos contra las filas de las tropas de asalto zoicanas que avanzaban, a bayoneta calada, entre los escombros. Los proyectiles de mortero rebotaban sobre los restos de rococemento y explotaban causando un daño bastante más importante.

Detrás de las arrolladoras líneas de la infantería zoicana venían los tanques. Muchos de ellos traían soldados que se aferraban a las redes que cubrían los cascos como si fueran monos.

Bray disparó su arma por encima del borde de la trinchera. A su lado, Zwech resultó decapitado por fragmentos de una explosión. El costado de los oscuros pantalones de faena de Bray quedó empapado de sangre.

Echó mano a otro cargador.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Caffran a gritos para superar el atronador ruido de los tanques. Llevaba a Yoncy debajo de un brazo y a Dalin de la mano. Tona corría detrás de él.

Las compañías de irregulares que tenían al oeste conseguían contener el frente zoicano y procuraban atender a una multitud de refugiados civiles que huían hacia los sectores del norte. Caffran volvió a gritar.

Tona Criid estaba ocupada y no respondió a Caffran. Estaba disparando su pistola láser contra las tropas de asalto zoicanas que cruzaban la calle por detrás de ella. Pero tenía un problema: no había nadie para cubrirla.

—¡Sujeta bien a tu hermano y mantente agachado! —le gritó Caffran a Dalin, dejando al zarandeado bebé en brazos de su hermano—. ¡Voy a buscar a tu madre!

—No es mi madre. Es la tía Tona —dijo Dalin.

Caffran volvió la mirada, confundido, y salió corriendo mientras las balas silbaban a su alrededor.

Disparó su rifle láser a diestro y siniestro y se dejó caer en el agujero donde se había refugiado Tona.

—¡Cargador nuevo! —pidió ella.

Caffran le pasó uno. Recargó y ambos se levantaron y descargaron una ráfaga letal por la calle contra los zoicanos. Los cuerpos color ocre cayeron al suelo.

—Buenos disparos. Eres temible, Tona.

—Hago lo que debo. ¡Cargador nuevo!

Le pasó otro.

—Entonces ¿no son tuyos? Ya me parecía que eras demasiado joven.

Tona se volvió hacia él con ojos relampagueantes.

—¡Son todo lo que tengo! ¡Maldita sea! ¡No vais a quitármelos, ni tú ni ninguno de estos bastardos!

Se levantó y disparó su arma matando a uno, y otro y otro más…

Fue una lucha sin tregua, encarnizada, en todos los frentes, que se prolongó hasta las primeras horas del día trigésimo sexto. Para entonces, los dos tercios de la inmensa población civil de La Colmena estaban agrupados en los sectores nororientales y los muelles, haciendo esfuerzos desesperados por huir hacia las orillas septentrionales. La afluencia sobrepasaba con mucho la capacidad de los *ferries* fluviales. Barcos como el *Magnificat* habían estado toda la noche cruzando el Hass de una orilla a otra, con breves pausas para repostar. Ahora, más de dos millones de refugiados estaban en los habitáculos externos de la orilla norte o atascados en la Autopista Colectiva del Norte. La noche era fría y húmeda, y muchos de ellos, heridos, conmocionados o hambrientos, sufrían por causa de la intemperie y la fiebre.

En La Colmena era peor. Millones de personas se atropellaban en las proximidades de los embarcaderos o cubrían las orillas como las multitudes que llenan las gradas de un estadio para ver un partido importante. Se producían enfrentamientos brutales cuando los ciudadanos intentaban subir a los barcos que se acercaban. Miles de personas murieron, casi doscientos a bordo de un *ferry* que sobrecargaron y volcaron en su pánico por subir a bordo. Centenares más murieron pisoteados o aplastados por las avalanchas o empujados al río por los que estaban detrás. Los que no se ahogaron de inmediato murieron lentamente, flotando en las frías aguas, sin poder encontrar un lugar en los muelles por donde volver a la orilla. Toda una escollera se derrumbó bajo el peso de los refugiados, lanzando a cientos de personas al Hass. Los desmanes y los enfrentamientos a que daba lugar el pánico se extendieron como un reguero de pólvora entre las multitudes. Como un animal herido, rabioso, la Colmena Vervun empezaba a clavarse las garras y a destrozarse.

Todos los barcos o embarcaciones pequeñas fueron robados y echados al agua. A menudo iban sobrecargados o eran conducidos por hombres o mujeres inexpertos. Muchos más intentaron llegar a nado a la otra orilla o subirse a objetos flotantes y remar. El Hass tenía casi tres kilómetros de ancho, las aguas estaban heladas y había fuertes corrientes. Ninguno de los que intentaron nadar consiguió llegar más allá de la mitad del río antes de morir, excepto aquellos pocos que fueron rescatados de las aguas por las tripulaciones de los *ferries* al pasar.

Multitudes de evacuados subían desde los muelles al gran viaducto y lo cruzaban a pie. La densidad del tráfico peatonal en el puente ferroviario era tal que muchos eran empujados y caían al río desde gran altura. Apenas superada la medianoche, cohetes zoicanos surcaron el aire de los muelles lanzados por las fuerzas invasoras desde el extremo este del Puente Hiraldi. Algunos cayeron sobre los muelles o en el agua. Cuatro volaron los arcos centrales del viaducto, derribando tres de los grandes soportes y matando a cientos de personas. Eso puso fin al viaducto como posible vía de evacuación, y, los que procuraban subir a él desde el sur y habían sobrevivido al impacto del cohete, quedaron atrapados, imposibilitados de retroceder hacia La

Colmena y de llegar a los muelles por la gran presión de los que venían detrás. Uno por uno fueron cayendo desde el extremo mutilado del viaducto.

Poco después de la destrucción del puente ferroviario, Folik, que dirigía su *ferry* de vuelta por el Hass, vio luces y movimiento en la orilla norte, hacia el este. Brigadas zoicanas motorizadas se lanzaban a lo largo de la lejana orilla desde los oleoductos y la carretera de Hiraldi, haciendo una pinza para cortar la ruta de escape. Era evidente que lo que los zoicanos pretendían era que no sobreviviera nadie a la destrucción de La Colmena. Al amanecer, los grupos armados zoicanos asaltaron a la marea de refugiados de la orilla norte. Tal vez medio millón de ellos fue masacrado sin más. Cientos de miles huyeron, disipándose en las inhóspitas tierras interiores o entre los habitáculos externos derruidos.

Ahora no había escapatoria posible. Los *ferries* volvieron a los muelles sur, muchos bajo el fuego de las fuerzas zoicanas desde el norte, y amarraron. Ahora estaban tan atrapados como las multitudes de la orilla. Un murmullo temeroso recorrió la multitud al ver que ya no había posibilidades de huir. Los zoicanos empezaron a disparar desde el otro lado del río sobre los refugiados que no podían moverse. A pesar de la matanza sin tregua, pasaron horas hasta que las masas civiles empezaron a volver a La Colmena. Fue necesario todo ese tiempo para que se transmitiese entre el apiñado gentío el mensaje de que debían reorientar su marcha.

Folik se sentó con Mincer en la cubierta del *Magnificat* y ambos compartieron una botella de joiliq. Habían decidido no huir. Les parecía que no tenía sentido, especialmente ahora que los dos estaban totalmente borrachos. El fuego esporádico del enemigo desde la otra orilla removía las aguas cerca de ellos y golpeaba contra el casco. Partes de los muelles estaban en llamas. Folik esperaba que un cohete o un mortero los hiciera volar del agua en cualquier momento. Cogió otra botella del puente de mando y un disparo láser atravesó limpiamente la ventanilla de la cabina y salió por el otro lado después de atravesarle el hombro mientras se sujetaba al timón. Eso lo hizo reír. Volvió tambaleándose hasta Mincer. Ambos decidieron que intentarían terminar la botella antes de que los mataran.

El Fuerte del Hass Occidental estaba rodeado de enemigos y sitiado. Al amanecer, estaba a punto de ser destruido. Le caían encima bombas y cohetes arrojados desde el Telón Amurallado, y las tropas enemigas y los blindados ligeros lo castigaban desde las fábricas y los habitáculos internos. El capitán Cargin, malherido, mantenía reunidos a sus hombres, apenas seiscientos de los cinco mil con los que había empezado la noche. Prácticamente no quedaban vivos ni ametralladores ni artilleros, pero eso casi no tenía importancia, ya que se habían agotado todas las municiones y los misiles para la Muralla y para el Fuerte. Los soldados de Vervun Primario y sus rifles láser eran todo lo que quedaba. El propio fuerte había sufrido muchos daños y los niveles inferiores estaban bloqueados o en llamas.

Cargin se ajustó el casco claveteado y bajó cojeando hasta el bastión de la puerta, urgiendo a sus hombres con voz áspera por tantas horas de gritar. Las rampas de rococemento estaban sembradas de muertos. Uno de sus hombres, el cabo Anglon, lo llamó. Entre el humo y las llamas había visto algo que se acercaba a través de los habitáculos externos.

Cargin echó un vistazo. A través de su catalejo vio una forma colosal que avanzaba a través de los suburbios en ruinas, quince kilómetros al sur del fuerte. «Otra máquina de muerte», pensó instintivamente.

Pero esa era diferente: más grande, más lenta. Una enorme estructura piramidal de quinientos metros de altura hasta la cúspide, con sus laterales mecánicos pintados de ocre zoicano y decorada con enormes símbolos obscenos del Caos. Por lo que podía ver, se movía sobre docenas de grandes orugas que aplastaban todo lo que encontraban a su paso. Una gran huella de medio kilómetro de ancho iba quedando por encima de lo que antes habían sido moradas. Sus flancos estaban erizados de torretas y emplazamientos de armas y, en la parte más alta, unos enormes altavoces de bronce con estandartes del Caos ondeando sobre mástiles entre medio difundían los cánticos del Heredero en un murmullo inhumano e ininteligible.

—¿Qué es? —preguntó Anglon.

Cargin se encogió de hombros. Estaba frío y débil por la sangre que había perdido y el dolor. Cada palabra, movimiento o pensamiento exigía un esfuerzo sobrehumano de concentración. Cogió el microteléfono de la unidad de voz que había transportado a hombros desde que habían matado a su oficial de comunicaciones horas antes.

—Cargin/Hass Occidental a Comandancia Baptisterio. Código de marcación 454/gau.

—Recibido y cambio, Hass Occidental.

—Aquí tenemos algo que se aproxima a las murallas. Enorme estructura mecanizada, móvil, armada. Es una suposición, pero, a menos que haya más de una de estas cosas, apostaría dinero a que es el centro de mando del enemigo. Jamás he visto una unidad móvil de ese tamaño.

—Entendido, Hass Occidental. ¿Puede proporcionar imágenes?

—Los enlaces pictóricos están estropeados, Comandancia. Tendrán que fiarse de mi palabra.

—¿Cuál es su situación, Hass Occidental? Estamos intentando enviar fuerzas de apoyo.

Cargin suspiró. Estaba a punto de decirle a la Comandancia Baptisterio que le quedaban menos de mil hombres, la mayoría heridos, que estaban al límite de sus suministros de munición, sin apoyo de la artillería y rodeados por un océano de enemigos. Estaba a punto de estimar que, a lo sumo, podrían resistir una hora más.

La estimación habría errado por cincuenta y nueve minutos y medio. Anglon cogió el brazo de Cargin mientras gritaba al ver unos fogonazos enceguecedores en los huecos oscuros del lado de la pirámide que miraba hacia ellos. El enorme

vehículo zoicano se estremeció y, a continuación, disparó unos rayos aniquiladores de energía de plasma sobre el Fuerte Hass: rayos segadores como los que habían cortado en dos la Puerta Ontabi, pero todavía más grandes y más poderosos, de una escala que solo suele verse en los enfrentamientos de las naves insignia. El ruido fue atronador, y la onda expansiva se sintió a kilómetros de distancia.

El Fuerte del Hass Occidental y la puerta a la que protegía quedaron borrados del mapa. Cargin, Anglon y todos los defensores que quedaban fueron desintegrados en un instante enceguecedor. Cuando los rayos se desvanecieron, las plataformas de artillería y cohetes de toda la pirámide abrieron fuego y amontonaron destrucción sobre las ruinas. El aire hedía a ozono, electricidad estática y fyceleno. El Telón Amurallado se vino abajo a lo largo de medio kilómetro en una y otra dirección.

La pirámide mecánica empezó a avanzar nuevamente, abriéndose camino hacia La Colmena moribunda, difundiendo sin parar el nombre del Heredero.

Gaunt despertó sobresaltado. La cabeza le daba vueltas. El sueño lo había liberado de la fatiga inmediata, pero le dolían y palpitaban todos los átomos de su cuerpo. Tardó un momento en recordar dónde se encontraba. ¿Cuánto tiempo había dormido?

Se puso de pie con dificultad. La sacristía estaba helada y silenciosa. El coro de la Eclesiarquía había terminado hacía tiempo.

Merity Chass estaba allí cerca, contemplando los frisos del culto imperial. Solo llevaba puesto el largo capote de Gaunt.

—Será mejor que te vistas. Es probable que te necesiten.

Gaunt recuperó su camisa y sus botas y se las puso. Todavía sentía el sabor de ella en los labios. Se quedó mirándola un momento aún. Era… hermosa. Si antes no tenía motivo para luchar por la Colmena Vervun, lo tenía ahora. No permitiría que esa joven muriera.

Se sentó en el banco y rio secamente para sus adentros.

—¿Qué? —le preguntó ella.

Gaunt sacudió la cabeza. ¡Vaya ideas! Había cometido el pecado capital de cualquier buen oficial. Había puesto sus emociones en la línea de fuego. Todavía podía oír el sermón reiterativo de Oktar, riñéndolo por aficionarse a alguien o a algo. En los años de campaña que habían compartido, Gaunt había visto a Oktar dejar a muchas mujeres llorosas al trasladarse a la siguiente zona de combate.

—No se implique, Gaunt, con nada. Si es algo pasajero, no le importará, y eso facilita mucho las partes más duras de la vida en el ejército. Haga lo que debe hacer, tome lo que necesite y pase a otra cosa. Nunca mire atrás, nunca eche nada de menos, nunca recuerde.

Gaunt se abrochó la camisa. Se dio cuenta, tal vez por primera vez, de que hacía tiempo ya que había desoído el consejo de Oktar. Cuando se había encontrado con los Tanith y los había traído como Fantasmas desde los fuegos letales de su mundo,

habían empezado a importarle. Decidió que aquello no era una debilidad. En aquello, el viejo Oktar se había equivocado. Preocuparse por los Fantasmas, por la causa, por la lucha, o por cualquiera, hacía de él lo que era. Sin esas razones, sin una implicación emocional, se habría retirado o se habría volado la tapa de los sesos muchos años antes.

Gaunt se puso de pie y buscó su gorra, sus guantes y los correajes. Estaba intentando recordar las furiosas ideas que lo habían despertado. Un torbellino de ideas…

Daur irrumpió en la sacristía.

—¡Comisario! Señor, nosotros… —Daur vio a la mujer cubierta solo con el capote de su jefe y se paró en seco. Se dio la vuelta, ruborizado.

—Un momento, capitán.

Gaunt se acercó a Merity.

—Debo irme. Cuando esto termine…

—O estaremos los dos muertos o volveremos a ser una dama noble y un soldado.

—Entonces, doy gracias al Emperador por este precioso interludio de igualdad. Te recordaré hasta la última hora de mi vida, por lejana que esté.

—Ojalá sea así. Y espero que esa hora tarde mucho en llegar.

La besó en la boca y le acarició el mentón con los dedos antes de seguir a Daur a la sacristía, colocándose la chaqueta y las armas. En la puerta, se puso la gorra y ajustó la rosa de metal que lord Chass le había dado como distinción de honor. Estaba caída en su solapa y la enderezó.

—Lo siento, señor —dijo Daur mientras Gaunt lo seguía vestíbulo abajo.

—Olvídelo, Ban. Debería haberme despertado antes.

—Quería dejarlo descansar, señor.

—¿Cuál es la situación ahora?

—Mantenemos las posiciones más o menos como antes. Lucha encarnizada en todos los frentes. El enemigo ha tomado la orilla norte. Y el Hass Occidental cayó hace unos minutos.

—¡Maldita sea! —bramó Gaunt.

Entraron en el ir y venir del centro de mando del Baptisterio. Durante la noche habían añadido cogitadores y transmisores adicionales. Más de trescientos hombres y mujeres de Vervun Primario, el Administratum y los gremios estaban allí reunidos, trabajando concertadamente con docenas de servidores. El mayor Otte ocupaba «la Pila», tal como se denominaba ahora a la estación de mando. El intendente Banefail y miembros de su equipo de élite ayudaban al mayor.

Muchos saludaron al entrar Gaunt en la cámara. Él devolvió los saludos mientras se hacía cargo de los detalles de la representación hololítica central.

—Inmediatamente antes de caer, desde el Hass Occidental dijeron haber visto una estructura móvil avanzando hacia ellos. Estamos casi seguros de que es su principal vehículo de mando.

Gaunt identificó el señalador en el mapa. Indudablemente se trataba de algo enorme y ahora estaba próximo al extremo occidental de la Muralla.

—¿El código señalador… «púa»?

Banefail se acercó a ellos. El distinguido lord estaba casi muerto de cansancio.

—Fue culpa mía, comisario. Me referí a él como una maldita púa gigantesca y el término hizo fortuna.

—Servirá. ¿Qué sabemos de él?

—Es un arma enorme, pero avanza con lentitud —dijo el mayor Otte, acercándose a Gaunt—. Supongo que también podemos suponer que está bien pertrechado.

—¿Qué le hace pensar que sea el elemento de mando?

—Es el único que se ha visto —dijo Daur—, y su tamaño habla a las claras de su importancia.

—Aún hay más —añadió Banefail, señalando un transmisor ante el cual estaban una mujer clérigo del Administratum, dos servidores y un astrópata marchito—. Es la fuente del murmullo.

Gaunt echó una mirada a la mujer que manejaba el transmisor. Introdujo el número del altavoz y el aire se pobló momentáneamente con el bramido codificado, incesante, del enemigo.

—El tráfico de voz del enemigo es lo que los mantiene unidos —balbuceó el pálido astrópata. Gaunt intentó no mirarlos ni a él ni a la guirnalda de enchufes que tenía conectados al traslúcido cuero cabelludo. El astrópata levantó un miembro consumido, biónicamente aumentado, y señaló las runas de datos que destellaban en los instrumentos—. Sabíamos que venía desde fuera de La Colmena y sospechábamos que la fuente era Zoica, pero ahora se mueve y las exploraciones auditivas confirman que se emite desde esa estructura.

Gaunt hizo un gesto afirmativo como para sí.

—Asfodel —dijo.

Banefail se volvió al oír aquel nombre.

—¿Está ahí? ¿Tan cerca?

—Coincide con su comportamiento anterior. Al Heredero le gusta estar cerca de sus triunfos y mantener un control exhaustivo. Manda por carisma, intendente. Allí donde marchan sus legiones, allí cerca está él.

—Trono Dorado —murmuró Otte, mirando la pantalla con ojos aterrados.

La mirada de Gaunt se volvió violenta y miró al astrópata. El hedor de la disformidad se cernía sobre aquel cadavérico desgraciado.

—¿Su opinión? Este murmullo: ¿podría ser la señal de control de las fuerzas zoicanas? ¿Una transmisión que produce adicción y permite al Heredero controlar a sus fanáticos?

—No cabe duda de que está configurado con poderes hipnóticos. Yo me resisto a escucharlo durante mucho tiempo. Es el latido del Caos. Aunque no podemos, no nos

atrevemos, a interpretar su significado, el flujo de las tropas y las unidades blindadas del enemigo parece responder a sus fluctuaciones rítmicas.

Gaunt se volvió, absorto en sus pensamientos. La idea que lo había despertado volvió a tomar forma en su mente.

—Tengo una idea —les dijo a Daur, Otte y Banefail—. Envíe un mensaje a las unidades del mayor Rawne y al sargento Mkoll y su pelotón de exploradores.

Gaunt ordenó que se hiciesen otros preparativos y, a continuación, le ordenó a Daur que le trajera una caja de proyectiles de bolter.

—¿A dónde va? ¡Lo necesitamos aquí, señor! —tartamudeó Otte.

—Tiene usted mi plena confianza, mayor —dijo Gaunt. Señaló la pantalla hololítica—. Las estrategias de defensa ya están en marcha. Usted y este estado mayor son más que capaces de dirigirlas. Yo soy un soldado de infantería. Un guerrero, no un señor de la guerra. Es hora de que haga mi trabajo. El trabajo para el que estoy más preparado. Y, con la gracia del Emperador de mi lado, todavía puedo tomar este campo.

Gaunt sacó el amuleto de Heironymo de su bolsillo y lo sintió latir y susurrar en su mano. Las configuraciones de luces parpadeantes de su cubierta se enrollaban como los destellos del Immaterium.

—En mi ausencia, Otte y Daur tienen el mando del campo. Si yo no volviera, intendente, debe enviar noticia al Señor de la Guerra Macaroth y rezar por la salvación. Pero no creo que lleguemos a eso.

El amuleto se estremeció y gorgoteó.

«Esto podría funcionar —pensó Gaunt—. Que el Dios-Emperador nos salve. ¡Esto podría funcionar, maldita sea!».



CAPÍTULO 17
OPERACIÓN HEIRONYMO

“ *Creo que se ha sobreestimado a este Gaunt».*

General Noches Sturm al mayor Gilbear, durante el asalto a Voltemand.

Una compañía de irregulares los encontró en el kilómetro 281 para guiarlos. La compañía se componía de cuarenta individuos y habían realizado operaciones de guerrilla en las moradas del extremo sur antes de que cayera el Escudo. Su jefe, un poderoso exminero saturniano llamado Gol Kolea, saludó a Gaunt al verlo aparecer.

Gaunt examinó hasta los menores detalles del jefe, aunque el galón de su gorra había sido frotado con ceniza para ocultar su brillo. Portaba una espada de energía ceñida a la cintura y llevaba la pistola bolter en una funda sujeta al pecho por un correaje y cubierta por una chaquetilla de cuero negro. Cubriéndolo todo, llevaba su capa de camuflaje de Tanith, tendida con mano experta tal como le había enseñado Colm Corbec en los primeros días de la existencia del regimiento de los Fantasmas.

El fragor de la batalla atronaba en las ruinosas calles que tenían ante ellos, pero ese sector estaba limpio y tranquilo. A través del resquebrajado Escudo se filtraba la fría y tenue luz de la mañana. Gaunt indicó a sus unidades que se unieran a la compañía de irregulares de Kolea. Eran treinta hombres, todos Tanith, guerreros de cabello negro y piel muy blanca, vestidos con uniforme de faena negro y capa de camuflaje, adornada la piel con diferentes símbolos tatuados. Eran la flor y nata de la unidad de Rawne y el orgullo de los exploradores camuflados de Mkoll. Entre ellos estaba la mayoría de los mejores: Bragg, Larkin, Domor, MkVenner, Dremmond, Genx, Neskon, Cocoer, el médico Gherran.

Gaunt estaba empezando a delinear la «Operación Heironymo» a su escuadrón cuando Rawne oyó ruido en una calle lateral. Los Fantasmas y los irregulares se dispersaron y se aprontaron, montando las armas que acababan de recibir para la misión.

Un equipo de disparo de diez Volpone avanzaba calle abajo encabezado por el coronel Gilbear. Eran tropas de élite del 10.º de Volpone: enormes, con armaduras de caparazón y pertrechados con armas antiabominación listas para disparar.

Gaunt avanzó por la pedregosa calzada abierta para recibir a Gilbear. Se saludaron.

—¿Supongo que no irá a entrar sin los Sangreazul, coronel comisario? —preguntó con malicia Gilbear.

—Ni en sueños, coronel —respondió Gaunt—. Me alegra mucho que haya recibido mi mensaje y mucho más que haya encontrado el camino hasta aquí, uniéndose a nosotros. Estábamos a punto de marcharnos.

Gaunt se cruzó con Rawne y Kolea cuando los Volpone se unieron a la columna.

—No puedo creer que los haya invitado —barbotó Rawne.

—Guárdese sus pensamientos, mayor. Puede que los Sangreazul sean unos bastardos, pero creo haber llegado a un entendimiento con ellos. Además, necesitaremos sus músculos a su debido tiempo.

Rawne chapoteó en los charcos y no replicó.

—Tengo entendido que ahora es usted comandante —le espetó Kolea abiertamente a Gaunt—. ¿Puede saberse qué Gak está haciendo aquí? Gnide y Croe nunca se mancharon las manos.

—La ética de su comandante era diferente, Kolea. Espero que llegue a apreciar mi manera de hacer las cosas.

—¿Sabe hablar por señas?

—¿Qué?

—Entre mi gente, la mayoría es sorda. ¿Puede transmitirle sus órdenes por señas?

—Yo puedo, señor —intervino Mkoll.

Gaunt hizo una señal al sargento explorador.

—Mkoll puede transmitir mis instrucciones a sus hombres. ¿Le parece bien?

Gol Kolea se rascó la mejilla.

—Puede ser.

Gaunt podía darse cuenta de que Kolea había atravesado el infierno en los últimos treinta días más o menos. Parecía destilar valentía y determinación como quien suda. Era un hombre al que Gaunt no le gustaría enfrentarse.

Avanzaron por calles sombrías destrozadas por las batallas, hasta llegar al extremo sur de La Colmena, y dejaron atrás el destrozado Telón Amurallado. Los exploradores de Mkoll abrían camino, dirigidos por las tropas de Kolea. Los macizos Volpone se esforzaban por seguir el rápido y silencioso avance. Desaparecida la Pantalla, estaban expuestos a la lluvia ácida.

—Usted conoce estos barrios, Kolea. Creo que era aquí donde vivía —insistió Gaunt amablemente al minero.

—Así es. A medio kilómetro de aquí, para ser exactos, podría llevarlo hasta el cráter donde una vez estuvo mi morada.

—¿Perdió a algún familiar?

—Mujer y dos hijos. No estoy seguro de que hayan muerto, pero ¡Gak! ¿Cuáles son las posibilidades?

Gaunt se encogió de hombros.

—¿Cuántos ha perdido al venir aquí? —preguntó Kolea.

—¿Tropas?

—Familia.

—No tengo a nadie. No sé cuál de los dos es más afortunado.

Kolea sonrió, pero sin reírse y sin que se le iluminase la cara.

—Ninguno de los dos, comisario. Y ahí está la tragedia.

—No sé nada de las mujeres —murmuró Larkin mientras avanzaban entre las ruinas desmoronadas empapadas por la lluvia.

Bragg, con su lanzamisiles y su cañón automático colgados uno en cada hombro, enarcó las cejas y no hizo comentario alguno. Había ocho mujeres en la compañía de irregulares de Kolea, ninguna de las cuales sobrepasaba los veinticinco años. Cada una de ellas llevaba un rifle láser capturado a los zoicanos o un rifle automático de Vervun Primario y cargaba una mochila sobre su raído uniforme de faena. La mayoría, al igual que los hombres, calzaba botas militares recuperadas sobre los

calcetines y envueltas apretadamente con polainas hechas con cinta de embalaje para mantenerlas en su sitio. Las mujeres avanzaban tan silenciosa y decididamente como sus camaradas masculinos. Un mes de intensa guerra de guerrillas en los habitáculos externos había sido un buen entrenamiento. Los que no habían aprendido ya no estaban allí.

—Las mujeres pueden luchar —murmuró Rilke, sosteniendo su rifle de francotirador con la culata bajo la axila y el largo cañón apuntando hacia abajo—. Mi hermana, Loril, solía apuntar el suyo contra los alborotadores cuando llegaba el momento de echarlos fuera de la taberna de mi padre. ¡Ríete, pero podía llegar a dar puñetazos!

—No es eso lo que yo quiero decir —gruñó Larkin, escurriéndole la lluvia por su aguzada nariz—. No me parece correcto que envíen mujeres de este modo, totalmente pertrechadas para el combate y armadas con rifles láser. Pienso que solo son mujeres. Esto se va a poner feo. No es lugar para las mujeres.

—¡No alces la voz! —le susurró Dremmond, arrastrando su lanzallamas con los pesados tanques recién rellenados—. ¡Van a oírte, Larks!

—Ya oíste lo que dijo ese bastardo del minero. ¡Están todas sordas por el bombardeo! ¡Puedo decir lo que pienso sin insultar a nadie! ¡No pueden oírme!

—Pero sabemos leer los labios, Tanith —dijo Banda, pasando por delante del jefe de francotiradores con una mueca. Algunos de los otros irregulares que estaban cerca se rieron.

—Yo… yo no quería insultar —empezó Larkin, moviendo exageradamente la boca para asegurarse de que lo entendiera. Banda volvió a mirarlo con una expresión burlona en su sucia cara.

—Y, además, no estoy sorda. Ni tampoco Muril. Y tampoco los zoicanos, de modo que ¿por qué no te callas la boca y nos haces un favor a todos?

Avanzaron. Todos los que formaban el grupo de asalto chapotearon por un camino lateral húmedo y lleno de escombros.

—Te estuvo bien —le susurró Dremmond a Larkin.

—Cierra el pico —replicó el otro.

MkVenner iba explorando como parte de la avanzadilla de reconocimiento de Mkoll. En su campo visual inmediato estaban el explorador Bonin y los guías de la compañía de irregulares: una chica llamada Nessa y un sargento de Vervun Primario llamado Haller que era el segundo al mando del grupo de irregulares de Kolea. Haller era uno de los nueve supervivientes de Vervun Primario que se había integrado en la compañía de irregulares, aunque con su uniforme sucio y lleno de parches y el gorro de lana que llevaba en lugar del casco claveteado, ya no se parecía mucho a un soldado de infantería del Primario. Parecía satisfecho de que lo mandara un minero y no un oficial militar. MkVenner sabía que los miembros de la compañía de irregulares

habían pasado por lo peor de la guerra, y no podía siquiera intentar entender sus lealtades o las circunstancias que los habían reunido.

Nessa los guio a través de una serie de fábricas destruidas por el fuego, cubriendo terreno rápidamente, manteniéndose agachada y haciendo gestos breves, directos, que todos pudieran entender con facilidad. Cruzaron una autopista arterial donde el rococemento estaba roto por series de agujeros hechos por las bombas y fueron bordeando los restos de dos tanques de guerra zoicanos y de un transporte de infantería que había quedado volcado.

Tras cruzar la autopista se dispersaron en forma de abanico por las tejedurías donde la lluvia incesante se filtraba a través de los tejados agujereados y donde podían verse filas de telares de estructura de hierro silenciosos y destrozados. Los extremos sueltos de cientos de balas de hilado doble ondeaban con la brisa. MkVenner se paró en una puerta y estudió los alrededores. Observó con perezosa fascinación las gotas de lluvia que caían por los hilos de un telar, brillando como diamantes y engrosándose antes de caer de la trama hacia las bobinas de hilado que estaban más abajo.

MkVenner se dio cuenta de que había perdido de vista a la mujer. Haller apareció tras él.

—Tiene que vigilarla —le dijo Haller mientras también usaba signos. Sabía perfectamente que MkVenner no era sordo, pero la costumbre se había extendido.

Bonin se unió a ellos y recorrieron toda la nave hasta que encontraron a Nessa en un muelle de carga abierto que había al otro extremo, agachada detrás de un elevador de fardos volcado. Fuera, a la luz brillante y delgada del barracón de carga, un quinteto de tanques lanzallamas zoicanos avanzaba camino al norte. Los soldados de infantería pudieron oler el olor acre del promethium que se removía en los pesados depósitos de los tanques.

Una vez que los tanques hubieron pasado, Nessa hizo un movimiento de penetración en el aire y los soldados pasaron rápidamente, atravesando el espacio abierto e introduciéndose en un recinto rodeado de alambres de espinos perteneciente a una planta de carga de flete de un gremio. Las siluetas oxidadas de grúas aéreas y mástiles crujían sobre ellos al ser sacudidas por el viento. El agua de lluvia había formado lagos anchos, poco profundos, por el suelo de rococemento. Pasaron junto a filas de cajones de plastiacero y de tolvas con la pintura resquebrajada. Cerca de la oficina de carga, una pequeña capilla imperial construida por los trabajadores había sido profanada por los zoicanos en su avance. Habían destrozado las ventanas y habían manchado las paredes con excrementos. Una docena de trabajadores de la fábrica habían sido crucificados en la entrada sobre cruces hechas con durmientes del ferrocarril. A esas alturas, los cadáveres ya eran poco más que esqueletos fantasmagóricos. Ya hacía tres semanas que los habían clavado y la lluvia permanente y las aves carroñeras habían hecho todo lo posible por despojarlos de su carne.

Haller tropezó con una botella vacía y el ruido que produjo al salir rodando asustó a los pájaros, que se levantaron en estridentes bandadas y dejaron ver los espantosos horrores que ocultaban. Algunos de los pájaros eran unos carroñeros grandes de plumaje negro y reluciente, los otros eran aves marinas del estuario, de un color blanco sucio, y picos como tenazas. Entre unos y otros formaron un breve dibujo en blanco y negro en el aire antes de volar hacia el techo de un barracón y posarse allí. El terreno abierto estaba salpicado y resbaladizo por sus excrementos.

Había una brecha en la cerca detrás de la capilla. MkVenner se mantuvo en su posición el tiempo suficiente como para comprobar, con su microtransmisor, que el cuerpo principal los seguía de cerca. Gaunt y la columna estaban entrando en el centro de transporte.

El terreno hacia el sur del almacén de carga era una masa de escombros color tiza y de malas hierbas. Había oscuras roderas por todos lados y la zona estaba sembrada con miles de casquillos de bronce. En una etapa anterior de la guerra, se habían arrastrado hasta allí las enormes máquinas de asedio de los zoicanos para asaltar la Muralla. MkVenner estaba a punto de avanzar cuando Nessa lo detuvo.

Él hizo un gesto interrogativo y ella le contestó con señas y gesticulando.

—Sabemos por experiencia que los zoicanos ponen trampas en los terrenos que abandonan.

MkVenner asintió. Envió una señal hacia atrás y Gaunt mandó avanzar a Domor. Haller lo ayudó a armar su detector de minas y, entonces, el Fantasma empezó a avanzar por delante de ellos, moviendo el detector hacia adelante y hacia atrás por encima de los desperdicios. A Domor le gustaba hacer ese trabajo guiándose por el ruido, y MkVenner sonrió al ver cómo cerraba sus implantes oculares biónicos con la mano. Lejos habían quedado los tiempos en que a Domor le bastaba con cerrar los párpados, antes de la campaña de Épsilon Menazoide.

Domor consiguió establecer un camino seguro en cinco minutos, desplegando un cordón de fibra para marcar la trayectoria zigzagueante. Para cuando hubo terminado, las fuerzas de asalto ya habían llegado hasta donde estaban y esperaban en el cercado, junto con MkVenner, Haller, Nessa y Bonin.

—¿No encontró nada? —preguntó Haller, señalando a Domor en el otro extremo de la zona.

—No, encontró mucho, pero no estamos aquí para desactivar minas. Sigue el cordón —respondió MkVenner.

En fila india, los ochenta soldados cruzaron el antiguo emplazamiento de la artillería y siguieron por una pasarela reforzada que cruzaba una de las alcantarillas principales de La Colmena. Alimentada por las fuertes lluvias, la alcantarilla iba hasta los topes. En algunos puntos estaba atascada por montones de escombros y de cadáveres.

Llegados al otro lado, subieron la pendiente por una escalera de metal y avanzaron rápidamente en pequeños grupos atravesando otra autopista. Hasta donde

alcanzaba la vista podían verse restos de cadáveres cubriendo la calzada. La mayoría intentaba no mirar. Larkin se quedó paralizado sin poder apartar la vista. Nada más que montones de harapos. Eran cadáveres de trabajadores y moradores que habían sido masacrados mientras intentaban huir hacia la Colmena Venvun. Habían caído hacía semanas y nadie los había tocado ni movido, salvo las orugas demoledoras de las máquinas de guerra zoicanas en su marcha hacia el norte, hacia su objetivo.

Gaunt mandó hacer un alto en las moradas derruidas del otro lado de la autopista. Su brigada variopinta estableció guardias defensivas todo en derredor mientras él subía con Kolea y Gilbear hasta la tercera planta de un bloque de viviendas.

—Huele a humo —dijo Gilbear de repente. Avanzó por el pasillo sucio, húmedo, con el arma preparada y abrió de una patada la puerta medio podrida de la vivienda de un trabajador.

Gaunt y Kolea, con las armas dispuestas, avanzaron tras él. Los tres se pararon en seco.

El apartamento estaba lleno de basura y cubierto de bichos. El humo salía de un pequeño fuego encendido en un cubo de alquitrán sobre el cual, suspendida de un soporte metálico que en otro tiempo había sido una percha, había una olla de metal. Los cinco habitantes reunidos en la habitación, una madre con tres niños y una mujer mucho mayor, se refugiaron asustados en el rincón más apartado. Estaban escuálidos y sucios, nada más que piel y huesos aterrados bajo los sucios andrajos. La anciana gemía como un animal enjaulado, y dos de los niños lloraban sin hacer ruido. La madre, con los ojos brillantes y feroces en medio de la cara negra de hollín, levantó un trozo de metal de punta aguzada.

—¡Atrás! ¡Ahora! —les ordenó Gaunt a Kolea y Gilbear, aunque el primero no necesitó que se lo dijeran—. Está bien… lo siento —le dijo Gaunt a la madre con las manos en alto y abiertas. La improvisada arma seguía apuntándolo.

—Déjelos —dijo Kolea. Sacó una ración de tortas secas de su mochila y se adelantó, depositándolas en el suelo frente al grupo cuando la madre se negó a cogerlas.

Volvieron a salir al pasillo y Kolea colocó otra vez la puerta en su sitio.

—Por el Trono de Tierra… —dijo Gaunt entre dientes, sacudiendo la cabeza.

—Ya lo creo —añadió Gilbear—. Vaya forma de desperdiciar las raciones.

Gaunt se volvió para mirarlo, empezó a hablar pero luego desistió. Explicarle a Gilbear la auténtica naturaleza de ese horror podría llevarle toda la vida.

Y ese tiempo, fuera cual fuese su medida, era todo lo que le quedaba y Gaunt tenía algo mucho más importante que hacer que infundir compasión en un guerrero aristócrata como el coronel Sangreazul.

Kolea había oído la observación de Gilbear y miró al hombre con rabia y auténtico desdén. Kolea dudaba de que ni siquiera el coronel-comisario tuviese la menor idea de lo que era intentar arañar la propia supervivencia en las ruinas de lo que fue alguna vez un hogar, día tras día. Gol Kolea había visto suficiente de esa

miseria desde la llegada de los zoicanos, suficiente como para llenar cien vidas. Había miles de familias de las moradas que todavía andaban por ahí, sufriendo una muerte lenta de hambre, enfermedad y frío.

Los tres oficiales subieron por una escalera de incendios hacia el extremo oriental de la casa, y Gaunt y Gilbear sacaron sus catalejos.

Cinco kilómetros hacia el sur, al otro lado de las ruinas, a través del humo y la lluvia, podía verse la silueta de la Púa. Se movía lentamente hacia el centro de La Colmena. Gaunt cambió la dirección del catalejo y volvió la vista hacia la vasta cúpula relumbrante del Escudo y hacia la enorme Torre y los habitáculos internos.

Gaunt le ofreció el catalejo a Kolea, pero al hombre no le interesaba. De repente, Gilbear hizo un gesto y señaló la autopista que se veía abajo, la que acababan de cruzar. Una multitud de soldados zoicanos, escoltados por una vanguardia de transportes y tanques ligeros, avanzaba hacia ellos. Los estandartes del Caos colgaban lánguidos bajo la lluvia y la luz se reflejaba en el blindaje color ocre de los tanques.

Gilbear levantó su arma antiabominación, listo para disparar, pero Gaunt se lo impidió.

—No estamos aquí para luchar contra ellos. Nuestra lucha está en otra parte.

El comisario conectó su microtransmisor.

—Gran formación enemiga aproximándose por la autopista. Permanezcan escondidos y en silencio.

Rawne dio por recibido el mensaje.

La columna zoicana tardó media hora en pasar. Gaunt calculó que habría algo más de dos mil soldados y sesenta vehículos blindados: reservas que acudían para reforzar el asalto. Pensó que ojalá él tuviera reservas semejantes. ¡Por Feth, ojalá tuviera esa cantidad de unidades activas!

Una vez que la columna hubo pasado y desaparecido, el grupo de asalto de la Operación Heironymo abandonó las moradas y avanzó por las ruinas anegadas por la lluvia hacia la Púa.

Cuanto más se acercaban, tanto más grande se hacía, empequeñeciendo todos los edificios de alrededor. Larkin reprimió su profunda inquietud: ¡Era grande! ¡Por Feth, era inmensa! ¿Cómo se suponía que ochenta almas podrían apoderarse de algo de ese tamaño?

Estaban agazapados entre los escombros. Larkin levantó la cabeza y vio que Banda le sonreía.

—¿Asustado, Tanith? —le susurró.

Larkin sacudió la cabeza y miró hacia otra parte.

Mkoll, MkVenner y Gaunt avanzaban con Kolea, Rawne y Haller una línea por detrás de ellos. Ahora podían oír el chirriar de las enormes orugas de la Púa, el rugido de sus motores. Gaunt notó que el polvo y la ceniza se sacudían por debajo de los

escombros, que los rodeaban a intervalos regulares y rítmicos. Se dio cuenta de que la enorme máquina, a un kilómetro de ellos todavía, hacía vibrar la tierra con su peso y su fuerza motriz.

De repente, la lluvia arreció. Un tableteo incesante llenó el aire todo en derredor, acompañado por un tintineo regular. Lo producía una botella rota acuñada entre unos ladrillos que sonaba cada vez que le caía encima una gota de lluvia.

Gaunt limpió las gotas de lluvia del extremo de su catalejo y estudió la Púa.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —le preguntó a Mkoll.

—Desde arriba —respondió Mkoll, pensativo—. Sigamos adelante y encontremos un edificio adecuado desde el cual se domine… a menos que cambie de trayectoria.

Gaunt condujo al grupo hacia el otro lado de la ancha senda pulverizada que la Púa dejaba tras de sí, una franja de medio kilómetro de suelo y cenizas comprimidas por el peso del vehículo y convertidas en carbón centelleante. La Púa no rodeaba los edificios, los arrasaba abriéndose camino.

La fuerza de choque imperial seguía a la gran máquina de guerra por el flanco derecho y se abría camino ciñéndose a las ruinas y los escombros y pisándole los talones. Mkoll señaló un par de bloques de viviendas que había delante de ellos y que parecían estar al paso de la Púa. Gaunt dividió a sus tropas en dos unidades y envió una hacia adelante al mando de Gilbear mientras él mismo dirigía a la otra.

El soldado de Gaunt estaba subiendo la escalera de la morada más próxima, quinientos pasos por delante del blanco móvil, cuando la Púa volvió a disparar. Su espantosa arma central, la onda dirigida, lanzó hacia adelante una enorme energía que pasó por encima de ellos hacia algún blanco de La Colmena. El ruido los dejó sordos. El edificio se estremeció de arriba abajo y un fogonazo de luz enceguecedora penetró durante un momento por todos los resquicios y aberturas de la escalera. Un segundo después se produjo una detonación, un muro de calor que se disipaba y el olor a plasma.

Gaunt y su soldado se miraron. Había sido como estar demasiado cerca de una estrella durante un milisegundo. Les dolían los ojos y el olor quemante a energía se les metía por las narices. Gaunt se limpió del labio un hilo de sangre.

Ahora no tenían tiempo que perder. Gaunt y Mkoll condujeron a la partida hasta la quinta planta, hasta los apartamentos del extremo más apartado. Tenían la Púa casi encima. Media docena de harapientos habitantes pasaron a su lado, corriendo como perros apaleados sacados de sus guaridas.

Gaunt recibió una señal de Gilbear desde el otro bloque. La segunda unidad estaba en posición. Miró desde la ventana del extremo, sin cristal y quemada, y pudo ver lo cerca que estaba ahora la máquina.

Su borde inferior rozó el extremo del edificio e hizo que se desprendiera una cascada de escombros que a continuación aplastó bajo sus orugas. Gaunt hizo

retroceder a sus soldados mientras el vehículo arrasaba a su paso el extremo de la habitación en la que esperaban. A continuación, actuaron.

En grupos de dos o tres se lanzaron desde el edificio hasta siete metros más abajo, cayendo sobre los laterales inclinados de la Púa. La mayoría se deslizó por el casco pintado de ocre antes de poder sujetarse firmemente a los salientes de las paredes. Gaunt cayó con fuerza, se deslizó un momento y por fin se sujetó a una fila de remaches. Oyó un grito por encima de su cabeza y, al mirar, vio a Larkin que se deslizaba por la pared blindada intentando, infructuosamente, sujetarse al metal bruñido. Gaunt sujetó al francotirador por su capa de camuflaje y detuvo su caía, a punto casi de estrangularlo con la presión de la tela. Por fin, Larkin encontró un asidero y trepó hasta Gaunt.

—¿Otra vez salvándome el culo, Ibram? —balbuceó Larkin, con alivio.

Gaunt sonrió. En un momento como ese poco le importaba la falta de formalidad de Larkin.

—De nada. Es mi trabajo.

Diez metros más abajo, Haller también perdió apoyo. Se resbaló, profiriendo una maldición impotente, y fue a caer sobre Dremmond, que a duras penas conseguía sujetarse. Los dos se desprendieron y empezaron a caer a mucha mayor velocidad, moviendo los brazos como aspas de molinos en busca de una sujeción.

Bragg sacó su cuchillo Tanith, lo clavó sobre el revestimiento de la Púa para tener un buen punto de anclaje y los sujetó a ambos cuando pasaron a su lado. Cogió a Dremmond por la correa de su lanzallamas y Dremmond sujetó fuertemente a Haller. Para entonces, ambos habían llegado hasta Muril, una de las chicas de las tejedurías que formaba parte de los irregulares, y Haller se sujetó a ella. Suspendido de un puño aferrado al mango de su cuchillo, Bragg sostuvo a los tres humanos, que se balanceaban en el aire.

—¡Feth! —gruñó, mientras el brazo le temblaba por el esfuerzo—. ¡Sujetaos! ¡Sujetaos! ¡No puedo aguantar mucho más!

Muril dio un envión y se sujetó al borde de una plancha del blindaje, hundiendo los dedos en la unión. Tan pronto como estuvo afirmada, Haller la soltó y se dejó deslizar hasta quedar junto a ella. Bragg izó por el correaje de su lanzallamas a Dremmond, que no dejaba de patalear.

—Buena pesca —balbuceó Dremmond, aferrándose con fuerza e intentando recobrar el aliento.

—No siempre yerro —respondió Bragg. No se atrevió a expresar su alivio. Por un momento había estado a punto de soltarlos… o de caer con ellos.

Los cuarenta que formaban la unidad de Gaunt, aferrados a la pared inclinada de la gigantesca máquina de guerra zoicana, empezaron a subir por ella lentamente. La forma piramidal de la Púa tenía, a intervalos regulares, una especie de estantes o terrazas, como algunos de los templos escalonados de la antigüedad que Gaunt había

visto en Fychis Dolorous. Los soldados fueron trepando y se afirmaron en el escalón horizontal más próximo.

La Púa siguió avanzando, ajena a los piojos humanos que llevaba adheridos a su flanco, y chocó a su paso con el edificio en el que esperaba el equipo de Gilbear. Gaunt observó horrorizado mientras la estructura metálica demolía una parte de los pisos bajos del bloque.

Luego vio a Gilbear y a los suyos saltando desde un nivel mucho más alto. Estaba claro que habían subido uno o dos pisos tras calcular el inminente impacto de la Púa.

Los soldados, conducidos por Gilbear, cayeron mucho más lejos de lo que había hecho el equipo de Gaunt. Dieron contra el casco más arriba del escalón en el que estaban Gaunt y los suyos, y la mayoría se deslizó hasta aquel apoyo seguro. Algunos se afirmaron donde encontraron apoyo, en los escalones de más arriba. Dos, un Volpone y Bonin, el explorador Tanith, salieron despedidos dando tumbos como rocas que se desprenden de la ladera de una montaña, y pasaron cerca de Gaunt, desapareciendo cien metros más adelante, bajo el borde del casco. Gaunt miró hacia otro lado. Si no los había matado la caída, seguramente habrían muerto bajo la enorme oruga.

Gaunt tomó contacto con los que quedaban. Todos se estaban reuniendo sobre el escalón. Ahora faltaban apenas unos minutos para llegar al Telón Amurallado de la Colmena Vervun, y el tiempo pasaba muy de prisa. Con las armas preparadas y los brazos extendidos para hacer equilibrio ante el movimiento de la Púa, el grupo de asalto siguió a Gaunt por el escalón.

Todavía faltaba lo más difícil: encontrar una forma de entrar en ese monstruo blindado.

El casco era sólido. Domor sacó la cabeza de su detector y la apoyó contra el metal palpitante.

—Denso… no hay cavidades —gruñó, decepcionado.

Gaunt suspiró. Podían perforar o cortar el casco si había una oportunidad de acceder a un espacio hueco del interior, pero Domor fue rotundo. Era lógico que una máquina como esa tuviera un pellejo duro.

Dos de los Volpone de Gilbear volvieron de explorar el otro extremo del escalón. Gilbear oyó sus informes y se llegó a donde estaba Gaunt.

—Las troneras de las armas principales de la cara frontal. Están abiertas y listas para disparar. O eso, o nada.

—¿Y si disparan cuando estamos entrando?

—Entonces estamos muertos. ¿Quiere quedarse aquí fuera hasta que termine la guerra?

Gaunt lanzó una risotada ante la actitud de Gilbear.

—No. Supongo que ni nos enteraremos si disparan.

—Sí, seguro que será rápido —coincidió Gilbear.

Gaunt notificó a los jefes de escuadrón y encabezó la fila india, siguiendo el escalón.

Estaban a punto de dar vuelta a la esquina hacia la cara delantera cuando volvieron a disparar las ondas dirigidas. El fogonazo fue todavía más brutal allí, al descubierto, y el rugido fue espantoso. Toda la Púa se sacudió.

—¿Cuánto tiempo pasó desde el disparo anterior? —le preguntó Gaunt a Larkin en cuanto dejaron de zumbarle los oídos.

—Unos ocho minutos, jefe.

—Calculo que les lleva ese tiempo recargar las baterías. Tenemos ocho minutos para colarnos dentro.

—Tal como lo dice parece tan fácil —se burló Rawne.

—¿No deberíamos empezar a movernos en lugar de discutir? —preguntó Kolea, avergonzándolos a todos.

Gaunt asintió.

—Sí. Ahora. ¡En marcha!

«Siempre, siempre conduce desde el frente. Nunca esperes que un hombre bajo tu mando inicie una acción que no estés dispuesto a iniciar tú mismo». Era una de las máximas principales de Delane Oktar y se la había repetido una y otra vez durante sus años con los Hyrkan. No iba a olvidar el consejo de su mentor precisamente ahora.

Gaunt abrió el camino dando vuelta a la esquina del casco y avanzó a toda prisa hacia las enormes troneras de los cañones principales que estaban debajo de él. Unas pantallas de protección del tamaño de las Puertas Sondar colgaban de las troneras a modo de párpados. El aire era dulzón y pegajoso por el plasma y los fluorocarburos quemados.

Gaunt estiró la mano hasta el borde del hueco y echó mano de uno de los puntales de la persiana, un pesado miembro hidráulico totalmente extendido. El guante de cuero resbaló en la superficie aceitada, brillante, del metal. Se quitó el guante y se cogió con la mano desnuda, armando su bolter en la otra mano.

Gaunt dio un salto y se dejó caer, balanceándose como un mono sujeto de una sola mano. Usando el cuerpo como un péndulo, se introdujo a través de la tronera, soltando al mismo tiempo el soporte hidráulico.

Más que saltar, cayó dentro del casco, aterrizando y dando tumbos sobre una especie de pasillo enrejado que bordeaba el morro de los grandes cañones de ondas dirigidas. Mientras rodaba, vio a dos artilleros zoicanos vestidos de negro, que saltaron de sus consolas de disparo, y los mató sin vacilar.

Tres soldados zoicanos en traje completo de faena salieron al corredor enrejado y dispararon contra él. Gaunt perdió pie y cayó mientras los disparos de láser volaban por encima de su cabeza. Los disparos partieron en dos al Volpone que saltó detrás de él, y lo lanzaron despedido hacia atrás y hacia fuera de modo que cayó por la ladera

del casco. Gaunt se recuperó y reanudó el tiroteo, enviando contra los zoicanos disparos certeros que hicieron explotar sus yelmos con su gran potencia explosiva.

A continuación, Gilbear, Mkoll y otros tres Tanith consiguieron introducirse tras él. Mkoll abrió fuego con su rifle láser, apoyando la trayectoria de disparo de Gaunt, y Gilbear se volvió para poner a los demás a cubierto de los disparos.

Gaunt y Mkoll avanzaron con Crothe y Rilke, en parte para asegurar la cubierta de armas y en parte para hacer sitio. El comisario y sus tres soldados Tanith limpiaron la posición de control del cañón, abatiendo a docenas de zoicanos.

En un momento, los zoicanos empezaron a devolver los disparos con contundencia. Crothe cayó y Mkoll recibió un disparo en la cadera. Fue a dar contra la pared y cayó, pero de todos modos mantuvo su ritmo de fuego.

Ahora, Gilbear y tres de los Sangreazul de su unidad de élite atacaban desde atrás con el fuego de sus armas antiabominación. Detrás de ellos, en el corredor enrejado, Haller y Kolea ayudaban a los demás a introducirse por la tronera.

El equipo de disparo de Gilbear avanzó y se aseguró la cubierta de artillería, detrás de los colosales emisores de onda, matando a todo bicho viviente. En la cámara, el aire estaba espeso y lleno de humo. El enrejado de la cubierta estaba sembrado de zoicanos muertos.

En algún lugar se disparó una alarma.

En cuatro minutos, los setenta y ocho que quedaban del grupo de asalto de Gaunt habían conseguido introducirse en la Púa a través de las troneras. Tres habían muerto en el primer momento. Gaunt revisó la herida de Mkoll. Era superficial y ya estaba otra vez de pie.

Todos se dispersaron para cubrir las salidas de la tenebrosa cubierta.

Gaunt se dirigió hacia una puerta hidráulica que daba acceso a las cavidades internas de la Púa. Estaba firmemente cerrada.

—Puedo volarla —dijo Kolea, a su lado.

Gaunt sacó la espada de energía de Heironymo Sondar, la activó y aplicó la hoja incandescente a la escotilla. Tres pasadas más y una patada hicieron que se abriera, cayendo con estrépito sobre la cubierta del otro lado.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Gaunt.

La cubierta de armas de la Púa se comunicaba con las secciones de mando primario por una larga pendiente de acceso lo bastante ancha como para permitir el paso de una unidad *Leman Russ*. Estaba pintada de rojo mate, el color de la carne cruda, y cada veinte metros había unas gruesas cuadernas de mamparo. El suelo era un enrejado de metal y, por debajo, se veían cavidades, tuberías y cables de alimentación. Fuera, a ambos lados, al otro lado de la puerta hidráulica, había unos montacargas con jaulas también enrejadas metidos en muelles de carga circulares. Eran montacargas para soportar grandes pesos, diseñados para subir la munición

desde los depósitos que había en las profundidades de la Púa hasta las cámaras de la artillería, en los niveles superiores. Las paredes metálicas del acceso estaban cubiertas de intrincados emblemas: las curiosas y nauseabundas runas del Caos. Gaunt se dio cuenta de que estaban hechas de hueso incrustado en el metal y luego pulido hasta quedar al mismo nivel, de modo que brillaban y relumbraban como madreperla.

«Hueso humano», supuso. El Heredero acostumbraba a tener esos detalles.

Un equipo de tropas pesadas zoicanas vestidas con armadura segmentada de color ocre salió a recibirlos a la vía de acceso, cubriendo todo el túnel con sus disparos desde el otro extremo. Uno de los irregulares, uno cuyo nombre Gaunt no llegaría a saber jamás, fue derribado por los primeros disparos. Su sangre salpicó los iconos de hueso de la pared y los símbolos empezaron a moverse y a cambiar.

Al ver aquello, Larkin retrocedió horrorizado y presa de náuseas. Los símbolos ancestrales estaban vivos, los excitaba la sangre. Sabía que estaba a punto de vomitar de miedo.

—¿Qué, tomándote un respiro? —le preguntó Banda con sorna, pasando por delante de él y disparando contra la posición enemiga.

Los imperiales se ceñían a las paredes y usaban los mamparos para resguardarse, avanzando por la vía de acceso en la medida en que lo permitía el fuego enemigo.

—¿Un respiro? —dijo Larkin, tragando saliva. No podía creerlo. Ninguna chica burlona de las tejedurías iba a dejarlo en evidencia.

Olvidando su miedo, se arrodilló a cubierto, se acomodó las vértebras del cuello, apuntó su rifle láser de francotirador y colocó un disparo entre los ojos de un zoicano, a veinte pasos de distancia.

—Buen trabajo —le dijo Banda desde su posición, enviándole luego un beso con la punta de un dedo.

Larkin sonrió y derribó a otro. Una de dos, o esa mujer estaba empezando a gustarle o él mismo se encargaría de matarla.

Otro de los irregulares cayó, destripado por las mortíferas armas con que el enemigo los apuntaba. Estaban cogidos en un espacio muy estrecho, entre la entrada y el punto de acceso que Gaunt había conseguido abrir. Sus fuerzas se desplegaron, cubriendo los muelles de carga laterales, pero estaban enjauladas.

Rawne lanzó una carga explosiva por el túnel, pero los zoicanos tenían cobertura suficiente como para evitarla.

—¡Dremmond! —rugió Gaunt.

El portador del lanzallamas estaba intentando todavía pasar con sus abultados tanques por la estrecha abertura que había abierto Gaunt con su espada de energía. En torno a él llovían los disparos láser. Un Fantasma que había cerca, Lonner, cayó con la nuca destrozada.

Dremmond consiguió entrar. Gaunt y Kolea arrastraron al corpulento Fantasma a primera línea y Dremmond preparó su lanzallamas, comprobando que el tubo de

alimentación no estuviera pinzado y que el encendedor hiciera chispa.

Oprimió el disparador y llamaradas incandescentes barrieron todo el túnel, incinerando a los zoicanos. Las llamas abollonaron la pintura de las paredes y las runas de hueso empezaron a dar alaridos.

Por seguridad, envió otra llamarada, y luego Rawne, Haller y Bragg corrieron a asegurar la entrada. Bragg llegó hasta la posición que había mantenido el enemigo y pasó por encima de los cuerpos negros, calcinados. Había otra vía de acceso a la izquierda y disparó andanadas de fuego de ametralladora a través de la puerta.

Haller se desplazó hacia la derecha y dio un gran salto cuando un soldado zoicano medio quemado se arrojó sobre el oficial de los irregulares. Aquella cosa ennegrecida, con su armadura de ceramita parcialmente fundida con la carne por las llamas de Dremmond, se abalanzó sobre él salvajemente. Rawne lo apartó de Haller de un empujón y el zoicano rebotó contra una pared. Antes de que pudiera incorporarse, Rawne lo había atravesado de cuatro disparos de su rifle láser.

—Te debo una, Fantasma —dijo Haller, poniéndose de pie.

—No, no me gusta que nadie me deba nada. Olvídalo.

Haller hizo una pausa, como si lo hubieran abofeteado. Nunca le había gustado mucho el talante de aquel mayor Tanith. Banda había dicho que Rawne tenía una «mirada tóxica», y parecía cierto. Hasta los altivos Volpone parecían inclinarse más a la camaradería que ese bastardo Tanith.

—Como gustes —dijo Haller.

—Así es siempre —se burló Bragg.

El corpulento Fantasma sabía que no eran ni el momento ni el lugar para poner a Haller en antecedentes sobre Rawne, del hecho de que Rawne odiase a Gaunt con una pasión inhumana precisamente por el hecho de «deberle una».

—¡Cierra la boca y combate! —le rugió Rawne.

Ya se oían ruidos en los túneles laterales y nuevas fuerzas zoicanas empezaban a dispararles.

La principal fuerza de ataque zoicana ya se había desplazado para entonces. Gilbear desplazó un grupo de Sangreazul hacia la derecha y calcinó un túnel lateral con proyectiles de los lanzagranadas que llevaban bajo el cañón de sus armas. MkVenner se adelantó entonces con cuatro Tanith y algunos irregulares para asegurar el avance, protegiéndolo de la persecución del enemigo. Un disparo láser lo alcanzó en el brazo y lo mandó despedido a la cubierta. Domor, que estaba detrás de él, se inclinó sobre el explorador herido, disparó con su láser al tirador oculto y llamó a un médico. Junto a él, Vinya, una de las chicas de las tejedurías, rebotó sobre la pared cuando varios disparos láser la alcanzaron en el vientre. Varios soldados pasaron junto a Domor para tomar el túnel lateral y dispararon con sus láseres hacia la oscuridad.

Gherran se acercó a Domor corriendo con la cabeza gacha y con una pistola láser en una mano mientras con la otra sostenía el equipo de nartecium para que no se

rompiera.

—Es MkVenner —empezó Domor.

El médico se dejó caer de rodillas junto al explorador. El disparo láser había explotado en el codo izquierdo de MkVenner y le había desintegrado el bíceps. Estaba encogido, llorando de dolor.

—¡A ella primero… a ella! —consiguió decir a pesar de todo, señalando a Vinya.

—Deje que yo lo decida, MkVenner —dijo Gherran.

—¡No! ¡Lo sabe muy bien: los casos graves primero! ¡Le han dado en el vientre! ¡Atiéndala a ella!

—Dele esto —le dijo Gherran a Domor, entregándole un inoculador envuelto en una gasa que contenía una dosis elevada de analgésico.

Luego, el médico se acercó hasta donde estaba la irregular. Estaba encogida como un muñeco, con el mentón apoyado en el pecho y la nuca contra la pared. La sangre que manaba de ella formaba un gran charco. La propia herida se había cauterizado en grumos nudosos, pero el daño le había destrozado las entrañas y se estaba desangrando rápidamente.

—¡Oh, por Feth! —soltó Gherran—. Que alguien me ayude con esto.

—Dígame qué hago —dijo Kolea, que estaba a su lado.

—Presione, aquí y aquí. Sujete fuerte. ¡No, cuando digo fuerte, quiero decir fuerte!

Ambos estaban empapados de sangre. La muchacha se movió, quejándose.

—Vinya… está bien… No te duermas —murmuró Kolea, pinzando fuertemente sus órganos destrozados.

Volvió la mirada hacia Gherran, que trabajaba frenéticamente.

—No va a salir de esta, ¿verdad?

—Es grave —explicó Gherran mientras trabajaba—. Puedo estabilizarla, pero no, es cuestión de tiempo.

Kolea asintió. Dejó de hacer presión y se inclinó para susurrarle al oído.

—Lo has hecho bien, Vinya Terrigo de la Morada 45/jad. La Colmena Vervun nunca olvidará tu valor. La Colmena te ama por tu devoción.

Luego, con un gesto amable de sus grandes manos… la desnucó.

—¡Oh, Dios-Emperador! —gritó Gherran, retrocediendo horrorizado.

—Ahí hay un hombre al que puede salvar —dijo Kolea, señalando a MkVenner con una mano ensangrentada—. Quiero a mi gente y lucharé por ella hasta el límite de mis fuerzas, pero esto sería tiempo perdido de un buen médico que puede atender causas mejores. Ella ha encontrado la paz.

Gherran se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Yo… —empezó.

—Si me va a decir que no puede imaginar siquiera lo que hemos pasado los moradores para llegar aquí, ahórreselo. No quiero su piedad.

—En realidad, amigo, lo que iba a decirle es que lo entiendo y que, para empezar, admiro su valor. Nuestras vidas están todas en el frente, luchando por su patria. Yo, ya no tengo patria. De modo que al diablo con usted y toda esa cháchara de nobleza. —Gherran recogió su maletín y se dirigió hacia MkVenner.

Kolea cogió su rifle láser y se reincorporó a la lucha.

Cocoer, Neskon y Flinn habían llegado a la esquina del acceso lateral e hicieron retroceder a los zoicanos que se iban reuniendo. Gaunt, con Genx y Maroy, llegaron hasta donde estaban ellos.

—¿Hay acceso? —preguntó Gaunt.

—¡Ni la menor esperanza, señor! —respondió Cocoer. El aire estaba espeso de fuego cruzado.

—¡Maldito bastardo! —gritó Neskon al atascarse su rifle. Lo sacudió. Gaunt tiró de él y lo puso a cubierto justo en el momento en que unas descargas de láser dieron en la pared, por encima de su cabeza.

—No olvide nunca la instrucción, Neskon. Rifle encasquillado: agacharse y ponerse a cubierto. No hay que quedarse ahí jugando con él.

—No, coronel-comisario.

—Lo prefiero vivo.

—Yo… Yo también, señor.

Rilke, del que se decía que era el mejor francotirador de los Fantasmas después de Larkin, y la irregular Nessa avanzaron hasta ponerse al lado del grupo. Rilke desperdició dos disparos intentando darle a un zoicano que estaba a cubierto al final del túnel. Nessa, con su rifle láser modelo estándar, les dio a ese y al zoicano que estaba detrás.

—¿Dónde has aprendido a disparar así? —protestó Rilke, pero ella no lo oyó. No podía oírlo.

Gaunt la miró y esperó a que ella lo mirara a la cara.

—Bien —dijo.

La chica sonrió.

A diez metros por detrás de ellos se abrió un panel en el techo y tropas de asalto zoicanas empezaron a salir como los granos de arena por el cuello de una clepsidra. Disparaban en ambas direcciones. Cuatro Fantasmas, dos irregulares y un Sangreazul fueron abatidos. Bragg acudió y diezmó a los zoicanos que bajaban con su ametralladora, mientras Haller, Rawne, Genx y una docena más lo apoyaban.

Los zoicanos muertos formaban una pila bajo la escotilla. Bragg levantó el arma y empezó a disparar al techo. Sus proyectiles pesados sembraron de agujeros la plancha de metal y empezó a llover sangre sobre ellos.

—¡Estamos atascados! —le gritó Mkoll a Gaunt.

Gaunt ya lo sabía. Gilbear había bloqueado el acceso de la izquierda, pero el de la derecha estaba lleno de zoicanos. Y ahora caían del techo. ¡Por el amor de Feth! A este ritmo, su grupo de asalto se agotaría intentando simplemente mantener un perímetro. Para conseguir algo que mereciera la pena, tenían que centrarse.

—¿Mkoll? —llamó Gaunt.

Mkoll sabía qué quería. Gaunt siempre había tenido en gran estima la increíble habilidad de su jefe de exploradores para encontrar el camino adecuado. En realidad no era un don. De alguna manera y en algún momento, allá, en la cambiante selva de Tanith, había llegado a entender la lógica de la estructura, el sentido subyacente de cualquier entorno.

El sexto sentido de Mkoll le decía exactamente hacia dónde dirigirse.

—A través de la escotilla blindada, señor —anunció Mkoll.

Eso era todo lo que necesitaba Gaunt. Retrocedió bajo un fuego incesante, hacia la escotilla.

—¡Rawne! ¡Aquí! ¡Cargas explosivas!

—¿Qué está haciendo? —rugió Gilbear, acercándose—. ¡Eso nos llevará directamente hasta el lateral derecho de la estructura!

Gaunt miró a Gilbear mientras los disparos láser les pasaban por ambos lados.

—Después de todo lo que hemos pasado, Gilbear ¿confía en mí?

—Es muy probable, pero…

—Si usted construyera esta Púa, ¿pondría usted la cubierta de mando en el mismísimo centro, donde todo el mundo esperara encontrarla?

Gilbear lo pensó un momento y sacudió la cabeza.

—Entonces sígame la corriente. He aprendido a guiarme por el instinto de Mkoll. Si me equivoco, le pagaré un tonel de vino. La cosecha que usted elija.

—¡Si se equivoca, estaremos muertos!

—¿Por qué cree que hago la apuesta?

Gilbear se rio con ganas.

—¡A cubierto y despejando! —ordenó Rawne, apartándose de las cargas explosivas que había conectado a la escotilla blindada.

La explosión controlada voló las puertas hacia adentro como si hubieran sido de papel. Se podía decir lo que se quisiera de Rawne, pero sabía de explosivos. Apenas hubo onda expansiva en el lado imperial de la escotilla.

—¡Por Tanith! —gritó Gaunt, pasando por el hueco.

—¡Por Volpone! —rugió Gilbear, pegado a él.

—¡Por la Colmena Vervun! —dijo Nessa para sus adentros, pisándoles los talones.

La Agrícola del Gremio Githran había caído. Corbec hizo retroceder a sus Tanith hacia la base de La Cúspide mientras los seguían todos los demonios. Milo y Baffels

guiaban a los supervivientes de su compañía hacia fuera de las ruinas, perseguidos por grupos de blindados zoicanos. Las unidades mixtas de Bray se batían en retirada mientras divisiones de tropas de asalto zoicanas marchaban hacia los habitáculos internos.

La Torre del Escudo se sacudía recibiendo un bombazo tras otro.

En la Puerta Croe, el valiente contraataque de Grizmund se detuvo finalmente. Lanzaron contra ellos máquinas de asedio como los cangrejos chatos y las arañas con una densidad tal que ni el mejor regimiento acorazado era capaz de resistir.

En la carretera elevada del muelle, Varl y Rodyin empezaron el repliegue de su infantería ante unas huestes color ocre de miles de combatientes.

En el extremo del Distrito Comercial, donde se había librado una de las batallas más sangrientas de la guerra, Bulwar ordenó la retirada de sus ColNor y sus compañías de irregulares. Por encima de sus cabezas, el Escudo parpadeaba y perdía intensidad. No duraría mucho más. En medio de un horrendo enfrentamiento en una trinchera lateral, Soric lanzaba su hacha-rastrillo contra el enemigo. Fue uno de los últimos en acatar la orden de retirada de Bulwar.

La unidad Volpone de Corday quedó atrapada en una pinza de destacamentos zoicanos. Los Sangreazul fueron masacrados en medio de un fuego cruzado entre los escombros de lo que había sido otrora el sector de los habitáculos internos. Corday murió con sus hombres.

En un reducto perdido en medio de un yermo, Caffran mantenía apretada a Tona Criid, mientras Yoncy y Dalin permanecían acurrucados entre ambos. El cielo era todo él un incendio y por todas partes caían bombas. Era cuestión de tiempo, Caffran lo sabía, pero hasta entonces los protegería a ella y a los niños hasta el límite de sus fuerzas.

En el baptisterio, Ban Daur puso a un lado sus auriculares y se recostó en su asiento. Los trabajadores y los servidores del estado mayor seguían yendo y viniendo, intentando mantener cierta apariencia de control.

Se había terminado. Daur se puso de pie y se reunió con Otte, junto a la Pila. Las ventanas estallaron hacia adentro en la entrada y La Cúspide se sacudió bajo el efecto de las bombas.

—Hicimos todo lo que pudimos —dijo Daur.

—Por la Colmena Vervun —coincidió Otte, llorando calladamente.

El intendente Banefail se acercó a ellos.

—El Altísimo Legislador Anophy acaba de morir. Un ataque cardíaco.

—Entonces se lo ha ahorrado —dijo Daur duramente.

Otte lo miró con gesto de reprobación, pero Banefail pareció coincidir con él.

—Este es el fin, mis valientes amigos. El Emperador os ama por vuestros esfuerzos, pero este es el fin de todo. La Colmena Vervun está perdida. Que encontréis la paz.

Daur miró a Immaculus. El ministro estaba cerca con sus clérigos ataviados para la ceremonia.

—Puede empezar la misa —le dijo Daur—. El réquiem; quiero que lo último que se oiga sea un salmo fúnebre en las voces de la gente del Emperador.

Immaculus asintió. Condujo a sus hermanos hacia el celebratorio, y el canto fúnebre, una lúgubre melodía, empezó a elevarse desde el baptisterio hacia las alturas de la Colmena Vervun.

En el abandonado vestíbulo de su casa, en lo alto de la Torre, Merity Chass oyó el canto llano que se infiltraba por las paredes. Se había puesto un traje largo, formal, y llevaba la cadena y el anillo de sello ducal de su padre, que Daur le había traído.

Había pasado una hora poniendo en orden los archivos de la Casa Chass y codificando todos los documentos de la familia en cristales de almacenamiento. Al oír la misa hizo un gesto de contrariedad.

—Todavía no… todavía no… —musitó—. Él no nos va a fallar…



CAPÍTULO 18
La guarida de Asfodel

“ *Un amigo de la muerte, un hermano de la fortuna y un hijo de perra».*

Mayor Rawne, acerca de su comandante.

La carnicería, con sus sonidos amplificados por las gruesas paredes metálicas circundantes, explotó en el nivel de mando de la Púa. En la oscuridad de las salas con suelo enrejado se libraba una batalla salvaje. La fuerza de choque estaba formada

ahora por tripulación enrolada y por tropas. Los miembros de la tripulación vestían túnicas antibala y uniformes de faena y solían tener la cabeza descubierta. Los soldados de Gaunt podían ver con sus propios ojos el horror que había perturbado de tal modo a Larkin en la Puerta de Veyveryr. No eran los implantes fundidos y suturados de los ojos, orejas y cueros cabelludos, que ligaban sus sentidos y pautas cerebrales al insidioso parloteo. Era el hecho de que ellos eran hombres y mujeres de todas las edades, los trabajadores de las moradas, los padres, los agremiados, los niños de más edad, los viejos. Toda la población de Zoica se había movilizado para la guerra, tal como había supuesto Gaunt. La prueba evidente resultaba abrumadoramente trágica. Con la expresión ausente, en cierto modo más inanimada incluso que la de las marionetas sirvientes de Sondar, las gentes de Ferrozoica se lanzaban contra los atacantes.

Gaunt se abrió paso entre un par de soldados zoicanos con su espada de energía, luchando por abrir una ruta hacia la zona del puente principal. Por entre el bullente apiñamiento, el humo y los relámpagos de los disparos láser, pudo divisar una amplia plataforma abierta de cromo pulido, rodeada de torres negras de instrumentos de control. En el centro de la plataforma, el globo rosado y reluciente de un campo de luz sólido, de diez metros de diámetro, surgía de un anillo emisor situado en el suelo. Luchó para llegar hasta él, recurriendo a sus últimas reservas de agresividad y determinación.

De pronto, se encontró en la mismísima plataforma, virtualmente solo, iluminado por la radiación rosada. Sus últimos y desesperados esfuerzos para abrirse camino habían resultado de una eficacia casi excesiva. Se había apartado realmente del resto de su grupo, bloqueado en el alboroto de las zonas aledañas al puente.

Gaunt respiraba con dificultad y temblaba. Había perdido su casco en algún momento, tenía la guerrera hecha trizas y estaba manchado de sangre. Una corriente de adrenalina casi dolorosa recorría velozmente todo su cuerpo como la electricidad recorre el cable de un fusible. Nunca en su vida se había visto obligado a llegar a tal extremo de furia ciega. Su mente estaba bloqueada en un paroxismo de furia batalladora. Todo se había vuelto distante e incomprensible. Por un momento no pudo recordar lo que se suponía que estaba haciendo.

Algo apareció y desapareció detrás de él y se dio vuelta como un rayo arrancando destellos con su espada al hacer contacto con ello. Una elevada y negra figura se desplomó hacia atrás. Era delgada pero poderosa y mucho más alta que él, vestida con ropa ajustada, armadura de brillante color negro y una capa de cota de malla con capucha. El rostro oculto por la visera era feroz e inhumano, como la cabeza de un lobo con las fauces abiertas, pero con la piel raspada. En sus manos cubiertas con guanteletes de metal blandía una espada de energía con hoja de sable.

Gaunt había visto algo semejante en Balhaut. Lo había visto a la distancia en el campo de batalla, en la fase final de la lucha, y luego había visto varios cadáveres más de cerca, tras la victoria. Era uno de los de la Guardia Negra, la comitiva de élite

de los paladines del Caos que le había sido regalada al señor de la guerra Asfodel para servirlo como guardia personal. La cosa volvió a aparecer y desaparecer, empleando su monstruoso e innato control de la disformidad para cambiar de posición alrededor de Gaunt. Este aulló y bloqueó la espada del horroroso ser que se le venía encima. La fría energía de la espada de Heironymo chocó contra los rayos centelleantes, color rojo sangre, del arma del Guardia Negra.

Volvió a aparecer y desaparecer y a desplazarse hasta quedar solo a unos pasos a su izquierda y le tiró varios mandobles rápidos y envolventes. Gaunt consiguió librarse, cayendo al suelo en su precipitación, pero rodando para luego ponerse de pie a tiempo para parar el golpe descendente de la espada infectada por el Caos.

Sin embargo, esta no era la misma arma. Era más larga, más recta e incandescente, y despedía un fuego verde humeante. Un segundo Guardia Negra, entró en escena para ayudar al primero.

Sin mirarlo, Gaunt se echó a un lado, sabiendo que la furia original estaba ahora detrás de él. La energía roja cortó una porción del puente de cromo reluciente.

Retrocedió cuando ambos se le echaron encima, apareciendo y desapareciendo en la realidad. Uno estaba de pronto a su izquierda, pero Gaunt imprimió toda su fuerza en el bloqueo de un golpe que hizo rebotar la hoja de la espada. El otro se deslizó hacia él y alcanzó el hombro derecho de Gaunt.

No sintió dolor, pero un frío entumecimiento que le produjo náuseas invadió su miembro herido como una aguda punzada.

Gaunt saltó hacia adelante dando una voltereta y eso le permitió esquivar otros dos golpes. Estaba seguro de que nunca se había enfrentado a una lucha tan desigual, ni siquiera en su enfrentamiento cuerpo a cuerpo con los Marines del Caos del bramante Devorador de Mundos, en el submundo de Fortis Binary, ni cuando estuvo rodeado por los Hombres de Hierro en las criptas de Épsilon Menazoide. Ya debería haber muerto.

Sin embargo, algo lo mantenía vivo. En parte era su pericia en la batalla, y en parte su determinación, pero también se lo debía, sin la menor duda, a la espada de Heironymo. Parecía oler a las movedizas criaturas y avisarlo con antelación, mediante un hormigueo, de sus inverosímiles movimientos.

Su desplazamiento quedaba localizado como si se apareciesen y desapareciesen en la realidad corpórea. Cada vez que se preparaba para golpear, la espada giraba en su puño orientándolo hacia el bloqueo.

Gaunt esquivó un barrido de guadaña de energía verde y lanzó un mandoble hacia arriba, cortando de un tajo la cabeza de uno de los Guardias Negras con una lluvia de chispas azules. De la elevada forma salió un chorro de humo helado al tiempo que se doblaba sobre sí, corporeizándose y desvaneciéndose. Un alarido inhumano se extendió por todo el puente.

El otro Guardia se abalanzó sobre él, corporeizándose directamente ante sus ojos y, aunque la espada de energía tiró de él, le faltó rapidez para esquivar el profundo

tajo que la hoja roja le abrió en el muslo izquierdo.

Gaunt cayó.

Una granizada de balas de ametralladora produjo una turbulencia por encima de su cabeza. La había disparado Bragg desde el borde de la plataforma y su impacto dio de lleno en el Guardia Negra. La cosa se estremeció por la fuerza de las balas, apareciendo y desapareciendo en el espacio real mientras revoloteaba su capa de cota de malla al darse vuelta para hacer frente al nuevo ataque. Kolea y Mkoll también estaban allí, de pie sobre el borde del nivel de cromo, abriendo fuego sobre la bestia. Un segundo después, Neskon, Haller, Flinn, Banda y un Volpone llamado Tonsk habían alcanzado también el borde de la plataforma. El fuego sostenido de todos ellos hizo retroceder a la enfurecida cosa del Caos y afectó también a los otros dos que se habían corporeizado en el último instante. El imparable cono de fuego generado por Bragg desintegró gradualmente al Guardia Negra de la espada roja que seguía avanzando hacia él, a pesar de la impresionante lluvia de balas, antes de explotar finalmente a unos pasos de Bragg.

Uno de los dos que quedaban, blandiendo un hacha de pico que emitía un humeante reflejo anaranjado, cortó en dos a Tonsk y seccionó por la rodilla la pierna izquierda de Neskon de un solo golpe. Haller se apoderó del arma antiabominación caída del Sangreazul, movió rápidamente el lanzador que había bajo el cañón y voló la cabeza de la cosa con un cohete granada.

Los demás, apoyados por nuevos miembros de la fuerza de choque que acababan de llegar a la plataforma, sometieron al Guardia Negra que quedaba a un fuego cruzado. La cosa chillaba y parpadeaba, retorciéndose en su cárcel de láser.

Detrás de ellos, los elementos restantes de la brigada de Gaunt luchaban desesperadamente en la retaguardia con los zoicanos que se dejaban caer en la zona de mando desde todas partes.

Gaunt se aferró a una de las torres de instrumentos del borde de la plataforma y se puso de pie. Las pantallas holográficas que proyectaban desde el techo abovedado mostraban imágenes borrosas y ambarinas de la matanza exterior. La Púa, con sus legiones armadas de apoyo, había irrumpido a través del Telón Amurallado exactamente por el este de la Puerta Sondar, y las enormes baterías de las máquinas de guerra, supuestamente con nueva dotación después del asalto de entrada de Gaunt, apuntaron a la Torre del Escudo y la demolieron con una espesa cortina de fuego.

Algunas secciones de la gigantesca estructura se aplastaron contra el suelo en diferentes puntos del Distrito Comercial, como si se tratase de ramas de un árbol titánico al que estuvieran podando, envueltas en grandes llamaradas a modo de follaje. En lugar de resultar desactivado como antes, el Escudo se colapsó, su ingente energía descontrolada, y formó un arco. La llamarada de energía, diseñada para proteger a la ciudad de la Colmena Vervun, arrancó las diez últimas plantas de La Cúspide, y todas las estaciones ancla que rodeaban el perímetro urbano explotaron.

Con la espada de energía suelta en la mano, Gaunt buscó alrededor la instrumentación de algún sistema que pudiera reconocer. Había sido construida por los técnicos de Ferrozoica, de modo que sus pautas esenciales eran imperiales, pero las marcas y el formato eran pobres y alienígenas.

Gaunt avanzó tambaleándose hasta la siguiente torre y reanudó la búsqueda. Encontró lo que parecía ser un terminal de voz y un visor de imágenes. Pero nada más que pudiera entender.

Detrás de él explotó el último Guardia Negra, llevándose con él al soldado Flinn.

La tercera torre. A medio camino hacia abajo, Gaunt distinguió lo que solo podía ser un lector de placa de datos con un terminal universal: equipo estándar del Imperio.

Gaunt empezó a sentirse débil, impedido por la herida de su pierna.

La sangre de la herida del hombro le empapaba la manga y le chorreaba hasta la mano.

—¡Gaunt! —gritó Kolea a su lado, ayudándolo a tenerse en pie.

También estaban allí Mkoll, Gherran y Domor.

—¡Déjeme ver sus heridas! —gritaba Gherran.

—¡No hay tiempo!

—¡Deje que lo ayude, Gaunt! —gruñó Kolea, intentando mantener en pie al esquivo comisario—. Déjeme que…

—¡No!

Gaunt se sacó de encima al fornido minero. Si ese era el acto final, sería suyo.

Echó mano del amuleto que llevaba en el bolsillo e introdujo sus puertos de enlace en el terminal del lector.

Hizo conexión, ronroneó y dio dos vueltas como un escarabajo que enterrase su abdomen en la arena.

La iluminación y la potencia del instrumento de la sección de mando se apagaron y encendieron dos, tres, cuatro veces. Un gemido mecánico de turbinas torturadas y sobreaceleradas salió de las enormes tripas de la máquina situadas bajo sus pies. El parloteo duró poco.

Luego, las luces volvieron a apagarse por completo.

De repente, la oscuridad total, la súbita calma. En la quietud, los quejidos de los moribundos y de los heridos; el brillante y breve resplandor y el chisporroteo de los cables rotos. Un relámpago de fuego láser.

Los ojos de Gaunt se fueron acostumbrando a la oscuridad. El corazón de la Púa estaba muerto. El humo, cargado de brutales olores de guerra, iba de un lado a otro arrastrado por el viento. Los hombres se agitaban, maldecían.

El campo de fuerza del centro de la plataforma se había desvanecido.

Una forma gigantesca, oscura como la sombra, se agazapaba donde había estado el campo. Emergía, se desplegaba, se hacía más grande.

En la penumbra, Gaunt vio la seda ricamente bordada de una enorme capa que cubría a la figura erguida. Vio una inmensa mano con guante de metal que se extendía y le hacía señas. Vio la llama parpadeante que ponía de relieve una suave capucha agujereada por dos estrechas aberturas a la altura de los ojos. La capucha se agitaba sobre enormes protuberancias ganchudas de cuerno brillante.

El Heredero Asfodel, señor de la guerra del Caos, cosa o demonio, alimentado por los dioses oscuros de la disformidad, con sus seis metros de altura, arremetía contra los gusanos humanos que intentaban derrotarlo. No hizo ruido alguno. La oscuridad, que parecía vestir y arrastrar consigo como una gran capa, absorbía el aire cuando se movía con él.

Kolea enterró su hacha-rastrillo en el costado del Heredero. Un segundo después, volaba sobre la plataforma hacia el lado contrario con la mayoría de las costillas rotas.

Después de disparar y hacer dos blancos, Mkoll salió despedido hacia un lado con el hombro roto.

El arma láser de Domor le explotó en las manos, despidiéndolo hacia atrás fuera de la plataforma.

Gherran fue lacerado por un pliegue de reflujo de oscuridad, cortante como mil millones de cuchillas. Su sangre se difundió en una nube que salpicó a Gaunt.

Genx fue pulverizado por la fuerza contundente del puño del demonio cuando intentaba recargar su arma y disparar.

Gaunt se encontró frente a frente con Asfodel y hundió la punta azul ardiente de la espada de energía en el pecho de la monstruosidad, clavándola hasta la empuñadura.

En ese mismo instante, la enorme pistola bolter que El Heredero sostenía en la mano izquierda disparó al corazón de Gaunt.



CAPÍTULO 19

Una triste gloria

“ *Con este acto hemos negado profundamente a la Oscuridad y hemos hecho trofeos de sus criaturas. Murió un señor oscuro, por eso esta santa cruzada, bendecida por el Emperador, sigue adelante con gloria».*

Señor de la Guerra Macaroth, en Verghast.

Llegaron como las sombras del crepúsculo. Formas fantasmales, increíblemente enormes, iluminadas apenas por la luz del poniente mientras ocupaban la atmósfera superior de Verghast, invadida por el humo. Naves de guerra, voluminosos transportes de tropas, el poder de la Cruzada de los Mundos de Sabbat, el orgullo de la Armada del Segmentum Pacificus.

Era el quinto día. Habiendo sabido, por intermedio del Astropático, que la Colmena Vervun no se enfrentaba a una Colmena rival sin importancia, sino a un buscado comandante del Caos, Macaroth se había dado toda la prisa posible para llegar a Verghast, donde había desembarcado después de veintisiete días de navegación urgente por la disformidad.

El brumoso cielo estaba lleno de metal y parecía a punto de desplomarse. El imponente poder del Imperio se veía en todos los rincones de Verghast: diez mil naves, algunas del tamaño de una ciudad, otras gibosas como adornadas tortugas oceánicas, y algunas más, esbeltas e irregulares como catedrales volantes.

Macaroth desplegó su poder sobre el planeta que tenía bajo sus pies: seis millones de Guardias, medio millón de tanques, escuadrones pertenecientes a tres Capítulos del Adeptus Astartes, dos Legiones de Titanes. Naves de desembarco de tropas, enormes elevadores de máquinas y lanzaderas cayeron como un enjambre sobre el valle del Hass. Por un instante, el cielo se vino abajo.

Lo que siguió fue una destrucción masiva que duró cinco días, aunque fue brutalmente unilateral. El amuleto de Heironymo había hecho su trabajo y había acabado con la insidiosa charla para siempre. Mientras las enormes fuerzas de los señores de la guerra desembarcaban, los zoicanos ya estaban totalmente derrotados. Sin objetivos y perdidos, se lanzaron al asalto final. Muchos se suicidaban o se ponían ciegamente a tiro de los defensores para que los masacraran. Muchos millones despertaban de una especie de sueño y retrocedían dando traspiés, sin objetivo ni motivo aparente, hacia las praderas.

Bajo el mando de Grizmund, las maltrechas tropas imperiales, que habían evitado la caída de la Colmena Vervun durante un mes, se rehicieron para rechazar a los lastimosos y desconcertados invasores. Las brigadas de tanques narmenianos y ColNor pusieron en fuga y aniquilaron a las unidades motorizadas zoicanas, persiguiéndolas por las praderas en dirección a su propia colmena. La infantería, coordinada por el coronel Corbec, el coronel Bulwar y el mayor Otte, empleó todos los transportes de tropas que pudo encontrar y acosó y abatió masivamente a los

restos de las tropas que se batían en retirada. No había piedad, pues la contaminación de Ferrozoica tenía que desaparecer.

Cuando la armada de Macaroth entró en órbita, se había obligado a los zoicanos a retroceder seiscientos kilómetros por las planicies al tiempo que abandonaban vehículos y equipos.

En la propia Colmena paralizada, las compañías de rastreo exterminaban paso a paso los últimos reductos de la feroz resistencia zoicana.

El señor de la guerra avanzó con renovado vigor. Con la debida cortesía, pero con total determinación, solicitó la ayuda del Capítulo Serpientes de Hierro de los Marines Espaciales para alcanzar y neutralizar al enemigo en fuga. Sus brigadas acorazadas ocuparon las principales autopistas y acabaron con todo ser viviente. Los Titanes Esqueléticos, aullando como fantasmas, aparecieron en el horizonte de las praderas incinerando a los enemigos en fuga.

Cincuenta y cuatro días después, las naves de guerra de la cruzada quemaron la Colmena de Ferrozoica desde una órbita baja. La cegadora luz de los incendios ocupó todo el horizonte meridional.

Sin embargo, para ese entonces, la lucha no era contra los zoicanos y eso ocurrió a partir del trigésimo séptimo día. Sin las arengas hipnotizadoras para unificar su causa e impulsarlos a seguir adelante, se habían derrumbado. Los Marines Espaciales del Capítulo Puños Imperiales destruyeron ceremonialmente la Púa y quemaron el cadáver del Heredero.

La batalla final tuvo tintes humanitarios. El intendente Banefail, junto con los ancianos de La Colmena y con las casas nobles, trabajó para acomodar a los millones de heridos y sin techo. Hacia el sexagésimo día, la auténtica magnitud de los costes humanos ya saltaba a la vista: la Colmena Vervun era una necrópolis, una ciudad de los muertos. En su reunión con la nobleza superviviente, Macaroth firmó la orden de disolución que reconocía formalmente la extinción de la Colmena Vervun. La Colmena estaba muerta. La población superviviente acabó siendo absorbida por las Colectividades del Norte o enviada a Ghasthive y a las Torres del Istmo. Se iban a fundar dos nuevas Colmenas, una gobernada por un consejo de las casas nobles dirigida por la Casa Anko, y la otra por un comité encabezado por las casas Chass y Rodyin. De los nombres se hablaría más tarde. Pasarían varias generaciones hasta que esas estructuras municipales empezasen a establecerse por sí mismas, y harían falta décadas para que el grueso de la población desposeída pudiera contar con casas permanentes.

Lord Anko, habiendo echado los cimientos de su nueva Colmena en el curso superior del río Hass, más arriba de la destruida la Colmena Vervun, proyectaba explotar las reservas de promethium controladas en el pasado por Vannick. *Lady* Chass, la primera mujer que dirigía un comité en la Colmena Vervun, fundó la suya

en las praderas del extremo sur y se dedicó a la minería y a la ingeniería de servidores. Su futura rivalidad y sus enfrentamientos acabarían siendo largos y complejos, pero no corresponde hablar aquí de ello.

En ese momento, los supervivientes de la Colmena Vervun se sintieron invadidos por un sentimiento de desilusión. Muchos lo habían dado todo en la defensa de la ciudad para acabar viéndola abandonada de todos modos. Cuando se le comentó al señor de la guerra ese estado de ánimo, este comunicó públicamente su decisión y transformó en ley un Decreto de Consolación.

El grupo de colaboradores del señor de la guerra se enfrentó a miles de tareas para reparar y paliar los daños de la guerra de la Colmena Vervun. Una de esas tareas era el encausamiento de los que habían actuado de manera desleal hacia el Emperador durante ese período de extrema dureza.

Los informes del sargento Varl de Tanith, según los había registrado su comandante Gaunt, fueron clasificados y procesados por el Administratum en las últimas etapas de la purga. El quincuagésimo noveno día, en cumplimiento de las órdenes de captura por los crímenes de guerra, las tropas del Vervun Primario asaltaron las salas del Gremio Worlin, pero no encontraron a Amchanduste Worlin.

—Dicen que quiere verlo —informó Corbec, apoyándose en el alféizar de un enorme ventanal de vidrio emplomado en la Sala Médica 67/mv.

—Puede esperar.

—Estoy seguro de que puede —sonrió Corbec—. No es más que un señor de la guerra.

—Feth. ¿Están abandonando realmente La Colmena, después de todo lo que hicimos?

—Pienso que tal vez es por todo lo que hicimos. No ha quedado casi nada en pie.

Ibram Gaunt se incorporó en su camastro. El dolor del hombro y las heridas del muslo hacía tiempo que se le habían pasado, pero el dolor ardiente del pecho todavía lo atormentaba. Tosió sangre por tercera vez desde de que Corbec había llegado.

—Estaría mejor acostado, señor —aventuró Corbec.

—Es probable —respondió Gaunt.

Era el sexagésimo segundo día. Había estado inconsciente la mayor parte del mes anterior y lo habían sometido repetidamente a varias operaciones de cirugía reparadora por la herida que le había infligido el Heredero Asfodel. Gaunt no sabía aún, y nunca lo sabría, si había sido su maldita suerte o el destino quien lo había salvado. El proyectil del bolter del Heredero había dado justamente en la rosa de acero que lord Chass le había entregado. Aunque los pétalos destrozados se le habían clavado en el pecho, lo cierto es que de otro modo no hubiera sobrevivido.

—¿Ha oído hablar del Decreto de Consolación?

—Sí, he oído hablar de él. ¿Qué problema hay?

—Bien, señor, no va a poder creerse el número de nuevos Fantasmas que hemos reclutado.

Según los términos del Decreto de Consolación, a cualquier Vervuncolmenano ansioso de abandonar Verghast para encontrar una nueva vida se le ofrecía la posibilidad de entrenarse para ocupar una plaza en la Guardia Imperial.

—Lo han solicitado más de cuarenta mil —continuó Corbec—. Algunos han puesto como condición para aceptar la posibilidad de elegir unidad.

Los convoyes motorizados los llevaron al norte con el ejército regular para subirlos a los grandes transportes que habían hecho escala en el puerto de Kannak. El sargento Agun Soric supervisaba el embarque de esos valientes irregulares. Todos ellos iban a ser expedidos con sus trajes de faena de Tanith y sus capas de camuflaje a cuestas. Soric traspasó las puertas de carga del barco y saludó al sargento Kolea, que también se les había unido, y al resto de su improvisada compañía. Kolea caminaba con muletas, cubierto el torso de vendajes.

—Nunca volveremos a verlo —soltó Soric.

—¿A qué te refieres?

—A Verghast. Échale una última mirada.

—No hay nada que me retenga aquí —respondió Kolea.

En sus palabras alentaba un último adiós a su mujer y a sus amados hijos perdidos allí.

Medio kilómetro más allá, Bragg supervisaba el embarque de otros Fantasmas. Muchos, como Domor y Mkoll, caminaban cubiertos de heridas. Con los soldados venía el inevitable cortejo de seguidores del campamento cargados con sus posesiones: administradores, cocineros, armeros, mecánicos, mujeres.

Bragg alcanzó a ver a Caffran, que ayudaba a subir la rampa a una chica y a dos niños. Uno de ellos era un bebé. Observó que la chica, además de sus pendientes y de su mirada amarga, vestía el uniforme temporal de los reclutas de la Guardia. Otra soldadera. Era bastante malo que se les hubiera dado una plaza a las mujeres luchadoras de Kolea. A Larkin le iba a dar un ataque.

Saltando de su camión de transporte, Ban Daur echó una última ojeada a la tierra que tenía alrededor. Se sentía como un alma solitaria a la que se había dado una última oportunidad para ocupar el puesto que se le había ofrecido.

Era lo más apropiado. Ya no era el capitán Ban Daur de la Primaria de Vervun. Ahora era un Fantasma.

—Las guardé durante mucho tiempo —comentó Ana Curth.

Mostró las placas de identidad que había guardado en el bolsillo de su bata desde la Puerta Veyveyr.

—Ya sé que nunca es un buen momento para verlas, pero tal vez ahora…

—Mikal Dorden. Infantería. Sí, yo… bueno, me lo dijeron…

—Lo siento, Dorden. Lo siento de veras.

Dorden miró hacia arriba desde donde estaba sentado con los ojos inundados de lágrimas.

—También yo lo siento. ¿Sabía que yo era el único Fantasma que tenía un familiar en el regimiento de Tanith? Mi hijo. El último y frágil vínculo con el mundo que perdimos. Y ahora… también ha desaparecido.

Ella lo atrajo hacia sí cuando lo vio sollozar convulsamente.

Se abrió de golpe una puerta y entró un agremiado. Lucía una vestimenta lujosa y tenía un gesto radiante en su cara.

—Sea quien sea a quien estén buscando, no está aquí —lo abordó Curth, abrazando fuertemente a Dorden.

—¿Es la cirujana Curth?

—Sí. ¿Qué ocurre?

El agremiado entró en la sala de curas, sonriendo.

—Estaba buscando a la cirujana Curth y al médico Dorden —reiteró mientras desenrollaba un trozo de pergamino.

—Me pidieron que viniera a hablar… del terrible accidente de hace unas semanas en la estación de ferrocarril. ¡Por el Dios-Emperador que fue terrible!

Curth dejó a Dorden y se dio la vuelta hacia el agremiado.

—Yo soy Curth —reiteró ella, avanzando un paso hacia adelante—. Gracias por venir. Quiero saber lo que vio usted.

—Antes de decir nada quiero que Dorden también esté aquí —exigió Worlin.

—Yo soy Dorden —respondió el médico, levantándose y enjugándose las lágrimas.

—¿Los dos? ¿Dorden y Curth? —insistió Worlin, con una sonrisa.

—Sí, los dos. ¿Qué desea contarnos? ¿Qué fue lo que vio?

Worlin sacó su pistola de agujas y sonrió.

—Esto.

Dorden se echó sobre Curth cuando Worlin abrió fuego. El primer disparo le atravesó la mano derecha, el segundo le traspasó el muslo izquierdo. El tercero alcanzó a Curth en el hombro, haciendo que saliera despedida hacia atrás.

Worlin avanzó hacia Dorden, apuntándole con la pulcra y mortífera pistola y echando fuego por los ojos.

—Solucionemos esto entre usted y yo —dijo marcando bien las sílabas.

Una ráfaga de bolter voló la cabeza de Worlin en mil pedazos.

Gaunt, pistola en mano, entró en la sala sostenido por el cariacontecido Corbec.

—Oí disparos —se justificó Gaunt mientras avanzaba.



CAPÍTULO 20
NECRÓPOLIS

«*YA ES SUFICIENTE. DEMASIADOS FANTASMAS*».

Ibram Gaunt, en Verghast.

Los fueraborda rugieron. El *Magnificat* se fue alejando del muelle hacia el centro del Hass. Dejaba atrás una gigantesca ciudad todavía en llamas y abrasada.

El práctico abandonó el puente y se dirigió hacia la borda trasera del viejo remolcador, acercándose al hombre de la larga guerrera y el casco de pico que se

apoyaba sobre la barandilla como si tuviese un ataque de dolor. Durante una semana, Folik había estado transportando Guardias a la costa norte, el punto de partida de su largo viaje hacia quién sabe dónde.

Ese era el último viaje.

En la cabina, cómodamente sentado, Dorden miraba a la cirujana Curth, cuyo hombro herido se veía abultado por el sólido vendaje.

—¿Está segura de esto, cirujana?

—Totalmente. He dado a Verghast todo lo que tenía.

Dorden asintió con la cabeza.

—Y lo mismo has hecho tú, Tolin, y mucho más que yo. Quiero devolvérselo a la Guardia. No me diga que no puede agenciarse otro médico.

—La verdad es que no, Curth.

Ella sonrió con tristeza.

—Pienso que ahora tienes todo el derecho a llamarme Ana.

—Es un placer tenerlo a bordo, señor —saludó Folik a Gaunt—. Y máxime siendo el Héroe de los Pueblos.

—¿Está seguro de no confundirme con otro?

—No lo creo. Usted es el comisario Gaunt ¿no es así?

Gaunt movió la cabeza afirmativamente. Miró hacia atrás por encima del río y vio las ruinas de la Colmena Vervun. Seguían ardiendo bajo las primeras luces de la mañana.

Cogió los pétalos aplastados de la flor de metal que Dorden había extraído de su carne y los fue echando uno a uno al agua.



IN MEMORIAM

Necrópolis, la tercera novela sobre los Fantasmas de Gaunt, pone al comisario y al Primero y Único de Tanith en la primera línea de combate durante la defensa desesperada de la Colmena Vervun frente a los ataques de su rival Ferrozoica, infestada por el Caos. Además de llevarlos al límite de sus fuerzas, introdujo un grupo de nuevos personajes verghastitas que no tardarían en convertirse en soldados veteranos de la unidad. También se producirían tragedias: al terminar la batalla, muchos nativos de Tanith jamás abandonarían ya aquellas ruinas, y el propio Gaunt acabaría en estado crítico por las heridas que sufrió en su momento de triunfo sobre el Heredero Asfodel. Sin embargo, los soldados del Primero de Tanith continúan

con sus tareas en la ciudad muerta de Colmena Vervun a pesar de que su comisario está al borde de la muerte.

Para ser sincero, todo ocurrió hace ya mucho, y no pasé demasiado tiempo con ellos. La verdad es que sería exagerar decir que los conocía. Verán, no era más otra tarea. Un encargo bien pagado mientras realizaba otras obras de mayor importancia. Jamás pensé que acabaría…, bueno, que acabaría siendo la obra que me dio más fama.

Dudo mucho que ninguno de ellos se acuerde de mí. Sinceramente, dudo que ninguno de ellos siga vivo. Han pasado sesenta años desde la guerra de colmenas en Verghast, y ser soldado en la Guardia Imperial no es un trabajo que ofrezca una expectativa de vida muy prolongada.

No, probablemente ya llevarán muertos mucho tiempo. Si es así, que el Emperador de la Humanidad les dé descanso a todos y cada uno de ellos. Tenía un amigo que trabajaba en el Munitorum de ColNor, y tuvo la amabilidad de pasarme copias de los informes imperiales para que pudiera seguir su rastro y su suerte. Durante unos cuantos años me alegré de saber de ellos. Cuando me enteré de sus victorias en Hagia y en Fantine, me serví un vaso de joiliq y me senté en mi estudio brindando a su salud.

Un tiempo después, dejé de pedir esos informes. Sabía que más tarde o más temprano me llegaría alguna noticia muy mala. Tengo mis recuerdos, y son más que suficientes.

Yo era joven en aquella época, un individuo de treinta y ocho años que me había formado, ironías de la vida, en la Scholam Lapidae de Ferrozoica. ¡En Zoica, nada menos! Sin embargo, cuando comenzó la guerra, ya llevaba viviendo y trabajando en ColNor desde hacía unos siete años. Había visitado la Colmena Vervun una docena de veces, normalmente por el encargo de alguna obra en particular, aunque en dos ocasiones fue para consultar a un fabricante de herramientas cuyos cinceles de punta de tungsteno utilizaba a menudo. Murió durante el asedio. Ha sido una pérdida para los de mi oficio.

Recuerdo muy bien mi llegada a la Colmena Vervun pocos días después de que acabara la batalla. Apenas reconocí el lugar. La guerra había barrido la majestuosidad de la ciudad y la había dejado destrozada y arrasada. Me recordó enormemente a una estatua derribada, rota, con los pedazos esparcidos convertidos en una sugerencia de su antigua elegancia. Se podía adivinar cuál había sido su forma original a partir de los restos, pero nunca se podrían recomponer por completo.

Y nunca lo hicieron.

Recuerdo haberme bajado del transporte en mitad de las nubes de humo y pensar que aquello no tenía demasiado aspecto de haber sido una victoria.

No importaba dónde se fuera: todo estaba lleno de humo. La ceniza cubría todas las superficies, por dentro y por fuera. Los copos de nieve flotaban por el aire. La masa principal de La Cúspide estaba inclinada y perforada, y salían grandes columnas de humo de más agujeros de lo que era capaz de contar. El cielo estaba negro, muy negro. Dicen que las tormentas de humo que salían de la Colmena Vervun eran visibles incluso desde el espacio.

Me quedé completamente desorientado durante un momento. Sabía que la situación sería mala, pero aquello…

Una voz me sacó de mi ensimismamiento. Dijo algo parecido a «¿Qué haces ahí plantado, idiota de Gak?». Bueno, o algo así, solo que más pintoresco. Era un oficial del CCVP que me estaba mirando fijamente, y me di cuenta de que me había quedado de pie en medio de la vía, en mitad de un torrente de peatones que tenían que rodearme para pasar, sin contar con los camiones, los transportes y los vehículos llenos de tropa. Estaba estorbando bastante, parado allí en medio y sin dejar de mirar embobado a mi alrededor, aunque lo cierto era que solo parecía importarle al oficial del CCVP. Le mostré mi documentación.

Se mostró desdeñoso. De hecho, creo que se rio para sus adentros cuando le expliqué el motivo de mi presencia allí. Luego me señaló uno de los extremos de la explanada, al otro lado de la multitud, donde había varios soldados cargando un camión cubierto de mugre aparcado debajo de una marquesina agujereada por la metralla.

—Esos son los que busca —me indicó.

Recogí mi bolsa del suelo y me dirigí hacia ellos. Ya tenía la garganta reseca por el omnipresente humo. Eran seis los soldados que habían formado una cadena y que estaban subiendo las cajas a la parte trasera del camión. Todos iban equipados con uniformes de color negro mate desgarrados y llenos de parches que necesitaban de forma desesperada un lavado en agua hirviendo. Eran individuos de cabello negro y tez pálida. La mayoría mostraban tatuajes en las mejillas, en la frente o en los antebrazos, y llevaban pequeños pendientes plateados. El más grande de todos ellos era un fortachón peludo con una barba frondosa y unos brazos enormes, como ramas de árbol. A través del cabello negro que cubría esos tremendos antebrazos se veían unas espirales de color azul que subían hacia los hombros. Estaba silbando una tonada alegre, pero tenía los labios tan resecos y partidos que aquello sonaba más bien como el gemido de un perro cansado.

Se llamaba Colm Corbec y, por increíble que parezca, él era el coronel del regimiento.

—¿Quién eres? —me preguntó sin apenas disminuir el ritmo de trabajo.

—Thoru. Jeshua Thoru. Él… Bueno, el artista.

—No he oído hablar de ti.

—Bueno, es que no soy tan famoso… No creo que usted haya…

Dejó de trabajar de repente y se volvió hacia mí. Los hombres que estaban a su espalda se detuvieron también, aunque no soltaron las cajas que tenían en las manos.

—Estoy seguro de que eres un artista excelente —me dijo—. No pretendía ofenderte. La verdad es que el arte y yo no tenemos lo que se dice una relación muy estrecha. No sabría lo que es una pintura al óleo aunque viniera y me mordiera el culo. ¿Eres pintor?

—No, soy escultor.

—Así que un escultor, ¿eh? —repitió asintiendo, como si estuviera impresionado. Luego volvió al trabajo y recogió una caja del suelo para lanzarla al interior del camión—. Un escultor. Qué curioso. ¿Qué haces, estatuas?

—Pues… sí. En realidad, estoy especializado en frisos de bajorrelieves y en el arte-instalación, pero… —Me di cuenta de que se había perdido—. Sí, hago estatuas.

—Me alegro por ti.

—Me han encargado un trabajo —le comenté.

—A mí también, chaval. Soy coronel.

—No, me refiero a que…

Me callé. Los demás soldados me estaban mirando como si estuviera chalado. Uno de ellos, un individuo atractivo de mirada penetrante, de menor edad y fortaleza que su comandante, flexionó un hombro artificial que le habían implantado y me miró con cierta cautela.

—Jefe, creo que se refiere a que le han encargado una obra de arte —dijo.

—¿Es verdad? —me preguntó Corbec.

—Sí. La Casa Chass me va a pagar por erigir un monumento a… este acontecimiento.

—¿Qué acontecimiento?

—La victoria de la Colmena Vervun —contesté.

—Ah —replicó Corbec. Miró a su alrededor, como si viera por primera vez aquella ciudad, mutilada y envuelta en llamas—. Así que esto es una victoria.

—Tengo los documentos oficiales necesarios y puestos al día. —Se los mostré, pero no pareció interesado en mirarlos—. Me han concedido permiso para entrevistar a los miembros del Primero de Tanith y así poder… planificar mi trabajo.

—¿A nosotros? —preguntó el joven del hombro protésico.

—Así es —afirmé—. *Lady* Chass ha sido muy concreta a ese respecto. Quería que se conmemorara de forma especial al Primero de Tanith.

—Jamás me habían conmemorado —comentó el joven. Deduje que era un sargento a pesar de lo poco que quedaba de sus insignias de rango.

—Tú sigue trabajando a ese paso, Varl, y yo mismo te conmemoraré en persona, pero con la punta de la bota —le gruñó Corbec.

Acabaron de cargar el camión y se subieron a él. Me quedé dudando y sin saber qué hacer. Corbec me miró desde la cabina.

—Bueno, muchacho. Será mejor que te vengas con nosotros, ¿no crees? —me dijo.

Estaba claro que el camión de transporte de la Guardia había sufrido alguna clase de daño en la suspensión durante los combates. Bajamos traqueteando por una calle y continuamos por la siguiente. Yo iba en la cabina, apretujado entre Corbec y el sargento. Tras unos pocos minutos, este último olfateó el aire.

—Un olor curioso —comentó—. Dulzón, cargado.

—Sí —confirmó Corbec tras olfatear también. Yo no era capaz de captar ningún olor aparte de la fetidez de los cuerpos sin lavar, el sudor rancio y el humo—. ¿Te has bañado hoy?

—¡Claro! —respondí indignado.

—Pues entonces, va a ser eso —aclaró Corbec.

—Qué cabrón con suerte —musitó el otro, Varl.

Llegamos a una vía principal, donde tuvimos que reducir la velocidad para esquivar los vehículos quemados y los montones de escombros resultado del derrumbe de las fachadas de los edificios sobre la calle. Un poco más adelante vimos a civiles haciendo cola a la espera de comida y otros suministros básicos en un puesto de auxilio desplegado en una antigua planta de montaje. La vía principal tenía casi un kilómetro de largo, y la cola harapienta llegaba de un extremo a otro.

Corbec se quedó mirando a los ciudadanos desde la ventanilla del destartalado camión mientras pasaban a su lado. Eran los que se habían quedado sin hogar, sin familia, los que estaban enfermos, hambrientos. Eran personas consumidas, con rostros inexpresivos y esperanzas rotas, con los ojos hundidos y la mirada perdida. Todos tenían la piel blanquecina y las ropas de color gris debido a la capa de ceniza que las cubría, o negras por la tremenda suciedad. Daba la impresión de que el mundo había perdido los colores y se había vuelto blanco y negro. El coronel parecía fascinado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Esa… esa gente se parece a las viejas fotopictografías de mis abuelos y demás parientes —me contestó con una sinceridad sorprendente. En su voz se notaba una tremenda tristeza—. Teníamos un mueble de madera de nal, enorme, al lado de la chimenea de la cocina, en nuestra casa del condado de Pryze. Mi madre colocaba las fotopictografías allí, cada una con su pequeño marco. Tíos, tías, primos lejanos, bodas, bautizos. Siempre pensé que parecían demasiado extraños, que estaban demasiado rígidos. Eran rostros en blanco y negro, como el de esa gente.

Habló de un modo doliente, y sus palabras eran muy diferentes a las que hubiera esperado de un individuo tan fuerte como él. *Lady* Chass me había pedido que intentara plasmar el alma de los tanith, y en ese momento, y de un modo inesperado, sin haberlo apenas buscado, había atisbado una parte de ella.

—A veces —añadió Corbec después de carraspear para aclararse la garganta—, y ahora es una de esas veces, pienso que ojalá me hubiera metido unos cuantas de ellas en la mochila la mañana que salí de casa para dirigirme a los Campos Fundadores. No significaban mucho para mí en aquel entonces. No eran más que parientes a los que apenas conocía. Que no conocía. Eran gente de la que no sabía nada. Pero hoy, si tuviera unas cuantas, sería una forma de estar en contacto con Tanith.

—¿Dónde está Tanith? —cometí el error de preguntar.

—En ningún lugar, señor artista —replicó Corbec, quién salió de repente de su ensoñación—. Está muerto, y ha desaparecido, y nosotros somos lo único que queda. Eso es lo que nos convierte en fantasmas.

La larga fila de rostros tristes continuó pasando al lado de la ventanilla del camión.

—A ver si me aclaro, jefe… Ganamos nosotros, ¿no? —le preguntó el sargento Varl con voz llena de sarcasmo.

Varl era quien conducía el camión, y de los labios le colgaba un pitillo de lho, evidentemente de contrabando. El humo de fuerte olor me hacía lagrimear, pero a Corbec no parecía importarle y se lo permitía.

—Sí, ganamos. Fíjate qué maravilla, este es el aspecto que tiene la victoria.

Varl detuvo el camión en el muelle de descarga de la instalación médica 67/mv.

—Quédate aquí —le ordenó Corbec mientras bajaba de la cabina—. Tú puedes venir conmigo si quieres —me dijo a mí después, como si se le hubiera ocurrido de repente.

Se dirigió a la entrada principal del edificio medio en ruinas y yo me apresuré a alcanzarle. Nos vimos casi de inmediato rodeados de niños procedentes de los habitáculos, refugiados, todos cubiertos de suciedad.

No supe qué hacer. Corbec les había entregado sus últimas raciones secas y paquetes de calorías varios días atrás. Los chicos se agolparon a su alrededor y empezaron a agarrarlo de las manos y a tirarle del uniforme sin hacer caso de los reiterados murmullos con los que les pedía disculpas.

Oímos el claxon del camión. Los chicos miraron hacia allí.

—¡Eh! —los llamó Varl—. ¡Eh, venid aquí! ¡Vamos! ¡Tengo barras de bizcocho!

Sostuvo en alto unas cuantas barras envueltas en papel de aluminio y las agitó en el aire.

El puñado de niños se alejó de nosotros y se apresuró a rodear el camión. Se pusieron a saltar para atrapar los bizcochos que Varl comenzó a lanzarles desde la caja que llevaba en la cabina del conductor.

Corbec se quedó mirando la escena un momento y sonrió.

—Varl y yo nos encontramos con una caja de esas barras en un almacén del Munitorum que se había derrumbado. Pensábamos llevárselas a los Fantasmas para

regalarles un capricho.

Me di cuenta de que pensaba que Varl había tomado la decisión correcta. Aquello era más importante.

Entramos en la sala médica. Al lado de la puerta había un montón de sacas de material clínico utilizado del que escapaban fluidos que llenaban el aire cerca de la entrada de un olor enfermizo y penetrante. Al otro lado se extendía una fila de carritos de lavandería llenos de ropa de cama manchada de sangre. Dos médicos estaban dormidos sobre unas pilas de sábanas descoloridas. Ni siquiera el rugido del proceso de liberación había sido capaz de despertarlos. Habían trabajado hasta que se habían desplomado de puro agotamiento. Lo más probable era que alguien los hubiera depositado allí.

Corbec conocía el camino que llevaba hasta la habitación. Me dijo que la había visitado cada día a lo largo de las dos semanas anteriores. Estaba buscando a alguien llamado Dorden.

—¿Doc? ¿Doc?

—Está durmiendo —le dijo en voz baja una mujer que se nos acercó por detrás.

Corbec me dijo más tarde que se llamaba Curth. Ya había hablado con ella en otras ocasiones, pero no la conocía demasiado. Era una nativa de Verghast, y una de los cirujanos jefe. Era bonita, me comentó, si te gustaban las mujeres pequeñas de formas proporcionadas y con el rostro ovalado, y estaba claro que a él le gustaban. Luego añadió con un tono de voz enfático, como si yo tuviese alguna duda al respecto, que el que le gustara Curth era igual que si le gustara la esposa del gobernador planetario: él no era más que un simple coronel y ella era una doctora civil de grado superior. Dorden sentía un tremendo respeto por ella, de modo que eso era suficiente para alguien tan sencillo como Corbec. La doctora había demostrado su valía en la Colmena Vervun. A Corbec no le parecía demasiado adecuada la presencia de mujeres en las zonas de combate, pero Curth era alguien que les venía realmente bien a los Fantasmas. Se preguntó si la doctora habría oído hablar del Decreto de Consolación del señor de la guerra Macaroth. Probablemente así era. En su opinión, no había posibilidad alguna de que ella lo aceptara.

—¿Decreto de Consolación? —le pregunté.

—Un acta de reclutamiento —me explicó—. Una oportunidad para que los valientes habitantes de la Colmena Vervun se conviertan en Fantasmas, como yo.

Lo cierto era que ella había aparecido a nuestras espaldas y en silencio, como si fuera una verdadera fantasma.

—¿Está bien?

—Se encuentra estable, coronel —respondió Curth.

—Me refiero a Dorden.

—Ah —exclamó ella sonriendo. Fue una sonrisa preciosa, y me quedó claro que a él le había encantado—. Sí, está bien. Ha hecho tres turnos completos de un tirón, y

ni siquiera así estaba dispuesto a irse a dormir. Así que… le metí aeldramol en su cafeína.

Su expresión se volvió culpable, sobre todo porque yo estaba allí. Corbec soltó una risotada.

—¿Lo ha dejado frito?

—Bueno…, era… médicamente necesario.

—Un trabajo excelente, cirujana Curth. La felicito. Dorden es un pesado cuando se trata de cuidar de sí mismo. No se preocupe, no me chivaré.

—Gracias, coronel.

—Puesto que no estoy de servicio, creo que puedes llamarme Colm.

—Vale. Supongo que has venido a ver al paciente, ¿no?

—Así es. Por cierto, este es el señor Thoru. Es un artista.

—¿Un artista? —Dudó un momento—. Espere… ¿Thoru? ¿El escultor?

—Sí —contesté, lleno de satisfacción.

—¿Fue usted quien hizo el friso del pórtico en el Hospicio Imperial de ColNor?

—Así es. Fue el año pasado.

—Un trabajo excelente. Tengo algunas amistades en el comité de adquisición del hospicio, y todos quedaron encantados con su trabajo.

—Me alegra saberlo. Gracias.

Curth apartó la cubierta de plastek que cubría el umbral y nos condujo al interior de la sala de cuidados intensivos. Seguí un repentino instinto y me quedé atrás dejando así que Corbec encabezara la marcha.

El paciente se encontraba en una camilla hidráulica cubierta por una funda transparente. Por encima del cuerpo se cruzaban varios tubos de alimentación y de soporte vital. Un respirador cromado jadeaba dentro de la cubierta y cerca de la camilla habían preparado un carrito de resuscitrex.

—Necesito un minuto a solas, señor Thoru, cirujana.

—Me llamo Ana, Colm.

—¿Ah, sí? —Corbec sonrió—. Muy bien, Ana. Necesito unos momentos, si eres tan amable.

—Por supuesto.

Salimos de la sala y dejamos caer de nuevo la cortina de plastek.

—¿Quién es? —le pregunté a Curth con un susurro.

—Ibram Gaunt. Comisario coronel del Primero y Único de Tanith.

Los sabios de la Casa Chass me habían informado sobre Gaunt. Lo llamaban el héroe de la Colmena Vervun.

Gaunt había sufrido aquellas graves heridas en el momento de destruir a la abominación llamada Heredero Asfodel. Llevaba tres semanas a las puertas de la muerte, y todavía no había recuperado el conocimiento. Eché un vistazo a través de la cortina. La sutura de la reciente cirugía torácica destacaba sobre su piel pálida y tensa.

—¿Para qué ha venido? —me preguntó Curth.

—Me han encargado la creación de un memorial de la guerra. La Casa Chass me ha contratado. Quieren algo apropiado y noble, y lo han dispuesto todo para que vaya durante un tiempo con los tanith en busca de la inspiración adecuada.

—Buena suerte.

—¿Por qué? ¿La estoy buscando en el lugar equivocado?

Curth hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No creo que pueda encontrar mucha nobleza en una situación tan triste como esta. La poca que queda pertenece a los Fantasmas de Tanith, y dudo mucho que sea capaz de plasmarla.

—¿Por qué?

—Porque es muy particular —me respondió, y luego se alejó.

Volví a mirar a través de la cortina.

—Hola, jefe. Soy Corbec. Solo vengo a echar un vistazo —Corbec se sentó al lado de la camilla—. ¿Qué hay que contar? Bueno, que todo es un lío. La colmena es un lío. Pero ya sabes el aspecto que tiene la victoria, ¿verdad? Los hombres mantienen alta la moral. Es el viejo espíritu de Tanith. Varl me pidió que te preguntara si podría quedarse con tu abrigo si te mueres. ¡Ja! ¿Qué te parece? Creo que Baffels se está comportando bien como jefe de escuadra, pero que le iría de maravilla un empujoncito, en el sentido de la confianza. Quizá podrías tener una charla con él cuando te levantes y estés en condiciones.

El respirador borboteó y suspiró.

—La liberación sigue a su paso. Las máquinas de guerra atravesaron los habitáculos exteriores ayer por la tarde y ya están preparadas para avanzar por las llanuras a la caza de los últimos zoicanos. ¡Feth! ¡Esos titanes! Se dice que también van a venir Adeptus Astartes, los Serpientes de Hierro y los Puños Imperiales. El señor de la guerra no quiere correr riesgos.

Los signos vitales del monitor siguieron tintineando.

—Los hombres te echan de menos, Ibram. Yo también. Nos diste la victoria, y lo justo es que la compartas con nosotros. No te nos mueras ahora, ¿me oyes?

Corbec se quedó callado unos momentos mirando al suelo.

—¿Sabes? No es justo, por Feth —dijo al cabo—. Hemos ganado, pero hay millones de civiles que se están muriendo ahí fuera. Ciudadanos residentes de los habitáculos exteriores, los habitantes de las torres. Vi algunos mientras venía hacia aquí. Me parte el corazón. ¿Sabes lo que pensé? Bueno, pues te lo diré, ya que veo que me prestas toda tu atención. Pensé en Tanith. Sí, en Tanith. Pensé en los millones de personas que perdimos. Mis parientes. Mi gente. Mi puñetero mundo. Vi todas esas caras rotas, hambrientas, y pensé… Tanith. La gente de Tanith tendría ese aspecto si nos hubiéramos quedado y hubiéramos vencido. Si hubiéramos rechazado al enemigo. ¿Y sabes qué?

El respirador bombeó con lentitud.

—Me alegro. Eso es. Me alegro de que todo acabara como acabó. Fuiste tú quien tomó la decisión, Ibram, pero fue la decisión correcta. Jamás te lo había dicho, y te lo digo ahora solo porque sé que no puedes oírme, pero por Feth que me alegro de que hiciéramos lo que hicimos. Después de ver esto, prefiero con mucho que Tanith muriera con rapidez a que sufriera esta clase de victoria. Mi gente se lo merecía. No me refiero a morir, claro, pero sí a morir limpiamente. Esta… esta… mierda no se la merecían. Fue mejor que Tanith muriera de un modo completo y rápido que… —Corbec se quedó callado un momento—. Ya sabes lo que quiero decir. Sé que tú también has acabado con los sufrimientos de algunos soldados. Es mejor cuando es rápido. Es mejor que esto.

Corbec se puso en pie.

—Bueno, ya he hecho mi visita. Ya he dicho lo que tenía que decir por hoy. Vuelve con nosotros, ¿me oyes? Vuelve con nosotros.

Regresamos al camión y nos dirigimos hacia los alojamientos donde estaban acuartelados los Fantasmas. Corbec parecía apagado después de su visita a la instalación médica, y me dijo en cuanto llegamos que iba a descansar un poco. Me dejó bajo la responsabilidad de un soldado enorme llamado Bragg.

—¿Sales, Prueba? —le preguntó Corbec. En ese momento no tenía ni idea de por qué lo llamó «Prueba».

—Sí, jefe. Patrulla en los habitáculos exteriores.

—Llévatelo a dar una vuelta —le dijo a Bragg señalándome—. Enséñale de qué va todo esto. Y cuida de él, ¿vale?

A Bragg le tuve miedo al principio. Era un individuo enorme e imponente. No tardé en descubrir que tenía un corazón amable que no encajaba con su aspecto brutal.

Me dieron un uniforme gris para que sustituyera mi atuendo de color azul brillante y me colocaron con cuidado en el torso un chaleco antiproyectiles que les sobraba.

—Debería ser más que suficiente, señor Thoru —me dijo—, pero nunca está de más ser cuidadoso.

Había procurado aprenderse mi nombre cuando nos presentaron, y lo pronunciaba con respeto. Me dio la impresión de que me había acogido bajo su protección personal.

Los miembros de la patrulla se reunieron en el ambiente polvoriento del cobertizo de una manufactoría.

Bragg no estaba al mando. Quien estaba a cargo era un individuo algo mayor y barbudo llamado Baffels, que se ocupaba de todo con una seriedad terrible, como si tuviera algo que demostrar. Más tarde me enteré de que lo habían ascendido hacía poco. Había otros ocho miembros: un francotirador llamado Larkin, un soldado

lanzallamas de nombre Brostin, un explorador, Doyl, y cinco soldados más, llamados Domor, Milo, Feygor, Yael y Mktag.

Se trataba de un grupo bastante heterogéneo, aunque actuaban bien juntos debido a la experiencia propia de una veteranía compartida. Todos parecían tratar un poco a Larkin, el francotirador, como si estuviera al mando, aunque para mí era poco más que un individuo flacucho y nervioso a punto de saltar a la más mínima preocupación. Lo llamaban *Larks o Loco Larkin*, y ninguno de los dos apelativos me tranquilizaba mucho. Sin embargo, lo cierto era que lo respetaban. Bragg me comentó que había sido él quien había bautizado a la unidad, al llamarlos los Fantasmas de Gaunt al principio de su carrera. Intenté hablar con Larkin al respecto, pero no dijo mucho. Estar cerca de él hacía que me sintiera intranquilo. Irradiaba una cierta energía nerviosa, y siempre estaba trasteando con su arma. Tras un rato, lo dejé tranquilo para mantener mi propia salud mental.

Doyl era un individuo atractivo en la mitad de la veintena, el sujeto perfecto para una estatua inspiradora, pero fue menos comunicativo incluso que Larkin.

—Es un explorador —me dijo Bragg, como si eso lo explicara todo.

Brostin, que apestaba a promethium, era un tipo grande y rudo con la mala costumbre de hacer chistes inapropiados. Domor era un individuo de aspecto cabal, pensativo y reservado. Llevaba unos implantes oculares y sus compañeros lo llamaban *Shoggy*, aunque nunca me dijeron por qué. Tenía la piel de la cara y de los brazos de un color rosado debido a que era tejido recién cicatrizado de una quemadura, y aquella era la primera patrulla que realizaba desde que había resultado herido. Le pregunté cómo había sucedido. Al parecer, le había estallado un rifle láser en las manos durante el combate cuerpo a cuerpo con el Heredero Asfodel. Procuré por todos los medios que me contara más al respecto, pero él no quiso darme más detalles.

Mktag y Feygor estaban en la treintena. Mktag era un individuo alegre, con un tatuaje en forma de espiral de color azul que le rodeaba el ojo izquierdo. Feygor era completamente distinto. Lo habían herido en la garganta durante el asedio y le habían reconstruido la laringe con una serie de implantes. Era delgado y de aspecto desagradable, y a mí me parecía el más peligroso de todos los miembros de la unidad.

Milo era el más joven, prácticamente un chaval. Bragg me contó que hacía poco que le habían concedido el rango de soldado. Antes había sido el único civil que había escapado de Tanith. Lo había salvado el comisario coronel en persona.

Yael no era mucho mayor. Su cuerpo adolescente comenzaba a adquirir la masa muscular de un adulto, pero la expresión de sus ojos mostraba que ya había madurado mucho antes.

Salimos a los habitáculos exteriores. La misión de la patrulla, según me dijo Bragg, era hacer salir a los últimos vestigios de la hueste zoicana. Estaban escondidos entre

las masas de escombros, clavados como astillas, lo describió.

Bragg iba armado con un cañón automático pesado del tipo que suelen ir montados en las torretas de los vehículos. A mí me pareció algo alarmantemente inusual, pero quizá por eso me mantuve pegado a él.

Salimos de la ciudad por la Puerta Hieronymo Sondar. Varios de los combates claves del asedio se habían librado en aquella zona. Unos pocos kilómetros más arriba, hacia el este y siguiendo la muralla marcada por las explosiones, se encontraba la Puerta Veyveyr, el centro ferroviario donde se habían producido los enfrentamientos más salvajes de todo el conflicto.

La escala de la guerra me quedó clara en esos momentos. A mi espalda se alzaba la enorme masa de la Colmena Vervun, rodeada por lo que quedaba de la gran muralla defensiva. Delante de mí se extendían hacia el sur, hasta donde alcanzaba la vista, los habitáculos exteriores, los distritos mineros, las explotaciones de carbón, las manufactorías y el gran cinturón de estructuras urbanas que rodeaban a la propia colmena principal en sí. Allí era donde se había librado la fase más larga de la guerra, un combate de desgaste incesante, calle por calle, a medida que las hordas de Zoica avanzaban hacia la muralla y la colmena interior. Pasamos al lado de los restos de algunas de las máquinas de guerra zoicanas. No se trataba solo de tanques y de transportes de tropas, sino artefactos enormes con formas de araña o de crustáceo. Los corpachones colosales estaban ennegrecidos por las llamas que los habían consumido.

Era un día soleado y luminoso, pero las columnas de humo habían teñido la luz de un tono verdoso y creado un velo a media distancia que parecía neblina. Una leve brisa procedente de las llanuras del sur levantaba pequeños remolinos de polvo. Los vehículos gravitatorios, las naves de desembarco y los aullantes interceptores imperiales cruzaban el cielo de un lado a otro, y el horizonte meridional parpadeaba lleno de destellos y temblores de luz. En aquellas llanuras se estaba dando caza a los restos del ejército zoicano para exterminarlos por completo.

Vi actividad por todos lados durante un rato. Las columnas de refugiados avanzaban renqueantes hacia la ciudad empujando carretillas y carritos de bebé cargados con las posesiones que habían conseguido salvar. Había patrullas de la Guardia Imperial. Había caravanas de heridos y, lo que era peor, de muertos que llevaban a enterrar en fosas comunes. Los equipos de trabajo del Munitorum y los regimientos de ingenieros se dedicaban a la tarea interminable de poner algún orden en aquella destrucción. Di un salto de miedo cuando se oyó una tremenda explosión rugiente que resonó en un bloque de manufactorías un poco al este de nosotros, pero Bragg me tranquilizó aclarándome que simplemente se trataba de un grupo de ingenieros que habían volado una estructura que era demasiado peligrosa como para permitir que siguiera en pie.

Unos tanques narmenianos equipados con palas excavadoras se dedicaban a despejar los escombros y los restos humanos de las vías principales para facilitar el

paso a los convoyes militares a través de las ruinas. Los Fantasmas con los que estaba no hacían más que alabar a los narmenianos, y saludaron a cada tanque que pasaba con la mano y los puños en alto. Sabía por los informes que había leído que los blindados narmenianos de Grizmund habían contribuido de forma vital a la victoria, lo mismo que los Excavadores de Roane, el Vervun Primario y las compañías de irregulares de la guerrilla de la Colmena Vervun.

Sin embargo, *lady* Chass había sido bastante precisa en aquel asunto: los que debían conmemorarse eran los Fantasmas de Gaunt. Me pregunté el motivo que tendría para ello, pero supuse que se debía al propio Gaunt. Había sido él quien había tomado el mando de todas las unidades en el momento más crucial y había logrado la victoria final casi de un modo personal.

Deseé haber tenido la ocasión de hablar con él en vez de simplemente ver su cuerpo casi moribundo en la cama de la enfermería.

Los habitáculos exteriores estaban terriblemente destrozados. La artillería los había machacado tanto que apenas quedaban edificios en pie. El suelo no era más que una masa entremezclada de rococemento fracturado y vigas de metal retorcidas. El aire estaba cargado de un humo aceitoso, y donde no era así, lo impregnaba el polvo que salía de los escombros. Entre los restos había huesos humanos rotos, quemados y sin rastro alguno de carne debido a los incendios. Al principio pensé que eran trozos de porcelana, hasta que vi un fragmento con una cuenca ocular.

El terrible destrozo que habían sufrido aquellos habitáculos de trabajadores era evidente en cada metro de terreno.

Empecé a sentirme mal. Aquello era desmoralizador, impresionante. El ingenioso coronel Corbec me había enviado de patrulla a propósito. Era obvio que pensaba que me vendría bien alguna clase de visión esclarecedora.

No me gustó nada esa idea. Yo ya era muy consciente del sufrimiento de la Colmena Vervun. No necesitaba que me lo mostrasen de ese modo.

Y no tenía fin. Cruzamos un paso subterráneo repleto de cadáveres. El aire apestaba a podredumbre y estaba lleno de moscas. Pensé que Corbec era un cabrón. Pensara lo que pensara de mi encargo o de mí, no me hacía falta esa clase de inspiración.

Me di cuenta de que Larkin estaba llorando. Me estremecí al verlo. Y aunque sé lo que estáis pensando, eso no supuso un menoscabo en lo que yo pensaba de él. Supe desde el primer momento que lo vi que se trataba de un individuo emocionalmente vulnerable, pero no faltó a su deber ni por un solo instante. Mantuvo el ritmo de la patrulla y cubrió todos los ángulos que le indicaron. Ni siquiera parecía darse cuenta de que estaba llorando, pero lo hacía.

He visto llorar a mujeres. He visto llorar a niños. He visto lloriquear a hombres débiles.

Jamás en los sesenta años que han pasado desde aquello he visto llorar a un soldado. Fue la tristeza más dolorosa que he presenciado. Las lágrimas de Larkin le

limpiaron las mejillas y dejaron unos chorretones claros. Se mantuvo atento. Ver llorar por los muertos a alguien entrenado y preparado para matar es contemplar la verdadera tragedia.

—Larkin…, ¿quieres parar, por Feth? —le espetó Feygor.

—Es que… se me ha metido algo en el ojo —respondió Larkin.

Pensé en salir en su defensa, pero Feygor parecía más peligroso que nunca. Además, tenía un rifle láser.

—Cállate ya y acaba con ese lloriqueo —insistió este con una voz monótona y sin inflexión alguna debido a la laringe artificial que llevaba implantada en la garganta.

—Déjalo en paz —le ordenó Baffels.

—Eso —añadió Mktag—. Todos acabaremos llorando si Gaunt muere.

Feygor soltó un escupitajo.

—Ya está muerto.

—¡No lo está! —exclamó Domor—. Está herido de gravedad, pero no está muerto.

—Como si fueran a decírnoslo si hubiera muerto —comentó Feygor.

—¡Lo harían! —le soltó Domor.

—¿Es que esos ojos no te dejan ver, Shoggy? —le preguntó Brostin—. ¿No somos los pobres soldados, la carne de cañón? No nos lo dirán hasta que no importe. Sería malo para la moral.

—Tú cree lo que quieras —terció Yael—. Yo estoy seguro de que nos lo dirían.

—Gaunt no está muerto —declaró Milo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Feygor.

—Lo visito todos los días. No estaba muerto esta mañana.

—Vale, pero ¿está vivo? —declaró Brostin.

Milo no contestó.

—Lo estaba hace una hora —me atreví a decir.

—¿A ti quién te ha preguntado? —me espetó Feygor.

—Se llama Thuro. Haz el favor de ser educado —le advirtió Bragg.

—Que le den por Feth a la educación —replicó Feygor.

—¡Callaos todos de una vez! —siseó Doyl.

Nos pusimos a cubierto en una vieja panadería a la que le habían reventado una de las paredes. Doyl, acompañado de Feygor, avanzó para explorar el terreno. Empecé a estar convencido de que no debería haber ido.

—Oye, eso del Decreto de Consolación… —dijo Mktag mientras nos agazapábamos—, ¿creéis que alguien lo aceptará?

—Estarían locos si lo hicieran —argumentó Yael.

—Pues yo creo que habrá gente que lo haga —comentó Domor mostrándose en desacuerdo.

—Sí, alguno… Los más locos… —replicó Brostin.

—¿Queréis bajar la voz? —ordenó Baffels.

—Tienes que estar loco para apuntarte. Y todos esos habitantes de la colmena… ¿De verdad los queréis con nosotros? —murmuró Brostin.

—Yo los he visto luchar —le respondió Domor—. En las compañías de irregulares. Son buenos. Yo me sentiría orgulloso de que estuvieran con nosotros.

—¡Pero no son tanith! —gruñó Brostin.

—No, no lo son —admitió Bragg—, pero yo también los he visto, y luchan como locos de Feth.

—A lo mejor, pero ¿tú estarías dispuesto a que combatieran con el uniforme de los tanith? —le preguntó Brostin—. ¡No son de Tanith! Que le den por Feth al Decreto de Consolación… Que se dediquen a fundar su propio regimiento. ¡No son tanith, por Feth!

—Yo estuve con Gaunt en el ataque a la Púa con un puñado de guerrilleros verghastitas —intervino de repente Larkin—. Tú también estabas allí, Bragg. Y tú, Shoggy. Los de la compañía de irregulares lo dieron todo. Ese jefe suyo… ¿cómo se llamaba?

—Kolea —se acordó Bragg.

—Sí… Era alguien increíble. Estaba totalmente poseído.

—Lo que tú digas —refunfuñó Brostin, sin quedar convencido.

Doyl y Feygor regresaron con el grupo y nos indicaron que el camino estaba despejado, así que seguimos avanzando por aquel paisaje.

Creo que fue en ese momento cuando salvé varias vidas. Contemplaba la devastación desde el principio con el ojo propio de un escultor en busca de algún detalle, y en ese instante llamé a Bragg.

—Allí delante. Ese trozo de rococemento parece puesto a propósito.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó.

—No estoy seguro —respondí encogiéndome de hombros—. Tan solo sé que conozco el modo en que las cosas deberían quedar después de caer. Hay algo raro en ese trozo. Ha sido colocado allí.

Bragg hizo un gesto para que todos se detuvieran. Le lanzó una roca al trozo de rococemento y la explosión que se produjo a continuación provocó un cráter y lanzó escombros por doquier.

—Bien visto, señor Thuro —dijo Feygor.

—Si solo sabes ser sarcástico, Feygor, ¡será mejor que cierres esa boca de Feth! —le espetó Domor.

—No estoy siendo sarcástico —contestó Feygor sarcásticamente.

—¡Cierra esa boca de Feth! —exclamaron varios a la vez.

—¡Es este cacharro! ¡Este cacharro! —insistió Feygor tocándose con un dedo sucio el implante que llevaba en la garganta—. ¡Hace que suene sarcástico aunque no lo sea, Feth!

Era completamente cierto. El tono monocorde del implante emitía cada palabra que pronunciaba con un sonido uniforme y mortecino. Iba a ser sarcástico durante el

resto de su vida.

—Admítelo, de todas maneras, casi siempre eras sarcástico —le dijo Brostin.

—No siempre.

—¿Cómo podremos saber cuándo no eres sarcástico? —preguntó Yael.

—Quizá podrías levantar una mano cada vez que seas sarcástico de verdad —sugirió Mktag—. Como una señal.

—Oh, vaya, qué buena idea —exclamó Feygor.

Todo el mundo lo miró. Alzó de forma lenta y reticente una mano.

Creo que todos estábamos a punto de echarnos a reír, incluido Feygor, cuando Doyl también alzó de repente una mano, aunque el gesto no tenía nada que ver con el sarcasmo.

Estábamos agazapados. El polvo provocado por el estallido de la trampa explosiva todavía estaba cayendo y posándose sobre todos nosotros. Doyl señaló sin palabras un par de puntos en las ruinas que se extendían por delante de nosotros y que no parecían diferenciarse del resto. Luego hizo un par de rápidos gestos con la mano.

Baffels asintió e hizo a su vez varios gestos. De inmediato, Yael, Domor, y Doyl se dirigieron hacia la izquierda, arrastrándose entre los cascotes, mientras que Brostin, Feygor y Milo fueron hacia la derecha.

—Manténgase agachado —me susurró Bragg, y no necesitó repetírmelo.

La maldita Casa Chass debería haberme pagado un suplemento de peligrosidad por aquello. Bragg colocó el bípode de apoyo de su arma pesada sobre una pila de escombros. Mktag se agazapó a su lado y sacó unos tambores de munición de su mochila y encajó uno en la ranura de alimentación del arma de Bragg. Luego extendió su capa de camuflaje y la de Bragg sobre los hombros de ambos. Baffels estaba tumbado boca abajo unos pocos metros a la derecha y utilizaba un periscopio de observación para estudiar con detenimiento las ruinas destrozadas. De repente, no vi dónde estaba Larkin. Unos momentos después descubrí que se encontraba a mi izquierda, tumbado y con el rifle de francotirador en posición de disparo. Al igual que los dos soldados con el arma de apoyo, se había cubierto con la capa de camuflaje, y aunque casi estaba tan cerca como para poder tocarlo si alargaba el brazo, tuve que esforzarme para verlo. Su capacidad de ocultamiento era extraordinaria. Por lo que sé, es una habilidad característica de los Fantasmas de Tanith.

Me sentí al descubierto y por completo en el lugar equivocado. Intenté pegarme al hueco de la pared, pero moví con los pies unas cuantas piedras sueltas, y con eso me gané una mirada furibunda de Larkin.

Oí el palpitar de mi propio corazón. Olí el polvo de ladrillo y el sudor, incluido el mío. La luz de sol me parecía desagradablemente calurosa. Apenas se oía el murmullo de las comunicaciones por los microrreceptores.

El tiempo pareció avanzar con lentitud y alargarse, igual que un pasaje de música en una pieza tranquila y sosegada. Se me ocurrió en ese momento que jamás podría ser soldado. La espera me mataría. Sé que suena irónico. Soy capaz de pasarme

meses trabajando en una obra, semanas enteras tallando una diminuta parte de la misma. Soy obsesivo respecto a los detalles, y jamás me preocupo por el tiempo que tardo en conseguir que algo me quede perfecto, porque el éxito de todo el conjunto puede depender de una pequeña parte.

Y aquella situación era la misma, el mismo tipo de artesanía meticulosa, aunque aplicada a la guerra. Los guardias imperiales se mostraron muy cuidadosos en la realización de aquellos preparativos, de tener la paciencia para lograr el éxito. Si se me permite la comparación entre una victoria en la guerra y una estatua bien hecha, y me perdonarán, pero no creo que se puedan comparar, conseguirlas, crearlas, dependen de los detalles, del esfuerzo y de la paciencia. Allí agazapado, entre las ruinas del habitáculo, maldiciendo la espera y el retraso intolerable, estaba a punto de pasar los peores diez minutos de toda mi vida, y estoy completamente seguro de que no hubiera sobrevivido a ellos si los Fantasmas hubieran actuado de un modo apresurado un solo segundo.

Jamás había oído el disparo de un arma láser, no de una de verdad. Por supuesto, había visto muchos pictogramas de noticias donde aparecían en manos de nuestros gloriosos soldados en innumerables victorias, pero ahora sé que aquellos estampidos profundos y resonantes eran añadidos después. Las verdaderas armas láser emiten un sonido seco y restallante, como el de ramas secas al partirse. Es agudo y chasqueante, y no es un ruido amenazador en absoluto. Oí aquel sonido crujiente y me pregunté qué era. Estaba a punto de enterarme.

Estaba a punto de enterarme de muchas cosas.

Baffels se puso de repente a susurrar con rapidez por su microcomunicador. Me di cuenta de que estaba ocurriendo algo, y en ese momento oí un chasquido fuerte cerca de mí. Era Larkin, que había disparado. Disparó de nuevo y me percaté de lo estúpido que había sido. Los sonidos chasqueantes que había oído era el combate que ya había comenzado.

A mi alrededor se produjo un extraño parpadeo, como si la luz del día estuviese titilando. De una pared medio derruida que había en la parte posterior de nuestra posición comenzaron a levantarse polvaredas y cayeron unos cuantos trozos de piedras. Caí en la cuenta de que nos estaban disparando. El parpadeo de la luz del día lo provocaban los brillantes rayos de los disparos láser que pasaban cerca de nosotros y que apenas eran visibles bajo el brillo del sol. En ese momento, uno de los disparos impactó contra los ladrillos y lo vi con claridad. Era un rayo de fuego abrasador, de color rojo, del tamaño de un dedo índice y tan brillante que me deslumbró, tan veloz que apenas estuvo allí.

El cañón de Bragg se puso en marcha. Tampoco hizo el ruido que me esperaba. Resonó con el mismo tableteo metálico que las perforadoras de roca que a veces utilizaba yo en algunas de mis obras mayores. Vomitaba ráfagas irregulares de fuertes estampidos que se solapaban con el débil repiqueteo del mecanismo de disparo y del

cinto de alimentación de la munición. Los casquillos ya vacíos caían bajo el arma con un leve tintineo al rebotar contra las piedras.

Milo, Feygor y Brostin reaparecieron de repente. Volvieron a la carrera y se tiraron de cabeza para ponerse a cubierto con nosotros. En cuanto estuvieron algo más protegidos, Feygor y Milo se pusieron de rodillas y dispararon de forma indiscriminada por encima de la pared derruida.

Brostin estaba forcejeando con el mecanismo del lanzallamas.

—¿Qué problema de Feth hay? —le preguntó Baffels a gritos.

—Nos topamos con un grupo de ellos, unos cinco o seis. ¡Los habíamos pillados completamente por sorpresa, pero el puñetero quemador de Brostin se atascó! —le explicó Feygor con voz monótona sin dejar de disparar.

A nuestro alrededor comenzaron a caer disparos de mayor potencia, y cada uno de ellos hizo un sonido hueco y apagado al explotar contra los cascotes.

—¡Haz que funcione! —le aulló Baffels.

—¡Eso intento! —replicó Brostin—. La llama de ignición no se enciende.

—¡Feth! ¡Ya vienen! —avisó Milo—. ¡Los veo moverse!

—¡Larkin! —casi chilló Baffels.

—No tengo un disparo claro —contestó Larkin con un siseo.

—¡Cacharro de Feth! —soltó Brostin, que estaba desenroscando la cubierta ennegrecida del cañón del lanzallamas.

Me atreví a levantar la cabeza.

—¿Dónde está el grupo de Doyl? —preguntó Milo.

—A cubierto y bajo fuego. Están inmovilizados —contestó Baffels—. ¿De dónde vienen estos disparos?

—¡De la izquierda! ¡De allí! —gruñó Feygor.

Bragg se volvió y movió el arma pesada en esa dirección. Mktag se esforzó por moverse a su lado. Ya estaban utilizando el tercer tambor de munición.

Bragg disparó hacia donde le había indicado Feygor.

—¡Prueba otra vez, Bragg! —gritaron Feygor y Mktag al unísono. En ese momento comprendí el curioso mote.

Bragg disparó otra ráfaga y luego se acabó la munición. Mktag tardó unos cuantos segundos en meter el siguiente cargador, y mientras tanto, Bragg miró en mi dirección. Me sonrió en un intento por parecer tranquilizador. «Prueba otra vez, Bragg», pensé. Los disparos enemigos acribillaban el aire a su alrededor, y él se quedó allí, mostrándome una sonrisa a medias con la que se esforzaba por animarme y hacerme sentir bien. El coronel Corbec le había encargado que cuidara de mí, y no estaba dispuesto a fallarle.

—No pasa nada —me dijo—. Acabaremos con esto en un minuto.

Incluso hoy día, sesenta años después, recuerdo perfectamente al soldado Bragg en ese momento. Su sencillez y su tremendo optimismo. Su valentía. No he tenido

modo alguno de enterarme de lo que ha sido del soldado Bragg. Espero que le haya ido bien.

—¡Necesitamos ese lanzallamas! —gritó Baffels mientras disparaba junto a Milo.

El cañón de Bragg abrió fuego de nuevo.

Brostin exclamó algo incomprensible e intentó meter la varilla limpiadora por la boca del lanzallamas.

Me acerqué hasta él arrastrándome. Aunque se trataba de un artefacto de mayor tamaño y peso, su lanzallamas se parecía mucho al tipo de herramienta inyectora de calor que yo a veces utilizaba para trabajar con metales y con plásticos dúctiles. Había tenido problemas con un artefacto similar durante un encargo para la Casa Anko que había realizado dos años atrás debido a la dificultad para encenderlo.

—No es la boquilla —le dije.

—¡Es la boquilla de Feth! —me espetó Brostin—. ¡Es el polvo que se ha metido en la boquilla de Feth! ¡Quítate de en medio! ¡Ni siquiera deberías estar aquí!

—No es la boquilla —insistí con firmeza—. Es la llama de encendido secundaria. El tubo está doblado o bloqueado y no deja pasar el combustible para que se encienda la llama piloto.

—¡Que te den por Feth! ¡Lárgate!

No le hice caso y alargué un brazo para sacar el tubo de combustible secundario. El líquido me empapó las manos.

—¡Suelta eso! ¡Sacádmelo de aquí! —aulló Brostin. Pensé que estaba a punto de golpearme.

Le arranqué la varilla limpiadora de la mano y la metí en el tubo de combustible, del que saqué un pegote de algo empapado en líquido inflamable.

—¡Prueba ahora!

Brostin me miró con expresión asesina mientras volvía a conectar el tubo. Luego apretó el grueso gatillo del lanzallamas y por la boquilla salió una pequeña bola de fuego. La llama piloto brilló de repente: un dedo azul de calor intenso.

—¡Feth! —exclamó Brostin.

—De nada —le contesté.

Brostin se dio la vuelta y disparó el arma, ya reparada, por encima de la barricada. Los escombros del lado opuesto quedaron cubiertos de chorros de fuego de un intenso color amarillo.

Mientras el lanzallamas estaba en acción, Milo, Feygor y Baffels se pusieron de nuevo a cubierto y calaron unas largas armas de filo a sus rifles.

—¿Vamos a acabar así? —le pregunté al muchacho, a Milo.

—Quién sabe.

Baffels avisó con un grito. Al parecer, el grupo de Doyl había iniciado un fuego cruzado. El lanzallamas había roto el punto muerto de la situación de combate. Por lo que era capaz de discernir de la situación, el Emperador en persona podía estar llegando montado en una cabra y yo no me enteraría. No tenía ni idea de cómo

podían captar lo que ocurría en aquel pandemonio caótico, incluso con los microcomunicadores. Todo era una pura locura. Eran rocas, polvo y descargas de luz densa y letal.

—¡Vamos! —exclamó Baffels.

No sabía lo que quería decir con ese «vamos», pero de repente, Feygor, Milo, Brostin y el propio Baffels desaparecieron. Se levantaron, cruzaron de un salto los escombros y desaparecieron entre la humareda. Oí una serie de chasquidos restallantes y el siseo furibundo de un lanzallamas.

En ese momento, Mktag se levantó de su posición agachada como si alguien le hubiera pegado un tirón por la espalda. Giró sobre sí mismo y cayó al suelo. Durante un momento no entendí lo que estaba ocurriendo. Me pareció que Mktag se estaba comportando de un modo muy estúpido, perdiendo el tiempo de esa forma y pataleando sin parar.

Pero resulta que a Mktag le habían acertado con un disparo. Justo delante de mí. Se desplomó en el suelo, tamborileando con los talones contra el suelo y moviendo los brazos de forma espasmódica. Una leve voluta de humo le salía de un agujero de pequeño tamaño que un rayo láser le había abierto en la frente. No se veía sangre. El disparo le había cauterizado la herida de entrada, pero no había tenido la fuerza suficiente para salir por el otro lado. El calor y la energía se habían agotado al atravesarle el hueso e incinerarle el cerebro.

Fue lo más desagradable que he llegado a ver en la vida. Su cuerpo no dejaba de estremecerse en un intento de seguir con vida a pesar de tener destruido el cerebro. Creo que si hubiera visto más sangre, o un daño físico más obvio, lo habría soportado mejor.

Pero no era más que un agujero diminuto.

De repente, se quedó completamente inmóvil, y eso fue lo peor.

Todavía estaba mirando fijamente a Mktag cuando volvieron los demás. Bragg lo había tapado con su capa de camuflaje y Larkin estaba en cuclillas a su lado leyendo de forma entrecortada uno de los ritos de gracia que se encontraban en las últimas páginas del *Manual para elevar la moral del soldado imperial*. El combate había acabado, y la bolsa de resistencia zoicana estaba eliminada.

En ningún momento llegué ni siquiera a tener un atisbo del enemigo.

Ya estaba anocheciendo cuando regresamos a la ciudad. Doyl y Baffels llevaron a Mktag todo el camino entre los dos. Bragg y Brostin intentaron animarme diciéndome que mi reparación improvisada del lanzallamas había decantado el combate a nuestro favor. Para cuando llegamos a la altura de la muralla, su versión de los hechos me había convertido en un héroe que había ganado casi a solas el enfrentamiento. Aquellos fantasmas eran unos individuos generosos. Brostin en concreto no tenía por qué admitir que yo había tenido razón. Supongo que se dieron

cuenta de que yo no era más que un simple ciudadano y que habían ido demasiado lejos conmigo. Les di pena. Había sobrevivido a su rito de iniciación y lo había hecho con nota.

Supongo que debería haberme sentido halagado por la inclusión en un grupo de semejantes combatientes, que debería haberme sentido honrado por haberme ganado el respeto de gente como ellos.

Sin embargo, la muerte de Mktag me había afectado demasiado. Ese recuerdo se me había grabado de tal manera en la memoria que estaba seguro de que me había dejado un agujero pequeño y humeante en el cráneo. Yo no era un soldado, a pesar de lo que Brostin y Bragg proclamaban de un modo tan alegre. No tenía ninguna experiencia previa con la que hacer frente a aquella tremenda impresión, no había sido vacunado, no había pasado por la brutalidad de un Entrenamiento Fundamental que le quitara dramatismo a la situación.

¡No era más que un artista, por el amor del Emperador! Un artista blando y protegido procedente de un planeta seguro donde la muerte se producía detrás de unas puertas cerradas o de unas cortinas echadas. A pesar de que intentaba que mi obra contuviera conceptos eternos como la verdad y la gracia divina, la nobleza y la humanidad, no eran más que gestos vacíos. Mis obras estaban vacías. Desprecié todo lo que había realizado, todos los triunfos artísticos de los que me había sentido tan orgulloso. No eran nada, eran estériles, insípidos. Carecían de toda verdad humana.

La auténtica verdad se encontraba en los habitáculos destrozados de la Colmena Vervun. La auténtica verdad eran la espera y el silencio, el valor y el sigilo. La auténtica verdad era ser capaz de actuar en situaciones extremas. Disparar un cañón y fallar pero probar de nuevo. Calar una bayoneta en el cañón de un rifle láser y salir de un salto de un lugar a cubierto para lanzarse hacia el humo, preparado para utilizar esa especie de lanza improvisada que empuñabas.

La auténtica verdad era un agujero diminuto en la frente de un hombre.

No había sentido miedo durante la patrulla. Me había sentido aburrido, horrorizado, perplejo, impaciente, pero en ningún momento había sucumbido al terror. En cuanto regresamos, el miedo se apoderó de mí. Sufrí estremecimientos. Fui casi incapaz de hablar.

Me senté en la puerta del alojamiento de los Fantasmas envuelto en la capa de camuflaje de Bragg. Los soldados pasaban delante de mí atareados en su faena. Me pregunté por qué ellos no parecían sentir temor. Si sentían temor y simplemente lo sobrellevaban de ese modo, era algo realmente terrorífico.

Vi a Bragg hablando con Corbec. Corbec desapareció, pero pocos momentos después, el soldado joven, Milo, se acercó hasta mí.

—El coronel Corbec quiere que lo lleve a las dependencias médicas.

—Estoy bien.

—Lo sé, pero quiere que los médicos le echen un vistazo. Ha pasado un día bastante movido, señor Thuro.

Recorrimos las calles destrozadas mientras caía la noche. Las estrellas salieron y se esforzaron por brillar a través del humo. Allá en lo más alto, la luz de la luna relucía sobre los cascos de las enormes naves de combate situadas en órbita baja.

—¿Cómo lo hacen? —pregunté al joven.

—¿Hacer el qué, señor?

—No sentirlo. El miedo. El trauma. ¿Es que se lo sacan de dentro durante el entrenamiento básico?

Milo me miró con expresión de extrañeza.

—¿Quién ha dicho que no lo sentimos? —me preguntó.

—Pero no pueden… —empecé a decir—. No pueden vivir de ese modo. Me refiero a seguir con su vida, día sí, día no, con esa clase de tensión, esa clase de miedo. Deben de hacerle frente de algún modo. Dejar de sentirlo.

El joven hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tengo miedo cada minuto de mi vida.

—Pero ¿cómo sigue adelante?

Milo se encogió de hombros.

—Jamás me he parado a pensarlo. Es lo que hacemos. Es lo que nos dicen que debemos hacer. Somos la Guardia Imperial.

Jamás olvidé esas palabras.

Tuve que esperar una hora más o menos antes de que me pudiera ver un doctor. Era un individuo mayor y amable. Se llamaba Dorden y era el médico que Corbec había estado buscando. Me revisó y acabó declarándome en perfecto estado físico. Me ofreció algo para calmarme los nervios, pero rechacé la oferta. Pregunté por Gaunt, y me dijo que podía acercarme a verlo en persona.

Me condujo a través de las distintas estancias de la instalación médica. Pasamos al lado de camastros de soldados, muchos de ellos Fantasmas, todos heridos en los combates. Dorden se paró con frecuencia a comprobar su estado. Me fue diciendo sus nombres, Mkoll, Bonin, Wheln, tantos que los acabé olvidando, y me contó las circunstancias en las que fueron heridos.

Quería ver a Gaunt antes de que muriera. Quería verlo después de comprobar la clase de soldados que había creado.

Cuando llegamos, vimos que había un grupo de hombres y mujeres esperando en el pasillo en penumbra que daba a su habitación. Había unos cuantos Fantasmas, pero en su mayoría eran habitantes de la Colmena Vervun. Dorden los conocía a todos. Uno era un minero grande y de aspecto ceñudo al que Dorden llamó señor Kolea. También había un jefe de factoría tuerto, de cierta edad ya, que se presentó como Agun Soric, un capitán del Vervun Primario, gravemente herido, llamado Daur, y una

pandillera de aspecto feroz llamada Criid, a la que acompañaba un soldado tanith joven.

—¿Por qué han venido? —le pregunté a Dorden.

—Quieren ver a Gaunt.

—Pero ¿por qué?

—Porque todos han aceptado el Decreto de Consolación. Ellos y cientos como ellos —me contestó Dorden con un susurro—. Se unirán al regimiento y vendrán con nosotros, que el Emperador los asista.

—¿Y por qué han venido hasta aquí?

—Para estar cerca de Gaunt. Él es el motivo por el que la mayoría de ellos han aceptado el decreto. Quieren estar aquí por si sale con vida… o muere. Se han unido a su causa. Él les importa.

Aquel grupo desigual que mantenía una vigilia a la puerta de la habitación de Gaunt parecía conformarse con esperar allí, pero yo entré en la estancia. Nadie me lo intentó impedir. Las cortinas de plastek estaban echadas, e iba a apartarlas a un lado cuando me di cuenta de que el comisario coronel ya tenía compañía.

Me detuve en el acto y me quedé observando a través de las cortinas. Un hombre de aspecto peligroso vestido con el uniforme negro de Tanith estaba sentado al lado del lecho de Gaunt, iluminado por el resplandor azul. Era un mayor. El mayor Rawne, como descubrí más tarde.

Sabía que no debía quedarme allí. Me había sentido extraño esa mañana escuchando a Corbec, pero aquello era mucho peor.

A pesar de ello, fui incapaz de moverme.

Me quedé escuchando.

—No te atrevas a morirte —le dijo Rawne a Gaunt en un murmullo—. No te atrevas a morirte, cabrón de Feth. Muérete ahora y jamás te lo perdonaré. No puede ocurrir así. No lo permitiré.

Me di cuenta de que había oído demasiado y empecé a retirarme.

—Si vas a morir, el que tiene que matarte soy yo. Yo. ¿Me oyes, cabrón? Yo. Si no, no sería justo. Tengo que ser yo. Debo ser yo. No una bala del Caos. Procura vivir, cabrón. Despierta y sigue vivo para que pueda matarte en condiciones.

Levantó la mirada de repente y vio que estaba allí. Se puso en pie y se dirigió en tromba hacia mí.

—¿Qué Feth está haciendo aquí?

Retrocedí. Había cerrado los puños y la expresión furiosa de su rostro era claramente visible a pesar de la media luz. Iba a hacerme daño.

—¿Quién Feth eres? —gruñó agarrándome del cuello y estampándome contra la pared.

—¡Gran Dios Emperador! —tartamudeé—. ¡Mire!

Se dio la vuelta y vio lo que yo había visto.

Ibram Gaunt tenía los ojos abiertos.

Jamás llegué a hablar con Gaunt. En cuanto se recuperó lo suficiente, lo trasladaron a una fragata médica. Tampoco volví a ver a ninguno de los tanith después de eso. Ya habían organizado mi viaje de vuelta a ColNor y un mensaje llegado de la Casa Chass me instaba a comenzar mi trabajo.

Incumplí tres fechas de entrega y corrí el peligro de incurrir en la ira de *lady* Chass. Trabajé con cinco modelos y destruí dos obras en las etapas finales de la creación. No estaban bien.

Al final, realicé mi obra con acero. Tampoco quedé muy satisfecho con esta última. Para mí, no mostraba la verdad. La auténtica verdad. Sin embargo, no podía provocar por más tiempo la ira de la Casa Chass.

Hoy en día se encuentra en el centro de lo que antaño fue el distrito comercial de la Colmena Vervun. Lo que quedaba de la colmena en sí ha sido derribado y allanado, y la mayor parte del terreno ha vuelto a ser pastos y praderas. Entre la hierba todavía se pueden encontrar trozos de roca, pedazos de huesos y casquillos de munición.

Se ha convertido en mi obra más famosa. Es toda una ironía. Para decir que estoy completamente satisfecho con ella tendría que levantar una mano, al estilo de Feygor. Desde entonces he creado otras obras a las que considero mucho más importantes, pero no puedes elegir lo que dejas atrás.

Un único guardia imperial fundido en acero obtenido de las armas rotas que habían quedado entre las ruinas de la colmena. Ni siquiera es un Fantasma de Tanith, y no se parece a nadie en concreto. Tiene un puño alzado, pero no en gesto de victoria sino de determinación, un gesto como el que hizo Baffels. Tiene los hombros colocados de un modo que recuerda la postura relajada de Corbec, un gesto de la cabeza que siempre me recuerda a Bragg con su mirada tranquilizadora. También está la sinceridad de Milo, o eso me gusta pensar, y el veneno de Rawne. Tiene, como todas las estatuas, la desagradable inmovilidad de Mktag.

Se llama el Memorial Chass, y en el pedestal se anuncia con grandes letras grabadas que la Casa Chass ha pagado para que se construyera en memoria de los muertos en la Colmena Vervun. En letras mucho más pequeñas dice que es una obra de Thuro de ColNor. Se encuentra situado en una ladera cubierta de hierba y protege la necrópolis que antaño fue la Colmena Vervun. Ojalá pueda permanecer allí para siempre.

No hay nada del propio Gaunt en la estatua, porque jamás lo conocí. Como ya dije, jamás conocí en realidad a ninguno de ellos. Pero sus hombres si están allí, así que supongo que él también está.



COMPENDIO DE BATALLA DEL PRIMERO DE TANITH

1.º de Devastadores de Afghali: Uno de los regimientos que participaron en la toma de Épsilon Menazoide.

2.º de Excavadores de Roane: Regimiento de la Guardia Imperial que compartía la fragata de transporte *Navarre* con los Fantasmas. Son individuos de estatura elevada y cabellos largos.

3.º de Blindados Cadianos: Uno de los regimientos que participaron en la toma de Épsilon Menazoide.

3.º de Devastadores de Afghali: Uno de los regimientos que participaron en la toma de Épsilon Menazoide.

5.º y 8.º de Excavadores de Roane: Dos regimientos de la Guardia Imperial que combatieron de forma meritoria en la Colmena Vervun bajo el mando del general Nash.

5.º Slamabadden: Regimiento de la Guardia Imperial que compartía la fragata de transporte *Navarre* con los Fantasmas. Son individuos de piel cetrina y aspecto robusto y bajo.

10.º Real de Sloka: Regimiento de la Guardia Imperial presente en Blackshard. Las tropas slokanas llevan un equipo de combate muy ornamentado: cascos con penachos y protecciones de color plata y escarlata fabricados por los artesanos de Sloka para inspirar terror al enemigo.

17.º de Ketzok: Regimiento blindado que participó en la toma de Épsilon Menazoide. Lo apodaron los Serpientes debido al dibujo de una serpiente de color turquesa y dorado que llevan pintados en los cañones de los tanques y de los vehículos blindados.

Abfequarn, Lilith: Inquisidora imperial. Una mujer alta que suele vestir con un uniforme sencillo totalmente negro: botas, pantalones y chaqueta. Lleva el cabello de color gris ceniza pegado al cráneo, y su rostro, delgado, bello y anguloso, siempre muestra una expresión de serenidad. Es la hija de una gobernadora planetaria cuyo mundo forma parte de la frontera con los eldars. Regresó al mundo astronave de Dolthe con Muon Nol.

Adare, Lhurn: Sargento, Primero de Tanith. Un individuo agudo, confiado y fuerte, este tanith, que cae bien a todo el mundo, es famoso por su sentido del humor y sus excelentes consejos.

Anaximander: Planeta del sistema Cabal.

Anko: Lord es el dirigente de la Noble Casa Anko, un individuo anciano, muy belicoso e impopular entre la gente común. Fundó una nueva colonia río arriba de la Colmena Vervun y se especializó en la producción de promethium.

Anko, Alina: Hija de la Noble Casa Anko de la Colmena Vervun.

Anko, Casa: Noble Casa de la Colmena Vervun.

Anko, Heskith: General, Vervun Primario. Un bruto gordo y moreno cuya forma de encarar la guerra es más política que táctica. Fue nombrado jefe de estado mayor del mariscal Croe durante el asedio de la Colmena Vervun.

Antioch 148: Planeta del Racimo Cabal.

Aondrift Nova: Planeta del sistema Cabal.

Ariadne: Planeta del sistema Cabal.

Asfodel, Heredero: Uno de los lugartenientes principales del arconte Nadzybar. Era un señor de la guerra por derecho propio que tenía bajo su mando personal a una fuerza de combate de más de un millón de guerreros. Fue uno de los comandantes en jefe que Nadzybar incluyó en su gran séquito para formar la enorme horda del Caos que arrasó los Mundos de Sabbat. A pesar de la notoriedad que consiguieron los demás señores de la guerra, escoria como Sholen Skara, Nokad el Exterminador,

Anakwanar Sek y Qux el Sin Ojos, el Heredero Asfodel sigue siendo el más famoso de todos. El objetivo que había jurado cumplir, tanto antes como después de que el arconte Nadzybar lo incluyera en su pacto, era «heredar» un mundo imperial tras otro y devolverlo luego al «verdadero estado» del Caos. Su crueldad era inconmensurable, su brutalidad espeluznante y la fuerza carismática de su personalidad como dirigente es algo a lo que no se puede hacer caso omiso. Con la posible excepción de Sek, es el táctico más brillante entre todos los comandantes de Nadzybar.

Ashek II: Uno de los primeros mundos de Sabbat en ser liberados durante la Segunda Cruzada.

Baffels: Sargento, Primero de Tanith. Un individuo barbudo a principios de la cuarentena con un pecho fornido y una garra azul tatuada en la mejilla. Fue ascendido en combate a sargento en mitad del asedio a la Colmena Vervun.

Balhaut: Planeta del Racimo Sabbat donde tuvo lugar una de las principales ofensivas del Imperio y donde murió el señor de la guerra Slaydo.

Belshiir Binario: Planeta del sistema Cabal.

Beltayn: Soldado, Primero de Tanith. Operador de comunicaciones en la escuadra de Gaunt. Se le asignó ese puesto después de que Raglon fuera ascendido a sargento.

Bendace: Cabo, ColNor. Sirvió bajo el mando del capitán Daur durante el asedio a la Colmena Vervun.

Blamire: Táctica imperial. Asignado al estado mayor de Lugo. Una mujer muy delgada de estatura elevada de edad avanzada vestida con el cuero negro y las decoraciones rojas de un táctico imperial.

Blenner, Vaynom: Comisario del Tercero de Greygor. Compañero de clase de Gaunt en la Schola Progenium, y su amigo más antiguo. Es un terrible inventor de anécdotas con una cierta tendencia a la fanfarronería.

Bonin, Simen Urvin Macharius: Explorador, Primero de Tanith Su madre juró que había nacido con buena estrella, y las dieciséis vértebras de acero compuesto que lleva en la espalda más el implante de articulación de la pelvis son una prueba de ello.

Borkélidos, Infernales: Uno de los regimientos que participaron en la toma de Épsilon Menazoide.

Bragg: Soldado, Primero de Tanith. Un individuo enorme, el más grande de todo el regimiento y lo bastante fuerte como para empuñar un arma pesada sin ayuda alguna. Lo apodaron, *Prueba Otra Vez* Bragg debido a su pésima puntería.

Brochuss: Mayor, Patricios de Jant. Intentó enfrentarse en una pelea callejera con Gaunt en Cracia en venganza por haber puesto en evidencia la cobardía de los jantinos en uno de los combates de Fortis Binary.

Brostin: Soldado, Primero de Tanith. Soldado lanzallamas. Un individuo grande de hombros de oso y un bigote hirsuto y desigual y que siempre apesta a promethium. Posee cierta afinidad con el fuego y es capaz de hacer que trabaje para él.

Según el sargento Varl, la habilidad de Brostin con el fuego se debe a su experiencia como bombero forestal en Tanith Magna. Sin embargo, según Larkin,

Brostin es un antiguo presidiario que cumplió diez años de condena por incendio provocado.

Bucefalón, Ángel de: Estatua de una bella mujer alada arrodillada en actitud de plegaria. Sus manos, perfectas, están unidas en gesto de oración y tiene la cabeza inclinada en actitud piadosa. La inscripción del pedestal de la estatua indica que se trata de un símbolo del Dios Emperador, una personificación del Trono Dorado, que había sido concedido a los señores de Bucefalón en los primeros días de la colonia y los había protegido mientras conquistaban aquella tierra.

Larkin estaba convencido de que el ángel le había hablado mientras esperaba la ocasión de acabar de un disparo con Nokad el Sonriente.

Bulwar: Coronel, ColNor. Un soldado veterano que había combatido durante los años de las guerras de rebelión de las colonias de ColNor en el satélite principal de Verghast. Es un individuo fornido que lleva el mismo uniforme y la misma armadura balística que sus soldados, aunque la gorra con galones y la garra de combate centelleante lo señalan de inmediato como un oficial de rango superior.

Cabeza de cerdo, regimiento: Regimiento de la Guardia Imperial que consiguió derechos de colonización en Nacedón durante la primera fase de avance en los Mundos de Sabbat.

Caffran, Dermon: Soldado, tercer pelotón de los Primeros de Tanith. Un hombre pequeño, para ser de Tanith, y joven con el cabello negro rapado. Lleva el tatuaje de un dragón azul en la sien. Su novia de siempre, Laria, murió en la destrucción de Tanith.

Caill: Soldado, Primero de Tanith. El encargado de llevar la munición para Bragg.

Caius Innate: Planeta del sistema Cabal.

Calígula: Mundo colmena del Racimo Sabbat.

Canemara: Planeta del Racimo Sabbat.

Cargin, Letro: Capitán, Vervun Primario. Se le puso al frente de las operaciones relativas a los refugiados durante los primeros días del asedio de la Colmena Vervun. Luego lo pusieron al mando de la Puerta Sondar, y después del fuerte del Hass Occidental.

Chanthar: Jefe de la fuerza del Caos que puso bajo asedio a la Ciudadela Voltis. Prefirió suicidarse disparándose a sí mismo con un rifle de fusión antes que ser capturado cuando la Guardia Imperial rompió el asedio.

Chass, Casa: Noble Casa de la Colmena Vervun, una de las nueve más poderosas, pero considerada la más humanitaria y neutral.

Chass, Heymlik: Señor de la Noble Casa Chass de la Colmena Vervun. Un liberal de ideales elevados y corazón generoso que tenía a su cargo el Amuleto de Heironymo.

Chass, Merity: Hija mayor de la Noble Casa Chass de la Colmena Vervun. Bella hasta casi hacer daño a la vista, con una inteligencia aguda y ferozmente protectora

de su padre. Fundadora de una nueva colmena especializada en minería y en ingeniería de servidores en las tierras fértiles al sur de la Colmena Vervun.

Chayker: Soldado, Primero de Tanith. Médico de campaña. Actúa como uno de los enfermeros de Dorden.

Clatch, Casa: Casa dirigente de la Colmena Ferrozoica.

Cluggan: Sargento, Primero de Tanith. Un Fantasma grande de cabello gris. Aficionado a la historia. Murió por fuego amigo durante la batalla de Voltemand.

Cociaminus: Planeta del Racimo Sabbat, escenario de una de las ofensivas principales de la Guardia Imperial.

Colectividades de la Fundición Norte: Asentamiento de Verghast que absorbió parte de la población de la Colmena Vervun. Proporcionó diez regimientos de auxiliares bajo el mando del general Xance y del coronel Bulwar para la defensa de la colmena. A los soldados se les llamaba «reforzadores» y se protegían la cabeza con unos cascos abombados de reborde ancho.

¡Contemplad el Triunfo de Terra!: Himno imperial.

Corbec, Colm: Coronel, Primero de Tanith, segundo pelotón. Primer oficial del Primero de Tanith. Un hombre de gran tamaño más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta, con la complexión de buey y tendencia a engordar. Tiene los antebrazos, gruesos y velludos, cubiertos de tatuajes azules en forma de espiral, y luce una barba frondosa y revuelta. Su uniforme es el estándar de Tanith: ropa y correajes de color negro y la típica capa de camuflaje. Comparte la misma piel pálida, cabellos negros y ojos azules de los nativos de Tanith.

Es hijo de un mecánico y trabajó al principio en los aserraderos de Sortees, pero tuvo que dejarlo debido a que el serrín comenzó a perjudicarle los pulmones, de donde desarrolló la tos seca que lo afecta desde entonces. Se unió a la milicia de Tanith Magna en un impulso repentino después de sufrir un desengaño amoroso y comenzó a patrullar los bosques de nal del condado de Pryze en busca de cazadores furtivos y de contrabandistas. Ganó el campeonato de lucha de la feria maderera del condado de Pryze durante tres años seguidos. Perdió un dedo de la mano izquierda por el corte de una espada sierra en Voltemand.

Corday, Nikolaas Taschen DeHante: Coronel, 50.º Real de Volpone. Segundo al mando bajo el general Sturm, es un auténtico sangreazul: grande, fuerte y de mandíbula cuadrada, con los ojos hundidos en las cuencas oculares.

Ciudad Cracia, Pyrites: La ciudad más antigua y de mayor tamaño de Pyrites alberga la famosa Aguja Imperial, una torre metálica de tres mil metros de altura construida en honor al Emperador y para celebrar la capacidad arquitectónica de los pyriteanos. En los días luminosos, la ciudad se convierte en un reloj solar y la torre actúa como aguja.

Coloniales Ardeleanos: Regimiento de la Guardia Imperial en la Segunda Cruzada de los Mundos de Sabbat.

Corazones y titanes: Un juego de tarot practicado por el tercer pelotón.

Croe, Edric: Mariscal, Vervun Primario. Mariscal de la Colmena Vervun. Comandante estratégico de Vervun Primario y jefe militar de la colmena. Sucesor del mariscal Gnide y hermano de lord Croe. Anteriormente fue mayor coronel de Vervun Primario. Es un individuo de tez pálida, cabello blanco y elevada estatura (más de dos metros). Sus fieros ojos negros y su mirada dura eran una leyenda en los barracones, pero en persona es tranquilo, callado y con gran capacidad de convicción. Líder juicioso y de gran popularidad entre los soldados.

Culcis: Mayor, 50.º Real de Volpone. Comandante de un destacamento de élite de la Décima Brigada, que se había ganado una medalla al valor en Vandamaar. Luchó junto a Dorden y un contingente de Fantasmas mientras era un simple soldado en la defensa de una granja de Nacedón que era utilizada como enfermería improvisada.

Es joven para ser un miembro de la Décima, pero sus superiores se han dado cuenta de su capacidad de mando. Perdió una mano en la defensa de la Puerta Sondar durante el asedio de la Colmena Vervun.

Darendara: Lugar de la primera victoria de Gaunt.

Decreto de Consolación: Decreto proclamado después de la batalla de la Colmena Vervun que permitió a sus habitantes alistarse en el Primero de Tanith.

Defay: Inquisidor imperial. Inquisidor encargado de llevar a cabo los interrogatorios de los prisioneros tras la primera victoria de Gaunt en Darendara.

Dercius, Aldo: General, Patricios de Jant. Era el superior inmediato del padre de Gaunt. Tras la muerte de su padre, fue Dercius quien logró su ingreso en la Schola Progenium Primus de Ignatius. Es el padre de Draker Flense.

desierto de Waltrab, El: Canción popular que siempre ha animado a los hombres en las tabernas de Tanith. Brin Milo la tocó en Fortis Binary para inspirar a las tropas del regimiento.

Dewr: Explorador, Primero de Tanith. Antiguo cazador de las tierras del sur de Tanith Attica.

Diemos: Antiguo núcleo industrial hidroeléctrico de Fortis Binary.

Dolthe: Mundo astronave eldar. Hogar de Eon Kull y Muon Nol.

Domor, Dohon: Sargento, Primero de Tanith. Del tercer pelotón. Es el encargado de la barredera detectora de minas. Era ingeniero en Tanith. Perdió los ojos en Épsilon Menazoide y le implantaron unos cibernéticos que se asemejan a unos binoculares recortados. Estos implantes son capaces de detectar el calor y el movimiento a través de las paredes de piedra y las fachadas de ladrillo.

Lo apodaron «Shoggy» por el anfibio de ojos saltones al que ha acabado pareciéndose.

Dorden, Mikal: Soldado, Primero de Tanith. Operador de comunicaciones del pelotón de Hasker.

Dorden, Tolin: Médico, Primero de Tanith. Un individuo pequeño de barba gris y mirada cálida. En Tanith era médico y había practicado la medicina durante treinta años en las granjas y pueblos de Beldane y el condado de Pryze. Su mujer murió el

año antes de la Fundación, y se le reclutó para completar la cuota de personal médico requerida por el Administratum. Su hijo, Mikal, es soldado del noveno pelotón, pero su hija Clara y su nieto murieron en la destrucción de Tanith. Debido a su pasado como médico, Dorden se niega a empuñar un arma. Hizo el juramento en el Colegio Médico de Tanith Magna.

Dravere, Hechtor: Alto comandante general, Patricios de Jant. Un individuo bajo y fornido de unos sesenta años, con una calvicie extendida pero que se empeña en ponerse brillantina en los escasos cabellos que le quedan, como si quisiera demostrar algo. Tiene un rostro rollizo y rubicundo, y su uniforme da la impresión de necesitar todas las provisiones de almidón y blanqueador de un regimiento para estar listo cada mañana. Las hileras de medallas que lleva en el pecho sobresalen como una alambrada de espino.

Drayl: Soldado, Primero de Tanith. Un soldado atractivo y popular cuyas canciones y buen humor han mantenido el ánimo de su pelotón en más de un momento.

Sus aventuras más canallas forman parte de las leyendas del regimiento.

Edicto del Comisariado Imperial 4378b: El edicto del Comisariado Imperial 4378b establece que cualquier actividad relacionada con la disciplina de los soldados de la Guardia Imperial debe ser dirigida por el propio Comisariado Imperial.

Edicto Imperial 95 674: El Edicto Imperial 95 674, subcláusula 45, establece que un oficial judicial imperial, como un comisario, puede interrumpir y aplazar cualquier asunto legal planetario sin restricción o penalización alguna.

Enothis: Planeta del sistema Cabal.

Eon Kull: Vidente eldar.

Épsilon Menazoide: Un mundo letal desconocido y remoto situado en el borde del Rimero Menazoide. Los Fantasmas fueron desplegados allí durante la liberación de ese sistema planetario.

esferas del anhelo, Las: Una obra del inquisidor Ravenor, considerada uno de sus mejores libros.

Farnora, Gremio: Uno de los gremios mercantiles de la Colmena Vervun.

Fayk, Gremio: Uno de los gremios mercantiles de la Colmena Vervun.

Fereyd: Un espía imperial en manos del enemigo al que Gaunt y su regimiento hyrkaniano rescataron.

Ferrozoica: Colmena de Verghast corrompida por el Heredero Asfodel y obligada a atacar a la Colmena Vervun y a las demás colmenas.

Festival de las Hojas: Una fiesta tradicional de Tanith.

Feth: Uno de los dioses arbóreos de Tanith. Palabra también utilizada por los Fantasmas como exclamación.

Feygor: Soldado, Primero de Tanith. Tercer pelotón. Un tanith alto y delgado. Es el ayudante de Rawne. Comparte el feroz odio del mayor contra el comisario. Sirvió junto a Rawne en la milicia de Tanith Attica antes de la Fundación. Hijo ilegítimo de

un comerciante del mercado negro, fueron su mente aguda y su capacidad física las que le permitieron ingresar en la milicia y después en la Guardia Imperial.

Flense, Draker: Comandante de campo, Patricios de Jant. Hijo de Aldo Dercius. Cuando Gaunt hizo caer en desgracia a su padre, Draker perdió todos sus títulos y su herencia, incluido el nombre de familia, y se vio obligado a alistarse en la Guardia Imperial y a ascender desde lo más bajo.

Formal Prime: Planeta del Racimo Sabbat que fue liberado en los primeros meses de la cruzada.

Foskin: Soldado, Primero de Tanith. Médico de campaña. Actúa como uno de los enfermeros de Dorden.

Fuehain Falchior: Espada bruja de Eon Kull.

Fulch: Soldado, Primero de Tanith. Recibió un disparo en la espalda durante el Segundo Asalto.

Furrian: Soldado, Primero de Tanith. Soldado lanzallamas. Creció en el mismo pueblo que Brostin y comparte con él su fascinación por el fuego.

Gaunt, Ibram: Comisario coronel, Primero de Tanith. Nacido en Manzipor, su padre era el segundo al mando de Aldo Dercius en los regimientos jantinos. Tras la muerte de su padre, ingresó en la Scholam Progenium de Ignatius Cardinal hasta que se unió a la Guardia Imperial como comisario cadete asignado a Delane Oktar. Bajo la dirección de Oktar participó en muchos escenarios de combate, distinguiéndose en cada ocasión, hasta que Oktar le concedió el rango de comisario en su lecho de muerte. Sirvió como oficial político a lo largo de los ocho años siguientes en el Octavo Hyrkaniano, desde su fundación hasta la famosa victoria de Balhaut. El trato de Gaunt con los hyrkanianos había llamado la atención de Slaydo, el señor de la guerra de la Cruzada de los Mundos de Sabbat, y ambos se ganaron mutuamente la confianza del otro en muy poco tiempo. Hasta tal punto que, al igual que Oktar había hecho años atrás, Slaydo lo ascendió al rango de comisario coronel y le entregó el mando del regimiento de Tanith en su propio lecho de muerte.

Aunque la mayoría de los soldados lo respetan, existen ciertos elementos en las filas de los tanith que culpan a Gaunt de la desaparición de su planeta natal. El comisario se esforzó por reagrupar todas las tropas que pudo salvar y ordenó la retirada de su regimiento, falto de preparación y de suministros, en vez de permitir que se quedara para intentar repeler la invasión del Caos.

Gaur, Urlock: Señor de la guerra del Caos que opera en los Mundos de Sabbat.

Gavunda: Jefe de la Noble Casa Gavunda. Habla a través de un aumentador de voz con incrustaciones de plata que le cubre la boca como una araña encogida sobre la abertura.

Gavunda, Casa: Una de las Nobles Casas de la Colmena Vervun.

Ghasthive: Una de las colmenas de Verghast. Absorbió parte de la población de la Colmena Vervun.

Gherran: Soldado, Primero de Tanith Médico de campaña. Uno de los tres únicos médicos tanith cualificados antes de la Fundación.

Gigar: Planeta dedicado a la extracción de promethium en el sistema Cabal.

Gilbear, Gizhaum Danver de Banzi Haight: Mayor, 50.º Real de Volpone. Segundo hijo de los Haight Gilbears de Solenhofen, la casa real de Volpone. Poderoso y arrogante, con los grandes y blandos rasgos faciales y los ojos lánguidos y hundidos de la aristocracia. Fue campeón de boxeo en la categoría de los pesos pesados en Volpone.

Gorley: Sargento, Primero de Tanith. Quinto pelotón. Un individuo alto de tórax amplio con la nariz rota de un boxeador.

Gravier: Aprendiz de inquisidor. El joven adepto del inquisidor Defay.

Grell: Sargento, Primero de Tanith. Quinto pelotón. Era ingeniero en Tanith.

Grizmund: General, Blindados Narmenianos. Brillante comandante de un regimiento de tanques de élite. Es un individuo motivado, seguro de sí mismo, y un gran táctico. Insiste en que sus tropas se esfuercen por llegar al mejor nivel y odia a los burócratas militares que quieren impedir que combata. Su tanque, el *Gracia del Trono*, es una variante de chasis largo del *Leman Russ* con un arma principal de 110 centímetros.

Guardia Negra: Escolta de élite de paladines del Caos otorgada a ciertos señores de la guerra. Utilizan un control innato y antinatural del espacio disforme para cambiar de posición en combate y luchan con grandes espadas de energía que brillan con un destello de color rojo sangre.

Heldane, Golesh Constantine Pheppos: Inquisidor imperial. El rostro de Heldane ha sufrido una alteración mediante la cirugía para inspirar terror y obediencia en aquellos que le conocen. La cara ha sido alargada hasta parecerse a la de un caballo y tiene la boca llena de dientes romos. Sus ojos son redondos y oscuros. Los tubos de fluidos y los manojos de cables de fibra le salen del cráneo pelado como si fueran trenzas. Tiene el cuello y la garganta cubiertos de pelo aplastado. Heldane fue la mente maestra del plan para recuperar un cristal de datos de manos de Gaunt durante su estancia en Cracia.

Herodas, Lucan: Capitán, 8.º Blindado de Pardus. Oficial de enlace de Pardus con la infantería.

Hyrkanios: El primer destino de Gaunt como cadete fue bajo el mando del comisario general Delane Oktar, oficial político jefe de los regimientos hyrkanios. Los soldados de estas unidades eran individuos fuertes, delgados y pálidos, con el cabello tan claro que casi parecía desteñido, y que solían llevar muy corto. Su vestimenta consistía en un uniforme de color gris oscuro con correaje *beige* acompañado de capas cortas del mismo color.

Infardus, Infareem: Antiguo rey de Doctrinópolis, en Hagia.

Infieles, Los: Las fuerzas del Caos que se enfrentaron a los Fantasmas en Fortis Binary.

Irregulares, Compañías de: Eran regimientos organizados de un modo improvisado por los habitantes de la Colmena Vervun que querían participar en su defensa. Los miembros de las compañías de irregulares soportaron lo peor de los combates, lo que creó unos lazos inquebrantables por las circunstancias que los habían unido.

Jant, Patricios de: Soldados de ascendencia noble. Llevan uniformes de color púrpura oscuro con rebordes cromados. Lucharon junto a los Primeros de Tanith en Fortis Binary.

Jehnik, Casa: Una casa ordinaria de la Colmena Vervun.

Jehnik, Señor: Dirigente de la Casa Jehnik, conocido por ser especialmente aburrido y prolijo.

Joliq: Bebida alcohólica destilada en Verghast.

Kannak: Espaciopuerto principal, situado en las Colmenas Colectivas del Norte. Punto principal de desembarco de los refuerzos de la Guardia Imperial que llegaron a Verghast.

Khan V: Planeta del sistema Cabal.

Khulen: Uno de los planetas donde Gaunt luchó junto a los hyrkanios antes de que comenzara la Segunda Cruzada de los Mundos de Sabbat.

Kith: Subculto de Khorne que se retiró de Balhaut y se refugió en Sapiencia.

Kolea, Livy: Habitante de la Colmena Vervun. Esposa de Gol Kolea y madre de dos hijos. Murió en la estación C4/a el primer día del asedio a la colmena.

Kowle, Pius: Comisario, Vervun Primario. Destinado al regimiento Vervun Primario después de que su carrera en el Quinto de Fedayines quedara acabada. Se trata de un individuo alto y delgado que da la impresión de haber sido obligado a llevar la gorra negra y el abrigo largo de comisario imperial. De piel cetrina y pegada a los huesos, sus ojos son de un inquietante color *beige*. Gaunt está convencido de que representa los peores aspectos del Comisariado. En Balhaut mató a latigazos a un soldado por llevar el emblema de unidad equivocado. Gaunt hizo que lo trasladaran lejos del frente, donde la carrera de Kowle comenzó a declinar y él comenzó a sentir una amargura que le duró hasta la muerte. Fue lo bastante astuto como para manipular a Gaunt y colocarlo en una posición incómoda respecto a Grizmund. Le concedieron el título de Héroe del Pueblo después de la Batalla de las Llanuras, que en realidad fue un desastre, y logró algo de popularidad en la Colmena Vervun antes de caer en desgracia en el juicio a Grizmund.

Kreff: Oficial ejecutivo, fragata *Navarre*. Un oficial de rasgos duros y cráneo rapado con el uniforme de color esmeralda de la flota del Segmentum Pacificus.

Lamacia: Planeta del Racimo Sabbat, lugar donde Macaroth logró una victoria.

Lanceros de Kaylen: Un regimiento de la Guardia Imperial que participó en el asalto de Monthax.

Langana Comisario, CCVP: Comisario adjunto al estado mayor del comisario Kowle. Tiene la costumbre de repetir como un loro el dogma del CCVP.

Larisel: Pequeño roedor nativo de Tanith. Se le cazaba por su valiosa piel.

Larkin, Hlaine: Soldado, Primero de Tanith. Tercer pelotón. Un individuo pálido y membrudo de aspecto enfermizo de unos cincuenta años con tres aros en la oreja izquierda y el tatuaje en espiral de una serpiente dragón de color azul en la hundida mejilla derecha. Es un hombre delgado de rostro enjuto. Como todos los tanith, tiene la piel clara y el cabello oscuro. Perteneció a la milicia de Tanith Magna, y es el mejor francotirador de todo el Primero de Tanith, aunque esté un poco desquiciado.

Lattarii, Perros armados de: Uno de los regimientos que participaron en la toma de Épsilon Menazoide.

Lerod: Sargento, Primero de Tanith. Séptimo pelotón. Es un sargento de estatura elevada y cráneo rapado con el tatuaje de un águila imperial en la sien. Antes estuvo al mando de la milicia de Tanith Ultima, la ciudad templo imperial de Tanith, y como resultado, es, junto a los otros soldados procedentes de Ultima, uno de los más devotos sirvientes imperiales del Primero de Tanith.

Lesp: Soldado, Primero de Tanith. Médico de campaña. Actúa como uno de los enfermeros de Dorden. Es un individuo alto y delgado procedente de Tanith Longshore, con ojos azul claro y una nuez de Adán que le sobresale en el delgado cuello como una tercera rodilla.

En Tanith, él y su familia eran pescadores que se buscaban la vida entre los archipiélagos del lugar. Su habilidad con la aguja y la tela de lona, además de una destreza casi quirúrgica con la cuchilla, hicieron que Dorden lo pusiera a trabajar como su enfermero.

Leyr: Explorador, Primero de Tanith. Un curtido veterano procedente de la milicia de Tanith Magna.

Lucius: Un mundo forja de los Mundos de Sabbat.

Lugo: Comandante general, Cruzada de los Mundos de Sabbat. Un hombre huesudo y alto con el pecho cargado de numerosas medallas. El señor de la guerra Macaroth se lo llevó consigo cuando sucedió al señor de la guerra Slaydo y tomó el mando de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Está desesperado por demostrar su valía después de su fracaso en Oscilia IX, donde una victoria fácil se convirtió en una campaña de veinte meses.

Llanuras, Batalla de las: La destrucción casi absoluta del Primer Primario Acorazado a manos de las fuerzas de Ferrozoica el primer día del asedio a la Colmena Vervun en las llanuras que se extendían más allá de esta. De cuatrocientos cincuenta, solo sobrevivieron cuarenta y dos.

Macaroth: Señor de la guerra, Cruzada de los Mundos de Sabbat. Comandante en jefe actual de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Hechtor Dravere fue su rival más importante en la lucha por la sucesión de Slaydo.

Magníficos soldados del Imperio, en pie y a luchar: Himno imperial. El ritmo armónico del estribillo es bastante difícil de entonar.

Manual para elevar la moral del soldado imperial: Libro de texto que se entrega a todos los guardias imperiales.

Marcha de Euan Fairlow, La: Una canción muy popular en las tabernas de Tanith Magna.

Meroc, Landa: Madre de Corbec. El doctor Tolin Dorden le salvó la vida en el parto de Corbec.

Merrt: Soldado, Primero de Tanith. Segundo pelotón. Uno de los francotiradores preferidos de Corbec.

Mi amor me espera en los bosques de nal: Canción popular de Tanith.

Milo, Brin: Soldado, Primero de Tanith. Un joven delgado y pálido que empieza a adquirir cuerpo de adulto y que hasta el momento de alistarse no había sido más que un civil salvado de las ruinas de Tanith. Lo apodaron «el Chico», el mismo sobrenombre que Gaunt tenía entre los hyrkanios, y actuó como ayudante del comisario antes de alistarse en el regimiento en la batalla de Monthax. Tiene fama de ser el avatar de Gaunt. Lleva un pez azul tatuado sobre el ojo izquierdo y a menudo toca las gaitas de Tanith.

Mirridon: Planeta del sistema Cabal.

Mkeller: Explorador, Primero de Tanith. Un hombre mayor de cabello gris rapado en los lados de la cabeza.

Mkendrick: Explorador, Primero de Tanith. Tercer pelotón. Criado en las montañas de Tanith Cumbre.

Mkoll: Sargento explorador, Primero de Tanith. Un hombre en la cincuentena pero de aspecto joven, con un cuerpo nervudo y hebras grises en el cabello y la barba. Su esposa, Eiloni, murió de fiebres de canth pocos años antes de la Fundación, y sus hijos prefirieron trabajar transportando troncos por el río que seguir los pasos de su padre.

Mkvenner: Explorador, Primero de Tanith. Tiene un rostro enjuto y de pómulos altos que hace que todo lo que diga suene de forma siniestra y tenebrosa. Debajo del ojo derecho lleva tatuada una media luna de color azul. Mkoll en persona lo entrenó, y cree que Mkvenner también ha sido instruido en las tradiciones marciales de los Cwlwhl, el arte de combate perdido de los guerreros de los bosques de antaño en Tanith.

Modile: Coronel, Vervun Primario. Era un novato absoluto antes de que le encargaran la defensa de Puerta Veyveyr durante el Segundo Asalto. Sus tremendos errores de mando en esa ocasión hicieron que Gaunt lo ejecutara.

Monthax: Mundo selvático del sistema Sabbat. Los Fantasmas, aliados con los eldars, consiguieron una gran victoria en ese planeta.

Mtane: Soldado, Primero de Tanith. Médico de campaña. Uno de los tres únicos médicos tanith cualificados antes de la Fundación.

Munnol: Coronel, Milicia de Tanith Dale. Aspecto que tomó Muon Nol para aparecer ante los Fantasmas durante el ataque final en Monthax.

Muon Nol: Un vengador implacable, jefe de la escolta de Eon Kull. Lleva un gran casco blanco con una cresta de plumas rojas y una armadura de color azul opalescente y salpicada de motas doradas. El borde de su capa llega hasta debajo de su cintura y oculta las armas que lleva en la espalda.

Nacedón: Mundo agrícola del sistema Sabbat, hogar de tres millones de colonos imperiales.

Nachin: Brigadier, Blindados Narmenianos. Segundo de Grizmund.

Nal: Ver la entrada para Tanith.

Nalsheen, Los: Nombre dado a los guerreros de los bosques de Tanith de antaño. Luchaban utilizando solo lanzas con cuchillas de un solo filo. Habían unido a todos los tanith y destronado la dinastía Huhlhwch, abriendo así el camino a las ciudades estado democráticas.

Narmenianos, Blindados: Regimiento acorazado de élite de la Guardia Imperial compuesto por ciento veintisiete carros de combate del tipo *Leman Russ*, con veintisiete Demolishers y cuarenta y dos tanques de apoyo. Los uniformes son de color marrón mostaza y llevan la insignia del guantelete cubierta de pinchos de Narmenia.

Tan solo aquellos conductores que sean capaces de manejar un vehículo blindado de treinta toneladas lanzado a toda velocidad y artilleros y cargadores capaces de disparar de forma rápida y continua, además de acertar con cada proyectil, son admitidos en la unidad de Grizmund.

La tarde del trigésimo quinto día de asedio de la Colmena Vervun logró con su maniobra más famosa, llamada «la tijera», la destrucción de más de doscientos blindados enemigos y tan solo perdió dos vehículos propios.

Nash: General, Excavadores de Roane. Nash ha sido combatiente de infantería desde que se alistó en la Guardia Imperial y ha visto lo peor que puede ocurrirle a un soldado. Su capacidad de mando y de liderazgo en diversos momentos desesperados del asedio a la Colmena Vervun fueron incomparables.

Navarre: Fragata, Flota del Segmentum Pacificus. Fragata que acostumbraba a transportar a los Fantasmas desde su partida de Tanith y durante sus primeras misiones.

Nonimax: Planeta del Racimo Sabbat, escenario de una victoria imperial bajo el mando de Macaroth y donde participaron regimientos de Pragar.

Obscura: Sustancia narcótica adictiva, más barata que el alcohol, y que acaba destruyendo el cerebro. Los efectos del síndrome de abstinencia se parecen mucho a los síntomas de una fiebre gástrica. El tratamiento para los que han sido adictos durante mucho tiempo incluye la prescripción de tranquilizantes paliativos como el lomitamol.

Oktar, Delane: Comisario general, regimientos hyrkanianos. Oficial jefe político de los regimientos hyrkanianos. Murió por un veneno orko en Decimus. Ascendió a

Gaunt de cadete a comisario en su lecho de muerte. Escribió las *Epístolas a los hyrkanianos*.

Orden general 145.f.: Orden mediante la cual un comisario puede relevar de su mando a un oficial en activo.

Ormon, Gak: Mayor, Vervun Primario. Comandante de los Escombreros. Un individuo grande y fornido con ojos inyectados en sangre y una garganta requemada por el uso del lanzallamas.

Ortiz: Coronel, 17.º regimiento blindado de Ketzok. Gaunt lo golpeó por obedecer la orden de disparar contra las posiciones ocupadas por los Fantasmas, lo que mató a casi trescientos soldados tanith.

Oscillia IX: Mundo colmena del Racimo Sabbat.

Otte: Mayor, Vervun Primario. Ayudante del lord comandante, le entregó a Gaunt la espada de energía de Heironymo Sondar.

Pater, Cornelius: Abogado, Administratum Judicial. Anciano enjuto vestido con una túnica de color púrpura y gafas de cristales gruesos. El cabello que le sale en mechones del gorro alto y rojo que habitualmente usa es de color gris y de aspecto alborotado. Camina apoyándose en un bastón de ébano.

Petatanques: Apodo que los tanith dan a los lanzadores de cohetes de apoyo de la infantería.

Pragar: Regimientos de la Guardia Imperial incluidos en la Cruzada de los Mundos Sabbat, famosos sobre todo por su actuación en Nonimax.

Puños Imperiales: Capítulo de marines espaciales que participó en las últimas fases del asedio de la Colmena Vervun.

Quinto de Fedayines: Uno de los regimientos de la Guardia Imperial que participa en la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Es el antiguo regimiento del comisario Kowle.

Raglon: Sargento, Primero de Tanith. Operador de comunicaciones de la escuadra de Corbec. Siempre decía «Podemos intentarlo repetidamente y con saña, por Feth», cuando el estado de las comunicaciones era especialmente malo. Más tarde fue ascendido al rango de sargento del pelotón de Corbec.

Ramillies 268-43: Mundo letal en el Racimo Sabbat.

Rawne: Mayor, Primero de Tanith. Tercer pelotón. Segundo oficial al mando del Primero de Tanith. Procede de un ambiente selecto. En su familia había comerciantes, políticos y terratenientes, y siempre dispuso de dinero procedente de los beneficios que su padre obtenía en los negocios de aserraderos. Sin embargo, al ser el tercer hijo, jamás heredaría la fortuna familiar, por lo que el ingreso en la milicia era la mejor opción para ascender en la vida. Es un individuo atractivo pero malicioso, con unos rasgos faciales elegantes y el tatuaje de una estrella por encima de un ojo. Anteriormente sirvió como suboficial en la milicia de Tanith Attica. Es absolutamente implacable y desprecia el mando de Gaunt sobre la tropa.

Raymian 13.º y 16.º de: Regimientos de la Guardia Imperial que participaron en la reconquista de la Colmena Nero.

Real de Volpone, 50.º: Regimiento de la Guardia Imperial que se ha cruzado en numerosas ocasiones en el camino de los Fantasmas. Apodados los Sangreazul, llevan uniformes grises y dorados y se consideran el regimiento más noble de toda la Guardia Imperial. El Décimo, de élite, está equipado con armaduras de caparazón, armas antiabominación de color negro mate y cañones de escopeta recortada acoplados al enganche de la bayoneta, debajo del cañón principal del arma. Lucen un águila imperial de color índigo brillante en el cuello de la armadura. Su lema es «¡Fiel al Trono y duro de matar!».

Rifle láser de diseño estándar Mark III: El arma preferida de los tanith. Fabricado por los armeros de Tanith Magna, la culata y la empuñadura son de madera de nal, originaria de Tanith, y el metal se ha pulido para apagarle el brillo. Necesita cargadores de energía de tamaño tres.

Rilke: Soldado, Primero de Tanith. Un francotirador excelente. Solo Larkin es mejor que él. Está equipado con un rifle largo láser de aguja.

Rimero Menazoide: Grupo de planetas de los Mundos de Sabbat tomado por las fuerzas del Caos. Sigma Menazoide es el planeta capital del sistema.

Rodyin, Casa: Una Noble Casa de la Colmena Vervun. Una de las familias liberales de la colmena, famosa por tener ideas más avanzadas y humanitarias que el resto de las casas nobles o que los gremios. La fortuna de la Casa Rodyin se basó en los suministros de alimento. Sus grandes máquinas segadoras recogían las cosechas de las tierras altas situadas al norte del Haas y enviaban toneladas de grano a los inmensos graneros del distrito de almacenaje.

Rydol: Planeta del sistema Cabal.

Sabbat, Los Mundos de: Nombre dado al grupo de cien sistemas planetarios habitados situados a lo largo del borde del Segmentum Pacificus.

Saliente Cabal: Planeta del sistema Cabal.

Samotracia, 4.º, 5.º y 15.º de: Regimientos que participaron en la conquista de Épsilon Menazoide.

San Fidolas: El santo que condujo a los primeros colonizadores a Fantine.

Santa Sabbat, el Evangelio de: Texto sagrado imperial.

Sapiencia: Mundo oceánico del Racimo Sabbat.

Sarpoy, Caballería Mecanizada de: Uno de los regimientos que participaron en la conquista de Épsilon Menazoide.

Segmentum Pacificus: Uno de los cinco segmentums en los que está dividido el espacio imperial. Está situado en el oeste galáctico del Segmentum Solar.

Serpientes de Hierro: Capítulo de marines espaciales que participó en las últimas fases del asedio de la Colmena Vervun.

Shoggy: Pequeño anfibio de ojos saltones que vive en los estanques de los bosques de Tanith. Extinguido. También es el apodo que recibió Domor después de

que le colocaran los implantes ópticos.

Sistema Cabal: Sistema planetario de los Mundos de Sabbat donde se encuentran varios planetas-fortaleza del Caos.

Skara, Sholen: Jefe de los Kith. Un individuo alto de cráneo rapado vestido con una túnica negra. Asesinó de forma ritual a casi un millón de habitantes de Balhaut y luego condujo a sus seguidores a un suicidio en masa en la Colmena Oskray.

Una fuerza mixta de Tanith y Volpone lo capturó con vida y Gaunt le ofreció a Caffran la oportunidad de ejecutarlo, pero este se negó. Según él, para Skara vivir sería un castigo mayor que morir.

Slaydo: Antiguo señor de la guerra de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Un hombre encorvado pero fuerte que vivió más de ciento cuarenta años. Murió en Balhaut, cinco años antes del asedio a la Colmena Vervun. Escribió el *Tratado sobre la naturaleza de la guerra*.

Solón: Antiguo señor de la guerra de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Señor de la guerra de Sabbat anterior a Slaydo.

Solypsis: Planeta del Racimo Sabbat que las fuerzas imperiales utilizaron como base de partida.

Sondar, Heironymo: Antiguo Alto Señor de la Colmena Vervun del planeta Verghast, que murió envenenado a los ciento veinte años por su sucesor, Salvador Sondar, cincuenta años antes del asedio a la Colmena Vervun. Es una figura reverenciada en la colmena por haberla conducido a la victoria contra Ferrozoica en las Guerras Comerciales. Creó el Amuleto de Heironymo, un anulador de sistemas muy poderoso. La activación de este amuleto arrasaría los sistemas de mando y de control, borraría todos los programas de datos y de funcionamiento, corrompería todos los codificadores y lobotomizaría a todos los servidores. Dejaría inerme a la Colmena Vervun y permitiría a quien lo hubiera utilizado liberar a la Colmena Vervun de sus posibles conquistadores.

Sondar, Salvador: Alto Señor de la Colmena Vervun en la época del asedio. Con setenta años de edad, su cuerpo frágil y desnudo flota en fluido nutritivo en el interior de un tanque de conciencia. El metal del tanque es oscuro y está manchado de un óxido verdoso. Se puede ver el interior a través de una portilla transparente que se asemeja al cristalino de un ojo. Se comunica exclusivamente mediante servidores a los que utiliza como marionetas. Envenenó a su antecesor, Heironymo, y ya estaba loco antes del asedio debido a la corruptora influencia del Heredero Asfodel. Poseía el control absoluto sobre el mecanismo del Escudo, conectado directamente a su cerebro, y solo existía un mecanismo de emergencia para las situaciones más extremas. Sentía una fascinación macabra por la cría de clones y por los implantes quirúrgicos efectuados en su cuerpo.

Sturm, Noches: General, 50.º Real de Volpone. Vencedor condecorado de Grimoyr, Gaunt le retiró el mando por deserción durante el asedio de la Colmena Vervun.

Sym: Antiguo ayudante de Gaunt. Murió en la caída de Tanith.

Tanith: Planeta boscoso de los Mundos de Sabbat. Famoso por su industria agrícola y su producción y tallado de madera. Las obras de los artesanos del planeta eran famosas en todo el sistema.

La mayor parte de la superficie del planeta estaba cubierta de bosques, sobre todo de árboles de nal, una extraña especie endémica de Tanith. Los bosques de nal forman parte de lo que se conoce como plantas móviles. Los árboles son capaces de moverse, de replantarse y recolocarse para seguir al sol y a las lluvias. Debido a ello, los nativos de Tanith poseen un extraordinario sentido de la orientación, por lo que son unos excelentes rastreadores y exploradores.

El planeta fue destruido por las fuerzas del Caos poco después de la fundación de su primer regimiento de la Guardia Imperial.

Tanith, Primero de: A menudo conocido como el Primero y Único de Tanith, o los Fantasmas de Gaunt, el Primero de Tanith es el único regimiento superviviente de los tres que se fundaron poco antes de la destrucción del planeta.

Los tanith son exploradores excelentes, y por ello se les despliega sobre todo como infantería ligera o tropas de infiltración. La capa que forma parte del uniforme del regimiento refuerza esa capacidad de sigilo, ya que camufla al soldado que la lleva puesta prácticamente sobre cualquier superficie, ya sea natural o creada de forma artificial. Su emblema es un águila plateada bicéfala con un pergamino entre las garras donde se lee «Por la gracia del Dios Emperador de Terra».

La insignia del regimiento, que normalmente es dorada, consistía originalmente en un cráneo laureado que cubría tres dagas que simbolizaban los tres regimientos con los que Tanith iba a contribuir al esfuerzo bélico de la Cruzada de Sabbat. Dos de las dagas se arrancaron en honor a los dos regimientos que no consiguieron escapar con vida de Tanith.

El lema del regimiento es: «Por Tanith, por el Emperador».

Tanith Magna: Capital de Tanith. Contemplada desde el aire parece un complejo de menhires en mitad de un claro del bosque.

Tanzina IV: Planeta del sistema Cabal.

Typhon Ocho: Luna helada del sistema Sabbat.

Uliowye, El Beso de las Aguzadas Estrellas: Espada de Eon Kull y que le regaló a Muon Nol.

Urdesh: Mundo forja de los Mundos de Sabbat.

Urdeshita, 4.º, 6.º y 10.º Ligeros de: Regimientos de la Guardia Imperial que participaron en la liberación de Urdesh.

Vannick, Colmena: Fuente de los conductos de combustible por donde se infiltraron los zoicanos. Arrasada por una inmensa explosión atómica provocada por las fuerzas zoicanas.

Varl, Cegan: Sargento, Primero de Tanith. Tercer pelotón. Perdió el hombro en Fortis Binary y se lo sustituyeron por un implante cibernético. Amigo íntimo de

Corbec y Larkin de los tiempos en que sirvieron juntos en la milicia de Tanith Magna. Más hábil a la hora de tratar con los soldados que la mayoría de los oficiales.

Verghast: Planeta colmena industrial de una sola luna en los Mundos de Sabbat. Los centros de población más famosos son: Colmena Vervun, Ferrozoica, Vannick y Ghasthive.

Allí tuvo lugar el asedio a la Colmena Vervun, en defensa de la cual participaron los Sangreazul Volpone, los Excavadores de Roane, los Blindados Narmenianos y el Primero de Tanith, que se enfrentaron a las fuerzas del Caos bajo el mando del Heredero Asfodel.

Vervun, Colmena: Colmena del planeta Verghast de enorme importancia estratégica para la cruzada. La clase dirigente la componían nueve casas nobles, veintiuna ordinarias y más de trescientos gremios y familias. Bajo el gobierno de Salvador Sondar, de la casa imperial Sondar, acabó disuelta por Macaroth.

Vervun Primario: Ejército de la Colmena Vervun, compuesto por medio millón de soldados de infantería, setenta mil auxiliares y dotaciones de vehículos. Cuando se ordenó que se efectuaran fundaciones para la Guardia Imperial, la Colmena Vervun organizó el cuerpo armado a partir de sus cuarenta millones de habitantes. Los soldados del Vervun Primario jamás salieron del planeta ni fueron transferidos, ya que se trataba de una carrera de por vida.

Verghastitas: Los Fantasmas de Tanith los llaman «irregulares» o «carne de cañón». Llevan el emblema dorado de un hacha-rastrillo para diferenciarse de las tropas tanith. Los nativos de Vervun hablan de un modo más gutural y son físicamente muy distintos entre sí, a diferencia de los tanith, quienes casi siempre tienen la piel clara y el cabello oscuro. En contraste con los rifles láser de estos, que tienen culatas y empuñaduras de madera de nal, las armas de los verghastitas tienen la estructura metálica estampada y culatas plegables.

Vitrianos, Dragones: Regimiento con un entrenamiento excelente que combatió junto a los tanith en Fortis Binary. Los vitrianos son soldados impresionantes equipados con una armadura de malla formada por escamas de mica que les cubre el cuerpo por secciones. La armadura también puede utilizarse en modo «sigiloso», ya que las escamas giran y cambian de la superficie brillante a una de color mate oscuro. Los cascos les cubren todo el rostro y tienen un aspecto siniestro debido a las estrechas rendijas oculares cubiertas de cristal oscuro. Sus armas siempre están pulidas y limpias.

Los vitrianos se gobiernan por un sistema de castas. La casta guerrera sigue el *Byhata*, el arte de la guerra Vitriano, que es el equivalente al codex de los marines espaciales.

Volpone, Décima Brigada: Fuerza de élite veterana del 50.º Real de Volpone. Todos los miembros lucen un águila imperial de color índigo brillante en el cuello de la armadura.

Voltemand: Planeta del Racimo Sabbat.

Willard: Capitán, Excavadores de Roane. Tiene unos veinticinco años, la piel bronceada y el cabello rubio y crespo. Sus ojos son de color castaño y mirada penetrante. También tiene un excelente sentido del humor. La mano derecha es biónica casi por entero.

Worlin, Amchanduste: Agremiado de la Casa Worlin durante el asedio de la Colmena Vervun. El comisario Gaunt lo ejecutó en persona cuando atacó a Dorden, del Primero de Tanith, y a Ana Curth, en ese momento doctora del Equipo Médico Colectivo de la Morada Interior. La investigación posterior lo encontró culpable de alta traición.

Xance: General, 2.º de ColNor. Comandante de ColNor de gran erudición que escribió un diario a lo largo del asedio de la Colmena Vervun.

Yael: Soldado, Primero de Tanith. Séptimo pelotón.



DAN ABNETT (12 de octubre de 1965) es un escritor y guionista de cómic británico.

Es conocido por sus trabajos en el mundo del cómic desde principios de los 90 tanto para Marvel Comics y su filial en el Reino Unido, Marvel UK, como para DC Comics, medio este en el que son frecuentes sus colaboraciones con su compañero escritor Andy Lanning.

Probablemente la faceta de su obra más conocida sean sus novelas y novelas gráficas ambientadas en el universo de Warhammer y Warhammer 40 000 para la editorial Black Library, filial de Games Workshop, que incluyen varias sagas y docenas de títulos y de las que se habían vendido unas 1 150 000 copias hasta mayo de 2008.

En 2009 publicó su primera novela de ficción original de nombre Angry Robot a través de la editorial HarperCollins. Abnett es uno de los autores más prolíficos en el famoso cómic de ciencia ficción 2000 AD, siendo responsable de la creación de una de sus series más conocidas y de mayor duración, Sinister Dexter.

Otras creaciones originales incluyen Black Light, Badlands, Atavar, Downlode Tales, Sancho Panzer, Roadkill y Wardog. Abnett también ha aportado historias a algunas de los series más importantes de 2000 AD incluyendo Juez Dredd, Durham Red y Rogue Trooper.

Su trabajo para Marvel incluye arcos argumentales y números en Death's Head 2, Battletide, Los Caballeros de Pendragon (todas ellas series creadas por Abnett en colaboración con otros autores), Punisher, Máquina de Guerra, Aniquilación: Nova y

varios títulos de la franquicia de los X-Men. En DC es reconocido por su relanzamiento en el año 2000 de la Legión de Super-Héroes mediante la serie limitada Legion Lost y la posterior serie de larga duración The Legion. A partir de estas obras en DC sus colaboraciónes con Andy Lanning se vuelven habituales, sobre todo en trabajos para cómic, pasando dicho dúo a ser conocido en la industria como DnA.

También ha escrito novelas enmarcadas en el universo de Warhammer 40 000 (dentro del género de la ciencia ficción militar) que incluyen la serie Fantasmas de Gaunt, las trilogías sobre la Inquisición Eisenhorn y Ravenor y más recientemente algunos de los títulos de la serie La Herejía de Horus incluyendo el primero de la colección, Horus, señor de la guerra. También ha escrito varias novelas ambientadas en el mundo de Warhammer Fantasy, la mayoría pertenecientes a la saga de Las Crónicas de Malus Darkblade.

Su obra incluye también una novela en 2007 para la secuela de Doctor Who, Torchwood, llamada Border Princess. En 1994, escribió un cómic promocional para la inauguración de la montaña rusa Nemesis en Alton Towers.

Durante la última década su carrera ha estado cada vez más orientada al mundo del cómic sin dejar de lado su producción como escritor. Aparte de participar en algunas de las series de 2000 AD, comenzó Black Atlantic en la Judge Dredd Megazine, publicación hermana de laa mencionada 2000 AD y ya en 2008 tomó el control de The Authority como parte del relanzamiento de los títulos centrales de la editorial Wildstorm mediante el evento World’s End. Además, Abnett ha trabajado mucho en los personajes «cósmicos» de Marvel.